

# Benjamin Black

## Muerte en verano

Traducción  
Nuria Barrios



Lectulandia

Cuando el magnate de la prensa Richard Jewel aparece muerto en su casa de campo una calurosa mañana de verano, pocos lo lamentan. El doctor Quirke y el inspector Hackett no tardan en darse cuenta de que, lejos de tratarse de un posible suicidio, «Diamante Dick» ha sido asesinado. La investigación lleva a Quirke al orfanato de St. Christopher, donde vivió su infancia, y a frecuentar a la problemática Dannie, la problemática hermana de Jewell; a Carlton Sumner, el empresario rival, y a Françoise d'Aubigny, la elegante y misteriosa viuda.

Tras el éxito de *En busca de April*, una de las mejores novelas del año (*Qué Leer*), Benjamin Black crea una nueva y apasionante intriga que nos muestra a un Quirke más íntimo y confundido que nunca sobre el trasfondo del Dublín de los años cincuenta.

«Elegante, con el ritmo preciso, giros dramáticos, sorpresas turbadoras y personajes de gran riqueza y profundidad psicológica... Puede uno zambullirse de cabeza en *Muerte en verano* sin ninguna referencia previa sobre los tres volúmenes anteriores, o bien tomarlo como una nueva entrega de la serie de uno de los mejores novelistas irlandeses contemporáneos».

*New York Journal of Books*

**Lectulandia**

Benjamin Black

# **Muerte en verano**

**ePub r1.0**

**dacordase** 02.10.13

Título original: *A Death in Summer*

Benjamin Black, 2011

Traducción: Nuria Barrios

Editor digital: dacordase

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Cuando se propagó la noticia de que Richard Jewell había sido encontrado con la cabeza reventada y con una escopeta entre las manos, limpias de sangre, pocas personas ajenas al círculo familiar o pertenecientes al mismo consideraron su muerte una gran pérdida. Jewell, a quien sus detractores más ingeniosos habían bautizado como Diamante Dick, era un hombre rico. El grueso de su fortuna provenía de su padre, el tristemente famoso Francis T. *Francie* Jewell, que llegó a ser alcalde y el dueño de una exitosa cadena de periódicos, entre ellos el temido y sensacionalista *Daily Clarion*, el diario más vendido de la ciudad. El viejo Jewell era un diamante en bruto, propenso a venganzas violentas y enemigo a muerte de los sindicatos, pero su hijo, aunque también vengativo y sin escrúpulos, había conseguido limpiar el nombre de la familia mediante actos de filantropía rodeados de una bien orquestada publicidad. Richard Jewell era un conocido mecenas de orfanatos y de escuelas de discapacitados, y el flamante pabellón Jewell del Hospital de la Sagrada Familia estaba en la vanguardia de la lucha contra la tuberculosis. Ésas y otras iniciativas similares en una ciudad castigada por la pobreza y con una mala salud endémica deberían haber convertido a Dick Jewell en un héroe, pero ahora que estaba muerto, muchos ciudadanos se declaraban dispuestos a bailar sobre su tumba.

Su cadáver fue descubierto a primera hora de la tarde del domingo en el despacho que tenía sobre las cuadras de Brooklands, una finca en County Kildare que era propiedad suya y de su esposa. Maguire, el capataz, había subido por la escalera exterior para informarle sobre un caballo que cojeaba y que con toda probabilidad no podría participar en la carrera prevista para el siguiente jueves en Leopardstown. La puerta del despacho estaba entreabierta, pero a Maguire no se le hubiera ocurrido entrar sin dar antes unos golpes con los nudillos. En aquel mismo instante presintió que algo andaba mal. Cuando más tarde se le pidió que describiera el porqué de aquella sensación, no pudo hacerlo. Tan sólo dijo que se le había erizado el cabello en el codo, y añadió que recordaba claramente haber escuchado el relincho de Blue Lightning en la quietud del cercado. Blue Lightning era el caballo favorito de Dick Jewell, un ejemplar de tres años con un futuro muy prometedor.

El disparo había arrancado a Jewell de su silla y le había lanzado sobre la mesa, dejándole postrado en un extraño ángulo. De la esquina más alejada colgaban un trozo de mandíbula, unos cuantos dientes y un fragmento ensangrentado de la columna, únicos restos de lo que había sido su cabeza. En el ventanal situado frente a la mesa había una gran salpicadura de sangre y sesos como una peonía gigantesca con

un agujero abierto en el centro, por el cual se veía un paisaje de prados ondulantes que se perdían en el horizonte. A Maguire, al principio, le costó comprender lo que había sucedido. Parecía que el hombre se había pegado un tiro, pero Diamante Dick Jewell era la última persona de la que Maguire, o cualquiera, habría pensado que se volaría la tapa de los sesos.

Los rumores y las especulaciones no tardaron en dispararse. El hecho de que todo hubiera sucedido en una somnolienta tarde de domingo, mientras las hayas que se extendían a lo largo del camino de entrada de Brooklands se agostaban bajo el sol y el aroma a heno y a caballos pesaba en el aire del verano, aumentaba el impacto del suceso. Casi nadie conocía los detalles de lo que había ocurrido. ¿Quién mejor que los Jewell sabía cómo echar tierra sobre un escándalo? Y un suicidio en aquellos días en ese país era un escándalo muy grave, desde luego.

En la redacción del *Clarion*, situada en Eden Quay, el ambiente era una mezcla de pandemónium y perpleja incredulidad. Los empleados, desde los linotipistas hasta los editorialistas, tenían la sensación de moverse bajo el agua, o a través de un medio más pesado y entorpecedor que el agua, pero al mismo tiempo todo discurría a gran velocidad, como la crecida de un río que se lleva el mundo por delante. El director, Harry Clancy, había acudido desde Portmarnock, donde un *caddy*, enviado a buscarle en bicicleta, le había alcanzado en el hoyo 12. Aún vestido de golfista, recorría su despacho de un extremo a otro y los tacos de sus zapatos resonaban marciales sobre el suelo de linóleo mientras dictaba un panegírico a su secretaria, la ya madura y ligeramente bigotuda señorita Somers, que lo taquigrafiaba en un cuaderno de papel carbón.

—... fulminado en la flor de la vida —declamaba Clancy— por una hemorragia cerebral —se interrumpió de golpe para mirar a la señorita Somers, que había cesado de escribir y permanecía inmóvil, con el lápiz suspendido sobre la libreta apoyada en su rodilla—. ¿Qué sucede?

La señorita Somers aparentó no escucharle y comenzó a escribir de nuevo.

—... *en la flor de la vida*... —murmuró, trazando trabajosamente las palabras sobre el barato papel grisáceo.

—¿Qué se supone que debo decir? —preguntó Clancy—. ¿Que el jefe se voló la tapa de los sesos?

—... *por una he-mo-rra-gia ce-re-bral*...

—Vale, de acuerdo, quite eso.

Clancy se había sentido muy satisfecho al encontrar aquella fórmula más que aceptable para explicar su muerte. ¿No se había producido una hemorragia? Dado que Jewell utilizó una escopeta, tuvo que perder muchísima sangre. El *Clarion* no mencionaría el suicidio, tampoco sus rivales: los suicidios, por una norma no escrita,

no se publicaban en prensa para no herir los sentimientos de los familiares y para evitar que las compañías de seguros los usaran como excusa para no pagar a las familias. No obstante, pensó Clancy, era mejor no publicar una mentira demasiado obvia. Antes o después se sabría que el jefe se había dado de baja —¡Dios, ésa era una buena frase!—, por muy elaboradas que fuesen las mentiras que se contaran.

—Sólo escriba: «A la trágicamente temprana edad de cuarenta y cinco años y en la plenitud de su carrera profesional», y déjelo así.

Metió las manos en los bolsillos y caminó con gran estruendo hasta la ventana y permaneció allí, con la vista clavada en el río. ¿Es que nadie limpiaba aquel cristal? Apenas conseguía ver el exterior. La ciudad relucía bajo el calor y casi podía saborear la carbonilla en el aire polvoriento. El río despedía un olor nauseabundo que ningún cristal sucio, por grueso que fuese, habría conseguido detener.

—Léame lo que lleva escrito —gruñó. Aquel día había estado en plena forma en el campo de golf: tres *bogeys* y un *birdie* en el hoyo nueve.

Su secretaria le miró de reojo. Aquel jersey rosa podía ser adecuado para el campo de golf, pero en la oficina le daba un aire de mariquita jubilado. Clancy era un hombre corpulento, con una mata de rizos cobrizos en los que ya se entreveían canas y una red cárdena de venas en los pómulos, testimonio de una vida bebiendo a conciencia. Era él quien debía preocuparse por una posible hemorragia cerebral, pensó la señorita Somers. En los cuarenta años que ella llevaba en el *Clarion*, era el cuarto director para el cual trabajaba, sin contar a Eddie Randall, que no aguantó la presión y fue despedido a los quince días de su nombramiento. La señorita Somers recordó al viejo Jewell, a quien todos llamaban Francie; unas Navidades, mientras bebían un vino caliente especiado en Mooney, él le había hecho una proposición indecorosa que ella había simulado no comprender. De todos modos, aquél era un hombre de verdad, no como los de ahora, que se hacían llamar periodistas —¿qué había sido de los *reporteros*?— y se pasaban la mitad de la semana jugando al golf y la otra mitad en el pub.

Clancy había reanudado sus idas y venidas y su perorata.

—... vástago de una distinguida familia de Dublín y un... —se detuvo de nuevo sofocando su ira, mientras la señorita Somers, delicada pero audiblemente, se aclaraba la garganta—. ¿Qué sucede ahora?

—Perdone, señor Clancy... ¿Qué palabra acaba de decir?

—¿Cuál? —inquirió desconcertado.

—¿Quiere decir *vástago*? —preguntó la señorita Somers sin alzar la vista del papel—. Creo que es así como se pronuncia, no *vastago*.

Inmóvil en mitad del despacho, él respiró hondo mientras contemplaba con furia e impotencia la raya blanca que dividía la cabellera plateada por el centro. ¡Maldita solterona amargada!

—Le ruego que perdone mi ignorancia —dijo con fatigado sarcasmo—: *Vástago* de una distinguida familia de Dublín...

Y un bastardo sin escrúpulos, pensó, capaz de arrancarte el corazón con la misma rapidez con que te miraba. Con gesto impaciente, movió una mano y se sentó tras su mesa.

—Lo terminaremos más tarde —dijo—. Hay tiempo de sobra. Y, por favor, dígame a la operadora que me ponga con Hackett, en Pearse Street.

Pero el inspector Hackett no se encontraba en la comisaría, sino en Brooklands, por supuesto. Y, como Clancy, tampoco estaba de muy buen humor. Acababa de terminar la comida del domingo —una sabrosa pierna de cordero— y se estaba preparando para ir a Wicklow a pescar cuando sonó el teléfono. Una llamada en la tarde del domingo sólo podía ser de su cuñada, amenazando con ir a visitarlos con su prole, o de la comisaría. Hoy, no sabía por qué, al escuchar el timbre agudo del teléfono, había adivinado de quién se trataba y que el asunto era serio. El nuevo policía, Jenkins, había pasado a recogerle en un coche patrulla; él había escuchado el ulular de la sirena cuando aún se hallaba a tres calles de distancia. Su mujer le había preparado un sándwich con los restos del cordero —la tarea esencial de May en la actualidad parecía ser alimentarle— y el peso en el bolsillo del bulto templado del pan y la carne, envuelto en papel encerado, le molestaba. Lo habría arrojado por la ventanilla del coche patrulla tan pronto salieron al campo si no le hubiera parecido una traición.

Jenkins estaba muy excitado. Era su primera misión seria desde que le habían destinado con el inspector Hackett, y el asunto prometía ser importante. Aunque las primeras informaciones de Brooklands sugerían que Richard Jewell se había suicidado, Hackett se mostraba escéptico y sospechaba que había gato encerrado. Jenkins no comprendía cómo el inspector conseguía estar tranquilo, pues, a pesar de todos sus años de servicio, no era probable que se hubiera enfrentado a más de un puñado de asesinatos y ninguno desde luego tan sensacional como éste, en caso de que se tratara de un asesinato. Sin embargo, lo único que parecía preocuparle era haberse visto obligado a cancelar su jornada de pesca. Salió de su casa —su esposa le había seguido con la vista desde la penumbra de la puerta de entrada— con semblante hosco, y lo primero que hizo cuando se metió en el coche fue preguntarle por qué diablos había encendido la sirena si era domingo y prácticamente no había coches en la calle. A partir de aquel momento no pronunció más de una docena de palabras hasta que llegaron al pueblo de Kildare. Allí tuvieron que preguntar cómo se iba a Brooklands, lo que le enojó aún más.

—¿No se le ocurrió mirar el mapa antes de ponerse en camino?

Pero la mayor humillación aguardaba a Jenkins cuando por fin llegaron a Brooklands. Una cosa era un cadáver, y algo muy distinto era un cadáver con sólo un

trozo de mandíbula en donde debería estar la cabeza y con un pedacito cartilaginoso de la columna vertebral sobresaliendo de la espalda.

—¡Salga inmediatamente! —gritó el inspector cuando vio que se ponía verde—. ¡Lárguese antes de que vomite sobre las pruebas!

El pobre Jenkins bajó la escalera exterior dando tumbos y, en una esquina del patio empedrado, vomitó lo que quedaba de su comida.

Qué extraño le resultaba a Hackett estar en aquella hermosa casa de campo, con los pájaros cantando y una lámina de sol entrando hasta sus pies por la puerta abierta del despacho de Jewell y, al mismo tiempo, aspirar el viejo olor familiar de una muerte violenta. Y no es que lo hubiera olido a menudo, pero una vez que se percibía no se olvidaba jamás: esa mezcla ligeramente pestilente de sangre y excrementos y algo más, algo tenue, incisivo y larvado, quizá el olor mismo del terror o el de la desesperación. ¿No estaría siendo fantasioso? ¿Podían dejar un rastro la desesperación y el terror? Escuchó el sonido de las arcadas de Jenkins en el patio. No podía recriminar al pobre tipo su debilidad: Jewell era una visión espantosa, arrojado y retorcido sobre la mesa como un sacacorchos y con los sesos esparcidos en la ventana que había tras él. Hackett se fijó en la escopeta, era una belleza: una Purdey, si no se equivocaba.

Jenkins subió a duras penas los escalones de madera, dio un paso dentro del despacho y se detuvo.

—Lo siento, inspector.

Hackett no se giró. Estaba de pie al lado de la mesa, con las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero echado hacia el cogote. Jenkins se fijó en el brillo de las coderas y de la espalda de la chaqueta azul. Miró por encima del hombro de su jefe a aquella cosa arrojada sobre la mesa como un pedazo de ternera. Se sintió desilusionado. Había esperado que se tratara de un asesinato, pero el cadáver sostenía el arma entre las manos.

Un coche se detuvo en el patio.

—Los forenses —dijo Jenkins, asomándose a la escalera.

Sin moverse, el inspector hizo un ademán tajante con la mano.

—Dícales que esperen un minuto. Dícales —y se rió brevemente— que estoy cavilando.

Jenkins bajó los escalones de madera, sonaron voces en el patio y regresó. Hackett hubiera preferido que le dejaran solo. Siempre sentía una extraña paz en presencia de la muerte; le sobresaltó darse cuenta de que era el mismo sentimiento que tenía últimamente cuando May se iba a la cama temprano y le dejaba en su sillón junto a la chimenea, con una bebida en la mano, observando rostros en las llamas. Ese anhelo de soledad no era un buen signo. No era el olor de la sangre y la violencia, sino aquel otro más dulce a caballos y a heno y a cosas similares el que le llevaba a

pensar sobre el pasado, sobre su infancia, sobre la muerte y los seres queridos que ya habían muerto.

—¿Quién lo encontró? —preguntó—. ¿El mozo de cuadra?

—El capataz —contestó Jenkins a su espalda—. Un tal Maguire.

—Maguire, sí —escenas de sangrienta desgracia como aquélla constituían un momento detenido en el tiempo, un segmento rescatado de la corriente rutinaria de las cosas y mantenido en vilo, como un espécimen presionado entre dos láminas de cristal bajo la lente del microscopio—. ¿Oyó el disparo?

—Dice que no.

—¿Dónde se encuentra?

—En la casa. Estaba tan conmocionado que la señora Jewell lo llevó allí.

—¿La esposa está aquí? ¿La viuda? —recordó que la mujer de Jewell era extranjera. ¿Española? No, francesa—. ¿Oyó el disparo?

—No he hablado con ella.

Hackett dio un paso al frente y tocó la muñeca del muerto. Fría. Podía llevar allí horas sin que nadie lo supiera.

—Dícales a los forenses que suban —Jenkins se dirigió a la puerta—. ¿Dónde está Harrison? ¿Viene de camino?

Harrison era el forense local.

—Está enfermo, por lo visto.

—Es más probable que esté en su barco.

—Dicen que tuvo un ataque al corazón.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—¡Dios!

—Han llamado al doctor Quirke.

—Vale.

Maguire era un hombre corpulento con una gran cabeza cuadrada y manos también cuadradas con venas gruesas como cuerdas, que todavía temblaban visiblemente. Estaba sentado ante la mesa de la cocina en una zona iluminada por el sol, con una taza de té delante y la mirada perdida. Su labio inferior temblaba en el rostro ceniciento. Hackett lo observó con severidad. Aquellos que parecían más duros eran siempre los más vulnerables. Sobre la mesa había un jarrón con tulipanes rosas. Del campo llegaba el sonido de un tractor recolectando el heno en la tarde de domingo para aprovechar el buen tiempo. Habían pronosticado lluvia para el final de la semana. En una repisa sobre el fregadero se oía el grave murmullo de un enorme transistor.

Hackett sólo había coincidido con Richard Jewell en una ocasión, durante una

fiesta para recolectar fondos destinados a las viudas de la Garda. Le había dado la impresión de que Jewell tenía ese lustre anodino de los hombres ricos; sólo sus ojos parecían reales, como remaches en una máscara sonriente. Era un tipo apuesto, aunque con un aire lobuno, con demasiados dientes, blancos y grandes, y una nariz como un hacha de piedra. Mientras se movía entre la multitud, saludando sonriente al comisario y al alcalde y haciendo temblar las rodillas de las mujeres, parecía estar exhibiéndose, girando aquí y allá, como si fuese una gema preciosa que admirar y envidiar. Diamante Dick. Era difícil no dejarse impresionar. ¿Por qué iba a quitarse la vida un hombre así?

—¿Le apetece una taza de té, inspector? —le preguntó la señora Jewell.

Alta, delgada y con unos intensos ojos negros, la mujer se hallaba junto al fregadero con un cigarrillo entre los dedos, elegante e inexplicablemente tranquila. Llevaba un vestido de seda gris perla y unos finos zapatos de charol con altísimos *stiletos*. El cabello, muy negro, estaba recogido hacia atrás, y no llevaba joyas. Algún estilizado pájaro local, digamos una garza, habría desentonado menos en aquel paraje tan irlandés.

—No, gracias, señora —contestó Hackett. Jenkins hizo un ligero ruido y el inspector, girando levemente, le señaló con la mano—. Por cierto, él es el sargento Jenkins.

Tuvo que morderse los labios para no sonreír al pronunciar el nombre de Jenkins. Le sucedía siempre. Por alguna razón, le recordaba una película, que había visto de niño en alguna parte, de un burro que llevaba un sombrero con dos agujeros por los que asomaban sus orejas peludas. Y a decir verdad las orejas de Jenkins eran enormes y ligeramente puntiagudas. Tenía un rostro alargado y muy pálido, y su nuez parecía colgar del extremo de una cuerda elástica. Aunque dispuesto y siempre servicial, no era de gran ayuda. Numerosas son las cosas que surgen en nuestro camino para ponernos a prueba, se dijo Hackett.

—Dígame, señora, ¿se hallaba aquí cuando..., cuando ocurrió? —preguntó con delicadeza.

La señora Jewell enarcó una ceja.

—¿Cuándo ocurrió?

—No lo sabremos con certeza hasta que llegue el forense, pero mis colegas opinan que podría haber sucedido hace unas cuatro o cinco horas.

—En ese caso, no. Llegué a... —miró el reloj de pared que había sobre la cocina—, a las tres, o tres y media. En torno a esa hora.

Hackett asintió. Le gustaba su acento. No parecía francesa, le recordaba más bien a aquella mujer sueca de las películas... ¿Cómo se llamaba?

—¿Existe alguna razón para que su marido...?

Ella casi soltó una carcajada.

—No, por supuesto que no.

Él asintió de nuevo y, frunciendo el ceño, bajó la vista a su sombrero, cuyo borde sujetaba entre las yemas de los dedos. Aquella mujer le hacía sentirse servil y respetuoso, como un aspirante a un puesto de trabajo. Advirtió con sorpresa que todos estaban de pie excepto Maguire, que permanecía sentado a la mesa en estado de shock. ¿Qué le pasaba a aquel tipo? ¿Se había venido completamente abajo?

Centró de nuevo su atención en la mujer.

—Perdone que le diga esto, señora Jewell, pero no parece muy sorprendida.

Ella abrió aún más los ojos; eran extraordinarios, negros y brillantes, los párpados afilados en las esquinas como los de un gato.

—Por supuesto que estoy sorprendida. Estoy... —buscó la palabra—, estoy desconcertada.

Aquello pareció zanjar el tema y el inspector se dirigió al capataz.

—Usted dijo que no oyó el disparo. ¿Es así?

Maguire no se dio cuenta de que se dirigía a él y Hackett tuvo que preguntarle de nuevo, esta vez alzando la voz. El hombre dio un respingo, como si le hubieran empujado por la espalda.

—No —dijo sin levantar la vista del suelo—. Probablemente me hallaba en los gallops.

Hackett miró a la señora Jewell.

—Los gallops son las pistas donde se entrena a los caballos —dijo ella.

Había finalizado el cigarrillo y estaba buscando algo donde dejar la colilla con una vaga y divertida expresión de desorientación, como si nunca hubiera estado en una cocina, ni siquiera en ésta, y se sintiera, al mismo tiempo, admirada y perpleja por todos aquellos extraños utensilios y electrodomésticos. Jenkins vio un cenicero sobre la mesa, lo cogió con presteza y se lo acercó. Fue recompensado con una sonrisa inesperadamente cálida, incluso radiante, y por primera vez Hackett se dio cuenta de lo hermosa que era aquella mujer, demasiado delgada y demasiado fría, pero encantadora a pesar de ello. Y le sorprendió pensar así, ya que nunca había entendido mucho sobre la belleza de las mujeres.

—¿Ha subido al despacho? —le preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió ella. Él permaneció en silencio, mientras giraba el sombrero lentamente entre los dedos. La mujer esbozó una media sonrisa—. Estuve en Francia durante la guerra, inspector. No es el primer cadáver que veo.

Ingrid Bergman... Ya lo tenía, ése era su acento. Ella le estaba observando y él bajó la vista. ¿Así que su esposo ya sólo era un cadáver para ella? Qué extraña era, incluso para ser francesa.

De pronto, Maguire rompió a hablar y sus palabras parecieron sorprenderle a él tanto como a ellos.

—Hizo que le limpiara la escopeta. Me la dio ayer y me pidió que se la limpiara —los otros tres le observaban y él les devolvió la mirada, de uno en uno—. Nunca lo hubiera imaginado —dijo con tono asombrado—. Nunca lo hubiera imaginado.

Nadie dijo nada, todos permanecieron tal como estaban antes, como si Maguire no hubiera hablado.

—¿Quién más estaba en la casa? —preguntó Hackett a la señora Jewell.

—Creo que nadie. Sarah, la esposa del señor Maguire, es el ama de llaves de la finca, pero estaba en misa y después tenía pensado ir a ver a su madre. El señor Maguire ya le ha dicho que estaba en las pistas. Y yo venía hacia aquí en el Land Rover.

—¿No hay más empleados? ¿Otros peones, mozas de cuadra...? —se detuvo, pues no conocía los nombres específicos de aquellos trabajos—. ¿Más personal?

—Desde luego, pero hoy es domingo —contestó la señora Jewell.

—Claro, es verdad —el sonido insistente del tractor, aunque lejano, le estaba provocando dolor de cabeza—. ¿Es posible que su marido tuviera en cuenta ese dato, que no habría nadie en la finca?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez, ¿quién puede saberlo ahora? —unió ligeramente las manos a la altura del pecho—. Debería entender, inspector... —vaciló un momento—. Perdóneme, he olvidado su nombre.

—Hackett.

—Es cierto, disculpe, inspector Hackett. Ha de comprender que mi esposo y yo llevábamos vidas... separadas.

—¿Estaban separados?

—No, no —ella sonrió—. Incluso después de tanto tiempo mi inglés a veces... Lo que quiero decir es que cada uno tenía su propia vida. Es..., quiero decir, era ese tipo de matrimonio —sonrió de nuevo—. Quizá esto le sorprenda un poco.

—No, señora, en absoluto. Sólo estoy intentando comprender las circunstancias. Su marido era una persona muy conocida. Esto va a llenar muchas páginas de los periódicos, habrá muchos comentarios. Todo este asunto es muy... delicado. ¿No es cierto?

—Lo que usted quiere decir es que será un escándalo.

—Lo que quiero decir es que la gente querrá saber, querrá conocer las razones.

—¿La *gente*? —preguntó ella en tono mordaz, mostrando por primera vez una chispa de pasión, aunque sólo una chispa—. ¿Qué le importa esto a la *gente*? Mi marido, el padre de mi hija, está muerto. Es un escándalo, sí, pero un escándalo para mí y para mi familia, y para nadie más.

—Sí —dijo Hackett con suavidad, mientras asentía con la cabeza—. Es verdad, pero la curiosidad es insaciable, señora Jewell. Le recomiendo que tenga el teléfono

descolgado durante un par de días. ¿Tiene amigos con los que pueda quedarse, alguna casa en la que alojarse?

Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró desde lo alto de su estrecha y elegante nariz.

—Inspector, ¿le parezco el tipo de persona que se esconde? —preguntó con frialdad—. Sé cómo es la *gente*, conozco cómo les *pica* la curiosidad, sé lo que significan los interrogatorios. No tengo miedo.

Hubo un breve silencio.

—Estoy seguro de que usted no es ese tipo de persona, señora Jewell —dijo Hackett—. Estoy seguro.

En un segundo plano, Jenkins observaba a la mujer con admirada fascinación. Maguire, aún absorto, dejó escapar un gran suspiro. La señora Jewell, desaparecida su furia, si aquello era furia, giró la cabeza a otro lado. De perfil, parecía un relieve de la tumba de un faraón. El sonido de un coche sobre los adoquines del patio irrumpió en la cocina.

—Ése debe de ser Quirke —dijo el inspector Hackett.

La luz de la tarde había adquirido un tono dorado. Hackett estaba paseando en un *paddock* detrás de las caballerizas. El césped reseco se quebraba bajo sus pasos, que levantaban nubes de polvo ambarino. Aunque sólo estaban a principios de junio, el campo estaba sediento. Hackett vio al doctor Quirke aproximarse a la casa y se detuvo para esperarle. Aquel hombretón avanzaba vacilante sobre unos pies absurdamente delicados. Más que andar, parecía trastabillar cojeando apenas, como si hubiera tropezado con algo tiempo atrás y todavía estuviera tratando de recuperar el equilibrio. Como de costumbre, vestía un traje de doble botonadura y un sombrero flexible de fieltro negro. Hackett estaba seguro de que si se encontraran por casualidad en medio del desierto del Sahara, Quirke llevaría la misma indumentaria, con la chaqueta abotonada, el sombrero inclinado sobre un ojo y la corbata estrecha con el nudo torcido.

—Doctor Quirke —dijo a guisa de saludo—, ¿nunca ha pensado que nos hemos equivocado de trabajo? Parece que sólo nos encontramos cuando alguien ha muerto.

—Igual que empleados de una funeraria —contestó Quirke. Alzó su sombrero y se pasó la mano por las cejas, brillantes por la humedad—. ¡Qué calor!

—No se queje, después del invierno que hemos tenido —se dieron la vuelta para contemplar la casa y las caballerizas dispersas—. Bonito lugar. Y pensar que es tan sólo el rinconcito que Diamante Dick tenía en el campo.

La casa era tan grande como una mansión, con elegantes ventanas georgianas y una escalinata de granito que conducía a la puerta principal, flanqueada por dos sólidas columnas blancas. Las paredes estaban cubiertas de hiedra y parra virgen, y

cada una de las cuatro altas chimeneas de ladrillo color miel tenía una docena de sombreretes por lo menos.

—¿Conoce a la viuda?

Quirke seguía contemplando la casa.

—Sí, la conocí no recuerdo dónde, en algún acto.

—¡Ah! Los Jewell no se perdían un acto.

Ambos eran conscientes de la tensión, ligera pero palpable, que había entre ellos. La muerte tenía ese efecto; era embarazosa, como un mal olor. Hablaron de Harrison y su ataque al corazón. Quirke comentó que no le había molestado que le llamaran el domingo, y Hackett pensó que a los solteros, claro, no les importaban los domingos. Aunque había oído que Quirke estaba saliendo con una mujer... ¿Una actriz, tal vez? Prefirió no preguntar. La vida privada de Quirke era, en las mejores circunstancias, complicada. Si es que existía vida privada en aquel país, pensó el detective.

Se dirigieron hacia la casa paseando a través de la hierba reseca.

—¿Ha echado un vistazo a su señoría? —preguntó el inspector.

Quirke asintió.

—Menudo estropicio.

—Desde luego —Hackett hizo una pausa—. ¿Y qué piensa?

—Bueno, no hay duda sobre la causa de la muerte —contestó Quirke, tajante.

Dejaron el *paddock* y Hackett cerró la puerta de la verja. De una de las cuadras escapó un sonoro relincho y retumbó el sonido de una coz contra la madera. La agitación se contagió a los demás caballos, aunque el revuelo duró un instante. Una sensación de desasosiego teñía la calma del domingo, ¿o era sólo su imaginación? No, la muerte violenta tenía una presencia incuestionable; Hackett ya había sentido el susurro de su manto oscuro en otras ocasiones.

—Esto va a hacer ruido. Me pregunto qué dirá el *Clarion* —se rió entre dientes.

—Publicará la verdad sin miedo. Como siempre.

Esta vez rieron ambos.

—¿Y qué será? —preguntó Hackett.

—¿El qué?

—La verdad.

—Ésa es una buena pregunta.

Llegaron a la casa y se detuvieron para admirar su noble fachada.

—¿Hay un heredero? —musitó Hackett.

—La viuda heredará, digo yo.

—No me parece que esté preparada para dirigir un negocio periodístico.

—No lo sé, después de todo es francesa y ellos son diferentes.

—¿Qué edad tiene la hija?

—No estoy seguro... Es una niña. Supongo que debe de tener ocho o nueve años.

Jenkins vino hacia ellos desde la esquina de las cuadras, lívido y todavía tembloroso.

—¿Ya han terminado esos tipos? —le preguntó Hackett. No sabía por qué los equipos forenses siempre le irritaban.

—Están acabando, inspector.

—Ésos no terminan nunca.

Cuando subieron al despacho, el jefe del laboratorio y su ayudante estaban guardando las cosas en sus maletines cuadrados de cuero negro y preparándose para marchar. El de más edad, un tipo corpulento con papada y mirada apesadumbrada, se llamaba Morton.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo quejumbroso—. ¡Escopetas!

—Bueno, son rápidas, de eso no hay duda —observó Hackett en tono ligero.

El ayudante de Morton era tartamudo y pocas veces hablaba. Hackett no conseguía recordar su nombre. Ah, Phelps, eso era. Morton y Phelps, parecía el nombre de un dúo cómico de la radio. El pobre Jenkins miraba a todas partes, excepto a lo que quedaba de Diamante Dick Jewell.

—El informe estará listo mañana por la mañana, ¿verdad? —dijo Hackett a Morton, que alzó la vista como única respuesta; pero el inspector no pensaba permitir que le ignorara—. ¿A las nueve lo tendré ya en mi mesa?

—Estará listo cuando esté listo —murmuró Morton, mientras cogía su maletín.

Una sonrisa burlona apareció en la cara de Phelps, que se mordió el labio. Los dos salieron y descendieron la escalera con gran estruendo.

—¿Qué clase de equipo es el nuestro con expertos como esos dos payasos? —preguntó Hackett, sin dirigirse a nadie en particular. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y tropezó con el bulto del bocadillo, blando y todavía caliente.

De pie en el centro de la habitación, con la cabeza ladeada y las manos en los bolsillos del pantalón, Quirke miraba detenidamente el cuerpo sobre la mesa.

—No hay ninguna nota. ¿No escribió ninguna nota de despedida o usted ya la ha encontrado? —Hackett no contestó. Ambos intercambiaron una mirada—. Esto no es lo que uno espera de tipos como Richard Jewell.

Jenkins, con las orejas aguzadas, los observaba expectante.

Hackett suspiró, cerró los ojos y con el pulgar y el índice presionó el puente de su nariz, tan informe como una patata y de un tono grisáceo similar.

—¿Está insinuando que podría no ser un suicidio? —preguntó, mientras abría los párpados y miraba a Quirke.

—¿Hacia dónde se dirigen sus sospechas, inspector? —dijo Quirke con tono teatral. Ambos, que de jóvenes habían sido espectadores entusiastas de cine, esbozaron una sonrisa algo lúgubre.

—Venga, vayamos a hablar con la sufriente viuda —dijo Hackett.

En realidad, Quirke recordaba perfectamente dónde había conocido a Françoise d'Aubigny, pues con ese nombre se presentó la independiente esposa de Richard Jewell. No sabía por qué se lo había ocultado al inspector. Había sucedido el verano anterior, durante el cóctel que dio la embajada francesa para celebrar el día de la Bastilla. Acababa de producirse un pequeño percance diplomático: alguien había rechazado estrechar la mano del embajador, un viejo petainista de modales exquisitos, majestuosa melena plateada y un siniestro tic en la mejilla izquierda. Quirke se aproximó a la mujer, que estaba sola junto a la ventana contemplando el jardín. No sabía qué le había atraído de ella, quizá su belleza clásica y ligeramente severa. Estaba pálida y tensa, llevaba un traje largo de una diáfana blancura y de talle alto, un vestido estilo Imperio, creía él que se llamaba. Una cinta escarlata sujetaba su pelo, también recogido en lo alto. En la luz dorada del jardín, la mujer parecía un retrato de Jacques-Louis David. Sostenía una flauta de champán con los dedos de ambas manos entrelazados y cuando él le habló estuvo a punto de dejarla caer del sobresalto. La mirada que le lanzó, obsesiva y atormentada al mismo tiempo, sorprendió a Quirke. Pero ella se rehízo enseguida y aceptó un cigarrillo.

¿De qué habían hablado? No lo recordaba. Del tiempo probablemente y sin duda de Francia, teniendo en cuenta la fecha y el lugar en que se encontraban. Ella mencionó a su marido, aunque no dijo de quién se trataba; tan sólo le confesó con una sonrisa que se hallaba allí y que no estaba muy contento, pues ella era la persona que se había negado a estrechar la cuidada mano del embajador con su carísima manicura.

—Mi hermano estaba en la Resistencia —dijo y se encogió ligeramente de hombros—. Murió.

Para entonces, otras personas se habían acercado a la ventana y Quirke se despidió. Más tarde, cuando Isabel Galloway, que estaba en la fiesta, le contó quién era aquella francesa, Quirke se sintió sorprendido y también un poco desconcertado: nunca hubiera pensado que Richard Jewell fuera la clase de hombre que se casa con la clase de mujer que él suponía era Françoise d'Aubigny. Isabel, por supuesto, se había sentido molesta y había querido saber sobre qué habían estado confabulando, ésa fue su expresión, ellos dos en la ventana, como si fuesen Danielle Darrieux y Gérard Philipe, u otros actores parecidos. Isabel pensaba que los celos, súbitos y violentos, eran un tributo necesario del amor. Ella y Quirke llevaban juntos sólo... ¿Cuánto? ¿Medio año? Durante ese tiempo habían vivido algunos pasajes tormentosos: Isabel era una actriz y ejercía su teatralidad tanto dentro como fuera del escenario.

Hackett le estaba hablando.

—¿Perdón?

Se encontraban ante la puerta principal, esperando a que alguien respondiera a los

golpes que acababan de dar. Jenkins había sido enviado al despacho de Jewell para hacer compañía al cadáver, según le dijo Hackett a Quirke con un guiño.

—Le preguntaba qué debemos decirle. A la esposa, me refiero.

—No me corresponde a mí decirle nada. El detective es usted —repuso Quirke.

—Ya lo he intentado antes y no he averiguado nada.

Sarah Maguire, el ama de llaves, abrió la puerta. Era una criatura macilenta, con pelo de ratón y modales huidizos, como si temiera recibir un golpe en cualquier momento. Sus ojos claros estaban enrojecidos por el llanto. Se echó hacia atrás para dejarlos pasar y, sin una palabra, les guió por el enorme vestíbulo a través del brillante parqué. El lugar olía a flores, a cera de muebles, a dinero.

La señora Jewell, Françoise d'Aubigny —¿cómo *debía* llamarla?, se preguntaba Quirke—, los esperaba en el salón. Al pasar, los dos hombres sintieron que se adentraban en una tupida gasa, tan densa era la luz que irrumpía por las cuatro altas ventanas de guillotina, distribuidas, dos y dos, en paredes contiguas. Estaban abiertas por la mitad superior y las amplias cortinas de muselina danzaban lánguidamente, como velos, en la brisa. La señora Jewell, de pie en un lateral, sujetaba algo en su mano izquierda, un objeto parecido a una bola de cristal. Se giró apenas y los miró por encima del hombro izquierdo. Qué delgada era, qué estilizado era su rostro con los altos pómulos y la pálida y alta frente. Era mucho más hermosa de lo que recordaba Quirke. Con una media sonrisa, ella le observó intrigada. ¿Recordaría su breve encuentro de hacía un año? No, seguro que no.

—Les presento al doctor Quirke —dijo Hackett—. Ha venido a sustituir al doctor Harrison, el forense local, que no se encuentra bien.

Ella extendió con elegancia la mano para que Quirke la estrechara.

—Nos encontramos de nuevo —dijo. La frase pilló por sorpresa a Quirke, que, incapaz de pensar una respuesta, la saludó inclinando la cabeza con torpeza—. ¿Ya ha visto a mi marido? —se comportaba como si estuviera refiriéndose a una visita de cortesía. Sus ojos negros le contemplaban con calma y en su brillo se perfilaba la sombra de una sonrisa irónica, incluso un poco burlona.

—Sí, eso me temo. Lo siento mucho, *madame*... —Quirke vaciló un instante—, señora Jewell.

—Es usted muy amable —dijo la mujer, retirando la mano.

Quirke se sobresaltó al percibir con el rabillo del ojo que había otra persona en la habitación, una joven de unos veinte años. Estaba reclinada en un sofá, frente a una de las ventanas, con la cabeza echada hacia atrás y las largas piernas extendidas a un lado con los tobillos cruzados. Llevaba unos pantalones de equitación, unas lustrosas botas de montar negras y una camisa de un verde musgo; el pañuelo, que llevaba suelto en torno al cuello, tenía el mismo tono de oro viejo que la tapicería del sofá. Miraba a Quirke y al policía con una expresión de escaso interés. En equilibrio sobre

el brazo del sofá había un vaso de cristal tallado con lo que parecía ser un gin-tonic con unos cubitos de hielo y una rodaja de lima. «A poco más de noventa metros de esta habitación y de estas elegantes y serenas mujeres, Richard Jewell está tirado sobre la mesa de su despacho con la cabeza reventada», pensó Quirke.

—Les presento a la hermana de mi marido, Denise —dijo la señora Jewell—. Nosotros la llamamos Dannie.

Quirke se aproximó con la mano tendida, adelantándose a Hackett. Parecían un par de cortesanos patosos, pensó, tropezando uno en los talones del otro en presencia de la reina y de la princesa heredera. Dannie Jewell era tan delgada como la mujer de su hermano, si bien era de tez clara, frente a la tez morena de aquélla. Llevaba corto el cabello, rubio con reflejos cobrizos, y su rostro, ancho en la frente y afilado en la barbilla, tenía un parecido casi impactante con el del hombre que yacía muerto en su despacho, al otro lado del patio empedrado. Apenas alzó la cabeza del respaldo del sofá cuando, sin sonreír, estrechó la mano de Quirke y luego la del inspector. Dijo algo, pero tan bajo que resultó inaudible, lo que hizo que ambos hombres se inclinaran ostensiblemente hacia ella. Dannie Jewell carraspeó:

—Soy su medio hermana —aclaró en un tono un tanto desafiante—. No tuvimos la misma madre.

Los dos hombres, como si fuesen uno, se giraron al tiempo hacia Françoise d'Aubigny.

—Mi suegro se casó dos veces, ambas mujeres murieron. Una pena —dijo.

Aquella declaración parecía requerir algún comentario, pero ninguno de los dos hombres encontró la frase adecuada y, en el incómodo silencio que siguió, Françoise d'Aubigny tomó de nuevo la palabra:

—Tengo la sensación de que llevo horas ofreciendo té a la gente. ¿Qué le apetece tomar, doctor Quirke? —preguntó. Levantó su vaso de la mesa baja donde se encontraba—. Como pueden ver, Dannie y yo necesitábamos algo más fuerte que un té. ¿Le pido a Sarah que les traiga algo, tal vez un whisky? —se volvió hacia Hackett; la esquina de su boca temblaba burlona—. Aunque imagino, inspector, que usted está «de servicio».

—Efectivamente, señora —dijo Hackett, impasible.

Quirke declinó también el ofrecimiento y ella se llevó la mano a la frente en un gesto que hasta la propia Isabel Galloway hubiera calificado de teatral.

—Qué extraño es todo esto. Y, al mismo tiempo, resulta familiar, como algo que uno podría leer en el periódico.

—¿Fue usted quien llamó a los guardias? —preguntó Hackett—. Me dijeron que fue una mujer, pero que no quiso dar su nombre.

Durante un instante la señora Jewell pareció confusa, luego asintió.

—Sí, sí, fui yo quien llamó —sus ojos iban del detective a Quirke y de Quirke al

detective—. Parece que todo pasó hace mucho tiempo.

La habitación quedó en silencio, excepto por el sonido susurrante de las cortinas al ondear. Dannie Jewell se levantó del sofá.

—Tengo que irme —anunció—. ¿No te importa, Françoise?

Hackett se volvió hacia ella.

—¿Podría quedarse un minuto más, señorita Jewell? —dijo con su sonrisa más paternal.

La joven frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Estoy intentando hacerme una idea de la..., de la secuencia de los acontecimientos. Y me interesa hablar con todos los que estuvieron aquí durante el día.

—Yo no estaba aquí —exclamó ella, casi indignada—. Quiero decir, no estaba aquí cuando..., no cuando...

—Pero, según veo, va vestida para montar —dijo el inspector, sin dejar de sonreír.

Ahora era ella quien parecía confusa.

—Sí, he estado montando. Tengo un caballo en una de las cuadras. Salimos temprano...

—¿Salimos?

—Sí, Toby y yo. Mi caballo.

—¿Así que no oyó el disparo?

—¿Cómo iba a oírlo? Estaba en Curragh, muy lejos de aquí.

Quirke descubrió que el objeto que la señora Jewell sujetaba en la mano izquierda era una bola de cristal en cuyo interior había una diminuta ciudad francesa, con sus casas y sus calles y un castillo con la bandera tricolor ondeando en su estrecha torrecilla.

—Me da la sensación de que estamos siendo..., ¿cómo dicen ustedes?..., interrogadas —dijo ella, dirigiéndose a Hackett, y añadió con una breve risa conciliadora—. Pero seguro que me equivoco.

Dannie Jewell levantó su vaso del brazo del sofá y tomó un largo sorbo, sedienta como una niña. Lo sujetaba con las dos manos y aquel gesto devolvió a Quirke la imagen de Françoise d'Aubigny con la copa de champán ante la ventana de la embajada aquel día, y recordó la mirada que le había lanzado, aquella extraña desesperación. ¿Quiénes eran realmente aquellas dos mujeres y qué estaba sucediendo?

Hackett levantó ambas manos con las palmas hacia arriba en un gesto tranquilizador dedicado a la señora Jewell.

—Sólo estoy haciendo unas cuantas preguntas, señora —su voz era desenfadada

—. Es lo único que estoy haciendo.

—Pensaba que no había ninguna duda sobre lo que ha sucedido —dijo la señora Jewell y, durante un instante igual que un destello, su aspecto se endureció.

—Bueno —contestó Hackett, todo calma y sonrisas—, ésa es la cuestión: ¿qué sucedió?

Se hizo un silencio de nuevo. La señora Jewell miró a Quirke como si buscara una aclaración antes de volverse hacia Hackett.

—No le entiendo, inspector —con el vaso de ginebra en una mano y la bola de cristal en la otra, parecía una figura alegórica de un cuadro, ilustrando alguna máxima de equilibrio o justicia.

Dannie Jewell se sentó de nuevo bruscamente en el sofá. Con la cabeza baja, tanteó a ciegas el brazo del asiento y tiró el vaso. Entonces se cubrió el rostro con las manos y dejó escapar un sollozo apagado. Los demás la miraron. La señora Jewell frunció la frente.

—Ha sido un día terrible —dijo con un tono de ligero asombro, como si sólo ahora se diera cuenta de la magnitud de lo que había ocurrido.

Hackett dio un paso hacia ella y se detuvo.

—Señora, no sé si para usted será mejor o peor si le digo que creemos que su marido no se mató.

En el sofá, la joven separó las manos del rostro, se lanzó hacia atrás contra los cojines, violentamente, y alzó la mirada hacia el techo con aparente furia. O quizás era exasperación.

Françoise d'Aubigny frunció el ceño y se inclinó hacia delante ladeando ligeramente la cabeza, como si fuese dura de oído. De nuevo miró a Quirke en busca de ayuda, pero él no dijo nada.

—Pero entonces... —dijo perpleja la señora Jewell—. Pero entonces ¿quién?...

Por suerte no sucedía a menudo, pero en ocasiones Quirke no recordaba el nombre de pila de su ayudante, pues estaba acostumbrado a dirigirse a él como Sinclair. Aunque trabajaban juntos en el Hospital de la Sagrada Familia desde hacía casi cinco años, prácticamente no sabían nada de la vida del otro fuera del departamento de Patología. Eso no les molestaba demasiado, pues ambos eran muy celosos de su intimidad. Alguna tarde, cuando salían del trabajo a la misma hora, tomaban una copa, nunca más de una, en Lynch, frente a la entrada del hospital, e incluso entonces la conversación jamás sobrepasaba el ámbito profesional. Quirke ni siquiera sabía dónde vivía su joven ayudante y menos aún si tenía novia o mujer e hijos. Debería habérselo preguntado al principio, cuando Sinclair empezó a trabajar con él, pero entonces no se le ocurrió y ahora era demasiado tarde y sólo conseguiría que ambos se sintieran incómodos. Estaba seguro de que a Sinclair no le agradaría; consideraría que su jefe estaba fisgoneando. Los dos parecían satisfechos con la relación que mantenían, carente de hostilidad, aunque tampoco amistosa; estricta y tácitamente limitada. Quirke no tenía ni idea de lo que Sinclair pensaba de él, aunque sabía que deseaba su puesto y percibía en el joven cierta irritación, cierta impaciencia por que se marchara para hacerse cargo del departamento, pero ambos sabían que esa posibilidad no estaba a la vista ni ahora ni en un futuro próximo.

El hecho de que a Sinclair no pareciera importarle que le llamaran del trabajo fuera de horario podía ser un indicio de que vivía solo. Aquella tarde de domingo había algo en él —un aroma de bronceador y de agua salada— que recordaba a la playa. Comentó que había pasado el día en Killiney, y que acababa de entrar en su casa cuando Quirke le llamó por teléfono.

—Killiney —dijo Quirke—. Hace años que no voy. ¿Cómo sigue?

—Pedregosa —contestó Sinclair.

Se puso la bata blanca sobre unos pantalones de pana y una camiseta de cricket —¿cricket?, ¿jugaba Sinclair al cricket?—, mientras silbaba con suavidad. La piel de su rostro era aceitunada, con algunas marcas de viruela, y poseía una espesa cabellera de brillantes rizos negros. Sus labios eran increíblemente rojos para un hombre. Quirke imaginó que debía de resultar atractivo a las mujeres de una forma algo morbosa, con aquella boca que parecía una herida en la parte inferior de su rostro oscuro y un tanto cruel.

—Yo estaba en Kildare —dijo Quirke. Sinclair no parecía escucharle, ni siquiera se había aproximado al cristal que daba a la sala de autopsias y al cadáver cubierto

por una sábana de nylon blanca. Quirke aún no le había revelado la identidad del cuerpo sobre el que se disponían a trabajar; estaba disfrutando al imaginar la reacción asombrada del joven cuando escuchara que se trataba del famoso Diamante Dick Jewell—. El inspector Hackett me pidió que fuera porque Harrison está de baja.

—Ah, ¿sí?

—A Brooklands.

—Ah, bien —con las mangas de la bata blanca subidas, Sinclair estaba lavándose minuciosamente las manos y los antebrazos, cubiertos por espirales de rizado vello negro, en el gran lavabo metálico de la esquina.

—A la casa de Richard Jewell.

Sinclair cerró el grifo. Ahora sí estaba escuchando.

—¿Quién ha muerto? —preguntó.

Quirke simuló estar ocupado, garabateando un documento en su mesa.

—¿Perdón? —dijo levantando la vista.

Sinclair se había aproximado al cristal y observaba el cuerpo sobre la plancha metálica.

—¿Quién ha muerto en Brooklands?

—El mismísimo Diamante Dick.

Sinclair pareció quedarse paralizado.

—¿Richard Jewell está muerto? —preguntó en voz baja.

—Ahí delante lo tienes. De un tiro de escopeta.

Muy despacio, como si se tratara de un sonámbulo, Sinclair metió las manos bajo la bata blanca y sacó un paquete de Gold Flake y un mechero Zippo. Tenía los ojos fijos en el cadáver que yacía en el centro de aquel cuarto, al otro lado del ventanal. Bajo la blanca y dura luz fluorescente, la sala más parecía una caja. Encendió un cigarrillo y expulsó una bocanada de humo que, como una trompeta fantasmal, chocó contra la lámina de vidrio y se disolvió lentamente.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Quirke intentando ver el rostro de Sinclair. Sólo distinguía su vago reflejo en el cristal junto al que se encontraba. Su repentina rigidez y la lentitud de sus movimientos eran una reacción mucho mayor de lo que había esperado y por eso le resultaba completamente inesperada. Se acercó al joven y ambos observaron lo que quedaba de Richard Jewell. Al fin, Sinclair se movió mientras carraspeaba para aclararse la garganta.

—Conozco a su hermana —dijo.

Ahora fue Quirke quien abrió los ojos con asombro.

—¿La hermana de Jewell? ¿Cómo se llama?... ¿Dannie?

—Sí, Dannie —contestó Sinclair sin mirarle—. Dannie Jewell. La conozco.

—Lo siento —Quirke también encendió un cigarrillo—. Debería... —¿qué debería haber hecho?—. ¿La conoce bien? —intentó no hacer hincapié en la palabra

*bien*, pero a pesar de sus esfuerzos sonó mojigato y malicioso.

Sinclair soltó una breve carcajada.

—¿Cuánto es «bien»?

Quirke se alejó y se sentó en su mesa. Sinclair se volvió hacia él y permaneció en su postura habitual, con un hombro apoyado contra el cristal, los tobillos cruzados y un brazo doblado sobre el pecho con el cigarrillo en un extraño ángulo, mientras una delgada y rápida voluta de humo se dirigía al techo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ya se lo he dicho —contestó Quirke—. Un tiro de escopeta.

—¿Un suicidio?

—Eso pretendían que pareciera. Un intento bastante patético. Cuando uno se vuela la cabeza no termina con el arma sujeta cuidadosamente entre las manos.

Sinclair le observaba. Con cierta alarma, Quirke pensó que su ayudante despreciaba su fama, no buscada y en su opinión inmerecida, de investigador amateur. Más o menos por casualidad —casi siempre, de hecho, debido a su hija—, Quirke había intervenido en dos o tres casos, que llevaba como en esta ocasión el inspector Hackett. En los dos últimos, el nombre de Quirke había aparecido en los periódicos y había gozado de una breve popularidad. Eso era parte del pasado, pero era obvio que Sinclair no lo había olvidado. ¿Creía aquel joven que él buscaba publicidad? Eso era una tontería; él se había limitado a ser un espectador en varias situaciones de amenaza y violencia, aunque en uno de los casos le habían propinado una tremenda paliza, de la que todavía le quedaba una cojera. No había estado en su mano evitar involucrarse, aunque fuese de forma accidental. Pero se dio cuenta de que su ayudante no lo veía así en absoluto. Bueno, pensó, tal vez descubriría ahora lo que significaba darse de bruces contra la propensión a la maldad de la humanidad; tal vez él también sería conducido por la oscura y tortuosa ruta que aquel cadáver había recorrido hasta llegar a ese lugar, bajo aquella luz inclemente.

—¿Así que fue asesinado? —preguntó Sinclair con escepticismo.

—Eso parece. A menos que él se matara, alguien lo encontrara y, por alguna razón, le colocara la escopeta en las manos. Los forenses están comprobando las huellas, pero Morton tiene la certeza de que sólo encontrarán las de Jewell. En cualquier caso, no es fácil pegarse un tiro con una escopeta.

—¿Qué opina Hackett?

—¡Dios sabe! Ya conoce a Hackett.

Sinclair se aproximó a la mesa y aplastó el cigarrillo medio consumido. Su rostro era una máscara en blanco.

—¿Y Dannie? —preguntó—. ¿Estaba allí?

—Estaba montando a caballo y cuando regresó a la casa se enteró de lo que había sucedido.

—¿La vio usted? ¿Cómo se encontraba?

—Al principio parecía entera, luego se derrumbó. Ella y la señora Jewell representaron una pequeña función para Hackett y para mí.

—¿Una función?

—Gin-tonics y agudas réplicas. No sé por qué pensaron que tenían que simular que no les importaba. Por muy bastardo que fuese el tipo, una de ellas había perdido a su marido, y la otra, a un hermano.

Sinclair se encaminó al armario metálico de la pared, encontró un par de guantes de plástico y se los puso.

—¿Quiere que empiece?

—Vamos.

Entraron en la sala de autopsias, donde resonaba el grave zumbido de las grandes lámparas de neón del techo. Sinclair retiró la sábana de nylon y lanzó un suave silbido.

—La explosión se llevó la mayor parte de la cabeza contra la ventana que había frente a él —dijo Quirke.

Sinclair asintió.

—Un tiro muy cercano... Lo que tiene en la garganta es una quemadura de pólvora, ¿verdad? —retiró completamente la sábana, dejando el cuerpo al descubierto. Jewell estaba circuncidado, pero ninguno comentó nada al respecto—. ¿Lo ha visto Dannie así?

—No creo. Seguro que la esposa la mantuvo alejada. Una mujer con aplomo, la señora Jewell.

—No la conozco.

—Es francesa. Y fuerte.

Sinclair no había apartado la vista del lugar donde debería haberse encontrado la cabeza de Jewell.

—Pobre Dannie. Como si no tuviera bastantes problemas.

Quirke esperó y, tras un instante, repitió:

—¿Problemas? —Sinclair movió la cabeza; no estaba dispuesto a hablar de Dannie Jewell. Quirke cogió un escalpelo de la bandeja metálica donde estaban los instrumentos—. Bueno, vamos a abrirlo.

Cuando terminaron la autopsia, Quirke pidió un taxi para ir a la ciudad y se ofreció a llevar a Sinclair. Para su sorpresa, Sinclair aceptó. Se instalaron en los extremos del asiento trasero, dándose la espalda y mirando cada uno por su ventanilla, sin decir una palabra. Eran las nueve de la noche y en el horizonte el cielo poseía un intenso tono violeta, aunque en el cénit todavía había luz. Fueron al bar Horseshoe, en el hotel Shelbourne. Aunque no habían planeado salir a tomar una

copa, allí estaban, acodados en la barra negra, incómodos en la compañía poco habitual del otro. Sinclair pidió una cerveza y Quirke un prudente vaso de vino; se suponía que había dejado definitivamente el alcohol después de haber pasado varias semanas desintoxicándose en St. John el invierno anterior. La experiencia le había reformado en más de un sentido. No quería regresar jamás a aquel lugar.

Sinclair empezó a hablar de Dannie Jewell. Se habían conocido en la universidad y todavía quedaban para jugar al tenis en Belfield.

—Sabe perder —afirmó.

Quirke no supo qué decir. Desconocía qué significaba «saber perder» para una mujer, y sobre todo para aquella mujer en concreto. Intentó imaginar a Sinclair en la pista de tenis, lanzándose y rematando, o inclinándose amenazadoramente junto a la red, con sus velludos antebrazos al aire y los brillantes rizos pegados en la frente sudorosa. Deseaba saber más sobre la relación de Sinclair con Dannie Jewell y, al mismo tiempo, no quería saber nada. Lo que más le disgustaba a Quirke en la vida, lo que más temía, eran los cambios. Él y Sinclair tenían una relación laboral perfecta, pero si abrían la puerta de las confidencias, ¿adónde los llevaría?

—¿Conociste a su hermano? —preguntó.

Después de cada sorbo de cerveza, Sinclair se chupaba el labio superior como si fuese un gato: desplazaba con lentitud la punta roja de la lengua desde el extremo izquierdo al derecho. A Quirke le resultaba ligeramente asqueroso, pero no podía separar la vista, fascinado.

—Sí, coincidí con él un par de veces —dijo Sinclair—. No me causó mala impresión: alguien a quien es mejor no tener como enemigo.

—Tengo la sensación de que él tenía bastantes... enemigos.

Estaban solos en la barra en aquella tranquila noche de domingo. Con su pelambreira pelirroja, el barman aparentaba ser poco más que un chaval demasiado grande para su edad. Limpiaba el mostrador con un paño mojado que dibujaba sobre el mármol negro círculos grisáceos que desaparecían a la misma velocidad con que aparecían.

Sinclair frunció el ceño.

—Dannie me comentó algo sobre él la última vez que nos vimos. Algo sobre un negocio que había salido mal.

Quirke sintió una sacudida dentro de su cabeza, un pellizco de interés, de curiosidad, la misma curiosidad que le había metido en problemas tantas veces en la vida.

—¿Sí? —fue lo único que dijo, pero temió que incluso aquello fuese demasiado. Presentía que debía mantenerse al margen de la misteriosa muerte de Richard Jewell; no sabía por qué, pero lo sentía.

—No recuerdo los detalles del asunto, si es que Dannie me los llegó a contar.

Todo muy secreto, no apareció nada en los periódicos, ni siquiera en aquellos que no pertenecían a Jewell. Carlton Sumner tenía algo que ver.

Quirke sabía quién era Carlton Sumner... ¿Quién no? El único hombre en la ciudad cuya reputación de crueldad y tejemanejes rivalizaba con la de Richard Jewell. Sumner era el hijo de un magnate de la madera canadiense que le envió a estudiar al University College, en Dublín, pues la familia era católica. Pero Sumner dejó embarazada a una chica y tuvo que casarse para evitar que el padre de la joven, que era miembro del Gobierno, cumpliera su amenaza de armar un escándalo y deportarle. Quirke, que estaba en la universidad en aquella época, recordaba a Sumner y a la chica, aunque él estaba un curso o dos por encima de ellos. Formaban una pareja dorada y su brillo parecía aún mayor en la grisura de la época. Después de casarse y de que su hijo naciera, desaparecieron de la circulación. Pero unos años más tarde, Sumner, con apoyo de la fortuna paterna, reapareció como un potentado hecho y derecho. Su especialidad era comprar respetables negocios antiguos de perfil bajo —la marca de ropa de caballeros Benson, la cadena de cafés Darley—, despedir a los directivos y a la mitad de los empleados y convertirlos en rutilantes máquinas de hacer dinero. La rivalidad existente entre él y Richard Jewell era motivo de cotilleos y de encubierto placer en la ciudad. Y ahora Diamante Dick estaba muerto.

—¿Por qué crees que se produjo el desacuerdo? —preguntó Quirke—. ¿Tal vez por una compra de acciones?

—No lo sé, imagino que sería por algo parecido. Se celebró una reunión en casa de Sumner, en Wicklow, y en plena discusión, Richard Jewell la abandonó hecho una furia.

—Eso suena serio.

Sinclair tenía la vista clavada en los posos de su cerveza. Parecía ausente, y Quirke se preguntó si sabría más de lo que estaba dispuesto a contar sobre aquella reunión en Roundwood que tan mal había terminado. Pero ¿por qué iba a ocultarlo? El interés de Quirke crecía por minutos. Lo único que apaciguaría su curiosidad sería preguntar, pero una parte de él prefería soportar la comezón que cargar con los sórdidos secretos de otras personas. Por propia experiencia, sabía mucho de secretos y de lo sórdidos que pueden llegar a ser.

—¿Me dijo antes que la chica, Dannie, tenía problemas?

Sinclair salió de su ensimismamiento.

—Tuvo una crisis nerviosa, no sé más detalles.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace unos meses. La internaron en un lugar en Londres, una especie de residencia. Estuvo allí durante semanas. No me enteré hasta que regresó.

—¿No le dijo adónde iba?

Sinclair le miró de reojo.

—No conoce a Dannie. Incluso cuando estaba bien hacía cosas así, como irse de viaje sin decir una palabra a nadie. El año pasado se fue a Marrakech y nadie supo nada hasta que regresó, morena y con el aspecto de alguien que ha hecho cosas que no debería. Tiene dinero, que heredó de su padre. Probablemente no sea lo que más le convenga.

—Pero ahora se encuentra mejor, ¿no? Quiero decir de la cabeza.

—Sí —contestó Sinclair, pero parecía preocupado—. Sí, está mejor.

—Pero aun así le preocupa cómo reaccionará a la muerte de su hermano.

—¿Qué aspecto tenía hoy cuando la vio?

—Ya se lo he contado: ella y la esposa de Jewell hicieron ese teatro de que todo estaba bien, aunque al final no pudo ocultar lo mal que se sentía. Tal vez debería usted llamarla, ir a visitarla. ¿Dónde vive?

—Tiene un piso en Pembroke Street —dijo Sinclair, que parecía tener la mente en otra parte. Quirke esperó—. Es una persona peculiar, muy reservada. No cuenta nada, especialmente sobre ella. Pero tiene sus demonios interiores —se rió—: Debería verla jugando al tenis.

Quirke había terminado su copa de vino y se preguntaba si podría arriesgarse a tomar otra. El sabor, al mismo tiempo ácido y afrutadamente añejo, le había provocado unas ligeras náuseas al principio, pero el alcohol, como una brillante aguja de metal, las había atravesado hasta llegar a algún lugar vital dentro de él, un lugar que ahora clamaba por más.

—¿Qué sucedió cuando tuvo la crisis nerviosa? —preguntó.

—Estrelló el coche de su hermano en la carretera de doble sentido de Naas. No me extrañaría que lo hubiera hecho deliberadamente.

—¿Sufrió alguna herida?

—No, estampó el coche contra un árbol y salió andando sin un rasguño. Hacía bromas sobre ello. Decía: «Hazme caso. He aplastado el maldito coche y ni siquiera así he conseguido quitarme de en medio».

—¿Cree que eso era lo que buscaba, matarse?

—No lo sé. Ya le he dicho que tiene sus demonios interiores.

Quirke permaneció en silencio, luego hizo una seña al barman para que trajera lo mismo; seguro que una copa más no sería peligrosa. Era evidente que Sinclair se interesaba por Dannie Jewell más de lo que estaba dispuesto a admitir... ¿Estaba interesado por ella? ¿O estaba interesado en ella? A Quirke le sorprendió un repentino sentimiento protector hacia Sinclair, y aún le sorprendió más escucharse invitándole a cenar con él y su hija el martes.

—Conoce a Phoebe, ¿verdad?

—No, no la conozco —Sinclair parecía incómodo—. El martes. No estoy seguro de si podré el martes... —dijo haciendo tiempo.

—A las ocho en Jammet. Yo invito —llegaron las bebidas y Quirke alzó su copa—. Bueno, salud.

Sinclair sonrió intranquilo; tenía el aspecto ligeramente aturdido del hombre que se da cuenta cuando ya es demasiado tarde de dónde le han metido. Quirke se preguntó qué pensaría Phoebe de él y se llevó la copa a los labios; era increíble cómo el sabor del vino se suavizaba con cada nuevo sorbo.

En los periódicos del día siguiente la noticia de la muerte de Richard Jewell apenas ocupaba espacio. El *Clarion* la sacaba en la portada, por supuesto, pero en una sola columna en la parte inferior derecha. No obstante, dedicaba el editorial a narrar la vida y logros de su último propietario, junto al artículo de Clancy, a la que la señorita Somers había dado una forma más o menos literaria. El *Times* contaba la historia en tres párrafos en un faldón de portada e incluía en su interior un obituario, varios de cuyos datos estaban desfasados. El *Independent*, el principal rival del *Clarion*, podría haberse explayado con el suceso, pero le dedicaba tan sólo dos columnas en la página tres, bajo una foto de hacía tres años de un Richard Jewell con aspecto sospechoso en el momento de recibir una insignia de caballero de manos del Papa. Daba la sensación de que toda la prensa actuaba con semejante contención por cautela. Ninguno de los artículos especificaba la causa de la muerte, aunque el *Clarion* mencionaba un «colapso fatal».

Quirke resopló al leer esto. Estaba sentado en la cama, en la pequeña casa de Isabel Galloway en Portobello. Sobre la sábana tenía un cenicero con un cigarrillo encendido y en la mesilla de noche había una humeante taza de té, que aún no había tocado. El sol de la mañana inundaba la ventana baja; afuera, el calor ya hacía vibrar el aire azulado sobre el canal. Vestida con su bata larga de seda, Isabel estaba sentada en el tocador, frente al espejo, sujetándose con horquillas el cabello.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Quirke levantó la vista del diario.

—Diamante Dick —contestó—. Los periódicos no saben qué hacer con la noticia.

Admiró la forma de chelo de la espalda de la mujer y las curvas gemelas de su bonito trasero sobre el taburete de felpa roja. Isabel sintió sus ojos sobre ella y, a través del hueco de su brazo levantado, lo miró.

—¿Y tú sabes qué hacer con esa noticia? —preguntó complacida.

A él le resultaba incomprensible que ella pudiera hablar con tres horquillas en la boca. La manga de seda de la bata se había replegado sobre su hombro y dejaba entrever una sombra malva en el hueco de la axila. La áspera luz del sol iluminaba el abanico de finas líneas en la comisura del ojo y la suave pelusa de su mejilla.

—Alguien le disparó, eso es seguro —dijo.

—¿Su mujer?

Él echó la cabeza hacia atrás y la miró fijamente.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno —ella cogió una de las horquillas que tenía en la boca y fijó una onda en su lugar—, ¿no es siempre la mujer? ¡Dios sabe! Las esposas suelen tener buenas razones para asesinar a sus atroces maridos.

Quirke recordó a Françoise d'Aubigny, de pie entre los dos ventanales de ondulantes cortinas, girando hacia él con una bola de cristal en la mano izquierda.

—No creo que la señora Jewell sea ese tipo de mujer.

Algo en su tono hizo que ella se volviera a mirarle.

—¿De qué tipo es?

—Muy francesa, muy segura de sí misma. Un poco fría.

¿Era fría realmente? No lo creía.

—Y, por si fuera poco, de una belleza deslumbrante.

—Sí, es guapa...

—Mmm —murmuró ella contemplándose en el espejo—. No me gusta nada cómo suena eso.

—... se parece un poco a ti, de hecho.

—*Alors, Monsieur, vous êtes très galant.*

Quirke dobló el periódico, lo dejó a un lado y salió de la cama. Iba en calzoncillos y con una vieja camiseta calada de tirantes que Isabel había encontrado en el fondo de un cajón y que podía ser suya o no, eso era algo que no merecía la pena averiguar. Ella le preguntó si quería desayunar, pero él le respondió que tomaría algo en el hospital.

—Me encantaría que comieras bien. Además, necesitas ponerte a régimen —le dijo ella.

Él echó una ojeada a su barriga. Isabel tenía razón: estaba engordando. De nuevo le vino a la cabeza la imagen de la viuda de Richard Jewell girándose para mirarle por encima del hombro en la vaporosa luz del sol.

—¿Comemos juntos? —preguntó Isabel.

—Hoy no, lo siento.

—Casi mejor... Tengo ensayo por la tarde.

Estaba representando algo de Shaw en el Gate. Empezó a quejarse del director. Quirke, como siempre, ya no la escuchaba.

De camino al trabajo, se detuvo en Pearse Street y preguntó por el inspector Hackett. El detective bajó de su despacho y juntos salieron a dar un paseo. Como de costumbre, Hackett llevaba echado hacia atrás su viejo sombrero de fieltro, y las coderas y rodilleras de su traje azul brillaban bajo el resplandor del sol. Al meter las manos en los bolsillos del pantalón dejó a la vista los tirantes, anchos y pasados de

moda, con sus tiras de cuero para los botones, que sujetaban la cinturilla del pantalón como dos pares de dedos abiertos. Como hacía tan buen día, el inspector propuso ir por el río. El tráfico atascado hacía que Westmoreland Street pareciese un corral repleto de impacientes y bruñidos animales oscuros, que no cesaban de bramar y rebuznar mientras arrojaban nubes malolientes de humo y polvo. Eran las diez y media en el reloj de Ballast Office. Quirke dijo que debería ir a trabajar, pero el policía hizo un gesto de rechazo con la mano y comentó que los muertos podían esperar y, al decirlo, rió como una gallina vieja. En Aston Quay, un joven gitano pelirrojo pasó a galope y sin silla sobre un caballo moteado, ignorando a los estruendosos coches y autobuses que tenían que maniobrar para dejarle paso. Un fotógrafo callejero, vestido con un impermeable y un sombrero de fieltro, hacía fotos entre la gente que pasaba. Las gaviotas se lanzaban en picado sobre el agua, chillando.

—¿No le parece un escándalo este río? —dijo Hackett—. El hedor podría matar a un cachorro.

Lo atravesaron y comenzaron a caminar a lo largo del murete del canal.

—¿Ha visto los periódicos? —preguntó Quirke.

—Sí... Bueno, he visto el *Clarion*. ¿No le parece que han sido excesivamente prudentes?

—¿Hablaron con usted?

—Sí, me enviaron a un joven llamado Minor. Creo que usted lo conoce.

—¿Jimmy Minor? ¿Está ahora en el *Clarion*? —Minor, un viejo amigo de su hija, antes trabajaba en el *Evening Mail*. Al oír su nombre, Quirke sintió una vaga punzada de desagrado; no le gustaba Minor y le preocupaba la amistad que tenía con su hija. No se había fijado en que Minor firmaba la pieza del *Clarion*.— Tan insistente como de costumbre, me imagino.

—Sí, como un perro de presa.

—¿Qué sabía exactamente?

Hackett miró de soslayo el cielo.

—No mucho, lo que escribió en el periódico.

—¿Un «colapso fatal»? —preguntó Quirke con sarcasmo.

—Bueno, si lo piensa bien, ¿no es eso más o menos lo que sucedió?

—¿Y la investigación?

—Imagino que se inventarán algo, como de costumbre —se detuvieron ante Ha'penny Bridge y permanecieron allí, de espaldas al río, acodados en la barandilla del canal—. Me gustaría saber cuál será la línea oficial, si el suicidio u otra cosa —dijo el inspector, pensativo.

—¿Qué me dice de su informe? ¿Cuál será su línea?

En lugar de contestar, el inspector miró la puntera de sus botas, movió la cabeza y

sonrió. Reanudaron el paseo y atravesaron la joroba del pequeño puente. Delante de ellos, en la esquina de Liffey Street, un chaval harapiento que vendía periódicos gritaba con voz ronca:

—*¡Muerte trágica de un magnate de la prensa! ¡Lea todo lo sucedido!*

—¿No le parece extraño que el suicidio sea considerado un crimen? —preguntó Hackett—. Nunca lo he comprendido. Imagino que es cosa de los curas, con su discurso sobre el alma inmortal y cómo no te pertenece a ti, sino a Dios. Pero sigo sin entender qué pinta ahí el cuerpo mortal; está claro que no vale gran cosa y que cada uno debería poder hacer con él lo que le apeteciera. Existe, sin duda, el pecado de la desesperación, pero ¿no podría verse de otra forma, que alguien tuviese tanta prisa por llegar al Cielo que decidiera poner fin a su vida para acortar la espera? —se detuvo en la acera y se giró hacia Quirke—. ¿Qué opina, doctor? Usted es un hombre culto, ¿qué piensa sobre el asunto?

Quirke conocía de antiguo la costumbre del policía de dar vueltas en torno a un tema en elaborados arabescos.

—Creo que tiene razón, inspector. Creo que no tiene mucho sentido.

—¿Se refiere al acto mismo o a la manera en que es considerado?

—Para mí tiene sentido que alguien desee poner punto final a todo.

Hackett le observaba con ironía, su amorfa cabezota ladeada, sus ojillos brillantes y astutos como los de un mirlo.

—Perdone que le pregunte: ¿alguna vez ha pensado en suicidarse?

Quirke rehuyó con presteza aquella mirada inquisitiva.

—¿No le sucede a todo el mundo en algún momento de su vida? —dijo con calma.

—¿Eso piensa? —preguntó Hackett con tono de enorme sorpresa—. ¡Por Cristo nuestro Señor! A mí nunca se me ha pasado por la cabeza. Ni se me ocurriría pensarlo por si terminaba gustándome la idea. ¿Qué haría mi mujer? Sin mencionar a mis dos hijos, en América. Les destrozaría el corazón... —sonrió abiertamente, levantando las esquinas de sus finos labios de sapo—. Al menos, eso espero.

Quirke sabía que se estaba burlando de él: Hackett lo utilizaba a menudo como si fuese el payaso serio que da la réplica al gracioso. Siguieron caminando.

—En cualquier caso, Richard Jewell no se mató, ¿verdad? —dijo Quirke.

—¿Está seguro? —de nuevo el policía se mostró sorprendido, aunque Quirke no sabía si su sorpresa era real o fingida.

—Usted vio la escopeta, la forma en que la sujetaba.

—¿No piensa que alguien pudo encontrarle, recoger la escopeta y colocársela entre las manos?

—Lo he pensado... Pero ¿por qué? ¿Por qué alguien haría eso?

—No lo sé. ¿Tal vez para que todo quedara en orden? —soltó una risita—. La

gente hace las cosas más extrañas cuando se encuentra de improviso con un cadáver... ¿No lo ha comprobado en sus años de trabajo?

En O'Connell Bridge, el fotógrafo con su grasiento sombrero de fieltro estaba fotografiando a una mujer ataviada con un vestido blanco y sandalias, que llevaba de la mano a un niño con una pistola de vaquero de juguete colgada en la cadera; la madre sonreía tímidamente, mientras que el niño fruncía el ceño. Quirke los observó con envidia; huérfano desde muy temprano, no había conocido a su madre, ni siquiera sabía quién había sido.

—En cualquier caso, no me afecta lo que digan los periódicos o sus especulaciones sobre lo que pasó. Yo tengo que hacer mi trabajo, como siempre —dijo el inspector Hackett, y de nuevo ahogó una risita—. Déjeme que le diga, doctor Quirke, ¿no formamos una extraña pareja? Conocedores de la muerte, eso es lo que somos nosotros, usted a su manera y yo a la mía —empujó su sombrero aún más hacia atrás, sobre el cogote—. ¿Qué le parece que nos paremos en Bewley a tomar una taza de té?

—Tengo que ir al hospital.

—Ah, olvidaba que es usted un hombre ocupado.

Quirke no comprendía por qué, pero la cena con Sinclair y Phoebe no había funcionado. La comida había sido buena, como siempre en Jammet, y habían bebido dos botellas de un estupendo Chablis, *premier cru*... O, más bien, Quirke había bebido, mientras que Phoebe sólo tomó una copa y Sinclair olisqueó y dio pequeños sorbos a la suya como si fuese un cáliz envenenado... Pero nada había conseguido mejorar el ambiente de velatorio que se creó en la mesa tan pronto se sentaron. Sinclair se había mostrado más hermético que nunca y prácticamente no había pronunciado una sola palabra, mientras que Phoebe parecía contener la risa, y no porque se estuviera divirtiendo. Sinclair se marchó pronto, murmurando que había quedado con alguien en un pub. Quirke permaneció sentado, con la copa de vino sujeta amorosamente en una mano y la vista perdida en la pared.

—Gracias por la cena. Ha sido estupenda —dijo Phoebe. Quirke se removió ligeramente haciendo crujir la pequeña silla dorada—. Me gusta tu doctor Sinclair —prosiguió su hija con determinación—. ¿Es judío?

Quirke se sorprendió.

—¿Cómo lo sabes?

—No tengo ni idea. Sólo se me ocurrió que lo era. ¡Qué curioso! Nunca habría pensado que existieran judíos irlandeses.

—Es de Cork —dijo Quirke.

—Ah, ¿sí? Sinclair... ¿Es un nombre judío?

—No lo sé. Es probable que cambiaran el apellido.

Ella le observó con una sonrisa desvaída.

—Vamos, Quirke, no te enfurruñes. Pareces un ratón con dolor de muelas — siempre lo llamaba Quirke.

Él pagó la cuenta y salieron. Un suave resplandor grisáceo flotaba en el aire. Hacía poco que Phoebe se había mudado de su piso anterior en Haddington Road, que no le gustaba, a una habitación alquilada en Baggot Street. Quirke le había pedido insistentemente que buscara algo mejor; le había ofrecido pagar la mitad del alquiler, e incluso todo el alquiler, pero ella había insistido, con amabilidad pero con firmeza, en que la pequeña habitación era perfecta. El canal próximo era muy bonito, el trabajo le quedaba a diez minutos andando y podía hacer la compra en Q&L... ¿Qué más necesitaba? Él le dijo que odiaba imaginarla enjaulada en un sitio tan diminuto, sin más que un hornillo eléctrico Baby Belling, y teniendo que compartir el baño con otros dos inquilinos. Sin embargo, desistió cuando ella le miró con aquella sonrisa testaruda que él conocía tan bien. En una ocasión, Quirke le había sugerido que podría vivir con él, pero ambos sabían que aquello era imposible y ella se alegró de que no se volviera a tocar el tema.

Subieron por Kildare Street, pasaron la Biblioteca Nacional y el Parlamento. Un murciélago aleteó sobre ellos en el aire violeta como una rápida mota de oscuridad.

—Deberías llamarlo —dijo Quirke—. Deberías llamar a Sinclair.

Ella le cogió del brazo.

—¿Qué estás tramando? —dijo riendo—. Serías un pésimo casamentero.

—Lo único que digo es que deberías llamarlo.

—Además, si alguien tiene que llamar, debería ser él. ¿No sabes que las chicas no llaman a los chicos?

Él sonrió a su pesar; le gustaba que ella se burlara de él.

—Siento que estuviera tan callado. Ha sufrido un shock; conoce a la hermana de Richard Jewell.

—¿El hombre que se suicidó?

Él volvió la cabeza y la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé qué?

—Que se suicidó.

—¿No es así? Eso es lo que dice todo el mundo.

—¡Qué ciudad! —suspiró Quirke.

Al final de la calle, doblaron a la izquierda.

—Teniendo en cuenta quién era, sería difícil mantenerlo en secreto —dijo Phoebe.

—Sí. Las noticias vuelan, pero las noticias casi siempre están equivocadas.

En la menguada luz del crepúsculo, la oscuridad parecía irradiar de la densa

arboleda que se alzaba tras la verja del parque St. Stephen's Green, como si la noche anidara allí.

—¿Está saliendo con ella?... ¿Con la hermana? —preguntó Phoebe.

—¿Sinclair? ¿Con Dannie Jewell? No creo. Ella tiene problemas. Ella *sí* intentó quitarse la vida.

—Ah, debe de ser un rasgo de la familia.

Él dudó un instante, luego dijo:

—Richard Jewell no se mató.

—¿No se mató?

—No, alguien lo hizo por él.

—¡No me digas que fue la hermana!

—Es muy poco probable.

—Entonces ¿quién?

—Ésa es la cuestión.

Ella se detuvo, obligándolo a detenerse.

—¿No estarás involucrándote en esto, Quirke? —dijo con dureza—. Dime que no.

Él rehuyó sus ojos.

—*Involucrándome* no es la palabra que yo elegiría. Tuve que ir y echar un vistazo al cadáver... El forense local estaba enfermo, era domingo y me llamaron a mí.

—¿Te llamaron?

—Sí, adivina quién.

—¿El inspector Hackett? Ay, Quirke, no puedes resistirte, ¿verdad? Deberías haber sido policía... Probablemente serías mejor que él. Venga, cuéntame.

Él le explicó brevemente lo que había sucedido. Cuando terminó, ya habían llegado a la puerta de la casa. Se había hecho de noche sin que se dieran cuenta, aunque aún flotaba en el aire un tenue resplandor malva. Ella le invitó a subir. Quirke se sentó en la única silla, mientras su hija preparaba café en el hornillo eléctrico que había sobre la encimera de formica de la esquina, junto al fregadero. La mayor parte de sus cosas, que no eran muchas, aún estaba metida en cajas de cartón apiladas a los pies de la estrecha cama. La única luz del cuarto era una bombilla de sesenta vatios sin pantalla, que colgaba del centro del techo como un ahorcado.

—Sí, ya lo sé —Phoebe miró la bombilla—. Voy a comprar una lámpara de pie. No pongas esa cara de reproche. La próxima vez que vengas no reconocerás la habitación. Tengo algunos planes —dijo, mientras le acercaba una taza de café.

Se sentó en el suelo, sobre las piernas dobladas, junto a él y colocó su taza en el regazo. Llevaba un vestido negro con el cuello blanco de encaje y el pelo recogido sobriamente con horquillas tras las orejas. Con aquel aspecto parecía una monja, pensó Quirke, pero no se atrevió a decírselo: ya la había herido bastante en el pasado,

era mejor que cerrara la boca.

—Así que, obviamente, piensas que la muerte de Richard Jewell está relacionada de alguna manera con la discusión que tuvo con Carlton Sumner.

—¿Yo he dicho eso? —no lo creía; se dio cuenta de que estaba un poco borracho. Ella sonrió.

—No necesitas decirlo. Puedo adivinarlo.

—Sí, estás haciéndote una experta en el tema de la muerte.

Los rostros de ambos se ensombrecieron y rehuyeron mirarse. Varios conocidos de Phoebe, entre ellos una amiga, habían muerto violentamente. Ella bromeaba diciendo que deberían llamarla la Viuda Negra, aunque nunca se hubiera casado. Quirke bebió el último sorbo del amargo café y llevó la taza al fregadero. La aclaró y la colocó boca abajo en el escurridor.

—Había algo extraño en aquella casa —dijo mientras se secaba las manos en un paño de cocina—. En Brooklands, me refiero.

—Bueno, teniendo en cuenta que alguien acababa de suicidarse, o de ser asesinado, o lo que fuera...

—No, era otra cosa —dijo él.

Encendió un cigarrillo. Ella lo observaba desde donde estaba sentada. En cierto sentido, él siempre sería un extraño, un extraño íntimo, ese padre que había fingido que ella no era su hija hasta que cumplió veinte años. Y mientras lo contemplaba, con el traje negro demasiado estrecho para aquel corpachón que hacía que su cuarto pareciera enano, se dio cuenta de que, casi sin saberlo, le había perdonado, había perdonado sus mentiras y subterfugios, los años de cruel desinterés, todo aquello. Él estaba demasiado triste y su alma demasiado herida para que ella pudiera continuar recriminándole.

—Cuéntame más cosas de la historia —le dijo con un ligero escalofrío. Se obligó a sonreír—. Háblame de la viuda y de la chica que intentó matarse. Cuéntamelo todo.

David Sinclair se sentía confuso. Estaba molesto con Quirke por su torpe tentativa de emparejarle con su hija aquella noche, y también estaba molesto con Phoebe por seguirle el juego. Además, aquel restaurante atroz le había recordado a la sala de autopsias, con aquella sucesión de platos con pálidos y húmedos cadáveres. Aún tenía el gusto del lenguado en la garganta, ese sabor a limo salado y mantequilla. ¿Por qué había aceptado la invitación? Habría podido inventarse alguna excusa. Siempre había sabido que sería un error dejar que Quirke entablara una relación más cercana que la exigida por la etiqueta profesional. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Ir al cine juntos? ¿Visitarse las mañanas de los domingos? ¿Pasar la tarde en la playa, con termos de té y sándwiches arenosos, la chica y él saltando las olas de la mano mientras Quirke, con las perneras enrolladas y un pañuelo anudado en la cabeza, los observaba sentado

en la arena con una complacida sonrisa paternal? No, no, tenía que cortar eso antes de que empezara. Fuera lo que fuese eso.

Y luego estaba la chica, sí. No era gran cosa, con aquella carita severa y el cabello sujeto con horquillas, como si aquel peinado fuese un castigo por haber incumplido alguna regla religiosa. Parecía un retrato en blanco y negro: su pálido rostro, el pelo tirante hacia atrás, el tejido negro azabache de su vestido y el almidonado cuello de encaje. Como si fuese el negativo de una fotografía. Y su actitud, como si supiera algo que nadie más sabía, algo divertido y ligeramente ridículo, era desconcertante. Ésa era la palabra perfecta: desconcertante. Había intentado recordar lo que había oído sobre ella y Quirke, una historia de que Quirke había insistido durante años en que ella no era su hija, sino la hija de su cuñado, Malachy Griffin, el jefe del departamento de Obstetricia del Hospital de la Sagrada Familia, que estaba a punto de jubilarse. En su momento no había prestado ninguna atención al cotilleo. ¿Qué le importaba a él si Quirke había decidido rechazar tener un hogar con hijos no deseados?

Pero Phoebe. Sin embargo, Phoebe. A pesar de todo, no conseguía quitársela de la cabeza y aquello le molestaba.

Oyó el teléfono tan pronto pisó el vestíbulo. Su apartamento estaba en el segundo piso; subió las escaleras de dos en dos, impulsándose con el pasamanos, que estaba ligeramente pegajoso. Estaba seguro de que se trataba de Quirke. Una llamada como la que había recibido hacía dos días, pero esta vez no sería para requerirle que fuese a trabajar, sino para otra cosa. ¿De qué podía tratarse? ¿Otra cita con él y con su hija? Seguramente no. Llegó al rellano del segundo piso sin aliento y un tanto mareado; el teléfono seguía sonando. Quienquiera que fuese el que llamaba, estaba decidido a hablar con él. Entró en el piso a toda prisa y atropelladamente se llevó el receptor a la oreja. ¿Por qué se comportaba de aquella manera? Sabía la razón, desde luego; por improbable que fuera, estaba seguro de que se trataba de Quirke, que le llamaba para hablarle de Phoebe.

Estaba tan confuso que, al principio, no reconoció la voz, y cuando lo hizo tuvo que contenerse para no delatar su decepción.

—Dannie, ¿te encuentras bien? —preguntó, aunque sabía, por supuesto, que la respuesta era no.

Dejó que el taxi siguiera hasta el final de Pembroke Street; no deseaba bajarse justo delante del portal, aunque no sabía por qué. Cuando ella le abrió la puerta, iba con bata. No había encendido la luz de la escalera al bajar, así que subieron al piso a oscuras. En el tragaluz que había sobre la puerta de entrada brillaba tenuemente una estrella solitaria con forma de estilete. Dannie no había dicho ni una sola palabra. Un mal presentimiento aguijoneaba a Sinclair, casi podía notar cómo se derramaba dentro de él igual que un repugnante líquido aceitoso. ¿Por qué había contestado

aquel maldito teléfono? Ahora no tenía escapatoria. Dannie lo retendría toda la noche. Él ya había pasado por eso: la avalancha de palabras, las lágrimas, los tenues gemidos, los ruegos pidiendo comprensión, ternura, piedad. Llegaron a la puerta abierta del piso y, cuando ella entró arrastrando los pies, él permaneció un instante en el umbral, preguntándose si sería capaz de dar media vuelta y salir corriendo escaleras abajo tan rápido como había corrido en su casa escaleras arriba para contestar su angustiada llamada de socorro.

El piso tenía aquel olor familiar, opaco y dulzón, que aparecía cuando Dannie sufría una de sus recaídas. Era como el olor del cabello cuando no se ha lavado en mucho tiempo; quizá era justo eso. Dannie tenía dos comportamientos claramente diferenciados. La mayor parte del tiempo era una hija de clase media, serena y segura de sí, amante de los placeres, un poco aburrída, un tanto mimada. Entonces algo ocurría, alguna combinación química en su cerebro provocaba una reacción equivocada, y ella se hundía en lo que parecía un abismo sin fondo de dolor y amarga angustia. Sus amigos temían esos lapsos y en cuanto aparecía el primer síntoma buscaban excusas para no estar disponibles. Pero Sinclair era incapaz de rechazarla cuando se hallaba así, tan triste y desvalida. Aunque también resultaba muy irritante, es cierto. Su despiadado sufrimiento era muy difícil de soportar y, después de horas aguantando su martilleo, sentía deseos de sujetarla por los hombros y sacudirla hasta que le castañetearan los dientes.

Una vez que la depresión desaparecía y recuperaba el equilibrio, Dannie se deshacía en disculpas, inclinando la cabeza de esa forma infantil propia de ella y soltando avergonzadas risitas. Aunque nunca lo habían hablado, sabía que ella le agradecía muchísimo que no se aprovechara de su estado cuando se encontraba hundida, pues Dannie entonces hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa para conseguir una migaja de simpatía. Más de una vez Sinclair se había sentido tentado, cuando ella caía en sus brazos y se aferraba a él, pero siempre recordaba un sabio y cruel dicho de sus días de estudiante: con los locos no se juega. En cualquier caso, sospechaba que a ella no le interesaba mucho ese tipo de historia. Tenía un aire de virgen corrompida, si algo así era posible. Pobre Dannie, tan hermosa, tan dañada, tan digna de lástima.

En la habitación principal, se sentaron en el asiento corrido del ventanal abombado que daba a la calle vacía. Aunque casi era medianoche, un resplandor azulado flotaba en el aire y las farolas brillaban débilmente.

—Siento lo de tu hermano —dijo Sinclair. No sabía qué otra cosa decirle.

—¿De verdad? —preguntó ella con desgana—. No sé si yo lo siento. ¿No es raro? —miraba la calle. Parecía tranquila excepto por sus manos, que movía en el regazo convulsivamente, como si las estuviera lavando—. Tal vez no es extraño. Tal vez nadie se entristece de verdad cuando alguien muere, sólo lo aparenta. ¿No se dice que

no nos lamentamos por la persona que ha muerto, sino por nosotros mismos, porque sabemos que también moriremos? Y así y todo la gente llora junto a la tumba, y no creo que sienta tanta lástima de sí misma como para llorar, ¿verdad? ¿Alguna vez te has fijado en los niños durante un funeral, lo hartos que parecen, lo enfadados que están por tener que asistir a algo tan aburrido, de pie en el frío y bajo la lluvia, mientras el cura pronuncia oraciones que ellos no pueden entender y todo el mundo se comporta de forma tan solemne? Recuerdo cuando papá murió y yo...

Sinclair se dejó llevar por sus pensamientos. A pesar de todo, estar sentado ahí en la oscuridad, mientras la voz de la joven caía sobre él como un bálsamo caliente, tenía un efecto sedante... Sedante, siempre que no prestara atención a lo que decía. Recordó un encuentro, si podía llamarse así, que él había presenciado entre ella y su hermano fallecido. Había sucedido una tarde de primavera, mientras Sinclair y Dannie caminaban por Dawson Street. Habían estado en McGonagle bebiendo y Dannie estaba un poco achispada. Hablaban y se reían de dos escritores que se encontraban junto a ellos en el bar y que habían estado discutiendo, en plena borrachera, sobre si el país podía aún jactarse de tener un campesinado digno de ese nombre. A las puertas del Hibernian se detuvo un reluciente Mercedes negro de maletero cuadrado conducido por un chófer; tres hombres salieron del hotel, hablando a voces y riendo. Al verlos, Dannie enmudeció bruscamente y, aunque continuó caminando, Sinclair la sintió titubeante y recelosa, como un corcel nervioso que se aproximara a un salto difícil. Uno de los hombres era Richard Jewell. Ella lo había reconocido antes de que él la viera; entonces él se giró hacia ellos, tal vez porque sintió su mirada, y cuando la reconoció también vaciló un instante y luego echó la cabeza atrás, las aletas de su nariz se ensancharon y sonrió. Era una sonrisa extraña, feroz de alguna manera, casi un gruñido. Los hermanos no se saludaron, se limitaron a intercambiar aquella mirada rauda e intensa, sonriendo uno y la otra con aspecto de haber sido súbitamente golpeada. Jewell se volvió hacia sus compañeros, se despidió con unos golpes amistosos en los hombros y subió a toda prisa al asiento trasero del Mercedes, que arrancó con suavidad alejándose del bordillo. Sí, dijo Dannie entre dientes, sí, aquél era su hermano. Estaba muy pálida y caminaba deprisa, con la espalda envarada y la vista al frente. Estaba claro que no iba a hablar más del tema y Sinclair no preguntó. Pero recordaba la expresión tensa y dura en el rostro de Dannie y la manera casi violenta en que caminaba, con la espina dorsal rígida y los hombros alzados de forma exagerada. McGonagle y los graciosos escritoruelos borrachos habían caído en el olvido.

—... y, sin embargo, es extraño cómo la gente desaparece cuando muere —estaba diciendo ahora—. Me refiero a que están todavía aquí, su cuerpo está todavía aquí, pero *ellos* se han ido. Lo que fuera que ellos eran se ha extinguido, como una luz que se acabara de apagar —se calló y giró su rostro hacia Sinclair, sentado a su lado, una

figura opaca en la claridad postrera del crepúsculo—. Me alegro de que esté muerto —dijo casi susurrando, como si hubiera alguien en la habitación que pudiera oírla—. Sí, me alegro.

Vio que ella estaba llorando, las lágrimas corrían por su rostro sin que pareciera darse cuenta. Pensó en algo que decirle, algo que la consolara, que estaba siendo muy dura consigo misma, que estaba en estado de shock, algo parecido, pero las palabras no le salían e, incluso si lo hubieran hecho, él sabía que estaban fuera de lugar, palabras débiles y necias, incluso ridículas en aquellas circunstancias. Él no sabía cómo comportarse ante el dolor ajeno.

—Cuéntame qué ocurrió —le dijo.

Ella estaba absorta de nuevo. Al oír sus palabras, dio un respingo, como si la hubiera arrancado del sueño, y frunció el ceño:

—¿Qué ocurrió dónde?

—En Brooklands. El domingo.

Se detuvo un instante a pensar antes de hablar.

—No me dejaron verlo. Yo quería, pero no me dejaron. Me imagino que tenía un aspecto terrible, con la sangre y todo eso. Fue un disparo con su propia escopeta, aquella que le gustaba tanto —se volvió hacia él de nuevo y habló rápidamente, con urgencia—. Primero dijeron que él se había disparado, pero luego llegó un policía, un detective, y dijo que no, que otra persona lo había hecho. Pero ¿quién iba a ir allí un domingo y dispararle? ¿Quién haría eso? —salió de la sombra y buscó su mano, que reposaba sobre el banco, la sujetó, la apretó—. ¿Quién haría algo así?

Sinclair fue a la cocina a preparar café para ambos. Dannie tenía toda clase de electrodomésticos caros para cocinar que él estaba seguro de que nunca usaba. «Pobre chica rica», pensó y sonrió irónicamente. Mientras esperaba que hirviera el café, se aproximó a la ventana con las manos en los bolsillos y recorrió la calle con la vista, pero no vio nada. Intentó imaginar lo que había sucedido en Brooklands, un lugar que nunca había visto. Quirke le había descrito la escena: el despacho sobre las cuerdas, al que se llegaba por una escalera exterior de madera; la mesa; el cuerpo dislocado sobre ella; la mancha en la ventana como una gigantesca flor roja. Alguien había subido por aquella escalera sin hacer ruido, se había aproximado sigilosamente a Richard Jewell por la espalda y cuando Jewell se dio la vuelta le apuntaban los cañones gemelos de una escopeta que reconoció de inmediato, una Purdey calibre doce con cañones de veintiséis pulgadas, expulsora automática y una culata de castaño turco. El padre de Sinclair había trabajado toda su vida en la propiedad de los condes de Lismore y Sinclair sabía de armas de caza. A su espalda, el café había empezado a borbotear sobre el fuego.

Hasta las primeras horas de la madrugada no logró persuadir a Dannie para que se acostara. Estaba agotada, pero continuaba hablando, dando vueltas al tema de la

muerte y lo difícil que es saber cómo comportarse frente a ella. Él le hizo tomar una pastilla, que seleccionó entre la legión de botellitas marrones que ella tenía colocadas en un estante del armario del baño. Dannie no apartó la colcha, sino que se tendió sobre ella sin quitarse la bata y se colocó de costado, con las rodillas dobladas y una mano bajo la mejilla, mirando más allá de él, a las sombras. Sinclair apagó la lámpara de la mesilla y se sentó a su lado, en una silla de respaldo recto. Así estuvo durante largo tiempo, mientras encendía un pitillo con otro y bebía los posos fríos de café de su taza.

Alrededor de ellos, la ciudad estaba silenciosa. Cuando ella habló, él dio un brinco, ya que pensaba, esperaba, que estuviera dormida.

—Esos pobres huérfanos —dijo.

No la comprendió; en la oscuridad tampoco podía ver su cara, su expresión. Richard Jewell sólo tenía una hija, él lo sabía, y además la madre de la niña no estaba muerta. Entonces ¿a qué huérfanos se refería? Pero ella no añadió ni una palabra más; la pastilla empezaba a hacer efecto y su respiración adquirió un ritmo lento y profundo, y él sintió cómo su conciencia la abandonaba. Esperó otro cuarto de hora, observando cómo la luz fosforescente del segundero de su reloj daba vueltas a la esfera. Se levantó de la silla con cuidado, sintiendo una repentina punzada de dolor en una rodilla entumecida, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

No encontró el interruptor de la luz en el rellano y tuvo que bajar las escaleras a tientas, con el corazón acelerado por el exceso de café y de cigarrillos. En el tragaluz sobre la puerta todavía brillaba la estrella en forma de daga. Al salir del portal, sintió el aire frío y húmedo en el rostro, dobló a la izquierda y se encaminó a Baggot Street. Pensaba que la calle estaba vacía cuando una joven, casi una niña realmente, salió de la oscuridad de un dintel y le preguntó si tenía fuego. No podía tener más de dieciséis años. Su rostro era pálido y delgado, y sus lívidas manos le hicieron pensar en garras. En aquel instante, sin ninguna razón, le vino a la cabeza la imagen nítida del rostro de Phoebe, sonriéndole levemente desde el otro lado de la mesa del restaurante. Sin prestar atención a la caja de cerillas que él le tendía, la chica le preguntó si le apetecía pasar un rato con ella. Él dijo que no y luego se disculpó, sintiéndose ridículo. Se alejó, mientras la puta le soltaba una ingenua obscenidad.

«¿Qué huérfanos?»

De algún modo Quirke había presentido que ella le llamaría. Aunque le había dado su número de casa, por alguna razón prefirió llamarlo al hospital.

—Soy Françoise d’Aubigny —dijo, y añadió—: La señora Jewell.

Como si él pudiera haberlo olvidado. Supo que era ella desde la primera palabra que dijo. Aquella voz. Después de los saludos, ninguno dijo nada durante unos instantes. Quirke creyó oír la respiración de la mujer. Sintió que le ardía la frente. Aquello era absurdo, él estaba siendo absurdo.

—¿Cómo está? —le preguntó.

El juez de instrucción había pronunciado un veredicto abierto sobre Richard Jewel, un dictamen en el que no se determinaban las causas del fallecimiento. Una farsa que, desde luego, no sorprendió a nadie. El *Clarion* dedicó dos párrafos, enterrados en página interior, a informar sobre el juicio.

—Me siento muy rara, la verdad —dijo Françoise d’Aubigny—. Como si estuviera subida en un globo, flotando por encima de todo. Nada parece tener ninguna consistencia.

Durante días, el recuerdo de la mujer había entreverado los pensamientos de Quirke, escurridizo e insignificante como el hilo suelto de una telaraña, e igual de persistente. Incluso cuando se encontraba en la cama de Isabel Galloway, su rostro aparecía sobre él, suspendido en la oscuridad. Se sentía culpable y, al mismo tiempo, molesto, ya que no había sucedido nada de que sentirse culpable, o nada importante al menos. «O todavía no», como susurraba en su cabeza una vocecita.

—Sí, el dolor es un extraño estado de ánimo —dijo él.

—Ah... Parece que ese sentimiento le resulta familiar.

—Mi mujer murió. Sucedió hace mucho tiempo —ella no dijo nada. De nuevo la línea telefónica quedó en silencio—. Y su hija, ¿cómo lo lleva?

—No demasiado mal. Es una niña muy valiente. Se llama Giselle —ahora fue él quien no supo qué decir—. No quiso ir al funeral.

—¿Cuántos años tiene?

—Nueve. Es muy pequeña, pero al mismo tiempo es suficientemente mayor para saber lo que quiere. Me acuerdo bien de cómo me sentía yo a esa edad y del daño intenso que entonces hacían las cosas.

Otra vez se hizo en la línea el silencio, resonante, ligeramente perturbador.

—¿Le gustaría que nos viéramos? —se oyó preguntar Quirke.

Ella respondió al instante.

—Sí, me gustaría.

Quedaron para comer en el Hibernian. Había el bullicio habitual a aquella hora. En el movimiento de abrir y cerrarse, la puerta acristalada de la entrada proyectaba un fogonazo de luz solar, que se reflejaba sobre el suelo de mármol y entre los pies de la gente que entraba y salía. Cuando Quirke llegó, ella ya estaba sentada a la mesa, muy recta, con los hombros hacia atrás y los ojos expectantes, fijos en la puerta. Llevaba un ligero vestido de verano azul pálido con lunares y un diminuto sombrero sujeto con una pluma y un alfiler, que él sospechó que podía haber comprado en la Maison des Chapeaux, donde trabajaba su hija... Quizá se lo había vendido la misma Phoebe. Le tendió el dorso de la mano, como si él fuese a besarla; Quirke la estrechó y, al hacerlo, se sintió muy torpe.

—No sé si hice bien al elegir este lugar... —dijo Françoise d'Aubigny, mirando en derredor—. Richard venía a comer aquí muy a menudo. De hecho, creo que he sorprendido una o dos miradas reprobadoras. ¿Debería al menos ir de luto?

Ella pidió una ensalada y un vaso de agua con hielo. A Quirke le hubiera gustado pedir media botella de vino, pero se lo pensó mejor. Miró detenidamente el menú sin decidirse y finalmente eligió una tortilla.

—Sí, a Richard le encantaba este lugar —dijo—. Decía en broma que era el equivalente al Club de Kildare Street, donde obviamente él no hubiera sido bien recibido —miró a Quirke con un destello de curiosidad—. ¿Sabe que su familia es judía? No es algo que suela mencionarse.

¿Lo sabía? No estaba seguro. Jewell había sido circuncidado, pero ese hecho no era una prueba concluyente. No sabía qué pensar sobre ello ni qué relevancia podría tener. ¿Y ella? ¿Era D'Aubigny un nombre judío? Podía preguntarle a Sinclair; quizá él lo supiera.

—Dudo que los tipos de Kildare Street me admitieran tampoco a mí —contestó, aunque esquivó su mirada. Pensó otra vez en el vino; ¿y si pidiera una sola copa?

—Creo, doctor Quirke, que no se encuentra del todo cómodo —en su cara había una leve sonrisa.

Sintió un repentino brote de impaciencia, incluso de enojo. Ella tenía razón: no deberían haber ido a comer allí; probablemente no deberían haber quedado.

—La verdad, señora Jewell, es que no estoy seguro de qué está pasando... Quiero decir, de por qué estamos aquí —era tan hermosa que casi le hacía daño mirarla.

Ella bajó los ojos como si quisiera esconder su rostro.

—Sí, ya le he dicho que quizá no haya sido una buena idea. Pero creo recordar sin equivocarme que fue usted quien propuso la cita —y alzó la vista con una abierta sonrisa.

La comida llegó. Quirke pidió al camarero un vaso de Chablis. Con sorpresa, vio

cómo Françoise d'Aubigny pedía otro. Tal vez ella estaba tan nerviosa como él, a pesar de su aplomo y su aparente serenidad.

—El detective... ¿Cómo se llama? —preguntó ella cuando se alejó el camarero.

—Hackett.

—Eso es, Hackett. ¿Todos los policías de aquí son como él?

A Quirke le alegró tener un motivo para reírse. Se retrepó en su asiento.

—No, no lo creo. Pero él no es tan corto como parece.

—¿Corto?

—Torpe. Lento.

—Ah, no... No me parece así para nada. Al contrario.

—Sí, es un zorro ese Hackett —estaba pendiente de cómo el camarero se abría paso hacia ellos, entre las mesas, sujetando en alto una bandeja con dos copas.

—Al principio, pensé que *usted* era el detective de la ciudad y que él era... No sé —dijo ella—. Tal vez alguien del pueblo. Apenas conozco Kildare, a pesar de todos los años que llevamos en Brooklands.

El camarero dejó las copas encima de la mesa. Dos guiños de luz de una ventana lejana brillaron en el interior del líquido pajizo. Sin tocar su copa, Quirke empezó a contar lentamente hasta diez dentro de su cabeza.

—A Hackett no le gusta mucho la parte mundana de su trabajo; creo que por eso me lleva con él —estaba pensando en el vino y no en lo que decía. Sintió cómo enrojecía bajo la mirada de ella—. Y eso que yo no soy demasiado sofisticado —levantó la copa y notó el leve temblor de su mano. Bebió. ¡Ah!

—¿Usted comparte su opinión?... Quiero decir, ¿usted también cree que mi marido no se quitó la vida?

Mientras giraba el tallo de la copa entre sus dedos, Quirke intentaba no sonreír de pura felicidad. La euforia creciente que sentía, a medida que el alcohol extendía sus filamentos dentro de él como las raíces de una zarza ardiendo, era irresistible. Debía tener cuidado, se dijo, debía vigilar sus palabras.

—Señora Jewell, creo que está más allá de toda duda que su marido fue asesinado —dijo.

Ella parpadeó y él observó el leve movimiento de su garganta al tragar.

—¿Qué encontró cuando..., cuando hizo lo que quiera que haga en su trabajo? —preguntó Françoise d'Aubigny.

—¿Quiere decir en la autopsia? Se trata de una mera formalidad. Usted vio cómo estaba aquel día, la manera en que su marido yacía atravesado sobre la mesa con la escopeta entre las manos.

—¿Sí?

Ella aguardaba, los ojos fijos en él, y Quirke se removió en la silla. No era posible que ella dudara, estaba aferrándose a la esperanza de... ¿De qué? ¿Prefería realmente

pensar que él se había suicidado?

—Es muy difícil hablar de esto, señora Jewell.

—¿Difícil para usted o para mí? —su rostro se endureció.

—Para usted, desde luego, pero también para mí.

Permanecieron en silencio. Ella no había probado la ensalada ni el vino. No separaba sus ojos negros de él, mientras Quirke, incómodo, miraba alrededor.

—Señora Jewell —dijo, inclinándose sobre la mesa con aire de ir a explicar de nuevo en términos más sencillos algo que de por sí era obvio—, no es fácil suicidarse con una escopeta. Piense en la longitud del cañón y en la dificultad para colocar la escopeta en la posición adecuada. Y desde luego es imposible que su esposo lo hiciera y terminara con la escopeta entre las manos y cruzada sobre el pecho. Como usted pudo ver, fue...

—¿Qué pude ver? —espetó ella. La pareja en la mesa vecina detuvo su conversación y la miró con asombro—. ¿Qué cree usted que pude ver? Con mi marido tumbado allí de aquella horrible manera... ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Tomar nota de todo como si yo fuese alguien como usted? —sus ojos relampagueaban—. ¿Cree que soy un monstruo, que no tengo sentimientos, que nada me asombra?

—Desde luego que no...

—Entonces, por favor, no me hable así, como si estuviera tratando con su inspector Hackett.

Ella calló y ambos miraron el interior de sus copas, la suya todavía llena, la de él casi vacía.

—Le ruego que me disculpe, señora Jewell. Usted me preguntó qué había encontrado y trataba de explicárselo.

—Sí, sí, sí, desde luego —murmuró ella—. Soy yo la que debería disculparse —se encogió de hombros, conciliadora, y esbozó una sonrisa fugaz—. Por favor, continúe.

Él le mostró las manos vacías.

—¿Qué más puedo contarle? Su esposo no se suicidó, señora Jewell. El inspector Hackett ya se lo ha dicho y tiene razón. Se trata de un asesinato. Lo siento.

Ella le miró fijamente durante un largo rato. Una venita palpitaba en un lateral de su barbilla. Luego agarró su copa y se bebió la mitad del vino de un trago. Ahora era su mano la que temblaba.

—¿Qué debo hacer, doctor Quirke? —preguntó—. Dígame, ¿qué debo hacer? Es como si mi vida se hubiera hecho añicos de repente. No pretendo hacerle creer que Richard y yo estuviéramos..., que estuviéramos como dos tortolitos, como dicen aquí. Pero era mi marido, era el padre de Giselle. Y ahora nos hemos quedado solas.

Los ojos de la mujer brillaban y él temió que empezara a llorar. Su mente se

agitaba, impotente. ¿Cómo iba él a decirle qué hacer, cómo vivir? Su propia vida era para él un misterio, un misterio insoluble. ¿Cómo iba entonces a comprender la vida de los demás?

—¿Ha oído usted hablar de un hombre llamado Sumner, Carlton Sumner?

—Sí, claro —Quirke sintió cómo su corazón se calmaba.

—Debería hablar con él. El inspector Hackett debería entrevistarle.

—¿Por qué?

Ella miró en torno con el ceño fruncido, como si le urgiera encontrar algo.

—Si mi marido tenía enemigos, y desde luego que los tenía, Carlton Sumner era el principal.

Al igual que los latidos de su corazón, todo se había calmado y Quirke tuvo la sensación de estar flotando, inmerso en alguna sustancia densa pero maravillosamente transparente.

—¿Está diciéndome que cree que Carlton Sumner pudo tener algo que ver con la muerte de su esposo? —dijo.

Ella movió la cabeza con gesto impaciente.

—No puedo decirlo. Pero creo que usted debería conocer, que su amigo detective debería conocer, cómo era la relación entre ese hombre y mi marido.

Él miró la tortilla a medio comer en su plato, la gota restante de vino brillando en el fondo de su copa. Apoyó las manos en los brazos de su silla y se puso en pie.

—Perdone, tengo que... —dijo.

Se alejó apresuradamente de la mesa y se dirigió al vestíbulo. ¿Dónde estaban los servicios? Vio la indicación y la siguió. Dos religiosos, un párroco y el que debía de ser su obispo estaban charlando junto a una palmera encajada en un tiesto. Un botones con su simpático sombrero le observaba y, al sorprender su mirada, le guiñó un ojo sonriendo. Quirke empujó la puerta batiente y entró en el lavabo de caballeros. No había nadie. Se aproximó al gran espejo sobre los lavabos y se encaró a sí mismo, los ojos fijos en su reflejo, pero su mirada le hizo echarse atrás, sobrecogido. No la reconocía, ajena a él. El goteo de una cisterna estropeada resonaba como si estuviera hablando consigo misma.

Respiró hondo una vez y luego otra sin apenas notar el aire fétido que entraba en sus pulmones. Se lavó las manos, se las secó con la toalla, se arriesgó a mirarse de nuevo en el espejo y regresó al vestíbulo. Se detuvo un instante en la puerta del comedor para observar a Françoise d'Aubigny. Estaba encendiendo un cigarrillo. Pensó vagamente que debía preguntarle a Phoebe si había sido ella quien le había vendido aquel sombrero. Respiró hondo de nuevo, mientras se presionaba brevemente el esternón con la mano, y por fin avanzó entre las mesas. Françoise d'Aubigny le contempló mientras expulsaba hacia un lado el humo del cigarrillo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Sí —tomó asiento—. No debería beber vino.

—¿Mmmm?

No le apetecía hablar sobre el tema, ni siquiera para eludir el otro asunto.

—Sumner y su esposo, ¿hacían negocios juntos? —le pareció que de su boca sólo salía un hilo de voz.

Françoise d'Aubigny se inclinó hacia delante y, con el codo sobre la mesa, sostuvo el cigarrillo apartado. Sus labios estaban maquillados de un escarlata intenso, casi violento. Aún no había tocado su ensalada y la lechuga empezaba a marchitarse.

—Carlton Sumner estaba intentando *hacerse* con el negocio de mi marido —dijo.

—¿Quiere decir que estaba intentando hacerse un hueco en ese mercado o que...?

—Estaba intentando apoderarse de su negocio. Estaba interesado..., está interesado especialmente en el *Clarion*. Compró acciones en secreto.

—¿Cuántas?

—No sé... No lo recuerdo. Me parece que bastantes. Richard estaba preocupado. Creo que tenía miedo de Sumner —una comisura de su boca se alzó en una leve sonrisa irónica—. No había mucha gente de la que Richard tuviera miedo, doctor Quirke.

—Lo creo —Quirke encendió uno de sus propios cigarrillos. Deseaba otra copa de vino—. ¿Así que Sumner estaba planeando hacerse con el negocio?

—Eso creo. Se celebró una reunión en la casa de campo de Sumner. Algo se torció y Richard se marchó.

—¿Por qué?

—No lo sé. Richard no me hablaba de esas cosas —entrecerró los párpados yladeó ligeramente la cabeza—. Usted ya conocía eso, ¿verdad? Sabía de la discusión y que Richard se marchó.

—¿Lo sabía?

—Lo veo en su cara.

Hizo una seña al camarero, levantó la copa vacía y la movió.

—Mi ayudante en el hospital conoce a su cuñada.

Ella se echó ligeramente hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿Dannie? ¿Ha sido paciente de su hospital?

—No, no. Son amigos, se conocieron en la universidad —se preguntó cómo se habrían conocido, dado que Sinclair debía de ser dos o tres años mayor que Dannie Jewell. ¿Era Sinclair uno de esos aprovechados que persiguen a las jovencitas en su primer año de facultad?—. Juegan juntos al tenis.

—Sí, Dannie es una buena jugadora —murmuró ella. Era obvio que estaba pensando en otra cosa—. ¿Cómo se llama su ayudante?

—Sinclair —él hizo una pausa—. Es judío.

—Ah, ¿sí? —aquella información no le interesaba; Quirke ni siquiera estaba

seguro de si le había escuchado. Estaba distraída, con expresión preocupada y la mirada perdida—. Pobre Dannie, esta muerte ha sido algo muy duro para ella.

El camarero trajo la segunda copa de vino de Quirke. Esta vez contó hasta veinte, pero lo hizo mucho más rápido que antes.

—Hábleme de la guerra —dijo. Ella parpadeó sorprendida—. Dijo que a su hermano lo mataron.

—Ah, sí —apartó la cabeza durante un instante—. Lo llevaron a Breendonk... Era un campo, una fortaleza para prisioneros en Bélgica.

—¿Porque era judío?

Sus ojos se clavaron en él.

—¿Qué? No, claro que no, él no era judío —su rostro se iluminó—. Ah, ya veo. Pensó que... —rompió a reír. Era la primera vez que él oía su risa—. No somos judíos. ¡Qué idea! —sacudió la cabeza mientras reía de nuevo—. Mi padre aborrecía a los judíos.

—A pesar de eso...

—... ¿a pesar de eso me casé con un judío? —ella asintió con la cabeza y su sonrisa se volvió amarga—. Fue el peor crimen que podía haber cometido. Mi padre..., ¿cómo se dice?, me desheredó. Dijo que ya no era su hija. Fue una lástima, la verdad. Le gustaba Richard antes de averiguar que era judío. Ambos son..., eran muy parecidos en muchos aspectos. No fui a su funeral. Ahora lo lamento. Por eso no insistí en que Giselle estuviera presente cuando enterraron a su padre fue porque la comprendía.

Permanecieron en silencio. Quirke se bebió el vino. Debería haber comido más de la tortilla, le hubiera ayudado con el alcohol, pero se había quedado fría y una fina y brillante capa, igual que sudor, empezaba a cubrirla. Siempre le pasaba lo mismo: la bebida le estropeaba el apetito y le revolvió el estómago, pero cantaba tan dulcemente en sus venas...

—¿Qué le sucedió a su hermano? —dijo.

Ella encendió otro cigarrillo. Él observó que su mano estaba firme ahora.

—No tuvimos más noticias de él. Ninguna. Probablemente lo llevaron al este. No sé qué le dolió más a mi padre, si que su hijo muriera o que muriera entre judíos —miró a Quirke y desvió rápidamente la vista—. Lo siento —murmuró—, no debería hablar así. Mi padre no podía evitar ser como era, después de todo. Ninguno de nosotros puede evitar ser como es.

Se quedaron en silencio unos instantes, una muestra de respeto o algo parecido por los muertos, bien podía ser por el padre tanto como por el hijo. Entonces Françoise d'Aubigny se enderezó y apagó el cigarrillo contra el cenicero de cristal en la mesa.

—Debo irme —dijo. Quirke hizo una señal al camarero, mientras ella, los ojos

fijos en él, sopesaba algo—. ¿Le hablará al inspector sobre Carlton Sumner?

—Sí, se lo mencionaré. Tenga en cuenta que tal vez necesite hacerle algunas preguntas... Hackett, quiero decir —dijo Quirke, sin mirarla.

Ella se encogió de hombros, pero él se dio cuenta de que le preocupaba más de lo que quería dar a entender.

—Si mi marido fue asesinado, entonces alguien lo hizo. Debemos averiguar quién fue el asesino —arqueó una ceja buscando su complicidad—. ¿No es así?

Hacía un día extraordinariamente brillante cuando salieron del hotel y el resplandor en los tejados, en las ventanas y en los coches que pasaban los obligó a entornar los ojos. Se despidieron en la acera.

—Gracias por la comida. Ha sido muy agradable —dijo ella.

—No ha probado bocado.

—¿No? En estos días apenas me doy cuenta —de nuevo le ofreció brevemente su mano suave y fresca—. *Au revoir*, doctor Quirke. Espero que nos volvamos a ver.

Se quedó mirándola mientras se alejaba por Nassau Street. Caminaba con viveza, pero sin prisa, con pasos gráciles y ligeros, la cabeza inclinada hacia delante, mirando al suelo, como si vigilara cualquier pequeño obstáculo que pudiera surgir en su camino. Él se dio la vuelta y caminó en la dirección contraria, sin pensar adónde iba, sin importarle.

En el cruce de Molesworth Street, una brisa cálida lo sorprendió y su sombrero habría volado si no lo hubiera sujetado; el borde de fieltro aleteaba y chascaba como el pico de un pato y él sonrió con los ojos enrojecidos. El alcohol en su sangre —no era bastante, no era suficiente— empezaba a evaporarse y Quirke se aferró a sus últimos efectos con una alegre y tenue desesperación. En Stephen's Green los árboles, salpicados por la luz del sol, parecían aturcidos por el calor, con sus hojas brillantes y de un verde tan oscuro que se dirían negras. De repente, Quirke tuvo una visión del verano mismo, más allá del calor pegajoso y del ruido y de la suciedad, enfrascado alegremente en su eterna tarea azul y dorada, y en aquel instante le asaltó el atroz presentimiento de que se había enamorado. Confió en que fuese efecto del vino.

Pero el vino nada tuvo que ver y, en los días que siguieron a aquella comida con Françoise d'Aubigny, el corazón de Quirke, más y más agitado, le llevó a excesos aún mayores de locura amorosa sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Se sentía como un viejo libertino con el corazón de piedra vergonzosamente enfermo del mal de amores de la juventud. Era una locura sentir así a su edad. Igual que de adolescente miraba hacia otro lado cuando se topaba en la calle con una chica que le gustaba, ahora se entretenía con rasgos anecdóticos de Françoise d'Aubigny, como si pensar en ella misma fuese excesivo para él. Francia, no sólo el país, sino la idea de Francia, adquirió una repentina relevancia, como si al desplazar ociosamente una lupa sobre el mapa del mundo se hubiera detenido tembloroso sobre aquella masa grande con forma de fantasma en el extremo occidental de Europa. Le bastaba tomar un sorbo de clarete para encontrarse allí, en un Midi imaginario, bajo coloridas hojas de parra, respirando el aroma de polvo y ajo, o en algún caluroso *impasse* junto al Sena, entre palomas pavoneándose y con el agua corriendo limpiamente por los canalones adoquinados, la mitad de la calle sumergida en una sombra violácea y la otra mitad cegada por el sol.

Entró en Fox, frente al Trinity College, compró una cajetilla de Gauloise y regresó a casa para sentarse a fumar soñadoramente junto a la ventana, abierta de par en par sobre Mount Street, mientras el horizonte vespertino amarilleaba y las primeras prostitutas llegaban tambaleándose sobre las amplias aceras. Había localizado a un vendedor de periódicos que llevaba ejemplares de *Le Monde* del día anterior. Los compraba y con sus rudimentos de francés se adentraba mal que bien en los reportajes sobre la *guerre d'Algérie* y el Tour de France, que comenzaría en un mes. No se había sentido así desde los días lejanos en que cortejaba a Delia y estaba horrorizado consigo mismo. Abochornado, pero también y al mismo tiempo ridículamente feliz. Flotaba sobre los días en un estado de estupefacto éxtasis, y todos los obstáculos se alejaban de él por arte de magia como pompas de jabón.

Françoise y él no habían quedado en encontrarse de nuevo, pero no le importaba, persuadido de que volverían a verse, pues era su sino. El destino se encargaría de todo; él sólo tenía que esperar. Y mientras el joven Lotario caracoleaba en los prados de su fantasía, arrancando ramilletes de flores y declamando gozoso el nombre de su amada, en un rincón desencantado de su cabeza el perro viejo que en realidad era se estremecía consternado al pensar en las violentas y sangrientas circunstancias que le habían llevado a enamorarse.

Al regresar a casa durante uno de aquellos románticos atardeceres —¡aquel cielo albaricoque, aquellas cobrizas nubes viajeras!—, encontró a Jimmy Minor sentado en los escalones de la entrada. El nombre de Minor le iba como anillo al dedo, pues era un hombre diminuto, con un ralo cabello rojizo que dibujaba un pico de viuda en su frente y con un pequeño rostro, demacrado y exangüe, manchado de enormes pecas. Vestía unos pantalones de pana descoloridos, una chaqueta sport de tweed y una corbata verde y estrecha, anudada con fuerza, que parecía un vegetal marchito. Estaba fumando un cigarrillo con obvio desagrado, como si fuese una tarea que le hubiera sido injustamente asignada, pero que no podía eludir.

A Quirke no le sorprendió encontrarlo, llevaba tiempo esperando que Minor le llamara.

—He oído que ahora trabaja en el *Clarion* —se detuvo ante los escalones mientras el joven se levantaba—. Nunca imaginé que fuese su tipo de periódico.

—Es un trabajo —contestó Minor a la defensiva, dejando a la vista durante un segundo un colmillo manchado de tabaco.

Quirke introdujo la llave en la cerradura.

—Un amigo mío solía decir que el *Clarion* sólo hablaba de caballos y de curas muertos. Supongo que era así en los viejos tiempos, antes de que los Jewell se hicieran con él y lo convirtieran en un periódico sensacionalista.

Minor suspiró. No debía de ser la primera pulla que su nuevo trabajo provocaba.

—Hay cosas muy fáciles de atacar. Supongo que usted lee el *Irish Times*... Perdón, supongo que usted recibe el *Times*.

Quirke entró en el vestíbulo mientras movía negativamente la cabeza:

—Si yo recibiera algo, sería el *Indo*.

—Allí no escasean los curas muertos y los caballos.

—No es eso lo que me interesa. Lo leo por los juicios.

—Ah, le gusta una pequeña dosis de porquería respetable.

Quirke sonrió levemente.

—Vamos arriba, necesito cambiarme de ropa.

Una vaharada de aire rancio y sofocante los recibió al entrar en el piso, pues Quirke había olvidado dejar abiertas las ventanas de guillotina. Abrió una empujando el vidrio lo más abajo que pudo. Bandas anaranjadas y de un blanco cremoso coloreaban el cielo, teñido de rosa oscuro en el horizonte. Las nubecillas habían desaparecido. Sobre la torre de la iglesia de St. Stephen, que todos llamaban el Pimentero, Venus dibujaba el punto sobre la *i*, arrancando un destello en el pálido y frío verde.

—¿Le apetece una taza de té? —dijo Quirke girando ligeramente la cabeza hacia atrás—. ¿O prefiere que vayamos al pub?

—Creí que quería cambiarse.

—Sí, no tardo nada.

Minor estaba junto a la librería escrutando los lomos, su pequeña y afilada cabeza echada hacia atrás. Tenía un nuevo cigarrillo en los labios.

—Como es obvio usted sabe por qué estoy aquí —dijo con un tono deliberadamente distraído mientras continuaba ojeando los libros—. Veo que le gusta la poesía. Tiene mucho Yeats. Le gusta Yeats, ¿verdad? —volvió la cabeza hacia él e imitó la voz cantarina del poeta en plena y sonora recitación:

—La furia y el lobo de las humanas venas<sup>[1]</sup>.

Quirke no le siguió el juego.

—¿Qué tal se maneja el *Clarion* descabezado? —preguntó.

Minor soltó una risilla burlona.

—Descabezado, ¿eh? Menudo humor negro se gasta. Imagino que va con el trabajo —sacó un libro de uno de los estantes superiores y lo hojeó.

Quirke vigilaba la brasa del cigarrillo de Minor, temeroso de que un ascua cayera sobre las páginas. Aquélla era una primera edición de *La torre*, de Yeats, y la tenía en gran estima.

—El descabezado *Clarion* deja oír su exquisita nota —dijo Minor, sin levantar la vista de la página—. Como Orfeo.

Al principio Quirke pensó que estaba citando un pasaje del libro que tenía en las manos, pero rápidamente se dio cuenta de su error.

—Es justo al contrario —dijo.

—¿Mmmm?

—Orfeo quedó reducido a la cabeza después de que las Ménades lo despedazaran.

—Ah, doctor Quirke, me rindo ante su refinada educación.

Ahora fue Quirke quien suspiró, repentinamente aburrido. No disfrutaba intercambiando tediosas chanzas con aquel agrio hombrecito. Intuía que sólo le había invitado a subir porque le brindaba la posibilidad de hablar sobre Françoise d'Aubigny.

—He oído que fue usted quien escribió el artículo sobre la muerte de Richard Jewell, aunque no estaba firmado —prendió un Gauloise—. ¿Sabe?, cuando Stalin murió pasaron días antes de que alguno de su cuadrilla de aduladores tuviera el valor de comunicar la noticia al gran público soviético. Como si el viejo monstruo pudiera regresar y liquidarlos.

Minor devolvió el libro a su balda. Quirke advirtió de mala gana la delicadeza con que había manejado el volumen y el cuidado que puso para colocarlo en su sitio.

—No es la clase de artículo que requiere una firma —observó Minor con suavidad—. Su colega Hackett, de Yard, apenas nos dio información. ¿He de suponer que la muerte de Jewell no fue un suicidio?

—¿Eso supone?

—Y difícilmente pudo tratarse de un accidente.

—Difícilmente.

Minor se aproximó a la ventana y los dos hombres permanecieron uno junto al otro contemplando la calle.

—Hay mucha gente que se alegra de la muerte de Dick Jewell.

—Estoy seguro.

—He oído que la propia viuda no se comporta exactamente como si estuviera destrozada por el dolor.

—Creo que ese matrimonio ya había finalizado hacía tiempo.

—¿De verdad?

—Según parece, llevaban vidas separadas.

Minor se encogió de hombros.

—Es difícil saber eso con certeza.

—Ella lo dio a entender...

—Ah, ¿sí?

—... cuando nos vimos —a Quirke le irritó que Minor pareciera no prestarle atención—. Quedamos para comer en el Hibernian pocos días después..., después de que encontraran el cadáver.

—¿Comió con la esposa de Jewell? —Minor había fruncido el ceño.

—Sí —Quirke notó que estaba sudando ligeramente. Hablar así con Minor era peligroso, ¿quién sabía adónde podría llevar esa conversación? Pero era incapaz de detenerse. Se sentía como si estuviera aferrado con la punta de los dedos a un tiovivo que empezaba a descontrolarse y cada vez giraba más deprisa—. Me llamó por teléfono. Deseaba charlar.

—¿Sobre qué? —Minor le observaba con incredulidad—. ¿Sobre la *muerte* de su esposo?

Quirke se dirigió a la repisa de la chimenea y simuló enderezar una fotografía enmarcada que estaba colgada en la pared. *Atget, Versailles, Vénus par Legros*. La mirada segura de la estatua de mármol dejaba entrever un poso de sufrimiento. Como la de ella. Sus pensamientos iban y venían, enfrascados en su propio discurso. Se sintió ligeramente mal, como si estuviera pillando un resfriado. Se giró hacia el hombrecito que aguardaba junto a la ventana.

—¿De qué iba a hablar sino de él, de lo sucedido?

—¿Y qué le contó?

¿Qué le *contó*? Apenas recordaba nada, excepto una cosa, claro.

—Mencionó a Carlton Sumner.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué dijo sobre él?

—Que su marido y él tuvieron una bronca durante una reunión de negocios en la casa de Sumner en Wicklow. Y que su marido se levantó y le dejó plantado. ¿Había

escuchado algo sobre eso?

—Sólo rumores. Sumner estaba comprando acciones para quedarse con los periódicos y Jewell no lo aceptaba y tuvieron una trifulca... ¿Qué hay de llamativo en eso? Los negocios son como la guerra.

—Sí, y a la gente la matan en la guerra.

—¿Y piensa que eso no sucede en los negocios? —Minor no dijo más. Estaba de espaldas a la ventana, frente a Quirke. Tenía un nuevo cigarrillo entre los labios... ¿Cómo lo hacía? Los pitillos parecían surgir de la cajetilla ya encendidos, como por arte de magia—. ¿Está sugiriendo lo que creo que está sugiriendo? —preguntó casi riendo—. ¿Que Carlton Sumner...?

—Permítame que me cambie de ropa —dijo Quirke.

La luz postrera de la larga tarde llenaba el dormitorio como un gigantesco artefacto dorado que irrumpiera sesgado por la ventana. Quirke permaneció inmóvil y respiró hondo una vez, luego otra. Se quitó el traje y lo colgó en el armario —la chaqueta despedía un tufillo a sudor rancio— y se puso unos pantalones grises y un jersey de cachemir azul claro que encontró y que no sabía que tenía. Contempló su reflejo en el espejo del armario y le resultó chocante verse en aquellos tonos pastel. Se quitó el jersey y los pantalones, que le quedaban demasiado ajustados, y se puso una vieja chaqueta de tweed y unos pantalones caqui.

Subieron por Baggot Street hasta Toner. No había demasiada gente. El lánguido y azulado anochecer de verano parecía impregnar la atmósfera cargada de humo, adormeciendo aún más las escasas conversaciones. Quirke se sentó en un taburete de madera de la barra y Minor permaneció de pie, de manera que sus ojos quedaron casi a la misma altura. Minor, que por supuesto estaba fumando, hacía tintinear con la mano las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón. Quirke creyó preferible no beber alcohol y eligió un zumo de tomate. Minor pidió una pinta de cerveza negra; cuando levantó el gran vaso para llevarlo a sus labios picudos pareció un colegial fanfarrón envejecido prematuramente.

—Así que usted cree —dijo, secándose la boca con el dorso de la mano— que Carlton Sumner se cargó a Diamante Dick —soltó una carcajada que sonó como un relincho.

Quirke ignoró el comentario.

—¿Suponía realmente una amenaza la compra de acciones de Sumner? —preguntó.

—Sí, según tengo oído. Sumner posee un veintinueve por ciento de la compañía de Jewell. Eso significa un montón de acciones y un gran poder de decisión.

—Ahora renovará su oferta.

—Tal vez no. Dicen que ha perdido interés. Ya sabe cómo son esos niños

grandes... No soportan perder y se alejan lo antes posible de sus fracasos. En cualquier caso, ¿en qué le beneficiaría haberse cargado a Dick Jewell?

—¿Venganza, tal vez?

Minor movió la cabeza.

—No tiene sentido.

—No, no lo tiene.

—¿Qué opina Hackett?

—¿Alguien sabe lo que opina Hackett?

Bebieron en silencio durante un rato.

—¿Qué más le contó la esposa..., la viuda? —preguntó Minor.

—Tiene una hija de nueve años. Está preocupada por ella. Es duro perder a un padre a esa edad.

—La esposa es francesa, ¿verdad?

—Françoise d'Aubigny.

—¿Eh? —Minor le lanzó una mirada penetrante. Había captado algo en su tono, tal vez una calidez injustificada.

Quirke jugueteó con su zumo de tomate.

—Se hace llamar por su nombre de soltera: Françoise d'Aubigny.

—No me diga —sonrió abiertamente—. ¿Es eso lo que le contó en el Hibernian, entre las ostras y la vichyssoise? Debió de ser un momento muy especial —Minor se enorgullecía profesionalmente de llevar las situaciones al límite. Se humedeció los labios sin que se le borrara la sonrisa de la cara—. Supongo que ella será la gran heredera.

—¿Eso supone?

Un delgado bigote de espuma se dibujó sobre el labio de Minor, que lo limpió con el dorso de su delicada y pecosa manita.

—Por lo visto existe un fideicomiso. No creo que ella..., la esposa, no creo que tenga ningún interés en hacerse cargo. Probablemente llegará a un acuerdo para recibir dinero en efectivo y volverá a Francia. Dicen que no siente especial apego por este país. Tienen una casa en algún lugar del sur... Creo que en Niza o por ahí —observó a Quirke atentamente—. Parece que ella le ha impresionado. Es un bombón, ¿verdad? Je, je —Quirke no dijo nada—. Es muy extraño —continuó Minor— que le llame por teléfono para quedar a comer cuando su esposo aún está caliente en la tumba. Los franceses son diferentes, desde luego.

Quirke permaneció callado. Se arrepentía de no haber dejado a Minor sentado en las escaleras de entrada, de no haber pasado de largo y continuado con su rutina, en lugar de permitirle entrar y darle la oportunidad de hablar de Françoise d'Aubigny de aquella manera, como si estuviera deslizándose sus manitas húmedas y frías sobre ella.

Un hombretón colorado con un sobado traje negro se detuvo al pasar junto a

ellos:

—¡Dios mío, Jimmy!, ¿dónde has estado metido? —le dijo a Minor.

El hombre lo miraba con descaro mientras intentaba a duras penas mantenerse en equilibrio; saltaba a la vista que estaba borracho como una cuba. Ambos intercambiaron chanzas durante un minuto y luego el hombretón colorado se alejó tambaleándose. Minor no se lo había presentado a Quirke, ni Quirke había esperado que lo hiciera. «Esta ciudad de extraños de paso», pensó Quirke. Recordó que había quedado en llamar por teléfono después del trabajo a Isabel Galloway antes de que ella saliera al escenario; actuaba en *Saint Joan* y aquella noche era el preestreno. Se tanteó los bolsillos con gesto culpable en busca de peniques mientras echaba un vistazo a la cabina de teléfono, un pequeño habitáculo con la puerta barnizada con un veteadado chillón de modo que pareciese madera y con una ventana circular como un ojo de buey.

—¿Eso es todo lo que contó acerca de Sumner? —preguntó Minor—. ¿Que hubo una bronca en Wicklow?

Quirke apuró el final, acuoso y rosado, del zumo de tomate.

—¿Tiene alguna información nueva?

—¿Sobre qué?

—La muerte de Jewell, la bronca con Sumner. Le recuerdo que fue *usted* quien vino a verme a *mí*.

—Esperaba que *usted* supiera algo. Normalmente es así. Hackett habla con usted, él es su... —sonrió con una mueca desagradable—, su «amigo especial».

Quirke ignoró la burla.

—Hackett se encuentra tan confundido como todos los demás. ¿Por qué no va *usted* a hablar con Carlton Sumner?

—No me recibirá. Su gente dice que no habla con la prensa. No lo necesita, imagino.

A Quirke le estaba empezando a doler la cabeza; sentía un latido tras la frente como un pequeño y preciso repiqueteo. Necesitaba un trago, un trago de verdad, pero no se atrevía a pedir una copa. Se levantó del taburete.

—Tengo que irme —dijo.

—Le acompaño.

Hacía una noche ligera y suave. Sobre Baggot Street una nube de estrellas recordaba el lecho de un río sedimentado de plata.

—¿Cómo está Phoebe? —preguntó Minor—. Hace tiempo que no la veo.

—Está bien. Se ha mudado.

—¿Dónde vive ahora?

—Subiendo aquella calle, pasado el puente. Tiene lo que ella llama un cuarto de estar con cama.

Quirke se había preguntado a menudo sobre Minor y su hija. Suponía que sólo eran amigos, que nunca habían sido nada más, pero carecía de pruebas. Phoebe tenía sus secretos. Se preguntó si Sinclair la habría llamado después de aquella cena desastrosa en Jammet. Esperaba que lo hubiera hecho. La idea de que Sinclair cortejara a Phoebe le reconfortaba.

—El capataz de la finca, Maguire —dijo Minor—, pasó una temporada en Mountjoy.

Quirke necesitó un segundo para entender lo que le decía.

—¿Maguire?

—El capataz de Brooklands..., la finca de Jewell.

—¿Qué quiere decir una temporada?

—Tres años. Homicidio involuntario.

Sinclair sí había llamado por teléfono a Phoebe. La invitó al cine. Fueron a ver *Centauros del desierto*, protagonizada por John Wayne, en el Savoy. Ese segundo encuentro no resultó mucho mejor que la cena en Jammet. La película irritó a Phoebe y a la salida, mientras caminaban por O'Connell Street, habló de ella despectivamente. No le gustaba John Wayne, le resultaba afeminado —«esa manera de andar»— a pesar de su pose de tipo duro; en realidad, no era más que un farsante. Y Natalie Wood interpretando a la niña robada por los comanches... ¡Aquellas trenzas y el ridículo y reluciente maquillaje caoba!

Sinclair escuchó las críticas en silencio, la desproporcionada vehemencia. Phoebe era una criatura mucho más extraña de lo que había imaginado. Notaba en ella una oscuridad, podía incluso visualizarla, una brillante y negra charca circular, como el fondo de un profundo pozo, absolutamente inmóvil excepto en algunas ocasiones, cuando la superficie se estremecía durante unos instantes en respuesta a algún temblor o algún estampido lejanos, y lanzaba un destello de luz fría. La verdad es que ella no era su tipo. A él, por regla general, le gustaban las chicas simples pero ingeniosas, nada de cerebritos; chicas bulliciosas y vitales que hacían el teatro de forcejear para quitárselo de encima cuando él las tumbaba sobre el sofá o, en contadas ocasiones, sobre la cama, y que cedían riendo a borbotones. No podía imaginarse comportándose de una forma tan lasciva con Phoebe; no podía imaginarse ningún tipo de aproximación física. Y luego estaba su delgadez. Era demasiado delgada. Al sentarse en el cine, su mano había rozado accidentalmente la de ella y su tacto, puro hueso, le había hecho pensar, sin que pudiera evitarlo, en la sala de autopsias. ¿Por qué estaba allí con ella? ¿Qué era lo que deseaba? ¿Qué esperaba? No comprendía lo que le pasaba con Phoebe Griffin.

Le sorprendió que ella le invitara a tomar un café en su apartamento. Le invitó con tanta naturalidad y de una forma tan directa que aceptó inmediatamente, sin

pensarlo dos veces. Pero casi en el mismo instante empezó a cuestionar su decisión. Había actuado como si fuesen niños y ella le hubiera propuesto ir a su casa a jugar, aunque no eran niños y el juego que podían iniciar no sería infantil. Se trataba de la hija de su jefe, si bien era Quirke quien le había invitado a cenar para que conociera a Phoebe. Pero ¿quién era él para pensar que lo había hecho con la intención de animarle a...? ¿A qué? No lo sabía. Todo resultaba muy confuso. ¿Qué esperaba Quirke de él? ¿Qué esperaba Phoebe de él?... ¿Qué esperaba él de sí mismo? Para empezar, ¿por qué razón había llamado por teléfono a Phoebe? Mientras andaba junto a ella, sin que ninguno dijera una palabra, casi se sentía como un hombre condenado caminando hacia su destino.

Continuaron callados en el autobús. Phoebe pagó los dos billetes antes de que él hubiera podido sacar las monedas del bolsillo. Dobló los resguardos de papel y los introdujo en la mano de Sinclair con una sonrisa de complicidad, como si se tratase de un código secreto que le estuviese confiando. Se sentaron en el piso superior del autobús y vieron pasar las calles, iluminadas débilmente. Aunque eran sólo las diez y media y hacía una temperatura agradable, no se veía a nadie, pues los pubs todavía no habían cerrado sus puertas. Los árboles en Merrion Square parecían una oscura congregación; al paso del autobús, la luz de las farolas rociaba a intervalos regulares y de forma arbitraria las hojas superiores. A Sinclair no le gustaba la noche, nunca le había gustado, desde que era niño le transmitía una vaga sensación de desolación. Pensó con añoranza en su propio piso: el sillón junto a la ventana, las cortinas echadas, el tocadiscos preparado para que lo encendiera.

Phoebe se levantó y tiró del cordón y escucharon el *ding* de la campana en el piso inferior, en la cabina del conductor.

Su habitación tenía una forma proporcionada, con el techo alto y un raíl para los cuadros que recorría las paredes, pero era demasiado pequeña para ser, al mismo tiempo, cuarto de estar, dormitorio y cocina. Mientras ella preparaba el café, él dio unos pasos alrededor educadamente para mirar sus cosas, intentando parecer interesado pero no curioso. Sobre la repisa de la chimenea, en un marco de plata, había una foto de un joven Quirke con una jovencita cogida de su brazo... No había duda de que se trataba de su esposa, fallecida hacía ya mucho tiempo.

—Es del día de su boda —la voz de Phoebe, desde el otro lado de la habitación, le sobresaltó. Ella se aproximó y le tendió su taza y juntos contemplaron la foto de la feliz pareja—. Se llamaba Delia. ¿No está guapísima hasta con ese traje anticuado? Yo no la conocí... Murió durante mi parto —le lanzó una ojeada maliciosamente traviesa—. Imagínate la culpabilidad que arrastro —dijo imitando la entonación de una estrella de cine. Él no supo qué decir.

La única silla estaba junto a la chimenea y Phoebe le obligó a sentarse en ella.

Había cajas de cartón en el suelo; Sinclair recordó a Quirke comentándole que acababa de mudarse. Probó el café. Era demasiado fuerte y tenía un gusto amargo, a quemado; y supo que le iba a mantener despierto durante horas.

—¿Te cae bien mi padre? —le preguntó Phoebe.

Él la miró fijamente, abriendo los ojos con asombro. Estaba sentada en la cama, sobre las piernas encogidas, y con la espalda apoyada en la pared. Llevaba un vestido oscuro con un cuello blanco... ¿Era el mismo que vestía aquella noche en Jammet? Su cabello brillaba bajo la luz de la lámpara, negro azulado como ala de cuervo. Su tez era muy pálida.

—Perdona, imagino que no es el tipo de cosas que uno debería preguntar, pero ¿te cae bien? —insistió Phoebe, y se rió.

—No sé si es cuestión de que me caiga bien —dijo precavido.

—Camina un poco como John Wayne, ¿lo has notado?

—¿De verdad? —él se rió—. Sí, creo que sí, un poco. Tal vez todos los tipos grandes caminan así.

—¿Qué tal es trabajar con él?

Sinclair tuvo la clara impresión de que el objeto de aquellas preguntas no era su padre, sino él.

—Es muy profesional. Y creo que trabajamos bien juntos —se detuvo un instante—. ¿A él le caigo bien yo?

—Nunca hablamos sobre esas cosas —dijo ella alegremente.

Él no sonrió.

—¿De qué cosas sí habláis? Imagino que no de muchas, conociendo a Quirke.

Ella reflexionó, ladeando la cabeza igual que un pájaro.

—Bueno, me habla del trabajo. De su último caso, por ejemplo... Ese hombre, Jewell, que recibió un disparo —se detuvo mientras clavaba los ojos en la taza—. Me ha contado que tú conoces a su hija... No, a su hermana, ¿no es así?

—Sí, Denise... Dannie, ése es su nombre. La conozco desde la universidad.

—¿La conoces bien?

Él dudó. Aquella pregunta de nuevo, la misma que le había planteado Quirke.

—Quedamos para jugar al tenis de vez en cuando —dijo.

—Mmmm —lo miró con mayor detenimiento—. Estoy segura de que merece la pena tenerte como amigo —estiró las piernas para levantarse de la cama, se encaminó al hornillo eléctrico que había en la esquina y se sirvió más café. Se giró hacia él y levantó la cafetera de filtro por si le apetecía otra taza, pero él movió la cabeza negativamente. Ella regresó a la cama y con cuidado adoptó la misma posición que antes.

Sinclair deseaba fumar un cigarrillo y se preguntaba si podría cuando ella, como si leyera sus pensamientos, le dijo:

—Puedes fumar si te apetece. Hay un cenicero sobre la repisa de la chimenea — observó cómo sacaba los cigarrillos y prendía uno, y cómo se levantaba para coger el cenicero, que colocó en el suelo, al lado de la silla—. ¿Cómo es ser judío? —le preguntó.

Él la miró fijamente de nuevo, expulsando sorprendido una rápida columna de humo. Era una pregunta que nunca le habían hecho, una pregunta que nunca había esperado que le hicieran. Soltó una breve carcajada vulnerable.

—No es algo sobre lo que piense. Quiero decir que tú tampoco piensas sobre lo que eres, ¿verdad?

—Pero yo no soy especial, ¿comprendes? Soy como todo el mundo de aquí. Pero tú..., tú tienes una identidad, una raza.

—No es realmente una raza.

Ella movió con gesto impaciente una mano.

—Ya, ya lo sé. Conozco todo sobre el tema, sobre la gente semítica y eso. Pero el hecho es que tú eres judío, un miembro de una diminuta, *diminuta*, minoría. Y eso debe de significar algo... Quiero decir que, al menos en algunos momentos, debes de ser consciente de ese hecho.

Él se dio cuenta de qué iba el asunto. A pesar de lo que afirmaba, ella no se consideraba igual que todos los demás, en absoluto; ella pensaba que era como él, o como ella creía que era él, un extraño, un paria incluso, un rostro pálido entre los comanches.

—Mi familia no era religiosa —dijo—, y si no eres al menos un poco religioso no eres realmente judío.

—Pero en la guerra debiste de estar..., debiste de sentir...

Él dejó la taza, que aún tenía café, en el suelo, junto al cenicero.

—Te voy a contar una historia —dijo—. La guerra estaba terminando y las noticias sobre los campos de concentración empezaban a llegar. Era Semana Santa, cuando la Iglesia católica colecta una ofrenda anual entre sus feligreses, ya sabes de lo que te hablo. Una noche muy oscura sonó un golpe en la puerta de casa y mi madre me mandó que fuera a abrir. En el umbral estaba el cura más grande y con la cara más roja que había visto nunca, un auténtico patán con el cuello rebosando sobre el alzacuellos y unos saltones ojillos de cerdo. Me miró desde lo alto y con el acento de Cork más cerrado que puedas imaginar dijo: «¡Vengo a por los judíos!»

Phoebe ladeó de nuevo la cabeza mientras fruncía el ceño sin comprender.

—En realidad dijo: «Vengo a por lo debido» —prosiguió Sinclair—, a por la colecta de Pascua, pero su acento de Cork era tan fuerte que yo creí oír «vengo a por los judíos»<sup>[2]</sup>.

—¿Qué hiciste? —preguntó ella, riendo—. ¿Qué le dijiste?

—Le cerré la puerta en las narices y corrí como una bala a la cocina y le dije a mi

madre que era un vendedor ambulante de Biblias.

—¿Te asustaste?

—Supongo que sí. En aquellos días, los curas y las personas como ellos..., cualquier funcionario de *su* mundo te daba miedo.

Ella dio un pequeño brinco.

—¿Lo ves? —exclamó con tono triunfal—. *Su* mundo. Sí te sientes diferente.

—Todos los niños se sienten diferentes, judíos o no.

—¿Sólo los niños?

—¿Qué quieres decir?

—Yo me siento diferente y siempre será así. Imagino que piensas que eso es vanidad, pero no lo es. ¿Me das un cigarrillo?

Él se levantó con presteza de la silla y buscó el paquete de Gold Flake en su bolsillo.

—Lo siento —dijo con torpeza, mientras se oscurecía aún más su semblante—. No pensé que fumaras.

—No fumo. Antes sí, pero lo dejé.

Cogió un cigarrillo, él abrió el mechero de un golpe seco y ella se inclinó hacia la llama, rozando el dorso de la mano de él con la yema de su dedo. Detrás del humo, él percibió un leve soplo de su perfume. Ella levantó los ojos para mirarle, pestañeando.

Sinclair percibió repentinamente la noche que los rodeaba, inmensa y silenciosa.

—Debo irme pronto —dijo.

Ella se echó hacia atrás y colocó una mano bajo el codo flexionado del brazo que sostenía el cigarrillo. Se quitó del labio inferior una hebra de tabaco. Él dio media vuelta y se sentó en la silla, junto a la chimenea.

—Si no creyera que es una tontería —comentó ella en tono despreocupado—, pensaría que te asusto un poco.

La miró con ojos de búho y luego rompió a reír.

—Bueno, claro que estoy atemorizado —dijo—. ¿Qué hombre no se asusta cuando una chica le invita a su habitación?

—¿No se supone que es exactamente al contrario?

—Se supone, pero, como bien sabes, no sucede así nunca. Después de todo, nosotros somos el sexo débil.

—Sí, lo sois, es verdad —asintió ella halagada.

Permanecieron así durante largo rato, sentados y sonriéndose, sin que ninguno supiera qué había ocurrido exactamente entre ellos, pero con la certeza de que algo había sucedido.

Lo que el destino dispuso, o lo que el destino en forma de la propia Françoise d'Aubigny dispuso, entre todas las posibilidades existentes, fue una fiesta. No fue así como ella la denominó: en la pequeña tarjeta con filo dorado decía «Copa Conmemorativa», un nombre que Quirke encontró ligeramente cómico. La invitación era a las cinco de la tarde en la mansión que poseían los Jewell —ahora Françoise d'Aubigny— al final de St. Stephen's Green. Era una casa imponente con un gran jardín japonés de grava en la parte posterior, y allí se encontraban los invitados. Nadie sabía cuál era la indumentaria adecuada para una ocasión tan extraña. Los hombres iban trajeados de forma sobria y apropiada, pero las mujeres se habían visto obligadas a improvisar y abundaban la seda negra y los tocados de un oscuro azul cobalto adornados con plumas negras, y una o dos señoras, entre las más maduras, lucían guantes largos de algodón negro. Camareros vestidos de esmoquin y con corbata blanca se movían entre la multitud manteniendo en equilibrio en el aire bandejas de plata con flautas de champán. Sobre una mesa de caballetes, cubierta por un mantel de blancura deslumbrante, había canapés y cuencos con aceitunas y cebolletas en vinagre y, en el centro, un imponente salmón de un succulento e indecente color rosado, dispuesto sobre una fuente metálica y punteado con pizcas de mayonesa y unas relucientes bolitas similares a cuentas que sólo unos cuantos identificaron como exquisito caviar de beluga.

—*C'est très joli, n'est-ce-pas?* —dijo Françoise d'Aubigny a su espalda. Quirke se volvió con tanta rapidez que casi derramó el champán.

—Sí —contestó—, muy apetitoso... Quiero decir, muy elegante.

Ella llevaba un vestido de cóctel de raso azul metálico y no lucía más adorno que un diminuto reloj de diamantes en la muñeca izquierda. Rozó el borde de la copa de Quirke con la suya, produciendo un leve tañido.

—Gracias por venir —susurró.

Quirke dio una respuesta cortés, que sonó como un balbuceo. Había pasado días y días pensando en ella, recordándola, y ahora la súbita realidad de su presencia le resultaba abrumadora.

Ella giró la cabeza para escudriñar a la multitud murmuradora.

—¿Cree que los he escandalizado de nuevo? —preguntó.

—Bueno, no han declinado su invitación —dijo Quirke—. Ya sabe que los irlandeses adoran los velatorios.

—¿Velatorios? Claro, tiene razón, imagino que eso piensan que es esto.

—¿Y no lo es?

Ella no apartó la vista de los invitados.

—Tal vez debería haber ofrecido whisky en lugar de champán —dijo con una leve sonrisa juiciosa—. Es lo que se bebe en un velatorio irlandés, ¿no?

—Y cerveza negra, no olvide la cerveza negra y botellas de cerveza bien tostada y manitas de cerdo en un cubo.

—¿Manitas de cerdo?

—Pezuñas de cerdo... *Pieds de porc*.

Ella se rió sin hacer ruido, bajando la cabeza.

—Me temo que soy una anfitriona terrible. Me despellejarán cuando se marchen.

—Ni siquiera las manitas de cerdo podrían evitar que la despellejaran. Esto es Dublín.

—Es usted muy... —buscó la palabra adecuada—, *cynique*, doctor Quirke —y sonrió.

—¿Cínico? Espero que no. *Realista* diría más bien.

—No, ya sé la palabra perfecta para usted... Desencantado. Una palabra hermosa, pero triste.

Con gesto de reconocimiento, él inclinó la cabeza en una pequeña reverencia —estaba pillándole el truco a la reverencia gala—, detuvo a un camarero que pasaba y cambió su copa vacía por una llena. Dos eran el límite, se dijo, ya se sentía suficientemente trastornado en presencia de aquella mujer embriagadora.

—Coma algo, doctor Quirke —le dijo ella—. Estoy segura de que no echará de menos las manitas de cerdo. Ahora debo..., ¿cómo se dice?..., saludar.

Empezaba a alejarse cuando se detuvo y posó dos dedos en la muñeca de él.

—No se marche sin despedirse, por favor.

Contempló cómo se alejaba con sus largos y ágiles pasos, la cabeza inclinada hacia delante y la copa de champán entre las dos manos y contra su pecho. Junto a él se alzaba un ginkgo; el árbol, apenas un esbelto retoño que no le sobrepasaba la cabeza, temblaba y su temblor agitaba cada una de sus hojas.

Durante la media hora que siguió, Quirke conversó con varias personas; una cierta dosis de vida mundana era inevitable, aunque si hubiera podido la habría evitado. Deseaba estar solo para recordar sin distracciones los momentos que Françoise d'Aubigny y él habían compartido junto a la mesa de caballetes con sus coquetos cuencos de brillantes aperitivos y su espléndido salmón. Se encontró con un antiguo juez que había conocido a su padre adoptivo y tuvo que detenerse para escucharle durante cinco insufribles minutos —el viejo estaba sordo y hablaba a gritos, como si los demás padecieran también del oído—, y tuvo que detenerse asimismo con una actriz del Abbey Theatre, que le lanzó una juguetona mirada

reprobadora mientras le preguntaba con dulzura venenosa por qué no le había acompañado Isabel Galloway. De vez en cuando se abría un hueco entre las cabezas parlanchinas y Quirke sorprendía un tentador atisbo de Françoise —en su imaginación, al menos, se permitía prescindir de la formalidad del apellido—, pero por más que se las ingeniara para abrirse paso entre la multitud no conseguía aproximarse a ella. Bebió una tercera copa de champán, y luego cogió una cuarta y con ella en la mano atravesó las puertas cristaleras para deambular por la casa.

La primera estancia que pisó fue una cocina espaciosa y moderna, donde el atareado personal contratado para el catering le ignoró. Continuó por un largo pasillo que fue ensanchándose a medida que atravesaba una puerta entelada de verde y a continuación otra, hasta convertirse en el vestíbulo de entrada. Aquella parte de la casa parecía vacía. Contempló las pinturas —un par de insípidos cuadros de Paul Henry y un cuestionable retrato al óleo de un tipo remilgado con peluca— y una mesita antigua de roble y sobre ella un gran espejo enmarcado en dorado. El espejo estaba colgado creando un ángulo con la pared y transmitía una sensación de vigilancia y de leve amenaza. A derecha e izquierda había dos grandes puertas blancas, una frente a otra. La de la derecha estaba cerrada, hecho que le sorprendió un poco. La otra se abría a una sala de estar cuadrada y de altos techos, incendiada por la luz dorada de la tarde. Quirke entró.

Dos inmensas ventanas miraban a St. Stephen's Green y sus árboles, al otro lado de la calle, y la luz, que entraba a raudales, tenía el verde matiz fresco de las hojas. En una de las paredes había un anticuado reloj de pie con su pesado y vacilante tictac. Un jarrón de rosas de un encendido amarillo descansaba en un aparador. Quirke se aproximó a una de las ventanas y dejó que el suave y tranquilo resplandor del cielo bañara su rostro alzado. El champán había despertado en su cabeza un ligero zumbido que no le resultaba molesto. «Desencantado», le había dicho ella. Sí, era una hermosa palabra y sí, era cierto que estaba cargada de tristeza, pero poseía también un matiz duro, duro e inflexible. Recordó que una muerte violenta era la sombría causa de que estuviese allí, achispado por el champán del muerto y encaprichado más allá de todo límite con la encantadora y peligrosa viuda. Conocía los riesgos de la situación en la que torpemente se había metido y los aceptaba. Los aceptaba sin cuestionarlos, pues ¿qué era la pasión sin aventura, sin transgresión? Se reconocía culpable de muchas mentiras y escapatorias imperdonables, pero nunca se había ocultado a sí mismo la atracción por los peligros del pecado. Y eso exactamente era lo que Françoise d'Aubigny representaba para él.

Sintió de repente una ligera e incómoda sensación en el cogote. Se volvió: una niña menuda, pálida y no muy guapa, de rostro alargado y estrecho y con gafas redondas de montura metálica, le observaba desde un sillón junto a la chimenea. El sillón estaba tapizado con una lujosa seda amarilla estampada sutilmente con flores

de lis, y también era amarillo, o para ser más precisos dorado, el vestido de la niña, un atuendo nada adecuado para la ocasión con lazos y volantes, más propio del siglo XVIII y que la hacía parecer una mujer mayor vista desde una perspectiva equivocada y muy lejana. Llevaba el cabello recogido en dos gruesas trenzas negras, adornadas al final con un lazo dorado a juego con el vestido. Parecía tranquila y su mirada directa y atrevida hizo que Quirke, inmerso en aquella luz verdosa repentinamente dura, se sintiera como un espécimen seleccionado y situado allí para que ella lo examinase.

—Hola —su voz resonó bajo el alto techo.

La niña no respondió y continuó examinándole; los cristales de sus gafas eran dos redondeles de luz opaca.

—¿Eres amigo de papá? ¿O eres amigo de Maman? —preguntó finalmente.

Le resultó difícil encontrar una respuesta satisfactoria, o al menos plausible, a aquella pregunta perfectamente razonable.

—Bueno, creo que no soy amigo de ninguno —dijo—. Con tu padre sólo hablé en una ocasión, hace ya tiempo, aunque he coincidido con tu madre varias veces.

Arrugó la frente mientras observaba cómo ella asimilaba la información. Era obvio que su respuesta la había satisfecho tan poco como a él.

—¿Eres detective? —preguntó con el leve eco de un acento.

—No —contestó él riendo—, no, soy... Soy una especie de médico. Y tú debes de ser Giselle, ¿verdad?

—Claro —dijo ella con tono desdenoso.

En su regazo había un libro abierto, un grueso volumen con ilustraciones de colores apagados.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó.

—*La Belle et la bête*. Maman me lo compró en París.

—¿Y lees en francés?

A ella no le pareció una pregunta digna de respuesta y se limitó a encogerse de hombros, como si dijera de nuevo: *claro*.

En momentos socialmente incómodos, Quirke era consciente con especial intensidad de su gran envergadura; bajo la mirada descarada de aquella personita desconcertante se sentía como el desmañado gigante de un cuento de hadas. La niña cerró su libro, lo encajó entre el cojín y el brazo del sillón y se levantó, alisando la parte delantera de su vestido dorado.

—¿Por qué no estás en la fiesta?

—Estaba, pero entré a..., a ver la casa. Nunca había estado aquí. Es una casa muy bonita.

—Sí, es verdad. Tenemos otra en el campo, Brooklands... Pero seguro que ya lo sabes. Y tenemos otra en Francia. ¿Conoces la Côte d'Azur?

—Me temo que no muy bien.

—Nuestra casa está en Cap Ferrat, justo a las afuera de Niza, sobre una colina que da a la bahía de Villefranche —arrugó la frente pensativamente—. Me gusta mucho.

Se aproximó a él. Era alta para su edad, pero aun así su cabeza apenas le llegaba al diafragma. Aspiró su aroma infantil; olía a pan del día anterior. Tenía el cabello de su madre, de un negro intenso y brillante.

—¿Te gustaría ver mi habitación? —le preguntó.

—¿Tu habitación?

—Sí, me has dicho que habías entrado para ver la casa, así que tienes que ver también el piso de arriba —él trató de encontrar alguna forma de declinar la invitación, pero no se le ocurrió. Era una personita con un extraño poder de convicción. Le cogió la mano izquierda con su mano derecha y dijo enérgica—: Ven, por aquí.

Le condujo a través de la habitación y abrió la puerta. Tuvo que utilizar ambas manos para girar el enorme pomo de latón. En el vestíbulo le dio de nuevo la mano y juntos subieron la escalera. Sí, era así como se sentía: un ogro incomprendido, monstruoso y desmañado, pero inofensivo.

—¿Cómo supiste quién era yo? —preguntó la niña—. ¿Me habías visto antes?

—No, qué va, pero tu madre me dijo cómo te llamabas y pensé que tenías que ser tú.

—Así que conoces bastante bien a Maman, ¿no?

Él se tomó su tiempo antes de contestar; ella parecía exigir respuestas serias.

—No, no muy bien —contestó—. Quedamos a comer en una ocasión.

—Ah, ¿sí? —dijo ella sin hacer hincapié—. Como eres médico, me imagino que la conociste cuando papá murió. ¿Intentaste salvar su vida?

Su mano era huesuda, fría y seca, como un polluelo que hubiera caído del nido, pensó él, pero éste era un polluelo caído que sin duda sobreviviría.

—No, no soy ese tipo de doctor.

—¿Qué otros tipos de doctor hay?

Le llevaba ahora por un ancho rellano cubierto por una alfombra en varios tonos de rojo, desde el óxido hasta un brillante color sangre.

—De todas clases —dijo.

Esta respuesta pareció bastarle a la niña.

Su habitación era desmesuradamente grande, un inmenso espacio cuadrado pintado todo de blanco, con el techo blanco y una inmaculada alfombra blanca y hasta un edredón blanco sobre la estrecha camita. Estaba alarmanamente ordenada, no se veía un solo juguete ni una prenda de vestir, y ningún cuadro colgaba de las paredes. Podría haber sido la celda de un anacoreta profundamente religioso, pero incongruentemente acomodado. A Quirke le dio escalofríos. La única nota de color

venía de la alta ventana de guillotina que había frente a la puerta y que daba a Iveagh Gardens: un rectángulo azul y dorado y de espléndidos verdes suspendido en medio de toda aquella blancura inexpresiva, como un cuadro del Douanier Rousseau.

—Paso mucho tiempo aquí —dijo la niña—. ¿Te gusta?

—Sí —mintió Quirke—. Mucho.

—Invito a subir a muy poca gente, ¿sabes?

Quirke practicó su recién aprendida reverencia francesa.

—Es un honor.

Ella soltó un pequeño suspiro y dijo como si tal cosa:

—No lo dices en serio.

Él no intentó convencerla. Caminaron juntos hacia la ventana.

—Me gusta mirar a la gente en los jardines —dijo la niña—. Vienen toda clase de personas. Pasean. Algunas tienen perros y otras no. Algunas veces hacen picnics. Y hay un viejo. Yo creo que vive aquí..., le veo siempre, caminando por los senderos o sentado en la hierba. Lleva una botella dentro de una bolsa de papel marrón. Una vez le saludé con la mano, pero no me vio.

Se quedó callada. Quirke pensó en algo que decir, pero no se le ocurrió nada. Podía imaginarla asomada a la ventana, en silencio, mirando pasar la vida a través de sus grandes gafas.

—¿Te apetece jugar? —le preguntó la niña.

Estaba muy cerca de él y le miraba con seriedad, con aquellos brillantes cristales redondos y las gruesas trenzas colgando. Tenía una poderosa presencia física, o más bien hacía tangible con extraordinaria intensidad lo físico. De hecho, no era la proximidad de la niña lo que sentía Quirke, sino su propia carnalidad, su propia temperatura corporal.

—¿A qué tipo de juego? —preguntó precavido.

—Cualquiera. ¿A qué jugabas tú cuando eras pequeño?

Él se rió, aunque su risa le sonó más bien como un nervioso grito ahogado.

—No me acuerdo —contestó—. Ha pasado mucho tiempo. ¿A qué juegas *tú* con tus amigos?

Algo sucedió tras los brillantes cristales de las gafas, un breve destello de ironía y diversión que la hizo parecer mucho mayor de lo que era, y por primera vez Quirke percibió el parecido con su madre.

—A lo de siempre —dijo—, ya sabes.

Él notó que se burlaba. Seguía mirándole, tenía un pie apoyado en el empeine del otro y balanceaba ligeramente sus pequeñas caderas. A Quirke le resultaba imposible adivinar qué estaría pasando por su cabecita.

—El escondite —dijo a la desesperada—. Me acuerdo de ese juego.

—Ah, sí, papá y yo jugábamos a eso. Él jugaba muy bien y siempre me

encontraba, me escondiera donde me escondiera.

Ella se quedó en silencio como si aguardara una respuesta concreta. Quirke sintió que estaba, no sobre una alfombra, sino sobre una lámina de hielo quebradizo. ¿Debía decirle algo acerca de su padre, unas palabras de consuelo? ¿O debía simplemente darle la oportunidad de que siguiera hablando de él? Era huérfano y no sabía qué podía significar perder a un padre de forma violenta y repentina, y aun así la calma y seguridad de aquella cría no le resultaban normales. Aunque era cierto que para él los niños eran una especie aparte, insondable como, digamos, los gatos o los cisnes.

—Podrías hacerme un favor —dijo la niña.

—¿Qué? —exclamó con vehemencia.

—Papá me regaló una cosa y no sé dónde está. Podrías mirar encima de ese armario —lo señaló— y comprobar si está ahí. Eres muy alto y seguro que llegas.

—¿Qué clase de cosa es?

—Un juguete. Una bola de cristal con líquido y nieve dentro.

Le observaba ahora con cierto entusiasmo, como si sintiera curiosidad por ver qué haría, cómo respondería a su petición. Se dirigió al armario que ella había señalado —estaba hecho de una madera casi blanca, abedul o fresno— y tanteó con la mano el borde superior. No había nada, ni siquiera polvo.

—Creo que no hay nada —comentó—. ¿Dices que es una bola de cristal con nieve en el interior? ¿Hay una pequeña ciudad dentro?

—Tal vez está más al fondo. No has buscado en el fondo.

—Está demasiado alto —dijo él—. No llego.

—Súbete a esta silla —se la acercó. Tenía las patas curvas y el asiento era de raso blanco. Él la miró indeciso—. Vamos —le animó ella—. Súbete; si la manchas, la criada la limpiará.

A él no se le ocurría cómo detener aquello... Detener ¿qué exactamente? ¿Estaba jugando con él o se estaba burlando de él? El rostro de la niña tenía una expresión casi ansiosa y él se sintió más ridículo que nunca. Levantó el pie derecho —ninguna parte de su cuerpo había resultado nunca tan enorme e inapropiada—, lo colocó sobre la silla y se preparó para alzarse en el aire. En ese mismo instante se abrió la puerta y Françoise d'Aubigny asomó la cabeza y llamó a su hija. Todo se detuvo, igual que la escena de un cuadro: la mujer en la puerta con la mano posada en el pomo, el hombre tambaleándose sobre una pierna y la niña de pie junto a él con las manos unidas con recato ante su pecho. Entonces Françoise d'Aubigny dijo algo en francés; el sonido de sus palabras era enojado, casi violento. Quirke quitó el pie de la silla y lo bajó a la alfombra como si no fuese suyo, sino un pesado objeto que le hubieran amarrado.

—Lo siento —dijo, sin saber por qué exactamente pedía disculpas, pero la mujer hizo caso omiso.

—¿Qué está *haciendo*? ¿Por qué está aquí? —sus ojos, fijos en Quirke, lanzaban

destellos de ira. Él tuvo la impresión de que ella ni siquiera había echado un vistazo a la cría. No intentó responder... ¿Qué podía decir? Ella avanzó a grandes zancadas y aferró con una mano que parecía una garra el hombro de la niña, pero su atención seguía volcada en Quirke—. ¡Por Dios! —dijo entre dientes.

Él se dio cuenta de que aún llevaba la copa de champán en la mano, aunque ya estaba vacía. ¿Estaba un poco borracho? ¿Era eso lo que había provocado la ira de la mujer? En un instante se había transformado en una arpía, su delgado rostro estaba blanco como las paredes y su boca parecía una cuchillada sangrienta. ¿Qué había hecho él? ¿De qué ultraje le consideraba ella culpable? La escena que ella había sorprendido era como mucho absurda. Dio un paso, alzando una mano con gesto conciliador, pero Françoise d'Aubigny le dio la espalda y, sujetando a la niña, la hizo salir de la habitación. La cría se resistió durante un segundo en la puerta, giró la cabeza y lanzó a Quirke una mirada donde él sólo vio pura y jovial malicia. Y entonces desapareció, dejándole confuso y agitado y con la boca abierta.

Sin dilación, él se dirigió a la escalera y descendió, deteniéndose cada tres o cuatro escalones, atento a los sonidos de la casa, buscando no sabía qué: ¿recriminaciones, lágrimas, los gritos doloridos de un niño al ser golpeado? Pero lo único que escuchó fue el zumbido distante de las voces en el exterior, donde continuaba aquella grotesca fiesta conmemorativa. Al pasar por el cuarto de estar, la puerta se abrió y apareció Françoise d'Aubigny; su aspecto ya no era airado, sino ojeroso y consumido.

—Por favor, no se marche —le dijo mientras retrocedía y abría más la puerta, indicándole que entrara.

El enojo le hizo vacilar. ¿Iba a olvidar cómo no hacía ni siquiera tres minutos ella se había encolerizado con él como si fuese un intruso o, peor aún, una especie de pederasta? Pero no pudo pasar de largo: su belleza, su esplendor, sí, lo atraían con excesiva fuerza. Al cruzar la puerta le alivió comprobar que la cría no estaba allí, aunque vio que el libro seguía encajado junto al brazo del sillón donde lo había dejado. La luz que entraba por la ventana ya no era la misma, se había consumido hasta condensarse en una lámina de un intenso dorado.

Françoise d'Aubigny se aproximó a la chimenea, mientras estrujaba un pañuelo de encaje entre las manos.

—Discúlpeme. Debe de pensar que soy una persona horrible por haberle hablado de esa manera.

—No, soy yo quien debe disculparse. No era mi intención invadir la intimidad de su hogar. En ningún momento sentí que hacía tal cosa. Su hija es una niña encantadora.

Ella le miró de inmediato.

—¿De verdad? —parecía una pregunta sincera que requería una respuesta sincera.

—Sí, desde luego —dijo de forma poco convincente, mintiendo de nuevo—. Encantadora... e irresistible —esbozó una sonrisa triunfal, aunque no estaba seguro de si había algo que ganar—. Insistió en mostrarme su habitación.

Françoise ya no parecía escucharle. Estaba junto a la repisa de la chimenea con expresión atormentada y los ojos fijos en el hogar de mármol, vacío.

—Esta última semana ha sido tan dura —murmuró como si hablara consigo misma—, tan dura. ¿Cómo puedes explicarle a una niña que su padre ha..., ha desaparecido de repente y de una forma tan horrible?

—Los niños lo aguantan todo —dijo Quirke, consciente de lo torpes y banales que sonaban sus palabras—. Superan cosas que acabarían con nosotros.

Ella continuaba con la vista fija en la parrilla de la chimenea; volvió en sí con un pequeño estremecimiento y le miró.

—¿Es eso cierto?

Él titubeó:

—Eso dicen.

—¿No tiene hijos?

—No... Quiero decir, sí. Tuve... *Tengo* una hija. Ya es mayor. No tuve mucho trato con ella cuando era pequeña.

Ella empezó a llorar, sin preámbulo, sin alboroto, sin hacer ruido, con pequeñas sacudidas de los hombros. Él no dudó en cruzar la habitación y abrazarla. Era muy delgada y, de repente, también muy frágil, como un pájaro alto y desprotegido. A través del raso de su vestido, sintió el borde afilado de sus escápulas, que se contraían con los sollozos como alas tensamente plegadas. Al aproximarse él, ella había entrelazado las manos, con el pañuelo entre ellas, y las había llevado a su pecho y ahora estaban también junto al pecho de Quirke, que lejos de percibir las como una barrera las sentía como una petición, un gesto de súplica. De alguna manera, encontró su boca y saboreó sus lágrimas, cálidas y ácidas. La besó, pero ella no le devolvió el beso, sólo toleró sus labios sobre los de ella, aparentemente reacia o tal vez sin ni siquiera darse cuenta. Podría haber sido una sonámbula que se hubiera tropezado con él en la oscuridad sin despertar. Ella se liberó de su abrazo y retrocedió.

—Lo siento —dijo él, aunque no lo sentía.

Ella parpadeó y él percibió cómo intentaba concentrarse.

—No, no, por favor, no siga disculpándose. Me alegro. Era —Françoise se esforzó en sonreír, con las mejillas aún brillantes por las lágrimas— inevitable.

Y sin que él lo comprendiera, todo —la incertidumbre y las dudas, el sentimiento de titubeo adolescente...—, todo desapareció. Se había librado de ello en un instante y en su lugar había surgido algo más profundo y oscuro, de mayor peso, como si aquel beso hubiera sido la culminación de una ceremonia de la que él no había sido consciente y que había finalizado allí, junto al hogar frío de la chimenea, al sellar

ambos un solemne pacto de confianza y tensa colaboración, y él supo que no era la proximidad de la chimenea lo que daba a su boca aquel amargo sabor a cenizas.

Cuando la recepcionista del hospital le llamó para anunciarle que tenía una visita, Quirke no reconoció al principio el nombre de la persona. Luego se acordó.

—Dígale que ahora subo —dijo y alejó lentamente el auricular para colgar.

El sótano, donde estaba su oficina, era un lugar fresco, pero el calor del día había descendido hasta allí. Dio un par de rápidas caladas al cigarrillo, aplastó la colilla en el cenicero de cristal que había sobre la mesa y se levantó. Se puso la bata blanca, que no había utilizado hasta aquel momento; la bata, al igual que una máscara, le proporcionaba anonimato y autoridad. Recorrió la curva del pasillo pintado de verde y subió la extravagante escalinata de mármol que conducía al vestíbulo de entrada del hospital. Aquel edificio había sido construido en el pasado para albergar oficinas de la administración pública, cuando el Gobierno podía permitirse ese tipo de dispendios.

Ella le esperaba en el mostrador de recepción, nerviosa y un poco perdida.

—Señora Maguire —le dijo—, ¿cómo está?

Llevaba un horrible sombrerito ladeado a la izquierda, sujeto con un alfiler de perla. Un bolso de cuero color caramelo colgaba de su brazo. Quirke reparó en las sandalias baratas.

—Doctor Quirke, espero que no le moleste que me haya presentado de esta manera, sólo quería hablar con usted de... —dijo de forma atropellada.

—Está bien —dijo él con voz pausada y, colocando un dedo en el codo de Sarah Maguire, la alejó del radio de las dos recepcionistas, que la miraban con franca curiosidad. Había pensado en ir con ella a la cafetería, pero decidió que era mejor salir del edificio... Había algo histérico en su actitud y la perspectiva de una escena no le agradaba. Se quitó la bata blanca, la dobló y le pidió a una de las recepcionistas que se la guardara hasta su regreso.

—Acompañeme —le dijo a la señora Maguire—. Una taza de té no le sentará mal.

Salieron al ruido y al calor de la tarde. El aire azulado era plúmbeo y sofocante. Los autobuses bramaban y los curvos tejados negros de los coches despedían un brillo como de metal fundido. Entraron en el café Kylemore de la esquina. A esa hora los escasos parroquianos eran en su mayoría mujeres acaloradas y con aire enojado, que habían hecho un alto en las compras. Quirke se encaminó a una mesa esquinada.

Aún no se habían sentado y ya tenía un cigarrillo en la boca. La camarera, con uniforme marrón chocolate, se aproximó; le pidió té con galletas y un agua de Seltz para él. La señora Maguire se replegó con su silla hacia la esquina, igual que un ratón encogiéndose para pasar por la oscura entrada a su agujero. Tenía una calentura en la comisura de la boca. Sus ojos, tan pálidos que resultaba difícil saber el color, le recordaron a Quirke aquellas canicas de color lechoso tan cotizadas cuando era niño.

—Bueno, dígame de qué desea hablarme —dijo como si no lo supiera.

—De William, mi marido. Él...

Fue oír el nombre y Quirke se acordó. ¿Cómo podía haber olvidado, cuando Jimmy Minor le contó que Maguire había estado preso en Mountjoy, que él había testificado como médico en el juicio? Billy Maguire..., claro. Hacía diez años... Más, casi quince. Un tratante de ganado había resultado muerto en una refriega al término de una jornada de feria en Monasterevin. Un puñetazo en la garganta había aplastado la arteria carótida y, como si eso no bastara, el tipo había caído hacia atrás golpeándose el cráneo con el bordillo. Billy Maguire desconocía su propia fuerza o, según parecía, su genio excesivo. El tribunal se había compadecido del asustado y desolado joven, hundido en el asiento con su traje de domingo, día tras día, esforzándose en comprender los procedimientos judiciales como el chico con menos luces de una clase. Le habían caído cinco años, que se quedaron en tres por buena conducta. ¿Sabía Dick Jewell que había cumplido condena cuando lo contrató como capataz en Brooklands? No, pensó Quirke. Jewell, el conocido filántropo, era en gran medida un hábil producto de la imaginación de los articulistas del *Clarion*.

—Pero ésa no es razón para que ahora vayan difamándolo —decía la esposa de Maguire, inclinada hacia él y con su cuello delgado y vulnerable proyectado hacia delante—. William es un buen hombre y aquello pertenece al pasado, ¿no es verdad, doctor Quirke?

—¿Difamándolo? —dijo Quirke—. ¿Cómo?

Ella miró de soslayo con amargura.

—Bueno, en la ciudad dicen que el señor Jewell no se quitó de en medio, sino que alguien que estaba allí aquel día lo dispuso todo para que lo pareciera. Pero fue un suicidio, ¿no es así, doctor?

Quirke se esforzó en esbozar la sonrisa más amable que pudo.

—No ha probado su té —dijo—. Beba un poco, la tranquilizará.

—¡Tranquilizarme! —exclamó ella con una risita agria—. Tengo los nervios destrozados.

Quirke dio un sorbo a su agua de Seltz, las burbujas subían por su nariz con cosquillas menudas que le daban ganas de estornudar.

—¿Qué piensa usted que puedo hacer yo, señora Maguire?

—Podría hablar con él, decirle que no se amilane y que no escuche todos esos

chismes que se cuentan a sus espaldas en la ciudad. Él se acuerda de usted en el..., en el juicio, recuerda que parecía muy comprensivo.

Él apartó la vista. Aunque le avergonzara reconocerlo, aquella mirada implorante le estaba sacando de quicio.

—¿Y qué piensa *él* que ocurrió aquel día? —preguntó.

Sin quitarle los ojos de encima, ella bajó el mentón hacia la garganta, inclinándose ligeramente la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Su marido... ¿Piensa *él* que Richard Jewell se mató?

Notó el titubeo en sus ojos antes de que ella desviara la mirada.

—No sabe lo que sucedió. Sabe lo mismo que los demás —lo miró de nuevo, con los párpados entrecerrados—, lo mismo que los guardias, que cualquiera que lee entre líneas lo que publican los periódicos, incluso el *Clarion* —se rió de nuevo con aquella risita áspera—. Sobre todo el *Clarion*.

Él le sirvió más té. Ella contempló sus manos como si estuviera ejecutando una maniobra exótica e inmensamente delicada.

—¿Cuánto tiempo llevan usted y su marido en Brooklands?

—Desde el año después de que él..., que él saliera. La señora Jewell lo contrató.

—¿La *señora* Jewell? —dijo él subrayando las palabras—. ¿Françoise? Quiero decir...

—Sí, ella. Es la copropietaria de Brooklands y la finca siempre la ha llevado ella.

—Así que ella contrató a su marido como capataz de la finca. ¿Sabía que...?

Ella le lanzó una mirada de conmiseración.

—¿Que había estado en la cárcel? ¿Usted cree que es posible mantener en secreto algo así en un pueblo como aquél?

—¿Nunca pensaron en marcharse de allí para vivir en otro lugar?

Ella movió la cabeza, asombrada de su ingenuidad.

—¿Y dónde podríamos haber ido? —dijo un sorbo a su té e hizo una mueca—: Se ha quedado frío —refunfuñó, pero cuando él le propuso pedir otro, dijo que no, que estaba tan nerviosa que no le entraba nada. Pareció cavilar durante un rato, mientras hurgaba la calentura de la boca con la punta de la lengua—. Pobre William, ha tenido mala suerte desde que nació. Su madre murió cuando tenía siete años y su padre le internó en St. Christopher.

—St. Christopher —repitió Quirke con voz repentinamente opaca.

—Sí, el orfanato —su rostro era ahora inexpresivo—. Menudo sitio. ¡Las cosas que William me ha contado! ¿Y se hacen llamar curas?... ¡Ja!

Él desvió la mirada. Las volutas de humo de su cigarrillo se estiraban con pereza en la luz del sol que entraba a raudales por la puerta, brillaban las patas rozadas de las mesas y el polvo bailaba en el suelo.

—Señora Maguire, dígame qué puedo hacer por usted —le repitió.

—Por mí, no —dijo ella con aspereza mientras le lanzaba una mirada.

—Bueno, por su marido entonces.

—Ya se lo he dicho... Podría hablar con él.

—Sinceramente, no sé para qué serviría. Si él no tiene nada de que culparse, entonces...

—¿Si?

De nuevo aquella mirada. Tenía un ligero estrabismo en el ojo izquierdo que le daba un aspecto raro y algo desquiciado. ¿Por qué razón había acudido a hablar con él?

—Como ya le he dicho, si él no tiene nada por lo que sentirse culpable, entonces no comprendo por qué necesita que yo o cualquier otro hable con él. ¿Le preocupan a usted sus nervios?

—Está muy agobiado. Se toma su trabajo muy en serio, ¿sabe? Encargarse de la finca es una gran responsabilidad. Y a eso se suma ahora la preocupación por el futuro. Dicen que ella la venderá y se irá a vivir a Francia —al pronunciar la palabra *ella*, su delgada boca se convirtió en una línea—. El hermano del señor Jewell, que vive en Rodesia, tiene previsto venir y hacerse cargo del negocio, pero el señor Jewell le dejó a ella su mitad de Brooklands para que hiciera lo que quisiera.

—Estoy seguro de que la señora Jewell se encargará de que usted y su marido no pasen necesidad.

—¿Usted cree? —se rió con frialdad—. No me fío nada de ella.

Él encendió un cigarrillo.

—Aquella mañana usted estaba en la casa, ¿verdad? ¿Oyó el disparo?

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No oí ni un ruido hasta que William bajó de la oficina y nos contó lo que había sucedido.

—¿Nos contó?

—A mí y a ella... A su señoría, la señora Jewell.

—Creí que ella había llegado más tarde, desde Dublín.

—Ah, ¿sí? —su voz se hizo imprecisa—. No lo sé, pensé que estaba allí. Lo recuerdo todo confuso. No me lo podía creer cuando William nos dijo lo que había ocurrido. Y después los guardias, y aquel detective... —sus ojos estrábicos se clavaron en él de nuevo—. ¿Por qué el señor Jewell iba a hacer semejante barbaridad, quitarse la vida de un tiro?

Quirke aplastó la colilla en el cenicero de hojalata. Pensaba en la manera de terminar la conversación, si aquello podía llamarse conversación, y regresar al trabajo. Le irritaba aquella mujer con su actitud al mismo tiempo obsequiosa y amarga como la hiel.

—No creo que él disparase el gatillo.

—Entonces ¿qué...?

—Otra persona lo hizo, señora Maguire —dijo—. Otra persona.

La mujer soltó el aire con fuerza.

—Así que lo que dicen en la ciudad es cierto.

—¿Que fue asesinado? Sí, eso creo. Y la policía también lo piensa.

Ella se inclinó hacia él y le aferró la muñeca.

—Tiene que hablar con aquel detective y decirle que no fue William. Mi William no haría algo así. Aquel asunto del pasado fue un accidente... Usted mismo testificó en el juicio. Entonces le ayudó... ¿Le ayudará otra vez ahora? —y le soltó la muñeca.

Él la miraba intentando ocultar su desagrado.

—No sé qué ayuda puedo ofrecerle a William. No comprendo que *necesite* ayuda si no es culpable de nada.

—Pero la gente está diciendo que...

—Señora Maguire, yo no puedo evitar que la gente chismorree. Nadie puede.

La mujer soltó una larga exhalación y se quedó encogida, desinflada.

—Siempre pasa lo mismo —sus palabras estaban cargadas de ponzoña—. Los ricos hacen lo que les place y a los demás que nos cuelguen. Ella venderá, estoy segura, y se irá con esa piltrafa de hija a tomar el sol a Francia y nos dejará colgados, como Jesús dejó a los judíos.

—Se equivoca, estoy seguro —dijo Quirke y su voz, aun sin quererlo, sonó áspera. No podía negarlo, aquella mujer le resultaba repelente con su tono lastimero y el ojo atravesado y la llaga en el labio. Se repitió que no era culpa de ella, que era otra víctima más de la vida, pero ni por ésas: deseaba con todas sus fuerzas librarse de ella—. Es hora de que regrese al trabajo —dijo con exagerada energía, empujó hacia atrás la silla y rebuscó media corona para pagar la cuenta.

Se levantó para irse, pero ella permaneció sentada con la vista perdida a la altura de su diafragma.

—Eso es —murmuró con vehemencia—, márchese a su importante trabajo. Todos ustedes son iguales, todos.

Con un sollozo ahogado, agarró su bolso, se deslizó fuera de la silla y, con la cabeza baja, marchó presurosa hacia la puerta y desapareció, absorbida por la soleada luz polvorienta de la calle. Quirke dejó la moneda sobre la mesa y suspiró. ¿Tenía razón aquella mujer? ¿Vendería Françoise la finca y se iría a Francia? Después de todo, ¿qué la retenía aquí?

Salió para enfrentarse al día. A pesar del calor, su corazón estaba helado. De repente no podía imaginar su vida sin Françoise d'Aubigny.

El sábado, el inspector Hackett y él viajaron a Roundwood. Hackett pidió a

Quirke que lo acompañara, «a ver qué le saca al tal Carlton Sumner». Se acomodaron en el asiento trasero del coche policial, un gran auto sin distintivos, y permanecieron en amistoso silencio durante la mayor parte del viaje, observando los campos calcinados que se abrían en torno a ellos como un abanico mientras conducían por las estrechas carreteras rectilíneas. El sargento Jenkins estaba al volante y su codo estrecho y las grandes orejas puntiagudas que sobresalían a los lados eran la única visión que encontraban cuando miraban al frente.

—¿Sigue sin coche, doctor Quirke? —preguntó Hackett.

Quirke no respondió. Sabía que le estaba tomando el pelo. Su Alvis, una bestia magnífica y asombrosamente cara, se había abalanzado al mar una tarde nevosa del invierno pasado con un hombre muerto en su interior.

Pasaron por Dundrum y desde allí emprendieron el largo ascenso por las montañas. El tojo luchaba por florecer, pero la sequía había atrofiado los nuevos brotes. Hacía semanas que no llovía y los pinos y abetos, que se extendían en hileras formando cuadrados sobre las laderas de las colinas, doblaban sus copas.

—Habrán incendios —dijo Hackett— y será el fin de estas plantaciones. ¡Ya era hora, por cierto! Quiero decir... que deberíamos estar plantando robles y fresnos y no esos horribles y malditos arboles.

El pintoresco pueblecito de Enniskerry estaba congestionado por el tráfico de fin de semana que se dirigía hacia Powerscourt y Glencree. Jenkins era un conductor nervioso y avanzaba a sacudidas, entre golpes sincopados de pedal y tirones a la palanca de cambios, de tal manera que los dos hombres en la parte trasera eran lanzados hacia delante y hacia atrás como un par de muñecos. Ninguno dijo nada.

Quirke narró la visita de Sarah Maguire.

—Revisé el expediente de su hombre, el marido. Usted testificó en el juicio —dijo Hackett.

—Sí, lo había olvidado.

—Fue benévolo con él.

—Y el juez también. Fue un asunto desgraciado; nadie salió indemne.

El detective rió brevemente.

—En especial el pobre imbécil que murió —ofreció un cigarrillo a Quirke, éste sacó el encendedor y prendieron sus pitillos—. ¿Qué deseaba la parienta?

—No lo sé. Me pidió que hablara con usted, que le dijera que su Billy no había tenido nada que ver con lo de Diamante Dick.

Hackett no dijo nada, tan sólo miró de soslayo a Quirke con una sonrisa torcida.

La finca de los Sumner tenía el aspecto de un rancho: edificios de una sola planta y con azotea formaban un gran y feo rectángulo en torno a un patio central cubierto por hierba reseca y achaparrada. Atravesaron una verja de hierro forjado que bien

podría haber estado decorada con unos cuernos de vaca y un par de revólveres cruzados. Al final de un camino de acceso corto y polvoriento, entraron por una arcada baja al patio, donde los esperaba una mujer vestida con unos pantalones holgados y una blusa azul celeste. Quirke la reconoció. Gloria Sumner apenas había cambiado desde que la viera por última vez, hacía ya un cuarto de siglo. Era alta y rubia y de hombros estrechos, con un rostro cuadrado y de rasgos fuertes que había sido hermoso y que ahora resultaba atractivo. Se aproximó con la mano extendida:

—¿El inspector Hackett?

Hackett presentó a Quirke. La educada sonrisa de bienvenida de la mujer no varió un ápice; ¿le recordaba, pero había decidido ocultarlo? Probablemente no le gustaba recordar la época en que se conocieron —las chicas de su clase y posición no se quedaban embarazadas antes del matrimonio— y, en cualquier caso, su relación había sido mínima.

—Doctor Quirke —dijo—, bienvenido.

Condujo a los dos hombres al interior de la casa a través de un porche acristalado; Jenkins había recibido órdenes de esperar en el coche. Por un pasillo ancho y de techo bajo, descendieron hasta una estancia que bien podría ser el salón, amueblado con sillones bajos y un gran sofá tapizado en cuero. Una de sus paredes era de cristal y había macetas con cactus y una piel de lobo tendida sobre el suelo, con su cabeza y sus brillantes y fieros ojos de cristal. Gloria Sumner sorprendió la mirada de Quirke y le dedicó una sonrisa jocosa.

—A mi marido le gusta recordar el salvaje espíritu canadiense de su juventud —se giró hacia Hackett—. ¿Té, inspector? —una luz juguetona brilló en su mirada—. Tiene aspecto de necesitar una taza de té bien cargado.

Debió de presionar un timbre oculto, pues casi al instante apareció una niña o una joven —era difícil adivinar su edad— con unos bastos pantalones de pana y una camisa de cuadros. Era baja y fornida, con un rostro huesudo quemado por el sol y un cabello fino tan rubio que parecía blanco. No era un fantasma, pero se desplazaba tan sigilosamente, intentando resultar invisible y sin mirar a nadie, que resultaba inquietante.

—Ah, Marie —dijo Gloria Sumner—. Té, por favor —se volvió hacia Quirke—. Y a usted, doctor Quirke, ¿le apetece té u otra cosa?

—Nada, gracias —dijo Quirke—. Bueno, un vaso de agua.

La niña Marie asintió, sin decir una palabra, y se marchó tan silenciosamente como había aparecido.

—Siéntense, caballeros —dijo Gloria Sumner. Los hombres se dirigieron a los sillones, mientras la mujer se acomodaba en el sofá y medio reclinada los observó con un interés tranquilo. Llevaba unas sandalias griegas con tiras cruzadas en los tobillos—. Mi marido está montando a caballo. Debería haber vuelto ya, espero que

no se haya caído —esbozó de nuevo una sonrisa jocosa en la dirección de Quirke—. Me temo que le sucede a menudo, aunque a él no le gustaría que se supiese.

Hablaron del tiempo, del intenso calor, de la falta de lluvia.

—Los caballos odian este tiempo —dijo Gloria Sumner—. El polvo es terrible para ellos... Oigo cómo se pasan la mitad de la noche tosiendo en las cuadras. ¿Sabe de caballos, doctor Quirke?

Para entonces, Quirke estaba convencido de que ella le recordaba y de que por alguna razón le divertía no manifestarlo.

—No —dijo—, no sé nada. Lo siento.

—Oh, no se disculpe. Yo odio los animales —se giró hacia Hackett—. Y usted, inspector, ¿es aficionado a los caballos?

—La verdad es que no, señora —dijo Hackett. Se había quitado el sombrero y jugaba a mantenerlo en equilibrio sobre una rodilla; la banda interior le había dejado una muesca roja en la frente, bajo la línea del pelo. Su traje tenía un tono azul eléctrico en la dura luz de la habitación—. Mi tío disponía de un par de caballos de tiro cuando yo era joven. Y también de un viejo burdégano que solíamos montar.

La mujer le miró sin comprender.

—¿Un burdégano?

Hackett sonrió con benevolencia ante su ignorancia.

—Señora, es un híbrido entre un caballo y una asna, creo.

—Ah.

Marie apareció sigilosamente con el té y con el vaso de agua para Quirke. Tuvo cuidado en no cruzar la mirada con nadie. Tendió el vaso a Quirke y cuando él se lo agradeció, se ruborizó. Se fue rápidamente, y pareció que se esforzaba en no echar a correr.

—Imagino que han venido a hablar de Dick Jewell —dijo Gloria Sumner. Sus ojos iban de un hombre al otro—. ¡Qué historia! Cuando me enteré, no me lo creía. Aún me resulta difícil creérmelo.

—¿Lo conocía? —preguntó Hackett. Había colocado el sombrero en el suelo, entre sus pies, y sostenía la taza y el platillo en equilibrio sobre la rodilla.

—Sí, claro. Lo crea o no, hubo una época en que Carl y yo éramos bastante amigos de los Jewell.

—¿Y puedo preguntarle qué sucedió para que se rompiera esa excelente relación? Ella sonrió.

—Tendrá que preguntárselo a mi marido, inspector.

Quirke había escuchado, o más bien sentido, el sonido de unos golpes lentos y pesados que se aproximaban y de repente, en la luz deslumbradora, tras la pared de cristal, surgió un hombre dorado en un brillante y gigantesco caballo negro. Gloria Sumner giró la cintura y se colocó la mano sobre los ojos a modo de visera.

—Aquí tienen al mismísimo *chevalier* —dijo—. ¿Le apetece un poco más de té, inspector?

Carlton Sumner era un hombre grande, con una cabeza que parecía una caja de zapatos y que tenía casi el mismo tamaño. Su cabello era rizado y castaño, lucía un bigote negro y cuadrado y sus ojos, redondos y algo caídos, eran de un sorprendente y dulce color avellana. Vestía una camisa de lana dorada de manga corta, unos pantalones de montar beis y unas botas muy ajustadas y lustrosas, ahora cubiertas de polvo, y espuelas, auténticas espuelas de vaquero, que tintineaban y resonaban cuando caminaba. Sus antebrazos eran increíblemente velludos.

—¡Cristo! —dijo al entrar—. ¡Qué calor!

Su esposa hizo las presentaciones, pero aún no había terminado cuando Sumner se volvió hacia Hackett y le dijo:

—Está aquí por Dick Jewell... Lo asesinaron, ¿no es cierto?

—Sí, eso parece —contestó el detective. Se había levantado y sujetaba la taza y el platillo con la mano izquierda. Tenía esa sonrisa de labios finos que recordaba a una rana—. No parece muy sorprendido, señor Sumner.

Sumner se rió con una risa lenta y generosa.

—¿Sorprendido? Sí, estoy sorprendido... Sorprendido de que alguien no lo hiciera hace años —su acento canadiense daba a sus palabras un tono áspero que parecía intencionado. Se giró hacia su mujer—. ¿Dónde está Marie? Necesito beber algo, una bebida larga y refrescante, lo contrario de Marie.

Gloria Sumner esbozó una pequeña reverencia sardónica.

—Iré yo a prepararla, si su señoría puede esperar un momento.

Sumner ignoró la ironía y se volvió hacia Quirke.

—¿Usted es...?

—Quirke. Soy forense.

—¿Es *qué*? —miró a Hackett—. ¿Trabajan juntos? ¿Forman alguna especie de equipo? —dijo, mientras dirigía un dedo acusador de uno a otro. Luego se giró de nuevo hacia Quirke—. ¿Cómo dice que se llama?... ¿Quirke? Usted debe de ser el doctor Watson, ¿no? El refuerzo del detective aquí presente —no hubo ninguna respuesta. Sumner negó con la cabeza mientras se reía—. ¡Qué país!

Su mujer regresó con una bebida rosa pálido en un vaso de tubo con cubitos de hielo y una ramita verde que sobresalía.

—¿Qué diablos es eso? —Sumner cogió el vaso, lo alzó a contraluz y lo miró fijamente.

—Pimm's —dijo la mujer—. Alto y refrescante, como querías.

Sumner dio un sorbo, tragó, hizo una mueca.

—Bebida de mariquitas —dijo—. Oigan, ¿podemos sentarnos? Estoy molido.

Quirke no pudo evitar admirar la actuación: la arrogante indiferencia, la despreocupada agresividad.

Todos se sentaron, menos Gloria Sumner.

—Les dejo para que hablen.

Miró de reojo a Quirke mientras daba la vuelta y él percibió en su actitud algo levemente perturbador. ¿La había besado en el pasado, cuando eran jóvenes? ¿La había besado en la lluvia, bajo los árboles, cuando amanecía, al final de alguna fiesta? ¿Era ella en quien estaba pensando o era otra? Había besado a muchas chicas, en muchos amaneceres, en el pasado.

—Bueno, caballeros —dijo Sumner cuando ella se marchó. Soltó las hebillas de sus espuelas y las lanzó, tintineantes y estruendosas, sobre la mesa baja que había frente a él—. ¿En qué puedo ayudarles?

Se despatarró en el sofá con un tobillo cruzado sobre la rodilla y la bebida en alto. Gotas de humedad se deslizaban por el cristal del vaso. Su cabello y el bigote relucían como si cada pelo hubiese sido encerado y lustrado con betún castaño oscuro.

—Usted se reunió aquí con Richard Jewell aproximadamente una semana antes de que él..., antes de que él muriera —dijo Hackett—. ¿Es así?

Sumner cerró un ojo y dirigió el otro a Hackett como si estuviera apuntando el cañón de una pistola.

—Imagino que han escuchado que él cogió una rabieta y se marchó.

—Sí —dijo Hackett—, eso hemos escuchado. ¿Qué sucedió?

Sumner levantó una mano y la dejó caer de nuevo.

—Negocios. Sólo negocios.

—Usted le hizo una oferta para hacerse con el control de la compañía —dijo Quirke.

—Ah, ¿sí? —dijo Sumner, arrastrando las palabras y sin molestarse en mirarle—. Estaba negociando una fusión. Dick era reacio. Tuvimos unas palabras. Se marchó furioso. Eso fue todo.

—¿No le volvió a ver después de aquello? —preguntó Hackett.

—No. O sí, espere, claro, lo olvidaba: lo volví a ver el día que fui a su casa y le volé la cabeza con su propia escopeta.

—¿Cómo sabe que fue con su escopeta? —preguntó Hackett con tono distendido.

Sumner se llevó la mano a la boca y miró al policía con los ojos muy abiertos.

—¡Dios! —exclamó—. Ya lo he hecho... Se me ha escapado una pista clave —se retrepó en el sofá de nuevo, tomó un trago de su bebida rosa y chasqueó los labios—. En este país todos saben todo... ¿No se había dado cuenta todavía, señor Holmes?

En el vaso de Quirke, el agua estaba ahora tibia y algo turbia. Recordó a Sumner cuando era joven, el aspecto que tenía, las cosas que decía. Entonces ya era un

bravucón, un hijo de rico, arrogante y despectivo. Tenía dinero cuando todos los demás estaban sin blanca y le gustaba alardear de ello, rondas gratis, ropa llamativa, comidas con largas sobremesas, coches rápidos y chicas fáciles; y entonces sucedió lo de Gloria y el bebé. Era sorprendente que siguieran juntos, en caso de que así fuera más allá de la mera apariencia.

—Mire —le dijo Sumner a Hackett—, no puedo ayudarle en este asunto. No tengo ni idea de qué demonios le pasó a Dick. Primero dijeron que se había disparado, luego la fábrica de rumores empezó a trabajar y ahora, según parece, fue asesinado. ¿Fue un asesinato? —Hackett no respondió y Sumner se dirigió a Quirke—. Aun en el caso de que él no lo supiera, usted sí lo sabría, ¿no? Teniendo en cuenta que usted es forense —aguardó una respuesta—. ¿No? ¿Nada que contar? No me lo diga... Usted se debe a un juramento sagrado.

Se rió entre dientes y dio otro sorbo a su vaso; sacó la ramita y se la comió con hojas y todo, mientras le oían masticar.

—De todos modos, ¿qué más da? —dijo—. Dick está muerto, el resto son tonterías —se levantó, caminó hacia la pared de cristal y se detuvo a la luz del sol, mientras se rascaba enérgicamente la entrepierna—. Françoise venderá —dijo, mirando hacia el patio y la hierba quemada—. El hermano, ¿cómo se llama?, Ronnie Rodesia, ése es otro cantar, él no negociará. Pero encontraré la forma de persuadirlo —se giró hacia ellos y los miró—. Quiero esos periódicos. Necesito una voz. Los conseguiré.

Un reloj dio la hora en alguna habitación lejana. Entre los cactus y la piel de lobo y la violenta luz bien podían encontrarse en algún lugar del desierto, muy lejos, en el otro extremo del mundo.

—La señora Sumner me ha contado —dijo Hackett— que usted y ella fueron buenos amigos de los Jewell en otra época. ¿Es cierto?

Sumner se alejó del cristal, golpeado por el sol, y se sentó de nuevo en el sofá.

—¡Dios! —murmuró, llevando la nariz a una axila y luego a la otra—. Apesto —alzó la vista—. Compañeros, ¿vais a necesitarme mucho más tiempo? Tengo que ir a ducharme —Hackett le miró impasible y Sumner exhaló un suspiro y se retrepó de nuevo contra los cojines de cuero—. Sí, teníamos amistad —dijo con voz fatigada—. Tuve un par de caballos en Brooklands durante un tiempo y Gloria y yo íbamos a cenar o a lo que fuera. Las dos mujeres empezaron a trabajar juntas en obras de caridad... Dick financiaba ese lugar con críos, Saint-como-se-llame. Incluso pasamos unas vacaciones juntos en la casa que tienen en el sur de Francia —soltó una risilla burlona—. No fue ningún éxito. A Dickie y a mí nos costaba congeniar en un espacio reducido.

—¿Se pelearon? —preguntó Quirke.

—¿Qué quiere decir? ¿Con los puños, a la vieja usanza, un izquierdazo seguido

de un rechazazo? No, por supuesto que no. Riñas. Discusiones. Françoise es muy francesa, especialmente cuando está en Francia. Hubo... —se rió con incredulidad al recordar—, hubo un problema con las toallas. Imagínese... ¡Toallas! Nos fuimos antes de lo previsto, regresamos a Irlanda, a nuestra casa, y juramos no volver a ir jamás de invitados a ninguna parte. Nos dimos cuenta de que donde nos gustaba estar de verdad era en casa... —se detuvo. Había estado escrutando a Quirke y ahora, frunciendo la frente, dijo—: Espere... Yo le conozco. Quirke. ¿Usted estaba en la universidad cuando yo estudiaba? —Quirke asintió—. ¿Por qué no lo dijo? Supe que le conocía en cuanto entré, pero no podía situarle. Quirke. Dios. Han debido de pasar... ¿Cuánto? ¿Veinticinco años? ¿Más? Así que terminó, se licenció. Ninguno de nosotros creía que lo conseguiría, ¿sabe?

Rió, pero Quirke siguió callado.

—Bueno —dijo Sumner, alzando su vaso—, por los viejos tiempos, *doctor* Quirke —se giró hacia Hackett—. Oiga, ¿por qué no se quedan a comer? Podrían agasajarnos con historias de detectives, y hablarnos de los grandes delincuentes que han cazado, ese tipo de cosas. ¿Qué me dicen?

Marie, la criada, apareció para recoger el té.

—Aquí donde la ven, Marie conoció a Diamante Dick, ¿verdad, Marie? —ella le miró temerosa—. El señor Jewell. Tu benefactor —pareció gustarle aquella palabra y, riendo, la repitió—. Tu amado benefactor. ¡Ja!

La joven levantó la bandeja con la tetera y la taza vacía de Hackett.

—¿Desea algo más? —le preguntó a Sumner, y cuando él negó con la cabeza se escabulló a toda prisa.

—¿Qué hizo exactamente Jewell por ella? —preguntó Quirke.

—¿Por Marie, el ratoncito? La sacó de aquel orfanato que fundó... ¿Cómo se llama?... St. Christopher. Ella era una especie de fregona allí.

—¿Trabajó para él?... ¿Para él y su esposa?

—Durante algún tiempo, pero algo ocurrió y Françoise nos la encasquetó. Es buena chica... No demasiado lista, pero buena.

—¿Qué sucedió, señor Sumner? —preguntó Hackett—. ¿Lo sabe?

—Bah, algún lío. Nadie dura mucho tiempo con Françoise. Hablando de personas sufridas, ¿conoce al tipo que lleva la finca? ¿A él y a su mujer, la otra ratoncita? ¿Cómo se llamaba?

—Maguire —dijo Quirke.

—Eso es. Eh —alzó un dedo—, acabo de recordar algo. Maguire mató a un tipo hace años, le rompió el cuello o algo así en una pelea de bar. ¿Sabía eso, doctor?

Quirke asintió.

—Estuve metido en ese caso.

—No me diga —apuró la última gota de su bebida—. ¿Qué le parece?... Tal vez

fue él quien empuñó el arma contra el viejo Dickie —paseó su mirada de un hombre al otro—. ¿Han pensado en eso? No aguantaba más el calor y subió y mató al jefe. Aunque creo que primero hubiera ido a por Françoise.

—Señor Sumner, apreciaría sinceramente que nos contara cuál fue la causa de la pelea que tuvieron usted y Richard Jewell aquí aquel día —dijo Hackett.

—Ya se lo he dicho... Negocios. Siempre hay peleas cuando se hacen negocios, es la naturaleza del juego —se rascó el bigote con el índice haciendo un sonido áspero. Suspiró—. De acuerdo, soy el propietario de una parte de su compañía. Le ofrecí asociarnos, me mandó al infierno, las cosas se calentaron, se marchó. Eso fue todo. Si creen que me quedé aquí sentado durante una semana cavilando hasta que una mañana fui a su finca y le volé los sesos... Vamos, por favor.

—¿No le volvió a ver después de aquel día? —preguntó Hackett.

—No —se levantó del sofá—. No, no volví a verle, ni a hablar con él, ni a saber nada de él... Nada. Ahora, si no les importa, tengo que ir a ducharme... Me estoy empezando a cocer.

Hackett seguía sentado, con el sombrero en el suelo, entre sus pies. Lo cogió y miró el ala con detenimiento.

—Y supongo que no tiene ni idea de quién podría desear su muerte.

—¿Me está tomando el pelo? Podría darle una lista de nombres tan larga como su brazo. Pero escuche —levantó una mano y se rió—, tal vez lo hizo Françoise. Dios sabe cuánto lo odiaba.

Quirke ya estaba de pie y Hackett finalmente se levantó, dando vueltas al sombrero entre las manos.

—¿Cómo está su hijo, señor Sumner? —preguntó.

Sumner se quedó repentinamente paralizado, bajó su gran cabeza y le lanzó una mirada furibunda entre sus hirsutas cejas castañas.

—Está bien... ¿Por qué?

El aire entre ambos parecía restallar, como si lo hubiera atravesado una fuerte descarga eléctrica. Quirke los observaba, a uno y a otro.

—Curiosidad —dijo Hackett—. ¿Está en Canadá?

—No, ha vuelto.

—¿Qué hace?

—Trabaja para mí.

—Eso está bien. Está muy bien —el detective sonrió—. Bueno, le dejamos tranquilo para que vaya a ducharse. Por favor, despídanos de la señora Sumner.

Gloria Sumner apareció en el umbral de la puerta.

—Estos caballeros se van —le dijo Sumner. Su humor había cambiado, su brillante arrogancia había desaparecido y su voz estaba cargada de rencor.

—Los acompañaré a la puerta —dijo Gloria Sumner y condujo a ambos hombres

por el pasillo de techos bajos hasta el porche acristalado, donde hacía un calor de justicia—. Dios mío, su chófer se ha debido de cocer, pobre hombre. Podría haber pedido a Marie que le llevara un refresco.

—¿Cuánto tiempo lleva la criada con usted? —preguntó Quirke.

—¿Marie? Es gracioso, nunca pienso en ella como «la criada». Tres o cuatro años, supongo. ¿Por qué me lo pregunta?

Quirke no contestó, se limitó a encogerse de hombros.

—Que tenga un buen día, señora —dijo Hackett y se puso el sombrero.

—Adiós. Y adiós, doctor Quirke. Es agradable verle de nuevo después de tantos años —le sonrió abiertamente—. Creyó que yo no le recordaría, pero se equivocó.

Jenkins había movido el coche hasta la sombra escasa de un abedul y tenía todas las ventanillas abiertas de par en par, pero aun así, y a pesar de haberse quitado la chaqueta y la corbata, estaba sudando. Saludó a Hackett con una mirada dolida y arrancó el motor. Gloria Sumner permanecía en el porche y los despidió moviendo lentamente la mano mientras se alejaban.

—¿Qué era esa historia del hijo? —preguntó Quirke.

—Teddy Sumner —contestó Hackett—. Menuda pieza. Tiene antecedentes. Le dio una paliza a una chica una noche, después de una fiesta en Powerscourt. Habría pasado una temporada a la sombra si su padre no fuera quien es. Le enviaron con la familia a Canadá. Según parece, ya ha vuelto.

Atravesaron el pueblo de Roundwood. El embalse centelleaba como peltre entre los árboles que se alzaban a la derecha. Desde el asiento de atrás, Quirke observaba las grandes orejas rosadas de Jenkins.

—A Sumner no le gustó que le preguntara por él —dijo.

—Por supuesto que no, ya me di cuenta.

Quirke aguardó, pero Hackett no dijo más.

—¿Cree que puede tener alguna relación con lo sucedido a Dick Jewell?

—Parece difícil —dijo Hackett. Tenía la mirada afable y vacía de cuando pensaba profundamente—. Pero me pregunto si Teddy estaba aquí el día que Jewell y Sumner se pelearon. Debería habérselo preguntado.

—Sí —dijo Quirke—. Debería haberlo hecho.

A Sinclair la idea le pareció una locura en el mismo instante en que se le ocurrió, pero así y todo poseía un persistente y especial atractivo. Había salido con Phoebe una vez más y creía que ese tercer encuentro había sido su primera cita real, pues si bien ella no le había invitado a subir a su habitación, la tarde había finalizado con un beso largo y serio, incluso solemne, en el umbral de su puerta, y ahora él no conseguía quitársela de la cabeza. Se había rendido a su belleza poco convencional, la delicadeza de sus delgadas manos, el ángulo un tanto felino de su mandíbula, la palidez casi transparente de su piel. Había empezado también a apreciar su humor, esa actitud jovial y sutilmente burlona hacia las cosas, él incluido; tal vez sobre todo hacia él. Poseía una inteligencia brillante y él se preguntaba cómo había terminado trabajando en una tienda de sombreros. No podía dejar de imaginarla sin ropa, reclinada en la cama y girando hacia él apoyada sobre un codo, un mechón sobre la mejilla, su piel desnuda centelleante como la hoja de un cuchillo. Sí, tenía en la cabeza eso, y más. Pero acababa de ocurrírsele la loca idea de presentársela a Dannie Jewell, no sabía por qué. Tal vez quería comprobar cómo reaccionarían la una con la otra. «O tal vez —decía una vocecita maliciosa en su cabeza— estás buscando problemas».

Phoebe y él habían quedado en ir el domingo a ver los rododendros que crecían en las laderas a espaldas de Howth Castle. Su plan era llevar comida y una botella de vino para hacer un picnic. A medida que el día se aproximaba, Sinclair no se decidía a preguntarle si Dannie podía ir con ellos; en más de una ocasión marcó el número de teléfono de la casa donde Phoebe tenía su habitación, pero colgó antes de que alguien respondiera. Estaba claro que la idea *era* una locura. ¿Qué pretendía conseguir? ¿Para qué iba a servir? A Phoebe, la presencia de Dannie le resultaría probablemente molesta, y a Dannie no le apetecería hacer de carabina. En cualquier caso, si Phoebe aceptaba, lo más seguro era que Dannie no fuera. Al final reunió el valor necesario y llamó a ambas, primero a Phoebe, luego a Dannie. Ambas dijeron que sí. Y en ese mismo instante, por supuesto, él lamentó todo el asunto y se maldijo por su estupidez.

Recogió a Dannie y juntos fueron caminando a casa de Phoebe. La mañana era soleada y calurosa, pero una leve brisa fresca bajaba de las montañas, aligerando el bochorno que pesaba en el aire los días anteriores. Dannie no parecía la misma chica que había visto la última vez, desvalida y encogida sobre la cama en un sueño

inducido de pastillas, dos noches después de que su hermano muriera, cuando llamó pidiendo ayuda. Hoy llevaba un vestido blanco que la brisa hinchaba como un globo, haciéndolo ondear en torno a ella, y un jersey de cachemir sobre los hombros, con las mangas anudadas de manera informal sobre el pecho. Se había pintado los labios y perfumado. Cuando ella le abrió la puerta y vio la ansiedad en sus ojos, le puso una mano tranquilizadora sobre el brazo.

—No te preocupes, estoy bien, no me va a dar un ataque de nervios ni nada por el estilo —le dijo.

Se detuvieron ante la puerta de entrada de la casa donde vivía Phoebe y esperaron a que bajara, sonriéndose levemente el uno al otro; las hojas de los plátanos que se alzaban en la acera de enfrente susurraban excitadas como si estuvieran hablando de esos dos jóvenes que aguardaban allí, en plena mañana de un domingo de verano.

Para su sorpresa, Phoebe y Dannie congeniaron desde el primer instante. Mientras las presentaba, percibió cuánto se parecían. No era una cuestión de semejanza física, sino de algo concreto que compartían, aunque no pudiese decir exactamente qué era... La huella de cosas que habían sufrido, de problemas no superados y asumidos dolorosamente con coraje y determinación.

Tomaron el autobús hasta Sutton y allí subieron al pequeño tranvía, que chirrió y traqueteó mientras ascendía la larga ladera de Howth Head. Phoebe se había encargado del picnic: sándwiches de pan integral con jamón, lechuga y tomate en rodajas, y un pepino cortado longitudinalmente en cuatro, y cebollitas y pepinillos en vinagre, y una elegante caja de galletas de Smyths on the Green. Sinclair y Dannie habían traído una botella de vino cada uno, y Dannie sujetaba una cesta con tres vasos envueltos en servilletas. Se miraban sin cesar unos a otros y sonreían con cierta vergüenza, pues aquella excursión al aire libre como gente normal y feliz les hacía sentir vulnerables e igual que niños. En el azul del cielo, las gaviotas volaban en círculos sobre ellos, y en la lejana distancia el sol arrancaba destellos al mar. Nadie dijo una palabra sobre Richard Jewell.

Descendieron cerca de la cumbre y bajaron andando por la carretera, pero ninguno conocía el camino hacia el castillo y en un momento dado se perdieron y al final decidieron olvidar los rododendros y quedarse en la esquina de un campo, donde se sentaron y desarrollaron los sándwiches y abrieron el vino. La botella de Liebfraumilch de Sinclair ya no estaba fría, pero no les importó; se la bebieron y a continuación abrieron el Burdeos, mucho más espléndido, que había traído Dannie. Cuando apuraron el vino, las chicas se alejaron a buscar un rincón resguardado donde hacer pis, y Sinclair se recostó sobre el suave y exuberante césped y se cubrió los ojos con el brazo y durmió una breve siesta y tuvo un extraño sueño donde Phoebe y Dannie, que se habían fundido en una sola persona, se aproximaban a él, le acariciaban la cara y le revelaban un secreto que olvidó tan pronto como las voces de

las chicas de carne y hueso le despertaron. Se sentó y las observó mientras caminaban por el césped hacia él. Habían encontrado el bosque con los rododendros, estaba justo al otro lado del siguiente campo.

—Las flores están a punto de marchitarse, es una pena —dijo Phoebe, mientras se sentaba a su lado y le dedicaba una sonrisa cuyo significado él no supo descifrar, y pensó de nuevo en el extraño sueño.

Encendió un cigarrillo y les tendió el paquete, pero Dannie movió la cabeza negativamente y Phoebe le recordó que había dejado de fumar.

Había vacas al otro lado del sembrado, eran blancas y negras y unas estaban de pie y otras, tumbadas. Un pájaro negro, un grajo o un cuervo, las sobrevoló trabajosamente mientras graznaba.

—Mirad —dijo Phoebe—, es una carrera de barcos.

Hicieron visera con la mano para mirar los yates, que allá abajo se mantenían con esfuerzo contra el viento, y hasta ellos, colina arriba, llegó retrasado por la distancia el *bum* de la señal de inicio.

—Esas velas blancas parecen alas, mirad —murmuró Phoebe.

Dannie se había tumbado boca abajo sobre el verde, con la barbilla apoyada sobre las manos. Estaba masticando una brizna de hierba. Tres moscas volaban en círculo sobre su cabeza, dibujando el trazo fantasmal de un halo negro. Sinclair admiró lo hermosa que era, con el rostro ancho y la delicada barbilla; mucho más hermosa que Phoebe, aunque no era la mitad de fascinante.

—¿No os resulta extraño pensar —dijo Dannie— que la gente que ahora es vieja fue joven como nosotros? Veo a una anciana en la calle y me digo que hace setenta años era un bebé en los brazos de su madre. ¿Cómo pueden ser la misma persona ella, tal como es ahora, y el bebé de entonces? Algo que está ahí y, al mismo tiempo, es imposible.

Sinclair sintió que una fina mota de oscuridad, un rayo de luz negra perforaba la clara luz; infinitesimalmente fina, pero haciéndose más y más voluminosa.

Huérfanos. La palabra surgió en su cabeza de improviso. «Esos pobres huérfanos», había dicho. Pero ¿a qué huérfanos se refería? No lo iba a preguntar, no en aquel momento.

Aquel mismo domingo por la tarde, Quirke estaba con Françoise d'Aubigny en la cama. Ella le había llamado por teléfono y luego había acudido a su piso. Giselle estaba en Brooklands, al cuidado de Sarah Maguire. No hubo preliminares. La dejó entrar al edificio y subieron las escaleras en silencio y una vez dentro del piso ella se giró hacia él y le ofreció su boca alzada para que la besara. Hicieron el amor torpemente al principio. Quirke se sentía inseguro y Françoise parecía preocupada... Era como si ella estuviera realizando un experimento, o una investigación sobre él,

sobre ella, sobre las posibilidades de ambos como pareja. Cuando terminaron, se sentaron sobre la cama en la habitación caliente y umbría, sin hablar, pero dulces el uno con el otro. Quirke prendió un cigarrillo y, de vez en cuando, Françoise lo cogía de entre sus dedos y aspiraba una calada, pero cuando él le ofreció un pitillo de los suyos, ella movió la cabeza y dijo que no, quería compartir aquél porque sabía a él.

—¿Cuándo supiste que esto iba a ocurrir? —le preguntó él.

Ella soltó una suave carcajada.

—El día que nos conocimos, me imagino. ¿Y tú?

—No tan rápido. Las mujeres siempre nos lleváis delantera a los hombres.

Sus pechos parecían pálidas manzanas y sus costillas eran claramente visibles bajo la sedosa piel. No era en absoluto la clase de mujer que le gustaba, percibió él con una especie de alegre consternación... Isabel Galloway tenía, al menos, algo de carne sobre los huesos.

—¿Estás con alguien? —le preguntó ella. Tenía el don de leer sus pensamientos.

—Sí —contestó—, de alguna manera.

—¿Quién es?

—Una actriz.

—¿Famosa? ¿La conozco?

—Lo dudo. Trabaja casi siempre en el Gate.

—Dime su nombre.

—Isabel.

—¿Te sientes culpable por ella ahora?

—Sí.

—Lo siento.

—No lo sientas... Yo no lo siento.

Ella cogió el cigarrillo de nuevo y se lo llevó a los labios, entrecerrando un ojo para protegerlo del humo.

—¿Crees que debemos seguir viéndonos? —preguntó con suavidad—. ¿Tendremos más momentos como éste? —sonrió y le devolvió el pitillo—. ¿O te abrumará la culpa? —dijo con voz teatralmente estremecida.

—*Tendremos* más momentos como éste. Tendremos todos los momentos del mundo.

—*Alors* —dijo ella—, ¿es eso una declaración?

—Sí —contestó—, lo es.

Ella se volvió hacia él y lo abrazó. Quirke aplastó el final del pitillo en el cenicero de la mesilla de noche. Su mirada tropezó con el teléfono, jorobado, negro y brillante, un recordatorio de todo lo que existía fuera de esa habitación: el mundo. E Isabel Galloway.

Dos días después de la excursión con Phoebe y Dannie, durante una mañana rutinaria, Sinclair recibió una llamada de teléfono en el hospital. Aquello no era habitual, casi nadie le llamaba al trabajo. La enfermera de recepción que le pasó la llamada le sonó rara, como si intentara no reírse, y la voz que escuchó a continuación estaba extrañamente apagada, como si la persona que hablaba se hubiera colocado un pañuelo delante de la boca.

—Escucha, judío —dijo la voz—, como sigas metiendo tu narizota donde no te llaman, te quedarás sin ella. Y entonces tu cara de judío estará a juego con tu polla.

Sonó una carcajada y se cortó la línea.

Sinclair se quedó mirando el teléfono. Pensó que debía de tratarse de una broma pesada, algún supuesto amigo de su etapa universitaria —estaba seguro de que era la voz de un hombre joven— lo habría hecho tal vez por una apuesta, o por un viejo resentimiento o incluso por un momento de diversión. A pesar de todo, se sintió conmocionado. Nunca le había sucedido nada parecido, desde luego no desde sus años de colegio, y en aquel entonces se trataba más bien de bromas maliciosas, pero nunca de insultos de ese tipo, ni de odio. La impresión era ante todo física, como si le hubieran golpeado en la boca del estómago, y entonces surgió la rabia, como un transparente telón carmesí que descendiera sobre sus ojos. Sintió una imperiosa necesidad de contárselo a alguien, a cualquiera. Quirke estaba en su oficina, podía verle a través del panel de cristal de la puerta; estaba haciendo papeleo y fumando un pitillo de aquella forma malhumorada tan típica suya, expeliendo el humo con rapidez por un lateral de la boca como si no soportara su hedor. Sinclair llamó a la puerta y entró. Quirke lo miró y alzó las cejas.

—Dios mío —dijo—, ¿qué le sucede? ¿Un fiambre ha vuelto a la vida?

De repente, ante su sorpresa y confusión, Sinclair sintió una timidez abrumadora. Sí, timidez, ésa era la palabra.

—He... He recibido una llamada —dijo.

—Ah, ¿de quién?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No. De un hombre.

Quirke se retrepó en su silla.

—Un hombre le ha llamado por teléfono y no le ha dicho su nombre. ¿Qué le ha dicho?

Sinclair retiró los faldones de su bata blanca y enterró las manos en los bolsillos de su pantalón. Sus ojos se detuvieron en el ventanal que daba a la sala de disección, exageradamente iluminada por las grandes lámparas blancas de neón del techo.

—Sólo... —se llevó un dedo a la frente—. Insultos.

—Ya. ¿Personales o profesionales?

—Personales. O profesionales, no lo sé.

Quirke giró el paquete abierto de Senior Service sobre la mesa hasta que los cigarrillos, colocados como los tubos de un órgano, estuvieron frente a Sinclair; Sinclair cogió uno y lo encendió con su Zippo.

—Yo he tenido llamadas de ésas —dijo Quirke—. No sirve de nada que le diga que no se preocupe, siempre impresionan —aplastó la colilla de su cigarrillo y cogió otro y se retrepó aún más—. Phoebe me ha contado que fueron a Howth. ¿Es bonito aquello?

Sinclair pensó por un momento en indignarse —¿ella le contaba a Quirke todo lo que hacía?, ¿le había contado también lo del beso?—, pero carecía de la ira necesaria en aquel momento.

—Dannie Jewell vino con nosotros —dijo.

Quirke pareció sorprenderse.

—Ah, ¿sí? Phoebe no me dijo nada. ¿Ellas se conocían?

—No, no se habían visto antes. Pensé que sería bueno para Dannie.

—¿Y lo fue?

Sinclair lo miró. ¿Qué significaba aquella repentina frialdad en los ojos de Quirke? ¿Le preocupaba que a Phoebe le afectaran Dannie y sus problemas? Sinclair sospechaba que Quirke no sabía mucho sobre su hija.

—Dannie se encuentra bien. Está haciéndole frente.

—A su dolor.

—Eso es.

Algo se había tensado entre ellos, como si la atmósfera se hubiera torcido.

—Bien —dijo Quirke bruscamente. Deslizaba la brasa del cigarrillo hacia delante y hacia atrás del cenicero como si estuviera afilando la punta de un lápiz rojo—. Como sabe, al igual que Dannie Jewell, Phoebe también ha de hacer frente a cosas, cosas que sucedieron en el pasado.

Sinclair asintió.

—Ella no habla sobre eso... Al menos no lo hace conmigo de momento.

—Ha sido testigo de más violencia de la que le correspondía. Y en América la..., la asaltaron.

Sinclair ya lo sabía: era tema de conversación en el hospital, un dato que esperaba que Quirke no conociera.

—Si está advirtiéndome de que tenga cuidado, no es necesario. Me gusta Phoebe. Creo que a ella le gusta. Es a lo más lejos que hemos llegado —deseaba añadir: «Y además, fue usted quien nos presentó», pero no lo hizo.

El pitillo de Quirke se había consumido; lo aplastó entre la docena de colillas que había en el cenicero. Sinclair comprendió que el tema de Phoebe había quedado cerrado.

—¿Mencionó nombres ese tipo del teléfono? —dijo Quirke.

Sinclair se había aproximado al ventanal y se apoyó contra él, tenía un pie con la suela del zapato en la pared.

—¿Qué quiere decir con nombres?

—Algunas veces, cuando acaban de perder a alguien, llaman enloquecidos de dolor y se quejan de que sus seres amados van a ser descuartizados. Dios sabe por qué la operadora pasa sus llamadas.

—No, no fue nada parecido. Me dijo que me cortarían mi narizota judía si continuaba metiéndola en los asuntos de los demás.

—Su narizota judía.

Ambos sonrieron.

—De acuerdo —dijo Sinclair—. Lo olvidaré.

Se aproximó, aplastó su pitillo en el cenicero rebosante y se dirigió a la puerta.

—Phoebe y yo vamos a cenar juntos esta noche —dijo Quirke a su espalda—. Es nuestro capricho semanal. Solíamos hacerlo los jueves, pero ahora es un festín movible. ¿Le apetece venir con nosotros?

Sinclair dio media vuelta.

—Gracias, pero no. Tengo algo que hacer. Tal vez en otra ocasión —se encaminó de nuevo hacia la salida.

—Sinclair.

Se detuvo otra vez.

—¿Sí?

—Me alegra que usted y Phoebe sean..., sean amigos —dijo Quirke—. Y agradezco su..., su interés por ella —encajado en aquella silla que era demasiado pequeña para él, con sus manazas sobre la mesa y las palmas hacia arriba, como si suplicara, pareció de repente vulnerable.

Sinclair asintió y salió.

St. Christopher era un caserón de un gris desvaído y falso estilo gótico situado sobre un promontorio rocoso que miraba hacia Lambay Island. Los sacerdotes más sofisticados de la Orden Redentorista, que administraba el lugar, se referían jocosamente a él como el Chateau d'If, aunque era otro bien distinto el nombre que le daban los internos. Era un orfanato sólo para chicos. Aquellos que habían pasado por allí recordaban con especial viveza el olor del lugar, una intrincada mezcla de piedra húmeda, lana mojada, orina rancia, repollo cocido y otro olor delgado, afilado y ácido que los supervivientes de St. Christopher identificaban con el hedor de la propia miseria. La institución tenía una fama terrible en la zona. Las madres amenazaban a los hijos rebeldes con enviarlos allí, pues no todos los internos eran huérfanos, de ninguna manera. St. Christopher acogía a todos los que llegaban y recogía la parte del subsidio estatal que cada uno de ellos traía. El hacinamiento nunca era un problema, ya que los niños son pequeños y los niños de St. Christopher tendían a ser más pequeños que la mayoría gracias a la frugal dieta que disfrutaban. Los pasajeros del tren de Belfast tenían la mejor vista de la gran casa erguida sobre la roca, con sus muros de auténtico granito, sus torrecillas amenazadoras, sus chimeneas erizadas escupiendo escuálidos penachos de humo de carbón. Pero pocos se demoraban en contemplarla; al contrario, desviaban la vista, incómodos, con un ligero estremecimiento.

Quirke viajó en tren hasta Balbriggan y en la estación contrató un coche con conductor que le llevó por la costa hasta Baytown, un grupo de casas apiñadas y lindantes con St. Christopher, que recordaban esos conglomerados de cascotes y restos de albañilería que quedan olvidados a la intemperie una vez finaliza una obra. Aunque estaba muy nublado, hacía calor y el día tenía un aspecto hosco, decidido como estaba a retener la lluvia que henchía las gruesas nubes y que los campos abrasados ansiaban con tanta intensidad. Ante las altas puertas, Quirke tiró de la cadena que servía de timbre y un anciano salió de la garita junto a la verja con una gran llave de hierro y le dejó entrar. Sí, dijo Quirke, le esperaban. El anciano observó su traje bien cortado y sus caros zapatos y resopló con desprecio.

El camino de entrada era, en el recuerdo de Quirke, mucho más largo y mucho más ancho, una amplia curva que conducía majestuosamente hasta la casa, pero de hecho era poco más que una pista sin vallar con una zanja a cada lado, ahora secas. Imaginó que ése sería el tenor general de su visita aquella tarde, todo desproporcionado y confundido en el engaño de la memoria. Había vivido allí menos

de un año antes de marchar a Carricklea, la supuesta escuela de artes y oficios al oeste de país, adonde le enviaron porque nadie sabía qué hacer con él. No había sido muy desgraciado en St. Christopher, no si medía la infelicidad con la escala de lo que había sufrido en su corta vida hasta aquel momento, y desde luego no lo había sido si lo comparaba con lo que encontraría más tarde en Carricklea. Uno o dos monjes de St. Christopher habían sido amables, o al menos habían mostrado una afabilidad intermitente, y no todos los chicos mayores le habían pegado. A pesar de todo, caminar por aquel sendero polvoriento bajo aquella luz brillante y sucia le hacía temblar y sus piernas parecían hundirse más y más en la tierra con cada paso que daba.

Un chaval larguirucho con el pelo rubio rapado, un interno de confianza, lo condujo por un silencioso pasillo hasta una habitación de techos altos y luz débil con una mesa de comedor de roble donde probablemente nadie había comido nunca y con tres ventanas inmensas que, sin embargo, sólo parecían filtrar un hilo de luz del exterior. El tiempo que vivió allí nunca supo de la existencia de aquella sala tan imponente, como la hubiera descrito entonces, pues así le habría parecido. Aguardó con las manos en los bolsillos y la mirada perdida fuera —un fragmento de un prado, un sendero de grava, un retal de mar—, escuchando los tenues y nerviosos restallidos y quejidos en su intestino. La comida no le había sentado bien.

El padre Ambrose era alto, delgado y canoso, como uno de esos sacerdotes generosos y consumidos que labran los campos de la misión o cuidan a los leprosos.

—Buenas tardes, doctor Quirke —tenía la voz tensa y aguda de un asceta—. En St. Christopher siempre nos alegra reencontrar a los antiguos internos.

Al sonreír, un abanico de finas arrugas se abrió en la comisura de sus ojos. Su mano parecía un haz de ramitas secas envuelto en papel encerado. Despedía un vago olor a vela. Era un ejemplar inverosímilmente perfecto de cómo debía parecer, sonar e incluso oler un sacerdote, y Quirke se preguntó si lo mantenían encerrado en una celda y sólo lo sacaban y lo ponían a trabajar cuando aparecía un visitante.

—Busco información sobre una chica, una joven llamada Marie Bergin —Quirke deletreó el apellido—. Por lo visto trabajó aquí durante un tiempo hace años.

El padre Ambrose, sin soltar la mano que le había tendido Quirke, examinó muy de cerca y minuciosamente sus rasgos, moviendo los ojos rápidamente de aquí para allá, y Quirke tuvo la extraña sensación de que no le observaba, sino que más bien le palpaba, suave y delicadamente, como un ciego que recorriera su rostro con las yemas de los dedos.

—Acompañeme, doctor Quirke —dijo con su voz susurrante y confidencial—, acompañeme y tome asiento.

Se sentaron en una esquina de la mesa de comedor, en dos de las sillas de respaldo alto ordenadas en torno a ella como efigies de antiguos sacerdotes, los

fundadores del lugar. Quirke se preguntaba si le permitirían fumar cuando el cura rebuscó en un pliegue de su sotana y extrajo un paquete de Lucky Strike.

—Me los envía uno de los padres en América.

Rasgó el papel de plata y con un dedo golpeó con destreza la base de la cajetilla hasta que salió un pitillo. Se lo ofreció a Quirke y a continuación dio de nuevo unos golpecitos para sacar otro. La primera calada de aquel humo de sabor exótico retrotrajo inmediatamente a Quirke unos años atrás, a una gran casa cerca del mar en el sur de Boston.

—¿Recuerda su estancia aquí? —le estaba preguntando el sacerdote.

—Era muy pequeño, padre, tenía siete u ocho años. Recuerdo la comida.

El rostro del padre Ambrose se arrugó en una sonrisa.

—Me temo que nuestros cocineros nunca han sido famosos por sus dotes culinarias —aspiraba su cigarrillo como si estuviera saboreando una cosecha excepcional y costosa. Era otro detalle que Quirke recordaba de las distintas instituciones que había padecido, esa manera en que sacerdotes y monjes fumaban, como libertinos ansiosos, concentrando todos sus sentidos en uno de los pocos placeres permitidos—. Debió de ser hace tiempo, mucho antes de la guerra. Hemos cambiado enormemente desde entonces. Éste es un hogar feliz, doctor Quirke —no hablaba a la defensiva, pero una viva luz apareció en sus ojos.

—No tengo un mal recuerdo.

—Me alegra oírlo.

—También es verdad que en aquella época mis expectativas eran modestas. Al fin y al cabo, yo era un huérfano.

¿Cuál era la verdadera razón que le había llevado allí? Buscar información sobre la criada de los Sumner era sólo un pretexto. Estaba rascando una vieja herida.

—Así que le dejaron en St. Christopher. Dios suaviza el viento para el cordero esquilado, como dice el salmo. ¿De dónde venía cuando le trajeron aquí?

—No tengo familia, padre. Sospecho quiénes pueden ser mis padres, pero si mis sospechas son correctas, prefiero no confirmarlas.

El sacerdote le escrutaba de nuevo, recorriendo con dedos fantasmales el braille del alma de Quirke.

—Hay cosas que es mejor no saber. Esa chica, esa... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Marie... Marie Bergin.

—Sí —el sacerdote frunció la frente—. No la recuerdo. ¿Trabajaba en las cocinas?

—Eso creo.

—Sí, no hay otra posibilidad, porque no tenemos criadas, los chavales hacen turnos para limpiar. Es una buena disciplina para la vida aprender a hacer bien las camas y a ordenar las cosas. Enviamos al mundo a muchos jóvenes independientes y

bien formados. ¿Dice que esa Marie Bergin trabaja ahora para alguien que usted conoce?

¿Había dicho eso? No lo creía.

—Sí, trabajaba para la familia Jewell y luego...

El padre Ambrose abrió las manos.

—¡Los Jewell! ¡Ah! —su rostro se ensombreció—. Pobre señora Jewell. ¡Qué tragedia!

—Tengo oído que él era uno de sus benefactores.

—Es cierto. Ha sido una gran pérdida para nosotros, una trágica pérdida.

—¿Recaudaba fondos para la institución?

—Sí, y también contribuía personalmente de forma muy generosa. Existe un pequeño comité no oficial —pronunció *co-mi-té*— que él creó con unos cuantos amigos, hombres de negocios como él. No sé qué haríamos sin los Amigos de St. Christopher, como les gustaba hacerse llamar, y éste es, sin duda, un momento de tribulación para nosotros, ahora que el señor Jewell ya no está —su mirada se desplazó hacia la ventana, su perfil de hombre santo aún más afilado a contraluz—. Un hombre tan bueno, sobre todo si se tiene en cuenta que no pertenecía a nuestro credo. Pero, como ya sabe, existe una historia de discreta colaboración entre la comunidad judía de aquí y la Santa Iglesia Católica. El señor Briscoe, nuestro nuevo alcalde, es un gran amigo de Roma, oh, sí —se detuvo y miró el paquete de cigarrillos que estaba en la mesa frente a él, tendió la mano y luego la apartó. Sonrió disculpándose—. Me raciono, sólo fumo diez al día. Es una pequeña mortificación de la carne que me impongo. Si me fumo otro ahora, tendré que sacrificar el cigarrillo de después de la cena... Pero, perdóneme, doctor Quirke, no le he ofrecido nada. ¿Le apetece un té o tal vez una copita de jerez?... Estoy seguro de que hay una botella en alguna parte.

Quirke movió la cabeza.

—Nada, gracias —a su pesar, empezaba a sentir afecto por aquel hombre amable y sencillo. ¿Cómo podía sobrevivir alguien así en un sitio como St. Christopher?—. ¿Es posible que alguien en las cocinas recuerde a Marie Bergin?

El sacerdote abrió la boca en forma de *o*.

—Lo dudo, doctor Quirke. Aquí hay mucho movimiento de personal, las chicas suelen quedarse pocos meses. Intentamos buscarles hogares con buenas familias. Un orfanato de chicos no es un sitio para una jovencita. La mayoría, como sabe, son ingenuas personas del campo sin la más mínima noción de los peligros que las esperan en el ancho mundo.

—Ahora trabaja para el señor y la señora Sumner —dijo Quirke.

—Ah, ¿sí? Otro apellido que conozco bien.

—¿Mmm?

—Sí... El señor Sumner es uno de los Amigos de St. Christopher.

—¿De verdad?

El padre Ambrose sonrió e inclinó su estrecha cabeza.

—Le sorprende, lo entiendo. Pero ahí lo tiene, a menudo aquellos que menos lo parecen esconden un lado bueno. ¿Le gustaría ver algo del trabajo que hacemos aquí? Podría ofrecerle una pequeña visita. No le quitará más de un cuarto de hora de su tiempo.

La casona se hallaba extrañamente tranquila mientras la recorrían. Quirke tuvo la sensación de que una multitud silenciosa permanecía tras las puertas cerradas, escuchando. Todos los chavales con los que se cruzaban pasaban arrastrando los pies y con los ojos bajos. Ahí estaban los talleres, con brillantes herramientas colocadas en perfecto orden, donde se fabricaban crucifijos y cuadros enmarcados de santos para su distribución entre los fieles de África, de China, de Sudamérica; allí estaba la sala de recreo, con dianas de dardos y una mesa de ping-pong; en el refectorio se sucedían en hilera largas mesas de pino, las superficies refregadas hasta quedar blancas y las vetas de la madera visibles como suaves venas. Contemplaron el huerto de la cocina, donde muchachos con delantales marrones se agachaban entre los surcos de las patatas y las hileras de judías como gnomos trabajadores.

—Nuestras cosechas son tan abundantes que a menudo debemos vender el excedente a las tiendas de alrededor... —confesó con orgullo el padre Ambrose—. Una fuente de ingresos muy necesaria en los meses de verano, se lo aseguro.

Cruzaron la pradera que llegaba hasta el mismo borde del mar y permanecieron en la cornisa, observando las negras rocas, allá abajo, donde incluso en un día tan tranquilo como aquél las olas rompían con ensordecedores y blancos estallidos de espuma.

—Esto es lo que no recuerdo de cuando estaba aquí —dijo Quirke—, el mar. Y sin embargo, tuvo que ser una presencia constante.

Sintió la mirada escrutadora del padre Ambrose, a su lado.

—Espero que disculpe lo que le voy a decir, doctor Quirke —dijo el sacerdote—, pero percibo en usted un alma atormentada.

A Quirke le sorprendió no sentirse sorprendido. No dijo nada durante un instante y luego asintió.

—¿Conoce algún alma que *no* esté atormentada, padre?

—Oh, sí, muchas.

—Se mueve en círculos diferentes a los míos.

El sacerdote rió.

—Estoy seguro. Pero usted es doctor y debe conocer a enfermeras, monjas, colegas médicos cuyas almas están en paz.

—Soy forense.

—Aun así. Después de todo, es posible encontrar una gran paz entre los muertos, una vez que sus almas han partido en pos de la recompensa eterna.

—Si existe, yo no la he experimentado —Quirke observó cómo un alcatraz se lanzaba en picado, igual que un dardo blando, perforaba limpiamente la superficie del agua y desaparecía sin apenas dejar rastro—. Tal vez busco en el lugar equivocado, o desde el punto de vista equivocado.

Un pálido sol rasgó las nubes en el horizonte y dos anchos haces de luz se proyectaron sobre el mar.

—Es muy posible —dijo el sacerdote. Dieron la vuelta y se dirigieron a la casa—. Esa joven, esa Marie Bergin..., ¿tiene algún problema?

—No, no que yo sepa.

El césped bajo sus pies era fuerte y flexible como la piel de una cama elástica. La bruma marina debía de regarlo, pensó Quirke.

—¿Puedo preguntarle las razones de su interés por ella?

Se hallaban ya en el sendero de grava. Quirke se detuvo, también el sacerdote y quedaron uno frente al otro.

—Padre, parece que Richard Jewell no se mató, sino que lo mataron.

—¿Cómo que lo mataron?

—Lo asesinaron.

El sacerdote se llevó una mano marchita a la boca.

—Santo Dios. ¿Y usted cree que Marie Bergin tiene algo que ver?

—No directamente, no. Padre, lo que intento comprender es *por qué* mataron a Dick Jewell.

—Pero ¿pensar que una pobre criada que trabajó para él?...

—Ella no lo mató, por supuesto que no. Pero ella puede ser parte de la razón por la que alguien lo hizo.

—Lo siento, doctor Quirke, no lo comprendo.

—Yo tampoco.

Descendió por el camino polvoriento. El olor a yodo del mar era más intenso ahora; o tal vez antes, al subir, no lo había percibido. En la verja pensó en preguntarle al anciano de la llave si había conocido a Marie Bergin, pero por la mirada recelosa de aquellos ojos vidriosos supo que, aun en el caso de que supiera quién era la chica, no sacaría mucho de él. Había pedido al conductor que había contratado que lo aguardara y lo encontró dormido tras el volante, con la cabeza colgando a un lado y un reguero de saliva seca escapando de la boca entreabierta. El interior del coche apestaba al rancio olor del hombre. Marcharon por la costa. El lejano desgarrón de las nubes había sido zurcido y el cielo era de nuevo una extensión sin costuras que se

estiraba hasta el horizonte como una llanura invertida de color gris azulado.

¿Por qué Carlton Sumner no le había dicho que pertenecía a los Amigos de St. Christopher? ¿Y quiénes eran los otros Amigos, además de él y de Dick Jewell?

Rose Crawford, o Rose Griffin en la actualidad, invitó a comer a Phoebe en un pequeño restaurante cerca de Dawson Street que había descubierto y que trataba como un secreto que debía ser celosamente guardado. A Phoebe no le pareció gran cosa, aunque no dijo nada. Era diminuto y oscuro y olía a alcantarilla. Estaba decorado con sobrecargados detalles marinos, con metros de redes tapizando las paredes, conchas pegadas en todos los rincones y un timón auténtico anclado en la mesa de la caja registradora. La dueña, o tal vez se trataba sólo de la encargada, una rubia gorda ataviada con un vestido negro de lana y medias de rejilla, despedía un aire a paseo marítimo e incluso se movía con un cierto balanceo patizambo de hombre de mar. Rose se acomodó en medio de aquella fantasía marina con aire satisfecho de propietaria. Phoebe no pudo evitar sentirse ligeramente mareada. Había que aceptar que Rose era propensa a sorprender con sus gustos.

Phoebe pidió un filete, no porque le apeteciera, sino porque era la única alternativa al pescado en el menú.

—Bueno, querida —dijo Rose, arrastrando las palabras con su acento nasal de belleza sureña—, cuéntame todo sobre él.

Phoebe detuvo los ojos en ella y luego empezó a reír.

—¿Todo sobre quién?

—No te hagas la inocente conmigo, jovencita. Conozco esa mirada. Tienes un pretendiente, ¿verdad?

Phoebe dejó el tenedor.

—Rose, no se te puede ocultar nada.

—¿Ves? Lo sabía. ¿Quién es él?

Phoebe, ignorándola, tomó lentamente un sorbo de vino de su copa. Había otras personas en las mesas vecinas, parejas en su mayoría, pero en la penumbra —las lámparas rojas sobre las mesas no parecían arrojar luz, sino lóbregas sombras— eran irreconocibles y su aspecto, inclinadas sobre los platos y hablando en susurros, resultaba algo siniestro.

—Me temo que no es nadie muy apasionante —dijo.

—Eso lo decidiré yo. Venga, cuéntame.

—Trabaja con Quirke.

—¿Sí? Entonces es médico.

—Sí, es forense o está en prácticas para serlo, no estoy segura. Es el ayudante de Quirke.

—Ah, entonces se trata de ese joven, ¿cómo se llama?

—David Sinclair.

—Ese mismo. Bueno.

Fue Rose quien posó ahora el tenedor. Se echó hacia atrás en la silla, enderezó la columna y alargó su ya estilizado y grácil cuello. La edad precisa de Rose era un tema esporádico de debate en la familia, aunque no se había llegado a ninguna conclusión. Phoebe sospechaba que ni siquiera su último y flamante marido, Malachy Griffin, sabía sus años con precisión. Que Rose hubiera elegido a Malachy había sorprendido a muchos y horrorizado a otros tantos, incluida la propia Phoebe aunque disimulara su consternación. Hacían una extraña pareja: Rose, la flor madura del sur, y Malachy, el topo. Él era obstetra en el Hospital de la Sagrada Familia, un trabajo del que llevaba largo tiempo pensando en jubilarse. También era el hombre que había ejercido de padre de Phoebe durante sus primeros diecinueve años de vida, pues Quirke se la había entregado en secreto a él y a su esposa cuando la madre murió en el parto. Después de todas las vicisitudes que Phoebe había sufrido desde que lo descubrió —de boca de Quirke, de hecho, en un espantoso e inolvidable día de nieve en una casa del sur de Boston—, ese subterfugio ya no le parecía tanto una traición antinatural y cruel, sino más bien parte del esquema, del concepto que Quirke tenía de la vida y de cómo debía ser vivida.

Rose esbozó una mueca de payaso, tirando de una de las comisuras de la boca hacia abajo.

—No sé si lo apruebo —dijo.

—¿Quieres decir que no apruebas a David o que no apruebas que yo salga con él?

—No he dicho que lo *desapruebe*. Aún no lo he decidido.

—¿Conoces a David? —preguntó dulcemente Phoebe.

—¿Lo conozco? Puede que hayamos coincidido. En cualquier caso, he oído hablar de él.

—Es judío.

—No me digas.

Se produjo un pausa breve y reflexiva, que Phoebe aprovechó para concentrarse en el filete, duro y demasiado hecho, sobre su plato. Bebió más vino, necesitaba que le diera fuerzas.

—¿Desapruebas *eso*? —preguntó sin alzar la vista.

—¿Eso?

—Sabes muy bien a qué me refiero..., que David sea judío.

—No siento más que admiración por los judíos —dijo Rose en tono respetuoso—. Personas trabajadoras, cuidadosas con el dinero, listas, ingeniosas, con ambiciones para sus hijos. No sabía que tuvierais en este país.

—Tampoco lo sabía yo, pero tenemos —dijo Phoebe riendo.

Una expresión soñadora apareció en el rostro de Rose.

—Los judíos que conozco, o al menos de los que he oído hablar, son en su mayoría de Nueva York, médicos y dentistas y gente así, y sus esposas son señoras enormes con bigote y voz chillona.

—¿Ves? —exclamó Phoebe, riéndose de nuevo—. *Eres intolerante.*

Sin ofenderse, Rose levantó desdeñosa la nariz y desvió la mirada.

—Algunos de los hombres más encantadores y cultos que he conocido eran intolerantes hasta la médula.

—En cualquier caso, no creas que me vas poner en contra de David, por horrible que seas con él. De hecho, no es más judío que yo.

—¿Y qué se supone que significa eso, si puedo preguntar?

—El judaísmo es un estado mental...

—Puedes estar segura de que es algo más que un estado mental, mi niña. Hay una cosa que se llama la sangre.

—Por favor —dijo Phoebe, quejándose y riendo al mismo tiempo—, eres tan antigua. ¡La sangre! Pareces un personaje de la Biblia.

—Que fue escrita por judíos, te recuerdo. Ellos saben de esas cosas.

—¿Esas cosas?... ¿Qué cosas?

—¿Puedo preguntarte, jovencita, si te suena la palabra *mes-ti-za-je*?

Phoebe dejó los cubiertos sobre la mesa con un pequeño golpe.

—No quiero hablar más de esto —dijo, aunque sin conseguir enfadarse con Rose, pues sabía que hablaba de aquella forma provocadora tan sólo para divertirse. Rose no daba mucha importancia a ningún asunto; ésa era una de las razones de que a Phoebe le gustara tanto—. Hablando de mi padre, sospecho que está a punto de volver a meterse en problemas.

—Si crees que puedes cambiar de tema, ya te digo yo que no.

—Acabo de hacerlo. Por cierto, no estás comiendo el pescado... ¿No está bueno?

—Estoy ocupada con otro asunto, como tú bien sabes. Ese Sinclair...

—El *problema* —dijo Phoebe con firmeza— en el que está metiéndose Quirke tiene que ver con ese hombre que murió, al que le dispararon, Richard Jewell.

—¿Dispararon? —repitió Rose, cambiando de tema sin poder evitarlo—. ¿No se pegó un tiro él? Eso es lo que dieron a entender los periódicos.

—Quirke cree que alguien lo hizo.

—Dios —con su acento sonaba como: *Di-os*—, ¿no me digas que otra vez está jugando a los policías?

—Eso me temo. Está colaborando con ese inspector Hackett...

—¡No me fastidies!

—... van por ahí entrevistando a gente y todo eso, y comportándose en general como dos colegiales.

Phoebe clavó de nuevo los ojos en su plato. A pesar del tono ligero de la

conversación, ella y Rose sabían muy bien que los delitos a los que se había enfrentado Quirke no eran juegos de niños; habían sucedido cosas espantosas y no todos los autores habían acabado ante la justicia. Quirke y el inspector Hackett habían enseñado a Phoebe que el mundo es más tenebrosamente ambiguo de lo que ella hubiera imaginado muy pocos años antes.

—¿Y cómo está mi padre ficticio? —preguntó, cambiando de tema una vez más.

—¿Ficticio? Qué manera de hablar tenéis las gentes de aquí... Es como estar permanentemente en una obra de Shakespeare. Si te refieres a Malachy, mi marido actual, bueno, querida, te diré que cada día está más raro —a Phoebe le encantaba aquel acento, capaz de alargar la primera sílaba de *raro* como si fuese una palabra separada—. Es pura bondad, desde luego, y yo lo adoro, pero Dios mío, si alguna vez pensé que podría cambiar y moldear al hombre tras casarme con él, me equivoqué de cabo a rabo. Mi Mal es tozudo como una mula. Pero —suspiró—, así y todo, no lo cambiaría por nada en el mundo —alejó el plato con un dedo. A pesar de tener la cabeza ocupada con otro asunto, según había dicho, no había dejado más que la raspa. Rose había sido pobre de joven, antes de casarse con un rico, y conservaba la vieja costumbre de no desperdiciar nada—. ¿Sabías que hubo un tiempo en que me interesé por tu...?, ¿qué es lo contrario de apócrifo?, bueno, ¿... por tu *verdadero* padre, el imposible doctor Quirke?

—Sí, lo sé —dijo Phoebe, intentando que no le traicionara la voz; hubo un tiempo en que ella también imaginó a Rose como su madrastra, y se había sentido amargamente decepcionada y resentida cuando Rose se decidió por Malachy.

—Hubiera sido un desastre, seguro... Un *de-sas-tre*, querida.

—Sí, probablemente.

—Quirke me habría plantado cara y hubiéramos tenido peleas... Sí, hubiéramos tenido *peleas*.

—Pero acabas de decir que Malachy también es cabezota.

—Ser cabezota es una cosa; implacable, otra. Y despiadado. Ya conoces a Quirke. ¿Lo conocía? En el fondo, lo dudaba. En realidad, pensó Phoebe, era imposible conocer de verdad a Quirke. Ni siquiera él se conocía a sí mismo.

—Implacable —dijo Phoebe—, sí, supongo que lo es.

Rose estudió el menú de postres detenidamente; tenía una debilidad por lo dulce que intentaba controlar sin mucho éxito. Pidió merengue con nata y salsa de frambuesa. Phoebe dijo que sólo tomaría café; su lucha con el filete le había dejado un ligero mal cuerpo.

—E imagino —dijo Rose— que no soltaré ese asunto del tipo al que le dispararon hasta que haya originado suficiente alboroto y molestado a gente importante y le hayan dado una paliza y se haya puesto a todo el mundo en contra. A pesar de todo, Quirke es un ingenuo. Eso decía tu difunto abuelo. «Quirke es un maldito idiota»,

decía Josh. «Cree que un hombre bueno puede enderezar el mundo, y no se da cuenta de que lo último que la gente desea es que el mundo sea como debería ser». Y mi Josh sabía del mundo y de la gente.

Trajeron el merengue de Rose; parecía nieve sucia y salpicada de sangre. Phoebe apartó la vista.

—Pero dijiste que Quirke es despiadado —dijo.

—Y lo es cuando se trata de conseguir lo que desea... para él. Así son los que se autoproclaman caballeros en sus brillantes armaduras: bajo el acero resplandeciente son como todos nosotros, codiciosos, egoístas y crueles. No me malinterpretes —agitó su cucharilla de postre—, quiero mucho a Quirke, de verdad. Estuve enamorada de él hace tiempo, pero eso no impidió que le viera tal y como es —lanzó a Phoebe una mirada penetrante y sonrió abiertamente—. Ya sé lo que está pasando por tu cabecita: piensa el ladrón que todos son de su condición. Y tienes razón —de repente, comenzó a hablar con el descaro de una chica de barrio—, no soy ninguna santa ni tampoco lo pretendo.

—Eres mejor de lo que crees —dijo Phoebe sonriendo—. Y también Quirke es mejor de lo que crees.

—Bueno, querida, tal vez tengas razón, pero déjame que te diga, cielo, que aún te queda mucho por aprender. Por cierto, el merengue está simplemente *de-li-cioooo-so*.

Un plumizo amanecer luchaba por despuntar cuando sonó el teléfono en la mesilla de noche de Quirke. Se alzó con sobresalto, luchando por liberar el brazo de la maraña de sábanas, el corazón martilleando. Su agitación era tal, que tiró el auricular de un golpe y tuvo que tantear el suelo para encontrarlo. Temía y odiaba los teléfonos. Era Isabel Galloway; antes incluso de escuchar su voz supo que era ella.

—¡Cabrón! —dijo con voz entrecortada, sus labios presionados contra el micrófono, y colgó.

Con la cabeza inclinada hacia delante y los ojos cerrados con fuerza, Quirke mantuvo el auricular en la oreja, escuchando el zumbido hueco de la línea. Dios santo.

Hacía un calor sofocante en el cuarto, que olía a él. Encontró los cigarrillos sobre la mesilla y prendió uno. Salió de la cama y abrió del todo las cortinas. Tres pisos más abajo, bajo la luz grisácea del día, el descuidado y estrecho jardín era un irascible caos verde. Se encorvó tosiendo y resollando por el humo del pitillo. Necesitaba un trago, hubiera dado lo que fuese por un trago en aquel instante, a pesar de la hora y de la boca pastosa del despertar. Se sentó en un lado de la cama y marcó el número de Isabel. La línea estaba ocupada, probablemente lo había dejado descolgado. Se la imaginó tumbada en la cama, cubierta con el quimono de seda de grandes flores y la cara enterrada en las almohadas, sollozando y maldiciéndole entre sollozos.

¿Cómo se había enterado? ¿Cómo lo había averiguado?

No se dio cuenta hasta más tarde del error que había cometido al no acudir inmediatamente a casa de ella en Portobello, por muy temprano que fuera, cuando lo llamó. Ahora era él quien se maldecía. Estaba seccionando la caja torácica de una anciana que vivía al cuidado de una hija solterona y había muerto en extrañas circunstancias, cuando apareció Sinclair para avisarle de que tenía una llamada urgente en el teléfono —¡el teléfono, otra vez!— e inmediatamente sintió un frío helador en su interior.

La habían llevado a St. James. De todos los hospitales de la ciudad, era el que menos le gustaba. Cada vez que pensaba en aquel lugar, recordaba una oscura noche de tormenta que había pasado guarecido en un zaguán inhóspito, bajo la luz enloquecida de una lámpara de aceite —¿una lámpara de aceite?, ¿no se equivocaba?—, mientras esperaba a una enfermera que trabajaba en Urgencias y con quien había quedado, pero que al final lo dejó plantado. No descubrió por qué llevaron allí a Isabel, tal vez ella llamó para pedir una ambulancia antes de ingerir las pastillas. No le habría extrañado.

Estaba en una habitación diminuta con una angosta ventana que daba al edificio de ladrillo de las calderas. La cama era estrecha, demasiado estrecha para una persona de un tamaño normal e incluso para alguien tan delgado como Isabel. Estaba demacrada y su piel tenía un matiz verdoso. Llevaba una bata de hospital. Sus brazos estaban extendidos y rígidos a los costados, por encima de las sábanas. «Al menos no se ha cortado las venas», pensó.

—Eso que has hecho es malísimo para la salud —le dijo.

Ella lo miró en silencio. Parecía una mártir de El Greco.

—Eso es, riéte. Una broma para cada ocasión —le dijo.

Estaba ronca. Quirke imaginó que era a causa de los tubos que le habrían introducido por la garganta para hacerle un lavado de estómago. Había hablado con la monja que estaba de guardia, una religiosa de rostro desabrido bajo la toca blanca, que había rehuído mirarle, pero que le había dicho con los labios apretados que la señorita Galloway había sido muy negligente al tragarse todas aquellas pastillas por accidente; y que no, que no estaba realmente en peligro; y que sí, que la tendrían en el hospital aquella noche y que la enviarían a casa por la mañana.

—¿Quieres que abra la ventana? —le preguntó—. La habitación está muy cargada.

—Por Dios, ¿eso es lo único que se te ocurre decir, que la habitación está cargada?

—¿Qué quieres que diga?

Sentía compasión por Isabel, pero al mismo tiempo se sentía muy distante de ella

y de todo lo que había en aquella habitación cochambrosa, como si estuviera flotando y contemplara la escena desde el techo con una ligera curiosidad.

—No creía que pudieses ser tan cruel —dijo la mujer.

—No creía que pudieses ser tan estúpida —hizo una mueca apesadumbrada, las palabras se le habían escapado antes de que pudiera darse cuenta. Alzó los hombros y los dejó caer—. Lo siento.

Ella se removió en la cama como si hubiera sentido una punzada.

—No lo sientes la mitad de lo que lo siento yo.

—¿Cómo te enteraste? ¿Quién te lo dijo?

Isabel intentó reír, pero sólo consiguió toser, una tos esforzada y seca.

—¿Creías que podías meterte en la cama con la viuda de ese como-se-llame, Diamante Dick, no?, ¿mientras su cuerpo aún estaba caliente en la tumba y que la mitad de la ciudad no lo sabría antes incluso de que volvieras a ponerte los calcetines? Además de sinvergüenza, Quirke, eres idiota —giró el rostro hacia la pared.

Él no quería verla sufrir, pero se sentía paralizado y no sabía cómo ayudarla.

—Lo siento —repitió más débilmente que nunca.

Ella no le estaba escuchando.

—¿Cómo es? —le preguntó—. ¿Qué tipo de francesa es? ¿Sensual y ardiente o fría y distante?

—No hagas esto.

—Me imagino que tú las prefieres del tipo fría y distante. No te va mucho la pasión, ¿verdad?

Él deseó que se callara, no quería verse empujado a compadecerla.

—Siento haberte hecho daño. Estas cosas pasan, nadie tiene la culpa.

—No —dijo ella con amargura—, no hay nada que reprochar y aún menos a ti. Dame un cigarrillo, por favor.

—No creo que te convenga fumar.

—¿Es malo para mi salud? —volvió el rostro de la pared hacia él y lo observó con detenimiento y él supo que estaba buscando por dónde atacarle—. ¿Sabes que se ha acostado con todos los hombres medio presentables de esta ciudad? ¿O creías que eras el primero? Odiaba a ese marido que tenía, probablemente fue ella quien lo mató. Debe de tener una debilidad por los cabrones..., primero él y ahora tú. ¡Dios mío! ¡Cómo somos las mujeres!... Unas imbéciles.

—Mañana vendré a buscarte —le dijo él—. Te llevaré a casa.

—No te molestes —forcejeó para sentarse. Él intentó ayudarla con las almohadas, pero Isabel le abofeteó con las dos manos y le ordenó que se alejara de ella—. Nunca me quisiste, Quirke.

—Creo que nunca he querido a nadie —dijo él con suavidad.

—Excepto a ti mismo.

—A mí menos que a nadie.

—¿Y a aquella esposa tuya de la que tanto hablas? ¿Cómo se llamaba? ¿Delia?

—Murió.

—¿Y? ¿No está permitido morir? —lo miró y vio el lamentable personaje en que se había convertido—. Casi siento pena por ti.

—Preferiría no darte pena.

Ella desvió el rostro de nuevo.

—Adiós, Quirke.

Se alejó por los largos pasillos sintiendo un dolor pequeño y sostenido, como si le hubieran disparado un tiro de gracia desde otro planeta y la herida fuese tan diminuta que apenas la advirtiera.

El olor de hospital era el olor de su vida.

Cuando salió a la calle, se refugió en una cabina de teléfono y llamó a Françoise.

—¿Qué sucede?

Se lo contó. Se hizo un largo silencio en la línea. Entonces ella le dijo:

—Ven a casa.

Las mañanas de domingo, cuando el tiempo lo permitía, Quirke compraba un buen puñado de periódicos ingleses y se sentaba en un banco junto al canal, un poco más abajo de Huband Bridge. Leía, fumaba e intentaba olvidar durante un rato las complicaciones emocionales en las que se había enredado a lo largo de los años. Aquel día los periódicos estaban repletos de noticias amenazadoras. Que el mundo estuviera en un estado tan lamentable como él confortaba a Quirke, aunque no demasiado.

La mañana era calurosa, pero al menos el cielo encapotado de los días previos había desaparecido y el sol brillaba en un azul que parecía recién lacado. Una polla de agua nadaba en el canal, muy atareada con sus cinco crías, que la seguían en fila como cinco bolas emplumadas cubiertas de hollín, y una libélula irisada hacía cabriolas entre los altos juncos. Gamal Abdel Nasser había sido elegido presidente de Egipto. La polio seguía aumentando. Quirke prendió otro Senior Service, se reclinó y cerró los ojos. *Gamasser elegido presi. Egipto aumentando. Gamdel Abel Nassolio...*

—Doctor Quirke, ¿me equivoco?

Despertó de la cabezada con un sobresalto.

¿Quién?

Traje azul, gafas de montura de concha, pelo negro engominado y peinado vigorosamente hacia atrás desde la frente marcada de viruelas. Estaba sentado en el otro extremo del banco, con las piernas cruzadas y un brazo extendido cómodamente sobre el respaldo. Le resultaba familiar, pero ¿quién era?

Del cigarrillo olvidado de Quirke sobresalían cuatro centímetros de ceniza, que se desprendió y cayó suavemente al suelo.

—Costigan —dijo el hombre, que separó el brazo del respaldo del banco y enlazó las manos delante del pecho. Al sonreír, quedaron al aire sus dientes inferiores, amarillos y superpuestos—. No se acuerda de mí.

—Siento no acordarme de...

—Yo conocí a su padre adoptivo, el juez Griffin. Y a Malachy Griffin, claro. Y usted y yo hemos tomado un trago juntos en el pub McGonagle, si no recuerdo mal. Tomamos un trago y tuvimos una charla —aquellos dientes quedaron a la vista de nuevo.

Costigan. Sí, claro.

—Ya me acuerdo —dijo Quirke.

—¿Sí? —Costigan pareció exageradamente complacido.

Sí, Quirke se acordaba. Aquel día, Costigan había entrado en el pub sin llamar la atención y le había hecho una advertencia que Quirke ignoró y, después de aquello, le atacaron en la calle y le dieron una paliza que le dejó con una rodilla rota y con una cojera de por vida. ¿Cómo iba a olvidarlo? Aplastó la colilla con el tacón y empezó a recoger los periódicos.

—Ha sido un placer verle de nuevo —dijo mientras se levantaba.

—¡Qué triste lo del pobre Diamante Dick! —dijo Costigan.

Quirke, lentamente, se sentó de nuevo. Esperó. Costigan miraba la polla de agua y sus crías.

—Éste es un sitio precioso. Vive cerca, ¿verdad? —apuntó con el pulgar sobre su hombro—. ¿En Mount Street? ¿El portal treinta y nueve?

—¿Qué quiere, Costigan?

Costigan le miró con expresión de inocente sorpresa.

—¿Que qué quiero, doctor Quirke? Tan sólo estaba paseando y le he visto sentado y he pensado en detenerme para decirle hola. ¿Cómo se encuentra? ¿Se recuperó de aquel contratiempo que tuvo? Una caída por las escaleras, ¿no? ¡Qué mala suerte!

Costigan era una de las figuras principales de los Caballeros de St. Patrick, una oscura y poderosa organización católica de empresarios, profesionales y políticos. Quirke había irritado a los Caballeros, entre otros, y por eso aquella noche —¿hacía tres años, o hacía cuatro?— acabó con una rodilla machacada al pie de las escaleras.

—¿Por qué no me dice lo que tiene que decir, Costigan?

Costigan asintió con la cabeza, como si hubiera llegado a un acuerdo consigo mismo.

—Mientras paseaba al sol en esta encantadora mañana pensaba en qué diferentes son las cosas de como parecen. Fíjese en el canal, por ejemplo. Suave como un espejo, con esos patos o lo que sean y el reflejo de aquella nube blanca y los mosquitos subiendo y bajando como burbujas en una botella de agua con gas... Una imagen perfecta de paz y sosiego. Pero piense en lo que ocurre bajo la superficie: el pez grande comiéndose los pequeños y los bichos del fondo luchando por las migajas que se hunden, y todo cubierto de cieno y fango.

Contempló a Quirke con una mirada inexpresiva y sonrió.

—Usted podría decirme que así es el mundo. Podría decirme, de hecho, que hay dos mundos: está el mundo donde todo parece genial, honesto y sencillo; ése es el mundo donde vive la mayoría de la gente, o al menos eso creen. Y luego está el mundo real, donde suceden las cosas reales.

Sacó una pitillera dorada, la abrió en la palma de la mano y se la tendió a Quirke.

—No, gracias —sabía que era el momento de levantarse e irse. Pero no pudo.

Costigan prendió una cerilla, encendió un pitillo y lanzó el fósforo usado al suelo,

justo al lado del zapato derecho de Quirke.

—No necesito preguntarle cuál es su mundo —dijo Quirke.

—Ah, pero ahí se equivoca, doctor Quirke. Ahí se equivoca. No trabajo únicamente en uno de esos mundos, sino en un espacio entre ambos. Conozco los dos. Como se diría, tengo un pie en cada uno. La gente ha de tener sol y un agua tranquila con patitos para no hundirse en la desesperación. En el fondo todos saben cómo son realmente las cosas, pero prefieren ignorarlo y logran convencerse a sí mismos, o convencerse lo suficiente, para que la farsa continúe. Y ahí es donde intervengo yo, yo y otros con una mentalidad similar. Nos movemos entre ambos mundos y nuestra misión es lograr que las apariencias se mantengan, esconder la parte oscura y subrayar la parte luminosa. Es una gran responsabilidad, se lo aseguro.

Ambos callaron. Costigan parecía tranquilo, casi alegre, como si su pequeño discurso le hubiera dejado muy satisfecho y estuviera repensándolo con admiración.

—¿Conocía a Dick Jewell? —preguntó Quirke.

—Sí.

—Nunca hubiera pensado que él fuese el tipo de persona que usted y sus amigos encuentran simpático. No me irá a decir que era miembro de los Caballeros, siendo judío.

—No he dicho que lo conociera bien.

—Desde luego él vivía en el segundo mundo, entre los grandes peces.

—Y también era benefactor de muchos de nuestros proyectos.

—¿Como St. Christopher?

Costigan sonrió y asintió pausadamente. Quirke se preguntó si no sería un cura frustrado, pues parecía un sacerdote en su forma de expresarse, comedida y suave pero con un interior tan duro como una piedra.

—Sí, como St. Christopher, donde, según creo, usted pasó una temporada cuando era pequeño y donde, según creo, estuvo de visita el otro día. ¿Puedo preguntarle, doctor Quirke, qué era lo que buscaba?

—¿Y a usted qué le importa?

—Es sólo curiosidad, doctor Quirke, sólo curiosidad. Como es su caso, imagino, pues sé que es un hombre muy curioso. Tiene esa fama.

Quirke se obligó a levantarse. El fardo de periódicos bajo su brazo tenía el tamaño y el volumen de una cartera de colegio, y durante un extraño momento se sintió de nuevo como un niño reprendido ante el hermano principal o el deán encargado de la disciplina.

—¿Ha venido a amenazarme como la última vez? —preguntó.

Costigan alzó las cejas y las manos al mismo tiempo.

—Nada más lejos de mi intención, doctor Quirke. Al igual que la última vez, le voy a dar un consejo amistoso para que evite meterse en..., ¿cómo diríamos?, en una

situación peligrosa.

—¿Y cuál es ese consejo?

Costigan le observaba con aparente simpatía, aunque estaba reprimiendo una sonrisa burlona.

—Olvídese de su papel de detective aficionado, doctor Quirke. Ése es mi consejo. Deje el asunto en manos del detective auténtico, de..., ¿cómo se llama? Hackett. Dick Jewell, St. Christopher, los Sumner...

—¿Los Sumner? ¿Qué sucede con los Sumner?

—Se lo estoy diciendo —su voz tenía ahora una nota de fatigada exasperación—, lo mejor que puede hacer es quitarse de en medio. Es usted un hombre muy curioso, doctor Quirke, muy curioso. Eso le ha metido en problemas antes y le volverá a meter de nuevo. Y hablando de problemas, ¿cómo dicen los franceses?, ¿*cherchez la femme*? ¿O más bien debería decir: renuncie a *cherchez la femme*? Si es que acepta mi consejo, como espero que haga si es inteligente.

Los dos hombres se miraron fijamente, Costigan tan tranquilo como desde el principio y Quirke pálido de indignación y rabia. Costigan rió entre dientes.

—Como ve, se averiguan muchas cosas moviéndose entre los dos mundos —dijo.

Quirke comenzó a alejarse. Costigan gritó su nombre y, a su pesar, él se volvió. En el banco, el hombre hizo un movimiento ondulante de natación con una mano.

—Recuerde, el pez pequeño y el pez grande. Y el barro en el fondo.

Dannie Jewell conocía a Teddy Sumner desde que eran niños, cuando los Sumner y los Jewell eran amigos. La verdad es que Teddy no le gustaba —era una persona que difícilmente resultaba agradable—, pero sentía algo por él. Ambos arrastraban problemas, para empezar sus respectivas familias. Pero Teddy era raro y tenía comportamientos raros. Estaba el hecho de que no le interesaban las chicas. Dannie se preguntaba a menudo si no sería simplemente que *ella* no le interesaba, pero no, estaba segura de que esa indiferencia era general. Para ella eso era un punto a su favor. Resultaba tranquilizador estar con alguien con quien no tenías que vigilar cada palabra que dijeras; alguien que, cuando hablabas, no pensaba que lo que habías dicho *significaba* algo, como los chicos casi siempre hacían. De hecho, tampoco ella tenía mucho interés en los chicos. Estaban bien para jugar al tenis o para llamarlos cuando te sentías deprimida, como ella hacía con David Sinclair, pero cuando empezaban a ponerse ñoños o, aún peor, cuando intentaban algo y eran rechazados y entonces se cabreaban, eran temibles o unos pelmazos.

Sin embargo, tampoco creía que a Teddy le gustaran los del otro bando.

Era velludo y musculoso como su padre, pero sólo tenía dos tercios de su tamaño, un chaval menudo y peludo de frente estrecha y barbilla cuadrada. Sus ojos eran de un tierno y dulce castaño, de nuevo como su padre, y sus andares, con las piernas

arqueadas, resultaban extrañamente atractivos. Tenía un carácter terrible y se ofendía con facilidad, lo que le convertía a veces en un tipo imposible. Dannie imaginaba que se despreciaba a sí mismo, pero eso a duras penas lo habría hecho especial.

Era malvado, ella lo sabía, malvado y probablemente peligroso. Se dejaba arrastrar por él, igual que si fuese un pecado horrible y secreto. Él la hacía regodearse —ésa era la palabra— y, al mismo tiempo, la hacía sentirse avergonzada. Pero incluso esa vergüenza le resultaba deliciosa. El mero hecho de estar con Teddy ya suponía haber ido demasiado lejos. Era como un crío voluntarioso y cruel, y en su compañía ella se permitía también ser infantil. Teddy era sucio y ella podía ser sucia cuando estaba con él.

Sabía que no debería haberle hablado de la tarde que pasó en Howth Head con David Sinclair y Phoebe Griffin. Pero también sabía que a Teddy le fascinaban las cosas que los demás hacían, las cosas simples que conforman una vida para quienes son capaces de vivirla. Él era como una criatura de otro planeta, encantado y desconcertado por las acciones de aquellos terrícolas entre los cuales se veía obligado a llevar una precaria existencia.

Fue durante una de sus salidas con Teddy cuando le describió burlonamente la visita a Howth con todo detalle. Sabía que estaba traicionando a David Sinclair al hablar así, pero no podía detenerse, sentía un placer culpable, como mojar la cama cuando era pequeña.

Teddy tenía un Morgan que sus padres le habían regalado cuando cumplió veintiún años. Era un coche pequeño y vistoso, verde como un escarabajo, con tapicería de cuero color crema y ruedas de radios. Con él pasaban tardes felices, conduciendo por las afueras de la ciudad con la capota bajada, Dannie con un fular de seda danzando en el viento y Teddy con un pañuelo en el cuello y gafas de sol italianas.

Para sus expediciones, como llamaban a sus salidas en homenaje a los dibujos de Winnie the Pooh —ella interpretaba el papel de Winnie y él era Igor—, elegían los barrios más anodinos, donde vivían las clases obreras: deprimentes urbanizaciones con viviendas idénticas de mampostería de guijarros, tres dormitorios arriba y dos habitaciones abajo, o viviendas de alquiler de protección oficial, construidas antes de la guerra, que luchaban por adquirir un estatus burgués, y donde el Morgan debía parecer tan estafalario y costoso como una nave espacial. Se señalaban el uno al otro los esfuerzos más patéticos de los propietarios para añadir algo de clase a su propiedad: las elegantes placas atornilladas a las verjas de hierro forjado con nombres pomposos como Dunroamin o Lisieux o St. Jude; las persianas de lamas en todas las ventanas, por pequeñas o estrechas que fueran; los ridículos porches levantados con vidrieras emplomadas de colores, y las estatuas de escayola en miniatura del Sagrado Corazón o la Virgen María o Santa Teresa de Lisieux, la Pequeña Flor, presidiendo

las hornacinas sobre la puerta principal. Y luego estaban los adornos del jardín: las fuentes falsas, los Bambis de plástico, los alegres gnomos de mejillas rojas atisbando lo que sucedía entre los lechos de hortensias y bocas de dragón y phlox. Cómo se reían de todo eso, con una mano contra la boca y los ojos saliéndose de las órbitas. Y qué sucia la hacía sentir todo eso a Dannie, qué gloriosamente sucia.

Se divertían con graciosos juegos. Paraban frente a una casa donde un jubilado cortaba el césped y se limitaban a permanecer sentados, mirándole fijamente hasta que él se asustaba y se metía a toda prisa en la casa, y allí le veían, la vieja nariz colorada y un ojo extraviado, emboscado tras las cortinas de encaje como un animal aterrorizado dentro de su madriguera. O se fijaban en un ama de casa que volvía de hacer la compra, cargada con bolsas repletas de comestibles, y la seguían, con el coche en primera, al mismo ritmo que ella caminaba durante un par de yardas. A los niños solían dejarlos en paz —no hacía demasiado que ellos mismos habían sido niños y recordaban lo que eso significaba—, pero de vez en cuando detenían el coche en el bordillo y Dannie preguntaba una dirección a un crío gordo con pantalones cortos y las costuras a reventar o a una niña descolorida con trenzas, pero no les hablaba en inglés, sino en francés, y simulaba asombro y enfado porque no la comprendían. Cuando se cansaban de esos juegos, regresaban a la ciudad para tomar el té en el Shelbourne o en el Hibernian, y Teddy se entretenía hundiendo monedas de medio penique en el azucarero y en los tarritos de mermelada o aplastando las colillas en los pequeños floreros que adornaban las mesas.

Aquel día Teddy escuchaba entusiasmado todos los detalles de la excursión a Howth. Conocía poco a David Sinclair, pero no dudaba en definirlo como embaucador y taimado «como todos los judíos», decía con tono sombrío. A Phoebe nunca la había visto, pero palmoteó y graznó de placer al escuchar la maliciosa descripción de Dannie: la carita pálida y afilada, las manitas de ratón, la negra melena de paje, aquel vestido que parecía un traje regional austriaco con el corpiño elástico y el cuello de encaje, como de colegio de monjas.

—Pero ¿no era una cita? —preguntó Teddy—. ¿Por qué te llevó Sinclair?

Dannie calló un momento. No le había gustado el tono despectivo de Teddy. ¿Por qué no iba a invitarla David a que los acompañara, a él y a Phoebe, incluso aunque se tratara de una cita?

—No era como tú dices. No era una cita *cita* —dijo de mal humor.

El coche descendía lentamente por una larga calle de casas uniformes en algún lugar de Finglas o tal vez de Cabra, pensó ella, mientras buscaban víctimas adecuadas para seguir las y mirarlas fijamente.

—¿Crees que están..., ya sabes, que están haciéndolo? —preguntó Teddy.

—Ella no me parece de ese tipo. Además, creo que le sucedió algo en América.

—¿Qué clase de algo? —preguntó Teddy. Vestía una americana azul con botones

dorados y un escudo en un bolsillo y pantalones holgados beis. Ella notó que había comenzado a usar perfume, aunque imaginó que él diría que se trataba de loción de afeitar.

—Creo que a lo mejor la... —ella dudó: aquello era demasiado, demasiado, debía parar y no decir ni una sola palabra más sobre el asunto.

—¿A lo mejor qué? —inquirió Teddy.

—Pues —no podía parar— la forzaron, eso creo.

Los ojos castaños de Teddy se abrieron tanto como si fuesen peniques.

—¿Forzada? —susurró con voz ronca—. Cuéntame.

—No puedo —dijo ella—. No sé qué pasó. Es tan sólo un comentario que hizo sobre que alguien la metió en un coche cuando estaba en América. Sucedió hace años. Tan pronto notó mi interés, cambió de tema.

Decepcionado, Teddy hizo un mohín.

—¿No le has preguntado al rabino Sinclair?

—¿Preguntado qué?

—¡Si lo están haciendo o no!

—Claro que no, aunque supongo que tú lo habrías hecho.

—Desde luego.

No había nada por lo que Teddy no preguntara, nada que no indagara, por íntimo o doloroso que fuera. Había conseguido que ella le describiera aquella mañana de domingo en Brooklands, la sangre y el horror. Ella había visto en sus ojos cómo la envidiaba, la expresión casi de anhelo.

—Eh, mira —dijo él con premura—, mira a esa señora gorda que está tendiendo sus bragas en la cuerda de la ropa, vamos a echarle un buen vistazo —aproximó el coche al bordillo y se detuvo. La mujer aún no los había visto. Tenía un puñado de pinzas de la ropa en la boca—. El tendedero en el jardín delantero —murmuró Teddy—, lo nunca visto.

Dannie se alegró de que la nueva distracción hubiera conseguido que él cambiara de tema. Se sentía cada vez más culpable por haber hablado como lo había hecho. Le gustaba Phoebe; Phoebe era divertida de una forma inteligente y sutil, algo que Dannie nunca conseguiría. Y era obvio que a Phoebe le gustaba David Sinclair y tal vez a él también le gustaba ella, aunque con David eso era difícil de saber. Dannie deseaba que él fuera feliz. Se preguntó si quizá no estaba un poco enamorada. Pero en tal caso, ¿no estaría celosa de Phoebe? No comprendía esas cosas: el amor, la pasión, el deseo por alguien. Hacía mucho tiempo que todo eso había sido sofocado en ella, anudado igual que hace un doctor cuando liga las trompas de una mujer para que no tenga hijos. De hecho, eso era algo que iba a hacer tan pronto encontrara el lugar al que ir. Imaginaba que tendría que ser en Londres. Le preguntaría a Françoise; era la clase de asunto que Françoise conocía.

La mujer gorda resultó una decepción; cuando terminó de tender la colada, les lanzó una mirada, se rió entre dientes y se marchó contoneándose a la casa.

—Vaca —dijo Teddy con asco y se alejaron en el coche.

Aquel día no fueron a tomar el té, sino que condujeron hasta Phoenix Park. Teddy aparcó junto al monumento a Wellington y pasearon por el césped, bajo los árboles. La luz parecía débil y difusa, como si el sol estuviera agotado tras brillar sin descanso durante horas. Una manada de ciervos pacía en una nube de pálido polvo. Cuando se aproximaron a ellos se quedaron inmóviles; alzaron las cabezas, sus ollares vibrando, sus cortas orejas agitándose. Qué animales tan estúpidos, pensó Dannie, sólo parecen bonitos desde lejos; cuando te acercas, resultan cochambrosos y sus pelajes parecen líquenes.

—Dicen ahora que Richard fue asesinado —dijo.

Teddy no pareció sorprendido, ni siquiera interesado, y ella lamentó haber hablado. Siempre que estaba aburrída contaba cosas sin pensarlas. Recordó cómo, de niña, en Brooklands, se acuclillaba junto al estanque, al final de Long Field, hundía un palo en la orilla embarrada y poco profunda y contemplaba las chinches de agua que huían nadando enloquecidas. Era precioso ver cómo el barro del fondo ascendía en espirales chocolate y luego se extendía hasta que toda el agua se teñía del color del té o de la turba o de hojas muertas y ya no se podía ver toda aquella vida escondida en el fondo, toda aquella vida que se retorció desesperada.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Teddy de pasada—. ¿Lo saben?

Parecía muy tranquilo, casi indiferente. ¿Había conocido bien a Richard, su forma de ser, las cosas que hacía? Tal vez todos estaban al tanto. Sintió un ligero estremecimiento de terror. Recordó los momentos de zozobrante espera en el colegio, después de haber hecho algo malo y antes de que fuera descubierta. Aquellos tensos intervalos le producían el mismo estremecimiento que ahora, esa sensación de flotar en un medio más ligero que el aire y que, sin embargo, la sostenía sin esfuerzo. Pero ¿qué había hecho ella ahora que estaba esperando que descubrieran? ¿Y cómo la iban a castigar, si ella no era en realidad culpable?

—No —contestó—, no saben quién lo mató. O por lo menos, si lo saben, no han dicho nada —le dio un ataque de risa floja, un auténtico ataque de risa, que la asustó—. Françoise está intentando que piensen que fue tu padre.

Teddy se detuvo y se inclinó para quitarse una ramita de una pernera del pantalón.

—Que piensen... ¿quiénes?

—La policía. Y ese médico, Quirke, con quien trabaja David.

—Quirke.

—Sí. Da la casualidad de que es el padre de Phoebe.

Teddy se enderezó.

—¿No me has dicho que se apellida Griffin?

—La adoptaron o algo así, no estoy segura.

—¿Es médico?

—Forense. Aquel día vino con los guardias.

—Pero ¿por qué iba a intentar tu cuñada convencerle de lo que sea?

Dannie se detuvo e hizo que él también se detuviera; ambos se miraron.

—Teddy Sumner —dijo ella—, dime por qué no te escandaliza que Françoise intente persuadir a la gente de que tu padre mató a mi hermano.

—¿Querías escandalizarme?

—Sí... Por supuesto.

Una sonrisa taimada apareció en el rostro de él.

—A estas alturas deberías saber que nada me escandaliza.

—Tu padre no... lo hizo, por cierto.

—Me costaría pensar que lo hubiera hecho.

—No sé. Podría. Richard y tu padre siempre se estaban peleando.

Pero Teddy estaba pensando en otra cosa.

—¿Le contaste todo esto a Sinclair?

—Algo, no mucho. Él no pregunta.

—Pero sí le hablaste sobre ello —ella comenzó a caminar y él se apresuró a seguirla—. Le cuentas secretos, estoy seguro.

—No, mis secretos no se los cuento a nadie.

—¿Tampoco a mí?

—A ti menos que a nadie —se detuvieron en un alto desde el cual se extendía una vista de los tejados de la ciudad, sofocados bajo la temblorosa nube de calor—. Ojalá cambie el tiempo.

—Conocía bastante bien a tu hermano —dijo Teddy con estudiado pudor.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

—Existe una especie de club al que pertenecemos... Quiero decir, al que él pertenecía, e imagino que yo aún pertenezco.

—¿Qué club?

—No importa. Es una especie de organización. Richard me metió. Dijo que era —soltó una fría risita— perfecta para mí.

—¿Y lo fue..., lo es?

Él golpeó malhumoradamente el césped con la punta de su zapato bicolor.

—No lo sé. Me siento un poco fuera de lugar, si te digo la verdad.

—¿Qué hacen en ese club?

—No mucho. Visitan sitios...

—¿En el extranjero?

—No, no. Es una cosa de caridad. Colegios —silbó breve y suavemente mientras

echaba una ojeada a la ciudad—. Orfanatos.

—¿Sí? —se notó palidecer. ¿Qué quería decir?—. Nunca hubiera pensado que *a ti* te interesaran ese tipo de cosas, Teddy: visitar escuelas y ser agradable con los huérfanos —dijo con el tono más ligero posible.

—No me interesan. O al menos eso pensaba hasta que tu hermano me convenció.

Dannie no tuvo coraje para seguir mirándole y volvió el rostro hacia la ciudad.

—¿Cuándo te uniste al club? —su voz temblaba.

—Cuando dejé la universidad. No tenía nada que hacer y Richard... Richard me animó. Y entré en el club.

—Y empezaste a visitar sitios.

—Sí.

Él se volvió hacia ella y algo en su mirada, una especie de angustia, hizo que ella comprendiera de repente y ya no quiso oír más, ni una sola palabra más. Dio la vuelta y se encaminó al coche. Allí seguían los ciervos, con su pelaje roído por las polillas, con aquellas asquerosas marcas negras bajo los ojos como si desde su nacimiento hubieran estado sollozando, sollozando, sollozando.

—Winnie the Pooh —Teddy la llamó dulce y quejumbrosamente imitando la voz de Igor—, ¡Winnie!

Ella no se detuvo.

Se alegró de que él no intentara alcanzarla. Corrió colina abajo hasta la verja del parque, cruzó el río y tomó un taxi en la puerta de la estación de tren. Tenía la mente en blanco, aunque más bien su mente era un caos. Como un desván tras un terremoto, pensó, pues conocía bien su estado, ese estado en que caía cada vez que sentía aproximarse un ataque de ansiedad, o de lo que quiera que fuese.

Debía regresar a su casa, estar entre sus cosas.

La tarde era tan calurosa y agobiante que apenas podía respirar.

El taxista tenía mal aliento, podía olerlo desde el asiento trasero. Le estaba contando algo por encima del hombro, pero ella no le escuchaba.

Orfanatos.

Cuando entró en su piso en Pembroke Street, se preparó un baño templado y permaneció allí tumbada durante largo rato intentando calmar su mente enloquecida. En el alféizar de la ventana había palomas, oía cómo se arrullaban de aquella discreta y secreta manera, como si estuvieran exclamando asombradas al escuchar algún pasmoso escándalo.

Cuando salió del baño, se sentó en bata a la mesa de la cocina y bebió café, una taza tras otra. Sabía que era malo para ella, pues la cafeína aceleraría aún más sus pensamientos, pero no podía parar.

Se encaminó al salón y se tumbó en el sofá. Se sentía más serena después del

baño. Hubiera deseado tener algo a lo que agarrarse, algo que abrazar. Phoebe Griffin le había confesado que todavía conservaba su osito de peluche de la infancia, su *teddy bear*. Algo similar le serviría, pero ¿qué podía ser? No tenía nada parecido, nunca lo había tenido.

Pensar en el *teddy bear* de Phoebe le recordó, a su pesar, a Teddy Sumner. ¡Teddy, qué nombre tan estúpido! Y, sin embargo, le iba bien, aunque él no se parecía en nada a un osito de peluche.

Al final, llamó por teléfono a David Sinclair. Sabía que no era justo llamarle cuando se encontraba así. Ella no era nada más que una amiga. David era muy amable... ¿Qué otro hombre vendría a cuidarla como él hacía sin obtener nada a cambio?

David no estaba en casa, así que buscó el número de teléfono del hospital donde trabajaba y le llamó allí. Cuando él la oyó no dijo nada durante un segundo o dos y ella temió que le colgara. Podía oír su respiración.

—Lo siento —le dijo—. Nunca me viene a la cabeza otra persona a quien llamar.

David llegó al piso una hora más tarde, se sentó a su lado y le cogió la mano. Le soltó su discurso habitual sobre la necesidad de «ver» a alguien, de «hablar» con alguien, pero ¿para qué le serviría ver o hablar? El daño era muy antiguo y sus cicatrices eran tan profundas como intrincados surcos horadados en algún tipo de piedra, de mármol o, ¿cómo se llamaba lo otro? ¿Alabastro? Sí, alabastro. Le gustaba su sonido. Su piel de alabastro. Sabía que era hermosa, siempre le habían dicho que lo era. Aunque la belleza no le era de gran ayuda. Una muñeca podía ser bella, una muñeca a la que los demás podían hacer lo que quisieran: amarla o abrazarla o golpearla o..., o cualquier otra cosa. Pero David era tan bueno con ella, tan paciente, tan amable. Sabía que él se enorgullecía de ser un tipo duro, aunque en realidad no lo era. Cauteloso, eso es lo que era, precavido para no mostrar sus sentimientos, pero tras esa aparente fachada de dureza se escondía un tierno corazón. Algún día le contaría todo lo que le había sucedido, todo lo que la había hecho ser como era, una criatura temblorosa acurrucada en el sofá, con las cortinas echadas mientras los demás estaban en la calle, disfrutando de la tarde veraniega. Sí, algún día se lo contaría todo.

Como siempre, él se quedó hasta que ella se durmió. No tardó mucho en cerrar los ojos —él era su sedante, se dijo David con cierta tristeza—; aún era temprano, ni siquiera habían dado las nueve, cuando él salió en silencio de la casa y girando a la izquierda se encaminó hacia Fitzwilliam Square. El coche que estaba aparcado en la acera de enfrente cuando llegó al piso —un Morgan verde con la capota puesta y alguien dentro, una sombra tras el volante— había desaparecido. David siguió su camino.

Un vago resplandor verde flotaba sobre la plaza y, tras las verjas negras, la neblina planeaba sobre el césped. Había cuatro o cinco prostitutas, dos de ellas se hacían compañía, flacas y vestidas de negro, ambas de una palidez absoluta como las vampiras en el castillo de Drácula. Cuando pasó, le lanzaron una mirada, pero no le hicieron ninguna proposición; tal vez creyeron que se trataba de un policía vestido de paisano para tenderles una trampa. Una de ellas cojeaba, probablemente debido a la gonorrea. Tal vez un día no muy lejano él levantaría la esquina de una sábana y encontraría sobre la camilla aquel rostro consumido, los párpados azulados, los labios todavía turgentes. Se preguntó, como hacía a menudo, si debía abandonar la ciudad y probar suerte en algún otro lugar, en Londres, incluso en Nueva York. Quirke nunca se retiraría y cuando eso ocurriera sería demasiado tarde para él; algo que ahora estaba vivo en su interior ya estaría agotado, un elemento vital habría desaparecido.

Había emprendido aquel camino, en lugar de bajar por Baggot Street, para evitar la tentación de llamar a Phoebe. No sabía por qué se sentía reacio a verla. Además, probablemente no estaría en casa, Quirke le había dicho algo sobre llevarla a cenar aquella noche. Cayó en la cuenta de que no tenía amigos. No es que le importara. Por supuesto, conocía a gente de sus años de la universidad, del trabajo, pero apenas la veía. Prefería su propia compañía. No soportaba a los idiotas y el mundo estaba lleno de idiotas. Pero no era eso lo que le frenaba con Phoebe, pues Phoebe no era una idiota en absoluto.

Pobre Dannie. ¿No existía nada que pudiera ayudarla? Algo había sucedido en su vida que ella no quería contar, algo, por tanto, inenarrable.

Recorrió dos laterales de la plaza y giró hacia Leeson Street. Podía ir a Hartigan y tomar una cerveza; le gustaba sentarse en un taburete en la esquina y observar la vida del pub, lo que la gente consideraba vida. Mientras pasaba por Kingram Place, un tipo con una cazadora se aproximó mostrando un cigarrillo.

—¿Tienes fuego, tío?

Estaba buscando el mechero en el bolsillo de la chaqueta cuando escuchó pasos rápidos a su espalda y entonces sintió un golpe y un estallido de luz y después nada, excepto oscuridad.

Quirke había salido a cenar, pero no con Phoebe. Françoise le había invitado a su casa de Stephen's Green. Le había dicho que estaría sola y que cocinaría para los dos, pero cuando él llegó Giselle estaba allí, lo que le sorprendió e irritó. No sentía ninguna antipatía particular hacia la niña —¿qué podía tener contra una cría de nueve años?—, pero su peculiar personalidad le hacía sentirse incómodo. Era como una mascota de la familia real, tan mimada y consentida que los de su raza ya no la aceptan y ni siquiera la reconocen. Él siempre tenía la sensación de que la cría se le aproximaba de una forma perturbadora.

Françoise no parecía darle importancia a la presencia de la niña y, si notó su enojo, no hizo ningún comentario. Aquella noche llevaba una blusa de seda escarlata y una falda negra y, como siempre, no lucía ninguna joya. Quirke se dio cuenta de que se esforzaba en mantener sus manos fuera de la vista; sabía que las mujeres de cierta edad eran muy conscientes de sus manos. Pero ella no podía tener más de... ¿cuánto?, ¿treinta y ocho?, ¿cuarenta? Isabel Galloway era más joven, pero no mucho más. El recuerdo de Isabel ensombreció aún más su humor.

Comieron espárragos que alguien de la embajada francesa había enviado; habían llegado de París aquella mañana por valija diplomática. A Quirke no le gustaban especialmente, pero no dijo nada; más tarde su orina olería a repollo cocido. Comieron en un reducido anexo al aparatoso comedor, un pequeño espacio cuadrado revestido de madera con techo artesonado y ventanas a ambos lados que miraban al jardín japonés. La atmósfera tranquila y gris, teñida por el reflejo de la grava en el exterior, bruñía la cubertería y provocaba que la única y alta vela, en su candelabro de peltre, pareciera no arrojar luz sino una pálida y fina neblina. Giselle se sentó con ellos y comió un cuenco de una papilla hecha con pan, azúcar y leche caliente. Estaba en pijama y sus trenzas, peinadas en apretados rodetes a ambos lados de la cabeza, parecían dos grandes auriculares negros. La luz que entraba por las ventanas hacía opacos los cristales de sus gafas y sólo de vez en cuando y por un segundo aparecían sus ojos, grandes, rápidos, escrutadores. Quirke languidecía pensando cuándo llegaría su hora de irse a la cama. Ella hablaba del colegio y de una niña de su clase, llamada Rosemary, que era su amiga y le daba caramelos. Françoise la escuchaba con expresión de gran interés, asintiendo o sonriendo o frunciendo el ceño cuando era preciso. Quirke no pudo evitar pensar que parecía estar interpretando un papel ensayado a conciencia y por tanto tiempo que había devenido automático, incluso natural.

Su mente divagaba. Llevaba varios días debatiéndose con el viejo problema del amor. No había razón para ello: la gente se enamoraba y desenamoraba continuamente. Se habían escrito innumerables poemas sobre ese tema; se habían cantado innumerables canciones alabándolo. Hacía que el mundo girara, según se decía. Imaginó las hordas de enamorados embelesados a través de los siglos, millones y millones azotando al pobre y viejo globo terráqueo con la fusta de su pasión y haciendo que girara como un torbellino sobre su eje tambaleante, igual que una peonza. El amor del que tanto hablaba todo el mundo era como una nube de miasmas, una especie de éter atestado de bacilos en el que nos movíamos, igual que nos movemos en el aire cotidiano, inmunes a la infección la mayor parte del tiempo, pero destinados a sucumbir antes o después, en un lugar u otro, y abatirnos en nuestros lechos para retorcernos entre dulces tormentos.

Con Isabel Galloway había sido fácil. Ella y Quirke sabían más o menos lo que

querían: un poco de placer, algo de compañía, alguien a quien admirar y que te admirara. Con Françoise d'Aubigny era distinto. El calor que generaban juntos despedía una vaharada de azufre. Él sabía con qué fuego jugaba, el daño que podía causar. Isabel había sido la primera víctima. ¿Quién sería la siguiente? ¿Él? ¿Françoise? ¿Giselle?... Quirke no tenía duda de que la niña también formaba parte de la historia, estaba entre ellos hasta en sus momentos más íntimos, como un recién nacido estrechamente envuelto en su arrullo.

Volvió en sí: ¿Isabel, la primera víctima? Ah, no.

La cría había terminado su papilla y Françoise se levantó de la mesa y la cogió de la mano.

—Di buenas noches al doctor Quirke —dijo y la niña le lanzó una mirada poco amistosa.

Tan pronto salieron de la estancia, Quirke alejó el plato y encendió un cigarrillo. La luz menguante de la tarde había adquirido un matiz pardo. Se sentía inquieto. No había pensado que la niña estuviera en la casa —aunque, ¿en qué otro lugar iba a estar?— y no sabía qué esperar de Françoise o qué esperaba ella de él. Se imaginó a la cría en aquella estrecha cama blanca, en aquella fantasmal habitación blanca, insomne y vigilante durante horas, pendiente del más mínimo ruido en torno a ella. Quirke no se había acostado con Françoise en aquella casa y parecía improbable que lo hiciera, al menos esa noche. Y, sin embargo, no estaba seguro. Con Françoise no estaba seguro de nada. Tal vez se había acostado con él en su piso en un momento de debilidad, porque necesitaba un cuerpo al que aferrarse durante unos instantes en un intento de recuperar el calor para volver a la vida. Cuando su esposo murió debió de haber sentido que algo moría también en ella. ¿Cómo no iba a sentirse así? Esos pensamientos provocaban a menudo en Quirke una especie de violento sobresalto, como la sensación de perder pie en el sueño que te devuelve a la vigilia sin aliento y conmocionado... Conmocionado consigo mismo, con Françoise d'Aubigny, con lo que estaban haciendo. Se preguntaba cómo, en aquellas circunstancias, podía imaginar que estaba enamorado. Y en cada ocasión percibía el olor sulfuroso que ascendía de las profundidades.

¿Qué haría si ella le pedía que se quedara esa noche? Además de Giselle había otra presencia en la casa, un fantasma atento y tan vigilante como la cría.

Había terminado el cigarrillo y encendido otro cuando regresó Françoise y tomó asiento frente a él —siempre encontraba excitante ese gesto de las mujeres, deslizando una mano bajo sus traseros para alisar la falda cuando se sientan— y, con una sonrisa, le dijo que en la cocina había dos escalopes de ternera listos para ser cocinados.

—Espera un minuto —dijo Quirke—. No tengo mucha hambre.

Le ofreció un cigarrillo y aproximó el mechero.

—He notado que no te parece bien que Giselle permanezca levantada hasta tan tarde —dijo ella.

—No es cierto. Tú eres su madre. No es asunto mío.

—Se lo permito porque tiene pesadillas.

Él asintió.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Con qué sueñas?

Ella se rió con la mirada baja.

—Yo no sueño. Y si sueño, nunca recuerdo qué he soñado.

Permanecieron en silencio un instante.

—¿Qué hacemos aquí, tú y yo? —le preguntó él.

—¿Aquí, esta noche? —sus ojos negros se abrieron más—. Creo que estamos cenando.

Quirke se retrepó en la silla.

—Háblame de Marie Bergin.

Ella dio un respingo, como si la hubieran pinchado.

—¿Marie? ¿De qué conoces a Marie?

—Fui a ver a Carlton Sumner siguiendo tu consejo. El inspector Hackett y yo nos presentamos en Roundwood.

—Ya veo —tenía la vista fija en la brasa del cigarrillo—. Y hablaste con él..., con Carlton.

—Sí.

—¿Y? —estaba expectante.

Quirke contempló a través de la ventana que había tras ella el azul cada vez más sombrío del cielo sobre Iveagh Gardens.

—Dijo que tu marido y tú habíais sido amigos de él y su esposa. Que los invitasteis a vuestra casa en el sur de Francia.

Françoise movió la mano izquierda con un gesto rápido.

—No fue una buena idea.

—Un problema con las toallas.

—¿Toallas? ¿Qué tienen que ver las toallas? Carl Sumner intentó acostarse conmigo. Me voy a preparar la cena.

Se levantó, atravesó el cuarto, cruzó rápidamente el comedor y desapareció, cerrando la puerta tras ella. Había dejado el cigarrillo a medio fumar en el cenicero. La mancha de carmín en la boquilla era otra cosa que siempre excitaba a Quirke, fueran cuales fuesen las circunstancias. La imagen del recio pelo del bigote de Carlton Sumner, de las manchas de sudor en las axilas de su camisa dorada le vino a la cabeza. Se levantó de la mesa y fue hacia la puerta por la que había desaparecido

Françoise. El silencio pesaba en el vestíbulo como un cortinaje. Recordó que había entrado a la vivienda por la cocina el día de la fiesta conmemorativa y encaminó sus pasos en aquella dirección.

Ella estaba junto al fregadero con una copa de vino blanco en las manos, los dedos entrelazados en torno a la base. En un plato junto al fogón estaba la ternera y sobre una tabla esperaban las zanahorias y el brócoli. Françoise no se dio la vuelta cuando él entró. El azul casi negro de la noche llenaba ahora la ventana.

—No sé qué estamos haciendo —dijo.

—Lo siento. Ha sido una estupidez contártelo, preguntarte —se aproximó a ella y contempló su perfil. Las lágrimas humedecían su rostro. Le acarició las manos, cerradas en torno a la copa, y ella retrocedió para alejarse de él—. Perdóname.

Ella respiró hondo y se secó las lágrimas con la base de la mano. Se volvió para mirarle y él comprobó que estaba enfadada.

—No sabes nada —le dijo—, nada.

—Te equivocas, sé bastantes cosas, por eso estoy aquí.

Ella movió la cabeza.

—No te comprendo.

—Tampoco yo, pero estoy aquí.

Françoise dejó la copa de vino y fue hacia él, que la abrazó y la besó, saboreando el vino en su aliento. Sin deshacer el abrazo, ella apoyó la mejilla contra su hombro.

—No sé qué hacer.

Tampoco él. Con Isabel se había sentido libre, o tan libre como se puede ser con alguien, pero ahora, con ella, lo que creyó cuerdas de seda habían resultado ser los rígidos barrotes de una jaula en la que estaba prisionero.

La condujo hasta una pequeña mesa con el tablero de plástico y se sentaron, cada uno en un extremo, con las manos entrelazadas en el centro.

—Háblame de Sumner —le dijo.

—¿Qué puedo contarte? Lo intenta con todas las mujeres que conoce.

—Pero Richard, tú y él erais amigos.

Ella se rió.

—¿Crees que eso le importa a un hombre como Carlton Sumner?

—¿Se enteró Richard del acoso al que Sumner te sometió?

—Por supuesto, yo se lo conté.

—¿Y qué hizo?

—Les pidió que se marcharan.

—Y se marcharon.

—Sí. No sé qué le contaría Carl a Gloria para explicarle aquella partida repentina. Supongo que ella se lo imaginó.

—¿Pudo ser la causa de la pelea entre tu marido y Sumner en la reunión de

negocios?

Ella le observó un momento y de repente comenzó a reír.

—Ah, *chéri*, eres tan ingenuo y anticuado. A Richard esas cosas le daban igual. Cuando se lo conté, le hizo gracia. La verdad es que se alegró de tener una razón para pedirles que se fueran porque ya se había aburrido de su compañía. De hecho, sospecho que Gloria también le acosó a él, como tú dices. Los Sumner eran, son ese tipo de personas —separó su mano y él aprovechó para sacar los cigarrillos—. ¿Qué te contó él cuando hablasteis? ¿También estaba el policía? Eso le habría divertido a Carlton, una visita de la policía.

—Me contó muy poco. Que aquel día había ofrecido a tu marido asociarse y que tu marido se marchó.

—¿Asociarse? Eso es mentira. Quería, *quiere* apoderarse de todo el negocio. Quería quitarse a Richard de en medio nombrándole algún cargo estúpido, director ejecutivo o algo similar, ésa era su idea de asociarse —le dio la espalda y señaló con gesto vago la comida que había sobre la encimera—. Deberíamos cenar...

—Ya te lo he dicho, no tengo hambre.

—Tengo la impresión de que vives de cigarrillos.

—Sin olvidar el alcohol. También de eso.

Salieron de la cocina y regresaron al recoveco en el comedor. La noche presionaba su brillante negrura contra la ventana. Un rastro nudoso de cera descendía por la vela, a medio consumir, hasta la mesa. Quirke levantó la botella de Burdeos.

—¿En la cocina estabas bebiendo blanco?...

—No importa, el tinto me sentará bien... Nunca presto atención a lo que bebo. ¿Por qué me preguntaste por Marie Bergin? ¿La viste en casa de los Sumner? ¿Hablaste con ella? —preguntó mientras le observaba escanciar.

—Sí, la vi, pero no hablé con ella. No parece muy habladora. Me dio la sensación de que estaba asustada.

—¿Asustada de qué?

—No lo sé. Tal vez de Sumner. ¿Por qué se fue de tu casa?

—Ya sabes cómo es el servicio.

—No, no lo sé.

—Van y vienen. Siempre piensan que se les trata mal y que las cosas serán mucho mejor en otra casa —estaba inclinada hacia delante, con las manos unidas sobre la mesa. Al hablar, su aliento hacía ondular la llama de la vela y sombras fantasmales brincaban sobre las paredes, en torno a ellos—. Marie era una buena chica, pero tonta. No sé por qué te interesa.

También él se inclinó hacia el vacilante cono de luz de la vela.

—Intento comprender por qué mataron a tu marido —a Quirke le llamó la atención cómo ambos evitaban dirigirse al otro por su nombre.

—¿Y qué tiene que ver la criada con eso?

—No lo sé. Pero tiene que haber una razón para su muerte —esta vez ella no replicó. Las sombras saltarinas que los rodeaban apenas se movían ahora—. Me parece que es hora de volver a casa.

Ella le acarició con las yemas de los dedos el dorso de la mano, que tenía apoyada sobre la mesa.

—Esperaba que te quedaras.

Él pensó en el duende que yacía en la habitación blanca, con la vista fija en la oscuridad, escuchando.

—Es mejor que me vaya.

Ella le clavó ligeramente las uñas en la piel.

—Te quiero.

Lo dijo de una manera tan rutinaria como si le estuviera diciendo la hora.

El eco de sus pasos en el pavimento de granito resonaba mientras caminaba por un lateral del Green. Los árboles se alzaban inmóviles tras las rejas; bajo la luz de las farolas, esas inmensas criaturas vivas parecían inclinarse vigilantes a su paso. ¿Qué debía hacer? Su cabeza era un torbellino de dudas y confusión. No se conocía a sí mismo, nunca se había conocido; no sabía cómo vivir. Se llevó una mano al rostro y sintió en sus dedos la huella del perfume de ella, ¿o era tan sólo su imaginación? No conseguía sacársela de la cabeza; el recuerdo de la mujer le infectaba como un gusano alojado en su cerebro. Si, aunque sólo fuera por un minuto o dos, se librara de ella, si de alguna manera dejara de existir para él, entonces podría pensar con claridad, pero se sentía inmerso en un laberinto y, tomaran la dirección que tomaran sus pensamientos, siempre se topaba con ella, su imagen bloqueaba todos los senderos. ¿Qué debía hacer?

El Shelbourne estaba iluminado igual que un transatlántico. Dejó atrás Doheny & Nesbit en Merrion Row y al llegar a Baggot Street giró hacia la imponente Merrion Street y pasó junto a Government Buildings. Aquélla era su ciudad y, sin embargo, le resultaba extraña. No importaba cuántos años viviera allí, una parte de él siempre permanecería ajena. ¿Existía algún lugar al que perteneciera? Recordó el oeste del país, donde en el pasado había sido un niño de orfanato, aquella tierra de brezos crepitantes y árboles atrofiados azotados por el viento. Todos los árboles se inclinaban tierra adentro, detenidos en una huida eterna, con sus ramas delgadas y desnudas tendidas hacia delante como si huyeran de aquel terrible paraje. Ése era el oeste que conocía. Ahora intentaban vendérselo a los americanos como la tierra de las truchas, las colmenas y los cielos que pintó Paul Henry. Cualquiera día se llevarían de Carricklea a los huérfanos y a los chicos conflictivos y lo convertirían en un hotel de lujo. Carricklea, Carricklea. El nombre resonaba dentro de él como el oscuro tañido

de una campana lejana.

Mount Street estaba vacía. En el número treinta y nueve algo blanco colgaba de la aldaba de la puerta. Era un sobre arrugado y sucio, atado por una cuerda que atravesaba una de sus esquinas y acababa en la aldaba con un limpio lazo. Tenía su nombre escrito. Retrocedió, no quería tocarlo, pero ¿cómo iba a evitarlo? Alargó una mano y tiró de los extremos sueltos del lazo con una delicadeza escrupulosa. El nudo se deshizo sin esfuerzo, como si lo hubieran empapado de aceite. Dentro del sobre había algo, por el tacto parecía un objeto de carne y hueso, ¿qué podía ser?

Descendió los escalones hasta la acera y se aproximó a la luz de la farola. Su nombre, al que le faltaba la *e* final, había sido garabateado en informes letras capitales, como si lo hubiera escrito un niño. Rasgó la solapa. Por el olor reconoció el envoltorio que cubría el objeto que había dentro, un jirón de una bolsa de patatas fritas. Al abrirlo, arrojó instintivamente su contenido al canalón. Se acuclilló para observarlo, retorció el sobre hasta darle la forma de un palo y lo utilizó para tocar el objeto. Comprobó con alivio que no se trataba de lo que había pensado. Era un dedo de una palidez amarillenta y un poco doblado, como si estuviera señalando. Lo habían cortado por la articulación que lo unía a la mano y mostraba sangre y el destello blanco del hueso. Alisó el sobre de nuevo para mirar en su interior. No había ningún mensaje, nada. Se enderezó, su corazón latía sorda y trabajosamente y durante un instante sintió un mareo y temió caer. Sus ojos recorrieron la calle, pero no vio a nadie en la oscuridad. Pasó un coche, pero su conductor ni siquiera le miró. Se inclinó de nuevo, cogió el dedo del canalón y lo dejó caer en el interior del sobre, que dobló con rapidez e introdujo en el bolsillo.

Cuando entró en el piso, se dirigió a la cocina y dejó el sobre en el fregadero. Intentó calmarse, no había razón para estar tan agitado teniendo en cuenta que trabajaba con cadáveres todos los días. Era el dedo de un hombre y eso le alivió, pues al verlo su primer pensamiento había sido Phoebe, a quien él había llevado a situaciones poco seguras en demasiadas ocasiones y sin saberlo. Se encaminó al salón, levantó el auricular del teléfono y, de manera casi automática, marcó el número del despacho de Hackett. No había encendido ninguna luz desde que entró en la casa. ¿Cómo iba a estar Hackett en su despacho a aquella hora? Pero estaba. Su voz familiar pareció abrir un agujero en la oscuridad.

—Doctor Quirke, le he llamado varias veces —dijo.

Quirke no comprendió qué quería decir. Era él quien estaba llamando a Hackett, ¿por qué quería Hackett hablar con él? Clavó la vista en el teléfono.

—¿Cuándo? —dijo con voz apagada—. ¿Cuándo me ha llamado?

—Durante la última hora. Se trata de su colega Sinclair, lo han atacado.

—¿Atacado? ¿Qué quiere decir?

—Está en el hospital.

Quirke cerró los ojos y se presionó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—No le entiendo. ¿Qué ha sucedido?

—Está bien, le dieron una paliza, pero aún puede contarlo. Sólo que... —Hackett hizo una pausa, cuando habló su voz era más grave—, ha perdido un dedo.

El dolor había sido una sorpresa, y también un correctivo ejemplar. Como si un inmenso y violento brazo hubiese barrido de golpe todos los juguetes y chucherías de colores que él había confundido con objetos propios de la vida adulta y hubiera dejado desnudo el suelo de piedra. *Eso*, comprendió, eso era la realidad y lo demás sólo era teatro y fantasías. Todo había quedado reducido a unos cuantos elementos esenciales, el principal de los cuales estaba localizado en el tercer nudillo de su mano izquierda.

Cuando recuperó la conciencia, tirado como una bolsa de basura en la esquina del callejón, lo primero que sintió fue una enorme confusión y pensó que todo aquello era un error que pronto se aclararía. Nada tenía sentido. ¿Qué hacía allí tumbado sobre los adoquines? ¿Qué había sucedido? Estaba oscuro y alguien que hedía a alcohol y a descomposición se inclinaba sobre él. Sintió una mano adentrarse en su chaqueta y, de forma instintiva, presionó el brazo contra el costado. El tipo encorvado retrocedió.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó una voz ronca aterrorizada—. Pensaba que estabas muerto.

No estaba muerto, desde luego que no, pues de ser así no sentiría aquel dolor intenso, tan intenso.

Le martilleaba la cabeza, algo no iba bien en su espalda y su tobillo izquierdo estaba apesado y torcido bajo su cuerpo, pero nada de eso era comparable a lo que sentía en la mano. Como si un dolor semejante debiera ser visible, la imaginó envuelta por una bola de fuego encarnada y palpitante. Cuando la aproximó a su rostro, comprobó que no había fuego, pero tampoco parecía su mano, como si la perspectiva o el ángulo estuvieran equivocados. ¿Aquello era sangre? Sí, muchísima sangre. E inexplicablemente le faltaba una parte de la mano.

—No está en muy buenas condiciones, jefe. ¿Puede levantarse? —le preguntó la voz pestilente.

Su cartera. Eso era lo que el tipo había rebuscado dentro de su chaqueta. Dado el estado de su mano izquierda, no podía utilizarla para comprobar si seguía dentro del bolsillo interior derecho. Era imposible. Hizo una tentativa con la mano derecha, pero el movimiento forzado y el esfuerzo le marearon y sintió náuseas. Se inclinó a un lado y vomitó sobre el suelo.

—¡Santo Dios! —exclamó compasiva la voz.

Que aquel sujeto apesado siguiera allí era buena señal, pues de haber encontrado la cartera habría salido corriendo.

Sobre el muro, en el otro lado del callejón, había un gato sentado. Veía su perfil contra la última y débil claridad del cielo. ¿Qué pensarían los animales de los hombres y sus actos?, se preguntó. Debíamos de parecerles locos de remate.

El tipo que estaba junto a él era un hombre joven, mellado y con una barba rala. Olía como una cena de Navidad rancia. Juntos, lograron ponerse en pie. Sinclair sintió que él ayudaba al joven tanto como el joven le ayudaba a él. La idea le hizo gracia y se habría reído si hubiera podido. Sujetándose el uno al otro, recorrieron tambaleantes el callejón hasta llegar a Fitzwilliam Place. Casi era medianoche y la calle estaba desierta. Le dio al joven media corona, que encontró en el bolsillo del reloj de su chaleco. Él hizo un elegante gesto de agradecimiento, le llamó de nuevo «jefe», le preguntó si se encontraba bien y desapareció rápidamente.

¿Y ahora qué? Hizo señal a un taxi para que se detuviera, pero cuando el conductor se aproximó y vio su estado, movió la cabeza y pasó de largo. Podía intentar llegar a su casa andando, pero algo se había desgarrado en su espalda y notaba el tobillo que había permanecido torcido bajo su cuerpo tan frágil como si fuese cristal y, al mismo tiempo, pesado y caliente como un leño que ardiera lentamente. Con el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho, presionaba con ademán protector la mano sin el dedo en el hueco de la clavícula. El dolor era un inmenso latido constante y sordo. Se preguntó cuánta sangre habría perdido; mucha, dada la debilidad que sentía.

Atravesó la plaza y renqueó a lo largo de la verja, bajo los árboles silenciosos, inmerso en los tiernos y despiadados perfumes de la noche. Una chica aguardaba como una negra sombra en la esquina. Al aproximarse, advirtió el brillo cauteloso de sus ojos.

—No tengas miedo —le dijo—, ha sido un accidente. ¿Puedes ayudarme?

No debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, era extremadamente flaca y su rostro enfermizo estaba coronado por un sombrerito negro, sujeto por una aguja. Lo llevaba ladeado, con un toque desenfadado que sólo acentuaba la melancolía de su aspecto.

Sinclair le pidió de nuevo que le ayudara y ella, que seguía observándole con desconfianza, le dijo que sólo era una chica trabajadora y además qué tipo de ayuda quería. Él le contestó que necesitaba una ambulancia, que su mano estaba herida y que había sufrido una caída y le resultaba difícil andar. ¿Podía llamar por teléfono a una ambulancia?

—¿Qué te ha pasado en realidad? No tienes pinta de haber tenido un accidente —dijo ella.

—Tienes razón, me han atacado —él percibió que su miedo había disminuido.

—¿Ha sido ese que te estaba ayudando? Lo conozco, es un borrachín.

—No, no creo que fuera él, estoy seguro de que no fue él.

—El tío tampoco sería capaz.

Él cerró los ojos un instante.

—Me duele muchísimo la mano. ¿Podrías hacer una llamada por mí? ¿Podrías llamar al nueve-nueve-nueve?

Ella vaciló. Ya no tenía miedo, sólo estaba impaciente y molesta, pero era una mujer y no podía evitar sentir un poco de compasión, adivinó Sinclair.

—Hay una cabina en la esquina de allí abajo. ¿Tienes peniques? —le dio las monedas y aguardó, mientras observaba cómo descendía Baggot Street tambaleándose ligeramente sobre los altos tacones y entraba en la cabina telefónica iluminada. El dolor de la mano le hacía chirriar los dientes. Temió desmayarse, pero la chica no tardó en regresar.

—Una ambulancia está de camino. Tienes que esperar aquí —le dijo.

Sinclair apoyó la espalda en la verja y ella se despidió.

—¿Puedes quedarte conmigo a esperar? —le pidió. Un sentimiento de pena hacia sí mismo le invadió, intenso pero ajeno, como si no fuese él, sino una criatura sufriente que se hubiera arrastrado hasta él para pedir ayuda, igual que él había hecho con la chica—. Por favor. Te pagaré. Ahora —introdujo con torpeza la mano derecha bajo la solapa de la chaqueta y esta vez alcanzó la cartera, que seguía milagrosamente allí, intacta. La abrió ante ella—, hay un billete de cinco libras dentro. Cógelo.

—Dame un pitillo. No quiero tu dinero —le dijo ella con acritud.

Sinclair sacó un paquete de Gold Flake y se desplazó de manera que ella pudiera introducir la mano en su bolsillo y coger el encendedor. Después de prender los pitillos, le preguntó su nombre.

—Teri. Con una *r* y una *i* —contestó la chica.

—Teri, qué bonito —con la primera bocanada de humo, la cabeza le dio vueltas.

—En realidad, me llamo Philomena. Teri es mi nombre de trabajo. ¿Y tú cómo te llamas?

—John —respondió él sin vacilar.

Ella le clavó los ojos encima.

—No, estás mintiendo.

Sinclair iba a protestar, pero la expresión de la chica le hizo cambiar de opinión.

—Perdona. Me llamo David. De verdad.

—David. Es un buen nombre. ¿No te llaman Dave o Davy?

—No, sólo David.

La noche les trajo el ulular de una sirena que se aproximaba.

—Te habría llevado a mi habitación, pero si mi hombre hubiera aparecido, nos habría dado una paliza.

—¿Tu hombre?

Ella se encogió de hombros.

—Ya me entiendes.

—Me gustaría que te quedaras con el billete de cinco —tenía los ojos húmedos de emoción, ante su propia sorpresa—. Es sólo una forma de darte las gracias.

El rostro de la chica se endureció.

—De dar las gracias a una puta con un corazón de oro, ¿no? —y, al decirlo, pareció tener muchos más años de los que tenía. Al final de la larga avenida apareció una luz azul parpadeante—. Ahí está tu ambulancia.

Le dio la espalda y se marchó taconeando.

La mano de Sinclair palpitaba con fuerza.

Su confusión no desapareció en el hospital, donde todo le resultaba familiar y, al mismo tiempo, desatinado. La ambulancia lo llevó a la Sagrada Familia, desde luego, ¿dónde si no, dado lo grotesco de todo lo que estaba acaeciendo? Su lugar de trabajo estaba en el sótano, pero le acomodaron arriba, en el nuevo pabellón, en una gran sala con unas treinta camas. El primero en atenderle en Urgencias fue un interno indio al que conocía de vista, un tipo peculiar con una risa aguda y unas manos delgadas y llamativamente hermosas con el dorso color chocolate y las palmas de un rosa tostado.

—Vaya, vaya —dijo al ver la herida—. ¿Qué le ha pasado, amigo?

No supo qué contestar. Habían sido dos: el tipo con la cazadora y el que se le acercó por la espalda y le golpeó con destreza detrás de la oreja derecha con algo sólido, pero flexible, una cachiporra, suponía, en caso de que existiera algo semejante fuera de las películas de gánsteres. Estaba inconsciente cuando le seccionaron el dedo anular de la mano izquierda. No habían utilizado un cuchillo, sino unas tijeras para cortar metales, ya que la piel del nudillo estaba magullada y el hueso, lejos de tener un corte limpio, había sido aplastado y cercenado. El indio le inyectó morfina y limpió la herida. A continuación lo llevaron al quirófano, donde le pusieron anestesia local. El cirujano, un hombre rubicundo que se llamaba Hodnett, recortó la punta del hueso y lo cubrió con la piel, que estiró hasta formar una pequeña solapa, y dio unos puntos de sutura siguiendo el borde de la palma de la mano, y todo ello mientras charlaba con el anestesista sobre la regata Royal St. George que se celebraría el siguiente domingo en Dun Laoghaire. Sinclair no recibió ningún trato especial, a pesar de que él también trabajaba en la Sagrada Familia. Sólo al final Hodnett se inclinó sobre él para hablarle.

—Sinclair, muchacho, parece que hay alguien a quien no le gustas —soltó una carcajada y se alejó silbando con su andar encorvado de cirujano.

El agotamiento y la morfina le hundieron en el sueño, ya de vuelta en la sala. Se

despertó a las cuatro y a partir de aquel momento fue presa del dolor. Su mano, cubierta por un aparatoso vendaje, colgaba de un cabestrillo sujeto a un soporte de metal. Sinclair tenía el brazo alzado y estirado como si le hubieran derribado y congelado mientras hacía un saludo marcial. El dolor era un gigante oscuro que se había apoderado de él en silencio y le apaleaba lenta, metódica y monótonamente. Era la primera vez en su vida que comprendía lo que significaba concentrarse en algo concreto e implacable que excluía todo lo demás. Los ruidos que hacían los otros pacientes —los gemidos y gruñidos, los agitados suspiros— parecían llegar desde muy arriba, desde otro plano de la existencia. El gigante y él se encontraban en el fondo de un profundo barranco, una hendidura secreta en el paisaje habitual del mundo, y no parecía existir forma de escapar.

Al amanecer el dolor aminoró algo, o tal vez fue tan sólo que la luz del día le dio ánimos nuevos para soportarlo. La enfermera de noche había hecho oídos sordos a sus súplicas para que le diera analgésicos. La persona que tomó el relevo en el turno de mañana era una muchacha de rostro luminoso con la que Sinclair había bailado las Navidades anteriores, durante una fiesta del personal médico. Su nombre se le escapaba, pero escuchó que las demás enfermeras la llamaban Bunny. Ella lo recordaba y le trajo en secreto, con el desayuno, una cápsula grande morada. Se negó a decirle qué era —«¡La monja encargada de la sala me despediría!»—, pero le aseguró que funcionaría y, con un guiño, se alejó contoneando las caderas.

Quirke llegó temprano, acompañado por el inspector Hackett. Era una situación muy rara. A Sinclair, felizmente atontado por la cápsula morada, le recordó cuando, de niño, sus padres fueron a visitarle a la escuela Quaker en Waterford, donde estaba interno, porque había cogido paperas. El tutor, un hombre amable con el apropiado nombre de Bland, los guió hasta la enfermería. La madre de Sinclair se abalanzó sobre su cama y por supuesto lloró, pero su padre se mantuvo a una distancia prudencial, pues dijo que los «doctores» —como si se tratara de un equipo de hombres respetables con barba y bata blanca— habían aconsejado no aproximarse al paciente para prevenir consecuencias que no especificó, pero que se sobreentendía eran muy graves.

Quirke tomó asiento en una silla de metal junto a la taquilla de noche; el inspector Hackett se quedó a los pies de la cama con una mano en el bolsillo del pantalón, mientras con la otra se acariciaba pensativamente la sombra azulada del mentón. Sinclair les contó lo poco que recordaba del ataque mientras ellos asentían. A pesar de sus preguntas y de sus exclamaciones sobre cuánto sentía lo sucedido, Quirke parecía tener la cabeza en otra parte.

—¿Ha sido el tipo del teléfono? —preguntó.

Sinclair sabía a quién se refería.

—No, ése tenía voz de persona educada y éste era un simple matón.

—¿De qué tipo del teléfono hablan? —intervino Hackett.

—El otro día alguien le llamó al trabajo —contestó Quirke, aún abstraído.

—¿Y?

—Me llamó judío y me advirtió que no metiera mi narizota judía en los asuntos de los demás o la perdería —dijo Sinclair secamente—. Al menos se han conformado con un dedo.

Nadie dijo nada hasta que Hackett rompió el silencio.

—¿Qué aspecto tenía el tipo que le abordó en el callejón? Me refiero al matón.

—No sé... Normal, unos veinte años, de cara flaca.

—¿Y su acento?

—De Dublín.

—¿Y el otro, el que le atacó por la espalda?

—A ése no lo vi. Más bien lo sentí —Sinclair llevó su mano buena a la contusión detrás de la oreja.

Quirke le ofreció un cigarrillo y Sinclair le indicó que prefería uno de los suyos.

—Están en mi chaqueta, ahí dentro de la taquilla.

Quirke cogió el paquete de Gold Flake y encendió el mechero.

—¿No sabe a qué podía referirse el del teléfono al decir «los asuntos de los demás»? ¿Cuáles fueron exactamente sus palabras? —preguntó Hackett.

Sinclair comenzaba a estar harto de lo que parecía un interrogatorio, sin contar con que el efecto del filtro morado mágico de la enfermera Bunny empezaba a desaparecer.

—No me acuerdo. Pensé simplemente que se trataba de una broma pesada de algún gracioso.

El detective miró la mano vendada.

—Una broma pesada, desde luego.

Un viejo comenzó a toser en una de las camas que estaban enfrente. Su tos recordaba el ruido de succión de una bomba en un pozo negro profundo y viscoso.

—¿No había nadie cuando esos dos sinvergüenzas le atacaron?

—No que yo viera. Cuando recobré el conocimiento había un vagabundo, un borrachín, intentando robarme la cartera.

—¿La cartera? —comentó sorprendido el inspector—. ¿Los otros dos no se la llevaron?

—No se llevaron nada. Excepto mi dedo, claro.

—Así que había un vagabundo. ¿Nadie más?

El viejo había parado de toser y ahora luchaba por meter aire en sus pulmones. Nadie parecía hacerle caso.

—Sí, una chica —dijo Sinclair.

—¿Una chica?

—En una esquina, haciendo la calle. Fue ella quien llamó a la ambulancia.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Hackett.

—No me lo dijo —una *r* y una *i*. La puta con el corazón de oro. Ojalá hubiera aceptado el billete de cinco que él le había ofrecido.

Hackett y Quirke no se quedaron mucho más, una enfermera se acercó al viejo que tosía, fueron a buscar a un médico, echaron la cortina alrededor de la cama del anciano y de cualquier otro asunto de interés.

Sinclair se hundió en un inquieto duermevela y soñó que gente sin rostro le perseguía por una oscura calle, ancha e interminable. Teri, con una *i*, también estaba allí, en su esquina junto a la verja y con su sombrerito negro, pero de alguna manera le seguía mientras él corría, y los dos charlaban tranquilamente mientras los peniques tintineaban en su bolsito.

La enfermera Bunny colocó una mano en su hombro para despertarle y le dijo que tenía otra visita.

—Eres muy popular.

Tenía el brazo dormido, pero el dolor palpitante en su mano era peor que nunca. La cortina de la cama de enfrente estaba de nuevo abierta: el viejo había desaparecido. ¿Cuánto tiempo había dormido? La enfermera retrocedió y dejó paso a Phoebe Griffin, que se aproximó titubeante y sonriente, con una expresión de dolor y simpatía en su rostro.

—Pobre. Quirke me ha contado lo que te sucedió.

A él no le agradó verla. Estaba cansado, mareado y dolorido y deseaba estar solo para poner en claro sus pensamientos. Aquel sueño entrecortado únicamente había servido para acentuar el carácter inverosímil e irreal de lo ocurrido: la agresiva llamada de teléfono, el ataque callejero, su dedo cercenado, aquella cama, el viejo moribundo enfrente, y ahora Phoebe Griffin con su sonrisa nerviosa, el bolso apretado contra el pecho y aquel sombrero tan parecido al que llevaba la prostituta.

—Estoy bien —dijo con sequedad, esbozando una sonrisa forzada mientras intentaba apoyarse sobre el codo.

—Pero tu dedo... ¿Qué ha pasado?

—Sólo puedo contarte lo que ya le he dicho a Quirke, que no lo sé —se sentía cansado, muy, muy cansado—. ¿Cómo estás tú?

—Bien —contestó ella y enseguida volvió a interesarse por él—. Pero tú... ¡Dios mío!

Él se retrepó en las almohadas. La imagen de su madre llorando sin consuelo en la enfermería de la escuela Newtown y de su padre con expresión aburrída a una distancia prudencial le asaltó de nuevo. El súbito pensamiento de que se había equivocado al creer que se había enamorado de Phoebe Griffin resonaba en su

interior como una campana agrietada. Y, sin embargo, al mismo tiempo le invadió la ternura y la preocupación por ella y, si hubiera podido, la habría tomado en sus brazos y la habría acunado como a un bebé.

—Has sido muy amable al venir —le dijo con voz débil mientras intentaba sonreír.

Al oírle, ella, que estaba inclinada sobre él, se quedó rígida y se enderezó ligeramente. Sinclair comprendió que se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo en su cabeza. Y lo lamentó.

—¿Cómo no iba a venir? —exclamó ella con una risita vacilante. Dudó un momento antes de sentarse en la silla de metal que antes había ocupado Quirke—. Si no quieres, no me cuentes nada. Debió de ser horrible.

—No me acuerdo de casi nada.

—Eso es bueno, estoy segura. La mente olvida para protegerse.

—Sí.

Sinclair se preguntó si ella pensaba en sí misma al decir eso, en las cosas que necesitaba no recordar para protegerse. Sabía tan poco de ella, ¿cómo podía haber creído que la amaba? Inmediatamente sintió una cálida corriente de ternura y piedad. ¿Qué iba a hacer con Phoebe? ¿Cómo iba a olvidarse de ella?

—He hablado con Dannie —dijo Phoebe.

—¿Sí? —sin saber por qué, Sinclair sintió una fría punzada de alarma. Pensar en Phoebe y en Dannie juntas sin que él estuviera presente le perturbaba. ¿Cómo había conseguido Phoebe el teléfono de Dannie?

—Espero no haber metido la pata —dijo Phoebe, al sorprender la expresión de su rostro—. Pensé que querría saber lo sucedido.

—Está bien, no importa —él desvió la mirada, ausente—. ¿Qué te dijo?

—Se disgustó, claro. Y desde luego estaba desconcertada, como todos nosotros.

—Sí. Ella se pone... nerviosa.

—Lo sé.

Callaron. A medida que la mañana avanzaba crecía el ruido en la sala, y ahora la algarabía era tal que bien podrían estar charlando en la calle de una ajetreada ciudad. A Sinclair siempre le habían fascinado los sonidos del hospital. Era como si el edificio produjera aquel clamor, el zumbido incesante de las conversaciones, las distantes llamadas exhortatorias de la megafonía y un estruendo ilocalizable de colisiones y objetos que caían, como si cajones de cubertería fuesen arrojados a las baldosas.

—¿Crees que... —comenzó vacilante Phoebe—, crees que este ataque está relacionado con la muerte del hermano de Dannie?

Él clavó los ojos en ella: eso era exactamente lo que pensaba, aunque no lo había sabido hasta aquel instante.

—¿Cómo? ¿Qué conexión puede haber?

—No lo sé —las manos de Phoebe estaban sobre el regazo y las yemas de sus dedos se unían y se separaban como criaturas acuáticas que se encontraban y se apareaban—. Sólo que aquel día en Howth Head me pareció tan extraño...

—¿Qué te pareció extraño?

—No sé... No sé cómo explicarlo, pero presentí algo..., algo que ni tú ni yo conocíamos —los ojos de Phoebe se detuvieron en él—. David, ¿quién mató a su hermano? ¿Lo sabes?

Él no dijo nada, menos sorprendido por la pregunta que por la manera plañidera en que ella había pronunciado su nombre. Jamás debería haber llegado a ese grado de confianza con ella. Como si no tuviera suficiente con Dannie Jewell y sus problemas. Y ahora se le había sumado una segunda mujer atormentada.

Bunny apareció para tomarle la temperatura.

—Espero que no te hayan sobreexcitado —dijo, ignorando a Phoebe y con una leve sonrisa amarga que empañó su rostro luminoso.

Su marcha dejó a Phoebe y a Sinclair desorientados, como dos extraños que han compartido un momento íntimo y después no saben cómo separarse y retroceder hasta encontrar la distancia adecuada.

—Debo irme —dijo Phoebe—. La enfermera tiene razón, seguro que estás cansado. Si te apetece, puedo venir otro día.

Él captó el ruego casi inaudible en sus palabras, pero lo ignoró.

—En un par de días me mandarán a casa. Quizá mañana mismo. Seguro que hay alguien realmente enfermo que necesita una cama.

Ambos sonrieron, pero Phoebe desvió a toda prisa la mirada.

—Siento haber llamado a Dannie —murmuró—. Sé que no debería haberlo hecho.

—¿Por qué no? Me parece bien, ya te lo he dicho —la brusquedad de su respuesta asqueó a Sinclair. Ella no merecía que la trataran así—. Lo siento. Tienes razón, estoy cansado —dijo con voz vacilante y comprendió que ella sabía de qué se estaba disculpando exactamente—. Me gustaría que volvieras a verme, si puedes.

—Bueno, adiós —Phoebe se puso en pie con una valerosa sonrisa.

—Adiós —Sinclair intentó decir su nombre, pero no pudo—. Y gracias de nuevo por venir, me ha alegrado mucho verte.

La joven asintió brevemente antes de darle la espalda y alejarse con rapidez entre las largas hileras de camas. Sinclair se acomodó de nuevo sobre las almohadas. Traían en una camilla con ruedas al viejo de la cama de enfrente. Debían de haberle operado, pues estaba inconsciente, pero no había muerto.

Con cierta ansiedad, el sargento Jenkins miraba una y otra vez por el espejo

interior del coche, intentando descubrir qué ocurría en el asiento trasero. Nada parecía suceder y eso era precisamente lo que le inquietaba. Sabía que su jefe y el doctor Quirke eran medio colegas desde hacía mucho tiempo y que habían trabajado juntos en varios casos, pero aquella mañana permanecían callados, sentados en los extremos del asiento y con los ojos clavados en sus respectivas ventanas. El silencio entre ellos era tenso, incluso cargado de rencor, o eso le parecía a Jenkins.

A su titubeante manera, Jenkins veneraba a su jefe. Aunque llevaba poco tiempo junto al inspector, sentía que ya conocía sus modos y costumbres —lo que no era lo mismo, desde luego, que conocer a la persona— y se identificaba con él, al menos en el nivel profesional. Aquella mañana, el inspector estaba preocupado y molesto, y Jenkins hubiera deseado saber por qué. Los dos hombres habían estado en el hospital donde trabajaba el doctor Quirke para visitar a su ayudante, a quien habían atacado en la calle y mutilado una mano, y aparentemente lo sucedido estaba relacionado con la muerte de Richard Jewell, aunque nadie parecía capaz de determinar cuál era la relación entre ambos hechos.

Quirke también percibía el remolino de desconfianza y resentimiento que agitaba a Hackett, provocado sin duda por la sospecha de que Quirke se guardaba información. Y Hackett tenía razón, pues Quirke no le había contado lo que había encontrado la noche anterior atado al pomo de la puerta cuando regresó a casa. No sabía por qué no se lo había dicho ni por qué persistía en ocultárselo. Había creído que ya tenía en su poder todas las piezas del puzle y que le bastaba unir las —¡tan sólo eso!— para resolver el misterio de la muerte de Richard Jewell. Pero el ataque a Sinclair había aportado una pieza extra de lóbrego cariz, con un perfil irremediablemente vago, una pieza que parecía pertenecer a otro puzle completamente distinto. Aunque no tenía ninguna prueba, estaba convencido de que el ataque a su ayudante era una advertencia para él y no para Sinclair; una violenta versión de la advertencia que le hizo Costigan en el banco del canal aquella mañana de domingo. Pero ¿por qué se habían fijado en Sinclair, fueran quienes fueran? Debía de ser porque Sinclair conocía a Dannie Jewell; ésa era la única conexión posible.

El coche los llevaba por el río y la luz sesgada de la mañana que atravesaba los espacios vacíos entre los edificios le provocaba cierto aturdimiento. Su cerebro movía sin descanso las piezas del puzle, intentando en vano encontrar una solución razonable. Pensaba en el cadáver de Richard Jewell despatarrado sobre la mesa; en su mujer y su hermana sosteniendo vasos de cristal tallado con ginebra en la soleada habitación al otro lado del patio; en la conversación vivaz de Françoise d'Aubigny; en Maguire, el capataz, abatido por la conmoción; en la mujer de Maguire, con su vehemencia ratonil. Pensaba en Carlton Sumner con su camiseta dorada a lomos de su imponente caballo; en Gloria Sumner, a quien había besado una noche olvidada y muy lejana; en St. Christopher, amenazante en su peñasco sobre las olas de acero; en

el padre Ambrose, con su voz sosegada, capaz de ver el alma de los hombres. Y ahora se había sumado el pobre Sinclair, golpeado salvajemente y mutilado por dos matones desconocidos. Costigan tenía razón: existían dos mundos diferentes y separados, aquel en el que creemos vivir y el real.

—¿Podrá volver a trabajar? —preguntó Hackett de repente.

Quirke volvió en sí con cierto esfuerzo.

—¿Qué?

—El joven... ¿Afectará esto a su trabajo? ¿Es diestro?

—Necesita ambas manos, pero se acostumbrará.

Quirke observó a Jenkins en el asiento delantero y pensó lo bien que le iba el dicho de que era todo orejas. Doblaron a la derecha en O'Connell Bridge. Hackett continuaba con la cabeza girada hacia su ventana.

—Un suceso bien raro, ¿no es cierto? —dijo.

—Sí es raro, sí.

—¿No me contó usted que él conocía a la hermana de Jewell, la joven con la que hablamos la mañana que fuimos a Brooklands?

—Sí, la conoce —Quirke intentó que su voz fuese lo más neutra posible.

—Qué extraña coincidencia que los dos se conozcan y que a él le den semejante paliza.

Las gaviotas giraban sobre Ballast Office, sus poderosas alas blancas resplandecientes bajo el sol. Qué alto volaban y qué tranquilas parecían a aquella altura, pensó Quirke. «Girad hasta mí». ¿Cómo era la frase de Yeats que Jimmy Minor había citado? Algo sobre las venas del hombre: *la sangre y el lodo de las humanas venas*. Algo así.

—¿Recuerda a Costigan? —preguntó.

—Costigan, aquel tipo que conocía al viejo juez Griffin —Hackett balanceó su peso de una nalga a otra y la sarga brillante de la culera de sus pantalones chirrió sobre el asiento de cuero.

—Sí. El tipo que se presentó ante mí hace tres años para aconsejarme que no me entrometiera en los asuntos del juez. Uno de los leales miembros de aquella disciplinada pandilla, los Caballeros de St. Patrick. El tipo cuya advertencia ignoré y como resultado me llevé una paliza de muerte.

Hackett se removió en el asiento y de nuevo se escuchó aquel ruido, como un leve chillido.

—Me acuerdo.

—Entonces no fue tras él.

Jenkins aparcó junto al cuartel haciendo un complicado cambio de sentido en tres maniobras. Desde sus nichos, sobre la puerta de entrada, miraban imperturbables hacia abajo diminutas cabezas encasquetadas de policía esculpidas con mortero,

gárgolas extrañas, pero familiares. Salieron del coche. El aire denso estaba cargado de polución y del polvo recalentado de las calles que removía el tráfico. Se adentraron en la fresca sombra del zaguán.

—Ya no le necesitaremos más, Jenkins —dijo Hackett, y el sargento se fue de mala gana hacia la doble puerta batiente—. El muchacho no se pierde una sola palabra —comentó enojado el inspector.

Quirke le ofreció un cigarrillo y, uno después del otro, se inclinaron sobre la llama del mechero.

—¿Fue tras Costigan?

—Sí, fui tras él. Fui tras casi todos ellos, con el resultado que usted ya conoce, que es ninguno —tenía los ojos fijos en la brasa de su pitillo.

Quirke asintió.

—Le vi el otro día.

—¿Cómo?

—La misma historia de siempre. Yo estaba en el canal sentado en un banco, entretenido con mis cosas, y entonces apareció, simulando que se trataba de una casualidad.

—¿Y qué le dijo?

—Me hizo otra advertencia.

—Ya, pero ¿acerca de qué?

Dos guardias uniformados entraron de la calle, sudorosos en sus uniformes azules y sus gorras con las viseras brillantes. Saludaron a Hackett y continuaron su camino arrastrando los pies.

—Vamos a Bewley —dijo Quirke—. Tenemos cosas de que hablar.

—Ay, eso pensaba yo —repuso el detective.

Cruzaron la calle, subieron por Fleet Street y dejaron atrás la puerta trasera del *Irish Times*.

—¿Se ha dado cuenta de dónde han instalado a Sinclair? —preguntó Quirke. El detective le miró con curiosidad—. En el Pabellón Jewell. A cada paso que damos nos tropezamos con Diamante Dick.

Tan pronto escuchó la voz de Dannie Jewell en el teléfono, Phoebe lamentó haberla llamado. Y no fue porque la voz de Dannie sonara como si ella estuviera en una de sus fases, esas de las que David Sinclair le había hablado. Más bien fue por lo contrario, porque su voz sonó vivaz y atenta, el mismo timbre que ella había envidiado al principio de aquella tarde extraña y mágica en Howth. Phoebe se dio cuenta en aquel momento de que lo que se disponía a contar era algo terrible y que tendría un efecto también terrible en aquella joven inquieta que no era su amiga, pero que podría llegar a serlo un día. Durante un instante, después de que Dannie

contestara pero antes de que Phoebe hablara para decir quién era, tuvo la oportunidad de permanecer en silencio y colgar, pero no pudo hacerlo; de alguna manera, hubiera sido una traición, aunque no sabía exactamente a qué, a algo, quizá a la promesa de una futura amistad.

—Ha ocurrido... —dijo indecisa—, ha ocurrido un accidente —se detuvo haciendo muecas al agujero negro del auricular. ¿Por qué había dicho que era un accidente cuando no lo era?... Además, ¿por qué un accidente iba a sonar menos siniestro que otra cosa? Pero no podía pensar en una palabra adecuada para describir lo que había sucedido. «Un ataque» podía significar cualquier cosa, desde un ataque al corazón hasta un asesinato. Se obligó a continuar—: Se trata de David. Le han golpeado... y ha perdido un dedo, pero se encuentra bien, aunque con magulladuras.

Oyó tragar a Dannie.

—¿Qué le ha pasado? —su voz era ahora tenue y tensa.

—Se encuentra bien, de verdad, aunque con dolores y medicado, claro —¿podían ser los medicamentos la causa de que ella hubiera sentido, cuando estaba junto a su cama, que la rechazaba, que de repente la apartaba de él? No, habría sido un consuelo pensar así, pero no era cierto.

—Cuenta —la voz de Dannie seguía tensa pero, al mismo tiempo, extrañamente serena—, cuéntame qué pasó.

—Alguien lo atacó en la calle.

—Acabas de decir que fue un accidente.

—Sí, pero no lo fue.

—¿Quién lo atacó?

—No lo sé.

—¿Un ladrón?

—No, no se llevaron nada, ni su cartera, ni su reloj, nada. Pero le cortaron el dedo, el dedo anular de la mano izquierda. Lo siento, Dannie.

Dannie ignoró su leve intento de excusarse. Además, ¿de qué se excusaba?

—¿David sabe quién lo hizo?

—No.

—Pero has dicho «le cortaron». ¿Eran varios?

—Parece que fueron dos. Uno le paró para pedirle una cerilla y el otro se aproximó por la espalda y le golpeó con algo en la cabeza. Es lo único que recuerda.

—¿Dónde ocurrió?

—En un callejón cerca de Fitzwilliam Square. Me dijo el nombre del callejón, pero no me acuerdo.

—¿Y cuándo ha sido? ¿Cuándo ha pasado?

—Anoche.

—Estuvo aquí anoche.

—¿Dónde?

—Aquí, en mi piso.

Phoebe rechazó pensar en las posibles implicaciones de aquellas palabras.

—Entonces debió de suceder después de dejarte.

Silencio.

—¿Estás ahí? —preguntó Phoebe.

—Sí, estoy aquí —su voz era ahora fría como el hielo—. Gracias por llamar —y colgó.

Durante unos minutos Phoebe se quedó de pie en el vestíbulo, con el teléfono pegado a la oreja, furiosa. Y de repente sintió pánico. Imaginó a Dannie colgando el teléfono, alejándose y..., ¿y luego qué? Presionó los dos botones en la horquilla para cortar la línea y, a continuación, llamó al número directo del trabajo de su padre. Pero nadie descolgó.

A Quirke le agradaba pasar en Bewley las mañanas de verano. El alegre bullicio, admirar a las chicas con sus vestidos ligeros —a su edad, la belleza femenina le causaba a menudo más admiración que deseo— y aposentarse sobre la descolorida felpa carmesí de la banqueta en una de las mesas laterales le recordaba sus días de estudiante y las acaloradas discusiones que él y sus amigos habían mantenido allí ante una taza de café y unos bollos pegajosos, mientras se entrenaban para ser adultos. Aquella época parecía tan lejana como un objeto antiguo moteado por el sol, y su recuerdo le mostraba un ágora en lugar del atestado y cochambroso café de una pequeña y apagada ciudad cuyo pasado resonaba con mucha más fuerza que su presente.

—Bueno —dijo Hackett—, ¿cuáles son esas «cosas» de las que tenemos que hablar?

Estaba sentado igual que un batracio, su postura habitual, con las rodillas separadas y los tirantes a la vista, la panza rebotando sobre la cinturilla del pantalón y el sombrero echado hacia la coronilla. Habían pedido una tetera y un plato de pan con mantequilla y cada uno había colocado ante sí sobre la mesa su paquete de cigarrillos y su mechero. Parecían dos jugadores a punto de comenzar una seria partida de póquer.

—Pensé que estaba sobre la pista del asesinato de Dick Jewell, pero ahora tengo que repensar todo de nuevo —dijo Quirke.

Hackett se inclinó hacia delante, con la cucharilla echó tres terrones de azúcar a su té y lo removió.

—Antes de que comience a repensarlo, tal vez debería contarme qué pista creía tener —dijo con voz serena.

—No, no puedo hacerlo —Quirke, con el ceño fruncido, movió la cabeza.

—¿No «puede»?

—No voy a contárselo, si prefiere que se lo diga así.

El policía suspiró. Sentía mucho respeto por Quirke, pero a veces le resultaba insoportable.

—De acuerdo. Pero ¿puedo preguntarle qué ha ocurrido para que se plantee revisar a fondo lo que pensaba hasta ahora?

Quirke extrajo un cigarrillo del paquete de Senior Service, con la uña del pulgar golpeó un extremo y luego el otro y, sin apresurarse, tomó el mechero, abrió la tapa y giró la rueda contra el pedernal. Hackett esperó sin impacientarse, estaba

acostumbrado a situaciones en las que le tocaba aguardar mientras la persona que tenía enfrente hacía tiempo.

—El día que hablamos con Carlton Sumner —Quirke se retrepó en la felpa desvaída y lanzó el humo hacia el techo—, ¿recuerda que mencionó un orfanato que la Fundación Jewell financia, o solía financiar cuando Dick Jewell estaba vivo?

Hackett empujó aún más hacia atrás su sombrero y se rascó la cabeza con el índice.

—No me acuerdo, pero confío en su palabra. ¿Y?

—St. Christopher, a las afueras de Balbriggan. Lo llevan los Redentoristas. Un inmenso caserón gris junto al mar.

Hackett entrecerró los ojos mientras le miraba.

—¿Lo conoce?

—Sí, lo conozco —dijo Quirke, y calló mientras sus ojos seguían el humo del cigarrillo que ascendía en espirales. El policía, que algo conocía de su pasado como huérfano, decidió no insistir; era mejor no sondear en exceso en los recuerdos de Quirke—. El asunto es que alguien más lo conoce.

—¿Quién?

—Maguire, el capataz de Brooklands. Lo mandaron allí cuando su madre murió.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Me lo contó su mujer —levantó la taza por el asa y la puso de nuevo sobre el platillo sin tocar el té—. Como seguramente recuerda, vino a verme, preocupada de que alguien sospechara que su marido era quien había acabado con su jefe. Ese alguien era *usted*.

Hackett seguía sin ver la conexión con St. Christopher.

—Tampoco yo la veo —comentó Quirke e hizo una pausa antes de proseguir—: Fui allí y hablé con el superior, el padre Ambrose. Me pareció un tipo honesto, ingenuo, como muchos de ellos.

—Ingenuo —repitió Hackett y frunció los labios como si fuera a proferir un silbido de duda—. Yo creo más bien que dirigir un orfanato en este país es una actividad que hace difícil ver la vida color de rosa —sorbió ruidosamente su té.

—Ellos saben lo que pasa igual que todos nosotros, pero consiguen no darse por enterados. Es una habilidad que comparten con muchos de nuestros amigos alemanes.

Hackett se rió.

—¿Qué pasa entonces con Maguire? ¿Está relacionado?

—¿Quiere decir con el asesinato de Dick Jewell? No lo sé. Tal vez. Es otra de las piezas de este rompecabezas que no encaja.

—¿Otra pieza?

Apenas quedaba nada del pitillo de Quirke, que cogió otro y lo encendió con la brasa del anterior, cosa que hacía cuando estaba pensando a fondo, tal como Hackett

había advertido a menudo.

—Lo que le ha sucedido a Sinclair es otra incógnita.

—¿Cree que *eso* tiene relación? —preguntó Hackett.

—No veo que pueda ser de otra manera —tenía la mirada perdida en el techo—.

Me enviaron el dedo que le amputaron.

Ahora Hackett sí silbó, lo hizo suavemente, igual que una corriente de aire deslizándose bajo la puerta.

—Se lo enviaron.

—Volvía a casa, en Mount Street, y allí estaba, en un sobre atado al pomo de la puerta.

—¿Sabía a quién pertenecía?

—No, no lo supe hasta que le llamé anoche. Pero sabía qué significaba tras la pequeña charla que tuvo Costigan conmigo.

—¿Y qué significaba?

—Una advertencia. Bastante cruda, esta vez. No del estilo que hubiera imaginado de Costigan.

—¿Cree que yo también debería tener una charla con el señor Costigan? —Hackett removía el té, aunque no parecía darse cuenta.

—No serviría para nada. Cuando me abordó, se cubrió bien las espaldas: no usó ninguna palabra amenazadora y siempre mantuvo la sonrisa. Tiene mucha práctica como ejecutor y no deja pistas que le incriminen, como pudo comprobar usted mismo la última vez. No —finalizó el pitillo y alargó la mano para coger el tercero—, Costigan no tiene importancia. Lo importante es quién está detrás de él.

—¿Quién?

La camarera, una mujer marchita de cuya cofia escapaban rizos grises, se aproximó para preguntarles si deseaban algo más. Hackett pidió otra tetera y ella se fue tambaleándose y mascullando.

—El cura, el padre Ambrose, me dijo algo en St. Christopher. Algo que me ha estado incordiando desde entonces —contó Quirke.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que Dick Jewell no era el único mecenas que tenían, que Carlton Sumner también contribuía.

—¿Cómo contribuía?

—Imagino que en la financiación del orfanato. O ayudando a recaudar fondos. Se trata de una institución gubernamental, pero por el aspecto de las alfombras que cubren los suelos y el lustre del césped, allí dentro hay mucho más dinero que la subvención anual del Gobierno de siete chelines y seis peniques por niño.

Hackett se echó hacia atrás y se masajó el vientre pensativamente con la palma de su gran mano cuadrada.

—¿Estamos hablando todavía del fallecimiento del señor Richard Jewell?

—Eso creo —contestó Quirke—. Quiero decir que estamos hablando sobre ello, pero no estoy seguro de qué estamos diciendo.

—Más bien, lo que *usted* está diciendo. Yo me limito a seguirle en la oscuridad —observó su taza con un ojo cerrado—. ¿Por qué no me había contado que le enviaron el dedo de ese pobre muchacho?

—No lo sé. De verdad. En ese tema, ambos avanzamos en la oscuridad.

—¿Ambos?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Quirke, alzando la vista.

El detective le mantuvo la mirada y luego suspiró lenta y profundamente.

—Doctor Quirke, tengo la sensación de que usted va un par de pasos por delante de mí en este asunto. Sospecho, por ejemplo, que ha hablado con la viuda. ¿Me equivoco?

Quirke notó que se ruborizaba. ¿Había imaginado que, a esas alturas, Hackett no sabría que había hecho mucho más que hablar con Françoise d'Aubigny?

—Conversar con la señora Jewell no resulta siempre iluminador. Tiende a ser hermética —dijo precavido.

—*Hermética*, vaya, ésa es una palabra impresionante. ¿Y qué me dice de la otra..., de la hermana?

—Con la señorita Jewell —remarcó sardónico Quirke— no hablo. Como le he dicho, Sinclair la conoce y creo que mi hija también. Me parece que es algo enigmática y que no anda escasa de problemas, incluso antes del desastroso final de su hermano. Problemas —y se tocó la sien con un dedo— en la azotea.

La camarera entrada en años se acercó temblorosa con la nueva tetera. Hackett le pidió una taza limpia, pero ella no le prestó atención, bien porque no lo oyó o bien porque decidió ignorarlo, y se fue. Una mujer cargada de bolsas entró en el café y tomó asiento en una mesa cercana. Algo en su aspecto le recordó a Quirke a Isabel Galloway. Isabel seguía muy presente en su cabeza. Sabía que debía llamarla por teléfono y lo haría. Uno de estos días.

Hackett vertió los restos de su taza en un vaso de agua vacío, la llenó con el té recién traído, añadió leche y azúcar, lo saboreó e hizo una mueca porque estaba muy caliente.

—¿Por dónde íbamos? —dijo tras chasquear con cuidado sus labios escaldados.

—Perdidos en el desierto —contestó Quirke—. Perdidos en el maldito desierto.

Dannie Jewell comprendió qué debía hacer. Un verdadero acto de contrición. La habían escolarizado de niña en el Convento de la Presentación y, sin que lo supiera su madre —a su padre le hubiera dado igual—, se hizo pasar por católica como las demás y asistió a las clases de religión, donde le enseñaron qué significaban la

confesión, la absolución y la redención. Le aseguraron que todos somos pecadores y que incluso los mayores pecados son perdonados si la pecadora muestra a Dios que está sinceramente arrepentida por haberle ofendido y hace la firme promesa de no volver a pecar. No estaba segura de si aún creía en Dios —no dedicaba mucho tiempo a esa cuestión—, pero aquellas primeras y profundas enseñanzas le habían dejado una impronta imperecedera. Durante toda su vida se había sentido culpable, o al menos durante toda la vida que conseguía recordar. Sabía que las cosas que le sucedían, e incluso las cosas que les sucedían a las personas que la rodeaban, y de las que ella a duras penas podía ser responsable, eran en el fondo culpa suya, pues ella había sido su causante secreta a través de un mecanismo tan sutilmente perverso que resultaba invisible a los demás. Si sucedían era porque ella había querido que sucedieran, ya que las cosas no suceden a menos que uno lo desee. Ese hondo sentimiento de ser la causa de tanta maldad y la vergüenza que lo acompañaba eran las raíces gemelas de sus problemas. Por todo eso se sentía, simple y repugnantemente, un alma mancillada.

¿Cómo había llegado a pensar que David Sinclair podía ser su amigo? ¿No sabía que su mera presencia en la vida de él, el mero hecho de que su existencia estuviera relacionada con él, le causaría daño? Todos aquellos con quienes entablaba una relación terminaban sufriendo de alguna manera. La primera vez que oyó la historia de Mary Tifoidea, que permanecía inmune mientras contagiaba la enfermedad a los demás, se identificó con ella inmediatamente. Porque la verdad es que ella no sufría, o en ningún caso sufría lo suficiente por las calamidades de las que era responsable, por las heridas de las que era culpable. Eran los otros quienes sufrían. Por su silencio, otros fueron condenados a soportar años de dolor y abuso; debido a su cháchara, alguien había sido atacado en la calle y había perdido un dedo; al igual que otro tuvo que sustituirla y quedar contaminado de por vida porque ella creció y dejó de ser una niña. Entretanto, ella era mimada y protegida, tenía dinero y libertad, bonitas casas donde vivir, un futuro económicamente asegurado... Incluso era hermosa. Y los otros sufrían. Eso tenía que terminar; al menos uno de los numerosos males que había causado debía ser reparado.

No sabía por qué habían atacado a David. Sabía cómo había sucedido, pero no el motivo. Aunque el motivo poco importaba. Desde luego, era parte de un esquema, eso lo sabía, el mismo esquema que existía desde siempre, o eso parecía. Ella lo imaginaba como algo gigantesco y secreto que se propagaba incansable, lanzando millones y millones de esporas, igual que se reproducen los hongos, incesante, imparable. Lo único que podía hacer era cortar una de sus cuerdas, aquella que se había anudado en torno a la gente que tenía la desgracia de quererla.

Un acto firme de contrición, sí. Eso era lo que ahora se requería de ella.

Las oficinas de Carlton Sumner se hallaban en los dos últimos pisos de una de las antiguas casonas georgianas de Leeson Street, cerca de la esquina de St. Stephen's Green.

—Cualquiera pensaría que el maldito aire es más fresco aquí arriba, pero es peor que en la planta baja —dijo con brusquedad—. Y, por supuesto, aquí nadie ha oído hablar del aire acondicionado.

Era otro de esos días bochornosos bajo un blanco cielo calcinado. En la calle, los coches se acosaban y clamaban como una multitud aterrorizada. En algún lugar había un incendio, pues se escuchaban sirenas lejanas y el aire tenía ese leve tufo acre del humo. Quirke estaba sentado en una incómoda silla de acero y lona junto a uno de los dos ventanales bajos, con un vaso medio vacío de zumo de naranja que había estado muy frío y que ya sólo estaba tibio.

—Bebo litros de zumo —le había dicho Sumner, alzando su vaso esmerilado—. Una de las chicas compra las naranjas de camino al trabajo y las exprime con sus delicadas manitas. ¿Por qué el zumo natural es otra de esas cosas que desconocéis en este país?

Llevaba unos pantalones náuticos blancos, mocasines con borlas y una camisa blanca de seda que tenía una enorme mancha de humedad en la espalda, allí donde se apoyaba contra el respaldo de su silla de cuero negro. Dejó el vaso sobre la mesa y empezó a recorrer la alfombra mientras se lanzaba una sudada pelota de béisbol de una mano a otra. Quirke se acordó de la bola de cristal que Françoise d'Aubigny sujetaba en la mano aquel domingo en Brooklands y se preguntó dónde estaría ahora.

—Hasta pasados los veinte, no vi una naranja. Entonces estalló la guerra y desaparecieron de nuevo —dijo Quirke.

—Sí, tíos, vosotros sí lo habéis pasado mal —comentó con sarcasmo Sumner.

—No fue tan duro. Después de todo, éramos neutrales.

Sumner se detuvo junto a la ventana y miró hacia la calle con la frente fruncida. Lanzaba la bola cada vez con mayor fuerza y la recogía en la otra mano con un impacto sordo. No había mostrado asombro alguno cuando Quirke le telefoneó para preguntar si podía pasarse a verle. Sorprender a Carlton Sumner debía de ser difícil, pensó Quirke, y aún más difícil debía de ser que mostrara su sorpresa.

—Es cierto, neutrales —dijo con tono sombrío y se giró hacia Quirke—. ¿Le apetece un trago de verdad? Tengo *Scotch*, whisky irlandés, vodka, ginebra... Lo que le apetezca.

—Estoy bien con el zumo.

Sumner atravesó el despacho hasta su mesa y se apoyó contra ella, con el trasero ligeramente posado sobre una esquina. Era una mesa de roble oscuro, grande y antigua, con adornos de metal y muchos cajones y con la parte superior taraceada en cuero verde. Sobre ella había tres teléfonos, uno de ellos blanco, un gran cenicero de

cristal, una taza para lápices adornada con el escudo de los Vancouver Mounties — Sumner sorprendió su mirada y le aclaró: «Es del equipo de béisbol, no de la policía montada»—, un tampón secante con mango de madera, una antigua caja de plata para cigarrillos y un elegante mechero Ronson del tamaño de una patata.

—¿En qué puedo ayudarle, doctor Quirke? —el propietario de todo aquello subrayó la palabra *doctor* con una leve inflexión cómica.

Era una pregunta directa, pero como siempre que la escuchaba, Quirke se sintió indeciso. Había luchado toda su vida contra la vaguedad de conceptos, ideas y formulaciones. ¿Por dónde debía empezar para ordenar aquel material caótico en una secuencia breve de palabras? La tarea siempre le abrumaba.

—Fui a St. Christopher —dijo.

Sumner lo miró inexpresivo.

—¿St. qué?

—El orfanato que Dick Jewell financiaba...

—Ah, sí, es cierto.

—... y que usted también financia.

Al escuchar esto, Sumner frunció levemente el ceño.

—¿Yo financio un orfanato? Se ha equivocado de hombre rico, doctor. ¿No se lo han dicho? Yo no doy nada a los demás, yo se lo quito. Es una vieja y respetable tradición familiar —dejó la pelota de béisbol sobre la mesa, donde rodó brevemente antes de detenerse. Abrió la caja de cigarrillos, escogió uno, empuñó el mechero e hizo aparecer la llama—. ¿Quién le ha contado que financio a niños sin madre?

—El hombre que dirige la institución —contestó Quirke—. Un sacerdote. El padre Ambrose —que fumaba los mismos cigarrillos que Sumner.

—No lo conozco, es la primera vez que oigo su nombre. ¿Cómo es físicamente?

—Me contó que usted y Jewell habían fundado algo con el nombre de Amigos de St. Christopher.

Sumner apuntó de repente con un dedo.

—St. Christopher, ahora me acuerdo... ¿No es allí donde trabajaba Marie Bergin antes de que los Jewell la contrataran?

—Sí.

—Vale, vale —una mirada pensativa había aparecido en los ojos de Sumner, que volvió a fruncir el ceño—. St. Christopher. El proyecto para mascotas de Dick Jewell. Bueno, ¿y qué?

El timbre del teléfono blanco sobresaltó a Quirke, Sumner alzó el auricular, escuchó un instante, dijo «no» y colgó. Sacó un enorme pañuelo del bolsillo superior de su camisa y se secó el cogote.

—¡Santo Dios! ¿No se supone que el clima de aquí es moderado? No soporto este calor, crecí en un lugar de picos nevados y donde el aire fresco olía a pinos —se puso

de pie con el pitillo en la mano y se dirigió de nuevo a la ventana—. Mire bien. Podría ser verano en el sur de Detroit.

—Entiendo entonces que usted no es un Amigo de St. Christopher —dijo Quirke.

—Escuche, colega, no soy «amigo» de ningún sitio. Soy un hombre de negocios y los hombres de negocios no pueden permitirse el lujo de ser amistosos —miró a Quirke por encima del hombro—. ¿Me va a contar cuál es la verdadera razón de su visita, doc?

Quirke se enderezó trabajosamente en la holgada silla de lona y posó su vaso en la mesita baja que había frente a él.

—La verdadera razón de mi visita, señor Sumner, se debe a que empiezo a pensar que existe algún tipo de relación entre St. Christopher, por no mencionar a los Amigos de St. Christopher, y la muerte de Richard Jewell.

Sumner desvió la mirada hacia la calle, bajo su ventana. Asentía con lentitud y, alzando una de las comisuras de la boca, succionaba con detenimiento entre los dientes laterales. Su cabello oscuro, generosamente engominado, brillaba en numerosos puntos como una constelación en miniatura.

—¿Dónde ha dejado hoy a su compinche, al viejo Sherlock? ¿Sabe que está aquí o se ha ido usted de juerga sin avisarle? —se volvió con una mano en el bolsillo y el cigarrillo alzado en la otra—. Escuche, Quirke, usted me cae bien. Es un tipo miserable, quiero decir un especialista en miseria, pero a pesar de eso me cae bien. Desde que vino a vernos a Roundwood he estado rebuscando en mis recuerdos de aquellos días dorados, llenos de alegría y de verdad, cuando éramos jóvenes y hermosos y recorríamos como panteras esta miserable ciudad. En aquel tiempo usted era el más prometedor. Muchas jovencitas, incluyendo a la actual señora Sumner si no me equivoco, le habían echado el ojo. No sé qué le ha sucedido desde entonces y la verdad es que no me interesa lo más mínimo, pero lo que es seguro es que anuló su sentido del humor. A mí su juego de detectives no me molesta. Todos buscamos modos de matar el tiempo y aliviar el *taedium vitae*, como lo llamaba aquel viejo hijo de puta que, se suponía, debía enseñarnos latín en la universidad. ¿Qué daño hacen usted y ese policía de pies planos, amigo suyo, yendo de un sitio a otro preguntando y buscando pistas? Ninguno. Pero escuche —dijo mientras le señalaba con la mano que sujetaba el cigarrillo—, si por un minuto siquiera ha creído que yo tengo algo que ver con que a Diamante Dick Jewell le hayan reventado, déjeme decirle, amigo mío, que está ladrando al sospechoso equivocado.

Sumner rodeó su mesa y se dejó caer en la silla giratoria de cuero, despatarrado y con las piernas hacia un lado.

—Soy un tipo bastante tolerante, *doctor* Quirke, aunque haya oído lo contrario. Mi lema es «Vive y deja vivir»; no es muy original, lo sé, pero es sensato. Así que no me interesa cómo se divierte usted o qué tipo de juegos le gustan. Eso es asunto suyo

y tengo como regla no interferir en los asuntos de los demás, a no ser que me vea obligado. Así que olvide sus sospechas, ¿de acuerdo? Déjeme fuera.

El teléfono blanco sonó de nuevo, como si pusiera fin a su intervención. Sumner agarró con furia el auricular, se lo llevó a la oreja y, antes de que quien fuera que llamara pudiera decir una sola palabra, exclamó:

—¡Ya te dije *antes* que no! —colgó y sonrió a Quirke con sus grandes dientes perfectamente parejos, perfectamente blancos—. Nunca te escuchan. Nunca, nunca te escuchan —comentó con teatral angustia.

Quirke encendió un cigarrillo.

—Anoche atacaron en la calle al joven que trabaja conmigo.

—¿Y? —Sumner frunció la frente, que pareció arrugarse horizontalmente como una persiana veneciana al abrirse, y la línea de su brillante cabello castaño descendió media pulgada.

—Alguien le había llamado por teléfono antes para insultarle: judío, ese tipo de cosas... Da la casualidad de que es amigo de Dannie.

Sumner se inclinó hacia delante, colocó el codo sobre la mesa y apoyó el mentón en la mano.

—Me he perdido de nuevo, doc —y dedicó a Quirke una sonrisa torcida y llena de dientes de estrella de cine.

—Además —continuó Quirke—, un tipo llamado Costigan se acercó a mí hace varios días, después de mi visita a St. Christopher, y me advirtió que me metiera en mis propios asuntos. ¿Por casualidad no lo conocerá? El tal señor Costigan es uno de los Caballeros de St. Patrick y supongo que, para tener todos los frentes cubiertos, también será Amigo de St. Christopher.

Sumner se quedó mirándole fijamente y luego rompió a reír.

—¿Los Caballeros de St. Patrick? ¿Me está tomando el pelo? ¿De verdad existe algo con ese nombre?

Quirke desvió la vista hacia la ventana. O Sumner era un actor consumado o era inocente... Inocente por lo menos de todo lo que Quirke había pensado que sería culpable.

—Dígame, ¿por qué cree que dispararon a Dick Jewell?

Sumner volvió las manos vacías hacia arriba.

—No tengo ni idea, ya se lo dije. La mitad del país lo odiaba. Tal vez estaba jugando a los médicos con la esposa de alguien... Aunque por lo que he oído no le tiraba mucho ese juego.

Quirke le miró.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Qué quiere decir eso? Se rumoreaba que en ese terreno tenía gustos particulares, eso es todo.

—¿Qué clase de gustos particulares?

—¡Particulares! —exclamó Sumner y se rió con cierta irritación—. Tal vez le gustaba follar ovejas o bóxers... ¡Yo qué sé! Era un tipo bastante raro, se lo aseguro. Claro que, ¿quién decide qué es lo normal? Le repito mi lema: vive..., etcétera.

Quirke se levantó con brusquedad y cogió su sombrero de la mesa baja. Sumner parpadeó sorprendido.

—¿Se va a marchar ahora que lo estábamos pasando tan bien, doc?

—Gracias por recibirme. No le robo más tiempo, sé que es un hombre muy ocupado.

Sumner se levantó y rodeó la mesa con la mano tendida.

—Un placer. Venga por aquí cuando quiera, siempre será bien recibido. Por cierto —con gesto amistoso puso su enorme mano en el hombro de Quirke—, me han dicho que está ayudando a la viuda a superar su dolor. Es muy generoso por su parte.

Los ojos de Quirke pasaron de Sumner a la mano en su hombro y de nuevo a Sumner. El otro no era tan alto como él, pero era un tipo grande, musculoso y fuerte.

—Parece enterarse de muchas cosas aquí arriba, en su atalaya.

—Atalaya —repitió con admiración Sumner—. Nunca se me hubiera ocurrido semejante palabra, gracias —se inclinó levemente hacia delante y apresando el pomo de la puerta la abrió—. Salude a Françoise de mi parte —al otro lado de la puerta, su secretaria, una joven con una excelente figura, se levantó de su mesa de un salto y se apresuró a aproximarse con su falda de tubo y su jersey de angora—. Belinda, guapa, acompaña al doctor Quirke a las escaleras, por favor —y, volviéndose hacia Quirke, se despidió de nuevo—. Hasta pronto, doc, ya nos veremos.

En aquel instante y sin saber por qué, a Quirke se le ocurrió una idea. Aunque sí sabía por qué: acababa de recordar el día que Hackett y él fueron a Roundwood. Estaban a punto de marcharse sin ninguna respuesta cuando Hackett hizo una última pregunta como quien pega un tiro al azar intentando dar en la diana.

Sumner estaba a punto de entrar en su despacho cuando Quirke se dirigió a él.

—Por cierto, señor Sumner —inclinó su cuerpo en el umbral de tal manera que Sumner no pudiera cerrar la puerta—, ¿conocía su hijo a Dick Jewell? ¿O, tal vez, conoce a la hermana de Jewell?

Sumner colocó de nuevo la mano en el hombro de Quirke, pero esta vez lo hizo con mayor firmeza y de forma menos amistosa que antes, lo empujó dentro de su despacho y cerró la puerta en las narices de la sorprendida secretaria.

—¿Qué es lo que quiere? —en sus ojos entrecerrados no quedaba rastro del humor y las chanzas.

—No quiero nada, tan sólo preguntaba —contestó sin inmutarse Quirke.

—¿Qué sabe de mi hijo?

—Apenas nada —dijo Quirke con la voz más suave y neutra que pudo—, lo poco

que me contó el inspector Hackett cuando salimos de su casa el día que fuimos a Roundwood.

—Lo que le contó el inspector Hackett —repitió Sumner con calma, aunque una vena latía de forma visible en su sien izquierda. Quirke intuyó que estaba barajando todas las posibles cosas que Hackett podía haberle contado sobre, ¿cómo se llamaba?, Teddy, eso es, sí, Teddy Sumner—. Escúcheme con atención: no me importa que venga y trate de interrogarme, de verdad se lo digo, pero deje en paz a mi hijo, no le mezcle en sus entrometidas pesquisas, sean sobre lo que sean. ¿Me entiende? —le dijo en voz baja.

—No pretendía mezclarle. Sólo le estaba preguntando...

—Sé qué me estaba preguntando, no estoy sordo —Sumner hablaba casi en un susurro y a toda velocidad—. A pesar de los rumores, Quirke, soy un tipo moderado, como se supone que es vuestro clima. No quiero problemas, no busco problemas. Intento vivir mi vida y dirigir mi negocio de forma tranquila y metódica. Pero me doy cuenta de que cuando se trata de mi familia, y de mi hijo especialmente, pierdo los papeles con facilidad. Aquí está sucediendo algo que no comprendo ni me interesa comprender y aún menos entrometerme. No sé nada de ese colega suyo al que le dieron una paliza anoche. No sé quién disparó a Dick Jewell ni me importa. Y, sobre todo, no sé qué demonios le importa a usted a quién conoce o deja de conocer mi hijo. Es más, no sé a qué demonios juega haciendo preguntas sobre él.

Quirke echó un vistazo a la mano sobre su hombro.

—Pregunto porque dos matones a sueldo le dieron una paliza anoche en la calle a mi ayudante, le cortaron un dedo y me lo enviaron, envuelto en una bolsa de patatas fritas, dentro de un sobre. Pregunto también porque conozco el episodio de violencia, como se denomina hoy en día, de su hijo —Sumner hizo ademán de hablar, pero Quirke alzó una mano para detenerle— y me pregunto si puede haber alguna relación entre su Teddy y el dedo amputado de mi colega, aunque admito no saber la respuesta. Y pregunto asimismo porque creo que su hijo conocía a Dick Jewell y porque creo que, al igual que Jewell, pertenecía a los Amigos de St. Christopher — Sumner lo miraba fijamente con los ojos vidriosos, mientras respiraba afanosamente. A Quirke le recordó un toro coceando la arena del ruedo justo antes de embestir y tuvo que esforzarse para no sonreír—. No tengo ni idea de cuál es la relación que une unas cosas con otras, pero estoy convencido de que existe y estoy convencido de que la encontraré. Y cuando lo haga volveré a verle, señor Sumner, y tal vez entonces tengamos otra charla más esclarecedora.

Sumner había retirado la mano del hombro de Quirke y lo observaba con la frente baja, como un toro, y moviendo la mandíbula hacia delante y hacia atrás, mientras rechinaba los dientes.

—Se está arriesgando, Quirke —le dijo.

Mientras descendían las escaleras, Belinda, la secretaria, habló del tiempo y de la persistente ola de calor.

—¿No es horrible? —le preguntó con jovial desmayo.

—Sí, horrible.

A media tarde, mientras Sinclair dormitaba, la enfermera Bunny se aproximó y le zarandeó amablemente para decirle que tenía una llamada de teléfono.

—Nunca he tenido un paciente tan solicitado —le dijo.

Él la contempló aturdido, mientras intentaba con esfuerzo alzar la cabeza de la almohada.

—¿Quién es?

Ella le dijo que era su hermano. Sinclair le pidió que lo repitiera.

—Tu hermano —pronunció las palabras lentamente y delante de su rostro como si fuera medio tonto; le había dado otro de sus analgésicos morados—. Dice que es importante. Dice que tiene noticias de vuestra madre.

La enfermera lo ayudó a levantarse y lo acompañó fuera de la sala y por el pasillo. El brillante color chocolate del linóleo le dio ganas de vomitar. El teléfono estaba encastrado en la pared junto al puesto de las enfermeras; una placa de viejo y rayado plástico a cada lado proporcionaba una precaria intimidad. Bunny le tendió el auricular. Él lo cogió con aprensión, como si pudiera estallarle en la mano.

No tenía ningún hermano y su madre estaba muerta.

—Te has hecho esperar —dijo la voz. Había en ella una aterradora y malintencionada calidez, una sensación de horrible intimidad, como si quien le hablaba estuviera acurrucado en un butacón junto a una chimenea encendida.

—¿Quién es usted? —balbuceó Sinclair.

Escuchó una risilla burlona.

—Soy tu peor pesadilla, judío. Por cierto, ¿qué tal tienes la mano?

—¿Quién es usted?

—Calma, calma —y sonó de nuevo la risita chillona—. ¿Le gustó a tu jefe el regalo que le enviamos? Yo tuve una vez un gato que solía dejar cosas en la puerta: ratones a medio masticar, ratitas muertas... Pero nunca trajo un dedo. Te apuesto a que tu jefe pegó un salto. Aunque me imagino que, con su trabajo, debe de estar acostumbrado a cosas así.

—Conteste, ¿quién es usted?

La enfermera, que estaba pendiente de él desde su mesa, salió y le tocó el brazo.

«¿Se encuentra bien?», le preguntó sin hablar, tan sólo moviendo los labios.

Él asintió y, aunque de mala gana, ella regresó a su puesto.

—¿Sigues ahí, judío? ¿Te has desmayado o algo por el estilo? Apuesto a que te duele la mano. ¿Has conseguido pegar ojo? Dicen que por la noche el dolor es mucho

peor. ¿Te están cuidando bien las enfermeras? Esta vez ha sido un dedo, la próxima vez será lo-que-tú-ya-sabes...

Sinclair colgó el auricular con torpeza.

El inspector Hackett añoraba el campo. Había pasado casi todos los veranos de su infancia en la granja de su abuelo y nada empañaba el feliz recuerdo de aquel tiempo. La ciudad no era para él. Llevaba en Dublín, ¿cuánto?, casi veinticinco años, y aún se sentía un extraño. Había algo en la gente de ciudad, una dureza, una superficialidad, una falta de curiosidad hacia las cosas sencillas, a lo que no conseguía acostumbrarse y que incluso le hacía dar traspies en la parte mundana de su trabajo. Con delincuentes de poca monta, con la escoria de los arrabales, se sentía seguro, pero con gente como Carlton Sumner y los Jewell pisaba territorio desconocido. Con ellos necesitaba a Quirke como guía y protector. Aunque Quirke provenía de la nada — casi literalmente, ya que no tenía padres y su infancia había transcurrido en orfanatos —, había entrado en el mundo del dinero y la posición social cuando la familia Griffin lo adoptó. Quirke sabía cómo comportarse allí donde Hackett se sentía perdido, y a Hackett no le avergonzaba pedirle ayuda.

Pero hoy Quirke no estaba con él.

El calor del verano era un tormento en la ciudad, mas un placer en el campo. Sentado en el coche, mientras el joven Jenkins conducía a lo largo del curso alto del río Liffey de camino a Kildare, Hackett contemplaba el verdor compacto de los árboles alineados a ambos lados de la carretera. Tras ellos, en la cuadrícula de los campos, el trigo y la cebada se balanceaban lenta y constantemente en oleadas resplandecientes. Hackett aspiraba el cálido e intenso olor a hierba, a heno, a animales; hasta el hedor del estiércol le gustaba. Lamentó dejar atrás el paisaje del río para adentrarse en las amarillentas llanuras de Kildare. Suponía que aquel paraje monótono debía de tener un encanto propio y austero, pero él había crecido en las montañas, entre bosques y agua, y prefería las perspectivas cerradas; allí, en Curragh, el horizonte estaba siempre demasiado lejano, demasiado plano, demasiado impreciso. A él le gustaban las cosas que se podían tocar.

Maguire, el capataz, había intentado disuadirle pretextando que se hallaba muy ocupado con los caballos, que estaba próxima una carrera importante y que se encontraba desbordado. Hackett insistió a su manera jovial y tenaz y, cuando entraron en el patio, Maguire los estaba esperando con semblante hosco.

—Ya le he contado todo —dijo a guisa de saludo antes de que el detective pudiera decir algo más que hola—. Yo estaba en las pistas... Ni siquiera escuché el disparo.

—Es cierto, ya me lo ha contado —dijo Hackett.

Se dirigieron a las cuadras y caminaron por el pasillo central, entre los boxes. Los

caballos los miraban pasar, resoplando suavemente y girando sus enormes y brillantes ojos. El polvo y el tufo seco del heno provocaron en Hackett una sensación vacilante; quería estornudar y, al mismo tiempo, no podía.

—Pase —le dijo Maguire mientras entraba en la habitación de los arneses, con su olor a cuero y a aceite y a pienso para caballos. Un calendario clavado con chinchetas a la pared estaba abierto en la página de agosto del año anterior. Jenkins había hecho ademán de acompañarlos, pero Hackett le indicó con un gesto que se quedara fuera.

—Bueno, ¿qué quiere? —Maguire llevaba un chaleco de cuero, unos pantalones de pana atados bajo la rodilla con cordel y unas viejas botas de trabajo. Hackett advirtió que su enorme cabeza tenía una forma similar a la de Carlton Sumner.

—Tengo algunas preguntas sobre el orfanato... —dijo de la forma más prudente posible—, St. Christopher se llama, ¿verdad?

Maguire frunció el ceño, sorprendido.

—¿Qué quiere saber? —preguntó sombrío.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—¿Cómo sabe que estuve?

En la cara del detective se dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Tenemos nuestros métodos, señor Maguire —afirmó satisfecho, pues disfrutaba interpretando el papel de policía inflexible y resuelto.

—Mi viejo me llevó allí cuando mi madre murió.

—Debió de ser duro.

—Tenía siete hermanos y mi viejo siempre estaba fuera, trabajando. Al menos en la Jaula te daban de comer.

—¿La...?

—Lo llamábamos así. Todo el mundo lo llamaba así. Si hubiera estado dentro, sabría por qué.

Hackett sacó sus cigarrillos, pero Maguire movió negativamente la cabeza.

—No tengo ese vicio. Tenga cuidado con dónde echa la cerilla, este sitio es una caja de yesca.

El detective sacudió el fósforo para apagar la llama y lo devolvió a la caja.

—Debió de ser una experiencia difícil, muy difícil, desde luego. ¿Cuántos años tenía cuando lo llevaron allí?

—Siete, pero ya le he dicho que no me importó. Hubo estaciones peores del vía crucis.

Hackett se dirigió a una pequeña ventana cuadrada que daba al patio. Los cuatro mugrientos paneles de vidrio estaban cubiertos de telarañas viejas y nuevas; una moscarda azul se agitaba débilmente en una de las redes. En el patio había un Land Rover que no estaba cuando Jenkins y él llegaron.

—Creo que el señor Jewell, su difunto jefe, era un mecenas del orfanato.

—¿Un qué?

Hackett apartó la cabeza de la ventana para mirarle.

—Recaudaba dinero y daba también de su propio bolsillo... ¿Es así?

—¿Por qué me pregunta, si ya lo sabe?

—Como usted era un antiguo alumno, por decirlo de alguna manera, debió de hablar con usted del orfanato, preguntarle cómo era.

Maguire movió la cabeza.

—Nunca me dijo una sola palabra sobre eso.

Hackett le miró de reojo.

—¿Conoce a Marie Bergin?

Un caballo que estaba fuera lanzó un agudo relincho e inmediatamente los demás se unieron, pateando con los cascos y golpeando los hocicos contra los barrotes de los boxes. El ceño de Maguire se hizo más hondo y Hackett comprendió que estaba esforzándose por hacer frente al giro inesperado en las preguntas.

—La conocí cuando trabajaba aquí.

—¿No la conoció en St. Christopher? Ella trabajó allí.

—¿Qué edad cree que tengo, diecisiete? Cuando ella entró, hacía mucho tiempo que yo me había ido.

—Pero ¿sabía que trabajó allí?

Maguire soltó algo parecido a una risa y miró alrededor con exagerada irritación.

—Mire, soy un hombre ocupado, tengo cosas que hacer. Dígame qué quiere o deje que me vaya a trabajar.

Hackett no se inmutó. Terminó su cigarrillo, lo dejó caer al suelo y lo pisó, luego se inclinó para coger la colilla y la metió también en la caja de cerillas.

—Lo único que me interesa es saber la relación que mantenía el señor Jewell con la..., ¿cómo la ha llamado antes?, la Jaula.

—¿Por qué? —espetó Maguire—. Y, además, ¿por qué me pregunta por el tiempo que yo estuve allí, y si conocía a Marie Bergin y todo lo demás? ¿Qué está buscando?

Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, Hackett contemplaba las anchas punteras de sus botas negras.

—Aquí se ha cometido un asesinato, señor Maguire. Busco a la persona que lo cometió.

—Entonces está perdiendo el tiempo —Maguire escupió las palabras—. Lo pierde hablando conmigo. Si no fue el señor Jewell, no sé quién apretó ese gatillo. Yo no estaba aquí cuando sucedió y no oí nada porque...

Se detuvo y desvió la mirada hacia la puerta, donde permanecía en silencio Françoise d'Aubigny. Llevaba unas brillantes botas negras, unos pantalones de montar de estameña color crema y una entallada chaqueta de terciopelo negro. En una mano sujetaba una delgada fusta de cuero trenzado y en la otra, un sombrero hongo

con un rígido velo sujeto al ala frontal. Su cabello negro estaba recogido en la nuca en un moño que cubría una redecilla. Lo llevaba peinado muy tirante, lo que daba a las comisuras externas de sus párpados un toque oriental. Su boca maquillada era una estrecha línea escarlata.

—Inspector, ¡qué sorpresa!

Le invitó a la casa y le hizo tomar asiento en la cocina.

—¿Tiene hambre, inspector? Le podemos preparar un sándwich, o quizá prefiera una tortilla.

Hackett se lo agradeció, pero dijo que no, pues debía regresar pronto a la ciudad. Ella insistió en que, al menos, tomara una taza de té. Un irlandés no rechazaría un té, ¿no es cierto? Se dirigió a la puerta que comunicaba con el interior de la casa y llamó a Sarah Maguire. Junto al aparador, Jenkins se había colocado en posición de firmes, sujetando el sombrero con las manos. La esposa de Maguire acudió con la expresión torcida, puso la tetera en el hornillo, tomó una taza, su platillo y una cuchara y los colocó bruscamente frente al detective.

—¿Él también quiere un té? —dijo mirando de reojo a Jenkins.

Hackett se dirigió al joven:

—¿Qué dice, muchacho? ¿Tiene sed?

La nuez de Jenkins subió y bajó mientras tragaba con esfuerzo.

—No, gracias, inspector..., señora.

Hackett hizo un gesto de aprobación y se volvió hacia la mujer vestida de amazona.

—Le he hecho unas preguntas a Maguire sobre St. Christopher..., el orfanato del que, según creo, era benefactor su marido.

Françoise d'Aubigny arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

Desde el fogón, la esposa de Maguire observaba a Hackett con expresión de susto y preocupación.

—Sí, hemos averiguado algunas cosas que han atraído nuestra atención sobre ese lugar —dijo Hackett a Françoise d'Aubigny.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Nada definitivo, nada concreto —hizo una pausa sonriendo—. El marido de la señora Maguire estuvo allí de niño. Y, fíjese, también estuvo el doctor Quirke. ¡Qué casualidad, verdad!

Hackett vigiló la reacción de la mujer a la mención de Quirke. No hubo ninguna. Eso confirmó sus suposiciones: ella y Quirke —¿cómo lo dirían ellos?— se veían. El hecho le divirtió tanto como le interesó. En cierta medida explicaba la extraña conducta de Quirke en el caso del asesinato de Richard Jewell... Pero sólo en cierta

medida.

—No creo que estuvieran en la misma época —dijo Françoise d'Aubigny.

—No, no. El doctor Quirke le lleva un puñado de años a su capataz.

—Eso pensaba —la mujer lo miraba relajada. Era obvio que había adivinado que él sabía lo que había entre Quirke y ella y también era obvio que no le importaba—. ¿Hoy no le acompaña el doctor Quirke?

Él se limitó a sonreír. La esposa de Maguire llevó a la mesa la tetera, cubierta por una funda de lana, y la colocó sobre un salvamantel de corcho. Rehuyendo mirarle, regresó a la cocina mientras se secaba las manos con el delantal. Era una pobre criatura con los nervios de punta, pensó Hackett. Él no deseaba aumentar sus problemas. Estar casada con un hombre como Maguire no debía de ser fácil. Françoise d'Aubigny la miró.

—Puede irse, Sarah.

La señora Maguire pareció sorprendida, incluso un poco ofendida, pero se quitó el delantal dócilmente, lo colgó en un gancho que había junto al fogón y se marchó, cerrando la puerta con suavidad tras de sí.

—Inspector, si eso es todo, voy a dar un paseo a caballo —dijo Françoise d'Aubigny—. No sé nada de ese orfanato y no entiendo su interés. Creo que a mi esposo lo mataron por cuestiones de negocios, aunque no conozco la razón ni quién lo hizo, si bien tengo mis sospechas. ¿No le parece que sería mejor seguir esa línea de investigación?

—¿Qué línea, señora?

—Aconsejé al doctor Quirke que hablaran con Carlton Sumner.

—Y eso hemos hecho —dijo Hackett, mientras se servía con parsimonia una taza de té—. Pero me temo, señora Jewell, que esa línea de investigación no nos ha llevado muy lejos.

Ella entrecerró los ojos y él intuyó que quería decir algo más sobre Sumner. Pero cambió de opinión.

—Tengo que irme, inspector, mi pobre Hotspur debe de estar muriéndose de impaciencia.

Hackett asintió con una sonrisa.

—Le pido disculpas por robarle su precioso tiempo, señora, aunque mi intención al venir era, en realidad, hablar con el señor Maguire.

Ella le dedicó una tensa sonrisa.

—Gracias, inspector, y adiós.

Inclinó ligeramente la cabeza, miró de reojo a Jenkins y salió por la puerta trasera mientras se colocaba el sombrero y el velo. En el silencio que quedó, sólo se oían el zumbido de la nevera y el tictac del gran reloj de madera que colgaba en la pared, junto al fregadero.

Jenkins, que parecía contener el aliento desde que habían entrado en la cocina, lo exhaló de golpe.

—¿De qué iba todo esto, jefe? —preguntó excitado.

Hackett suspiró.

—Venga a sentarse aquí y sírvase una taza de té.

Quirke parecía molesto al teléfono. Llevaba toda la tarde llamando, le dijo. Hackett le explicó dónde había estado y que acababa de regresar. Quirke enmudeció. En su despacho del ático, Hackett intentaba quitarse las botas, sentado ante la mesa. Sujetó el auricular entre el hombro y la mandíbula, se inclinó y, con un dedo en la caña trasera de la bota derecha, hizo palanca y sacó el pie. Su esposa le había comprado un par de zapatos sin cordones y con suelas de crepé, pero no se hacía a ellos. Unas botas de caña corta y con suela claveteada no eran lo más apropiado para una ola de calor, por no mencionar los calcetines de lana gris, pero ése había sido su tipo de calzado desde niño y ya era demasiado tarde para cambiar.

—¿Estaba Fra..., estaba la señora Jewell? —preguntó finalmente Quirke.

Hackett le dijo que sí, mientras forcejeaba por quitarse la bota izquierda; con el pie derecho empujaba el talón del zapato hacia abajo e intentaba introducir un dedo de la mano por un costado. Se le habían debido de hinchar los pies con el calor.

Quirke esperó a que siguiera hablando, aunque no lo hizo. Hackett, como el doctor, también sabía ser reservado. La bota por fin salió y cerró los ojos con expresión de alivio. Quirke le preguntó qué le había contado Maguire, pero Hackett sabía que no era Maguire la persona de quien quería oír hablar.

—No es nada parlanchín ese Maguire —sujetaba con una mano el auricular, ligeramente pegajoso del contacto contra la mandíbula, mientras con la otra trataba de sacar un cigarrillo del paquete que tenía sobre la mesa—. No fue muy comunicativo sobre el tema que nos interesa, la Jaula, como él lo llama.

—¿La qué?

—La Jaula, St. Christopher. ¿No lo llamaban así en su época?

—Sí —contestó Quirke tras un rato—. Lo había olvidado.

—Yo diría que hay bastantes cosas de esa institución que es preferible olvidar —consiguió introducir el cigarrillo entre sus labios, pero tuvo que colocar de nuevo el auricular bajo la mandíbula para encenderlo—. Aunque, según Maguire, no fue un lugar tan malo.

—No guardo muchos recuerdos del orfanato. En cualquier caso, escuche: he ido a ver a Sumner otra vez.

—¿Mmm?

—Tampoco fue muy comunicativo, pero creo que es porque no tiene gran cosa que comunicar. Creo que deberíamos centrarnos en su hijo.

—¿El hijo?

—Sí, Teddy.

Hackett hizo girar su silla hasta quedar frente a la ventana situada tras su mesa. Contempló los tejados y el batiburrillo de chimeneas cociéndose al sol. Ya eran las cinco y media, pero el calor apretaba igual que si fuese mediodía. Así que Teddy, el mismísimo Teddy. ¡Qué interesante!

—¿Qué le contó Sumner sobre él?

—Nada, pero creo que Teddy Sumner era la persona involucrada en St. Christopher junto a Dick Jewell, y no su padre.

—¿Involucrado?, ¿en qué sentido?

—El sacerdote de allí, el padre Ambrose, me dijo que «Sumner» pertenecía a los Amigos de St. Christopher igual que Jewell y que otros cuyo nombre no mencionó. Pensé que se refería al padre, pero ahora creo que hablaba del hijo.

—Parece tener sentido. No me imagino a Carlton Sumner como un salvador de huérfanos.

Una paloma se posó en el alféizar de la ventana y, a través del cristal, contempló con atención a Hackett con sus ojillos brillantes. El policía admiró su plumaje iridiscente de un azul pizarra con brillos rosáceos, gris pálido y verde, un intenso verde ácido. Quizá en el futuro apreciarían a aquellos pájaros universalmente ignorados tanto como a los pavos reales y los loros. ¿De verdad podía verle tras el cristal o era imaginación suya ser objeto de esa mirada fija? El pájaro había acudido con la probable esperanza de comer, pues Hackett solía esparcir sobre el alféizar las migas de los sándwiches que llevaba a veces al trabajo.

Percibió con curiosidad una nota de entusiasmo en la voz de Quirke. Era obvio que deseaba implicar a Teddy Sumner, pero ¿por qué? ¿Venía Teddy tal vez a sustituir a otra persona?

—¿Y sabe además qué pienso? —le dijo Quirke—. Creo que fue Teddy Sumner quien envió a los dos matones a dar una paliza a mi ayudante.

—¿Lo dice en serio? —repuso Hackett riendo—. ¿Y no le parece más bien una corazonada?

Quirke no se rió.

Paseaban por Iveagh Gardens en el frescor del atardecer. Françoise vestía los pantalones que estaban tan a la moda: negros, con perneras que se estrechaban hasta el tobillo, donde unas tiras elásticas que iban bajo el pie los mantenían tirantes. Llevaba una blusa de seda blanca y un pañuelo de seda carmesí anudado con holgura en torno al cuello. El cabello, repeinado hacia atrás, estaba recogido en una reddecilla. Había estado montando y no había tenido tiempo de peinarse, le dijo a Quirke y le preguntó si tenía un aspecto terrible. Él contestó que la veía bien.

—Bien —repitió ella—. ¡Qué galante! —sonrió y ladeó la cabeza con aquel gesto que Quirke conocía, le cogió del brazo y presionó ligeramente el codo contra su costado—. Te estoy tomando el pelo.

Delante de ellos caminaba Giselle con una bicicleta roja nueva que le había comprado su madre el día después del funeral de su padre. Se había negado a montar, ni siquiera quiso intentarlo y, con las manos en los mangos de goma del manillar, empujaba la bicicleta sobre el camino de grava. De vez en cuando hacía sonar el timbre con el pulgar. Su madre, como de costumbre, la contemplaba con una muda e inquisitiva ansiedad.

—Sabía que estabas en Brooklands, me lo dijo Hackett.

—El buen policía —replicó Françoise—. No sé por qué se presentó allí. Creo que quería hablar con Maguire de orfanatos o algo así.

—Sí, de St. Christopher.

—¿Dónde está eso?

Mentía con tanta facilidad, con tanta delicadeza, como si no se diera cuenta de las palabras que pronunciaba.

—Fuera de la ciudad, junto al mar. Tu marido tenía relación con el orfanato.

—¿Relación?

—Sí, recaudaba fondos. Pensé que lo sabrías.

Notó cómo la mujer se encogía de hombros.

—Es posible. Él tenía muchas «relaciones», según tu expresión.

Se adentraron en la sombra violácea que dibujaban los árboles. Delante de ellos, la niña con su vestido claro parecía un destello fantasmal.

—Teddy Sumner también tenía relación. Tu marido creó un grupo para recaudar fondos, los Amigos de St. Christopher, al que Teddy pertenecía.

—¿Teddy Sumner, un filántropo? —ella sonrió—. Es difícil de creer.

—Así que lo conoces.

—Claro. Ya te conté que durante una época salimos con los Sumner a menudo. Teddy y Denise, Dannie, eran muy amigos.

—¿Ya no se ven?

—No lo sé, probablemente no —ella lo miró de reojo—. ¿Por qué?

Anduvieron media docena de pasos antes de que él dijera nada.

—Estuve en St. Christopher cuando era niño, pero no por mucho tiempo.

—¿Sí? ¡Qué extraño! El mundo es muy pequeño.

—Y aún se hace más pequeño a medida que pasa el tiempo.

Emergieron de nuevo a la luz sesgada del atardecer. La niña se había detenido y se esforzaba en mantener derecha la bicicleta con una mano, mientras con la otra intentaba sacar algo que se había metido bajo la correa de su sandalia. Era un paquete de cigarrillos, pisoteado hasta quedar plano y blanquecino por el sol. Quirke ayudó a

la niña.

—Te voy a enseñar lo que hacía yo con la primera bicicleta que tuve cuando tenía tu edad.

Dobló el cartón alisado del paquete en dos y luego en cuatro, se acuclilló y lo insertó entre dos radios de la rueda trasera de manera que sobresaliera.

—Mueve la bici ahora —explicó a la niña—, sonará como un motorcito.

Ella le observó un momento, las pupilas inmensas tras los cristales redondos de sus gafas. Empujó la bicicleta y el cartón golpeó los radios produciendo un seco y rápido sonido parpadeante. Los dos adultos fueron tras ella.

—Le gustas —susurró Françoise, presionando sus costillas contra el brazo de él.

—¿Tú crees? —Quirke arqueó las cejas. Unos pasos por delante, la niña se detuvo de nuevo e inclinándose sacó el cartón de entre los radios, lo tiró a la gravilla y siguió su camino. El hombre rió—. Bueno, no parece tenerme mucho respeto como fabricante de artilugios.

—No seas duro con nosotras —le dijo Françoise con rostro grave.

—¿Nosotras?

—Con Giselle... Conmigo. Estamos pasando un momento difícil. Ambas sufrimos, cada una a nuestra manera.

La grava crujía bajo sus pasos. En el césped y bajo los árboles se cortejaban las parejas, transformadas por la sesgada luz cobriza en faunos y ninfas.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te quedarás aquí o volverás a Francia?

—Ah, hablas del futuro —una sonrisa nostálgica se dibujó en el rostro de Françoise.

—Sí.

—El futuro depende de muchas cosas, y no todas están en mi mano. Por ejemplo, y perdona que sea tan franca, estás *tú* —mientras hablaba miraba hacia delante.

Quirke sintió un repentino calor bajo el cuello de la camisa y un sudor frío en la parte inferior de su espalda.

—¿Yo soy parte del futuro?

Ella rió bajito, como si no deseara que la niña los escuchara.

—No me corresponde a mí decirlo.

—Vamos a sentarnos.

Se detuvieron junto a un banco de hierro forjado y Françoise llamó a la niña, que hizo como si no oyera y continuó su camino. Quirke le dijo que la dejara seguir, pues no iría muy lejos y además desde allí podían verla. Se sentaron, y él sacó su pitillera y el mechero.

—Creo que no soy capaz de volver —dijo Françoise antes de aproximar el

extremo del cigarrillo a la llama que él le tendía—, o por lo menos no para siempre. Añoro Francia, por supuesto, siempre será mi casa, el lugar donde nací. Sin contar con que allí vive gente adulta —añadió con una sonrisa.

—¿Aquí no?

—Vuestra... ingenuidad es parte de vuestro encanto.

—¿Te refieres a todos o a mí en particular?

Ella le dio un empujoncito cariñoso con el hombro.

—Sabes a qué me refiero.

Quirke extendió el brazo sobre el respaldo del banco.

—¿Y Giselle? ¿Qué cree ella que es: francesa, irlandesa o ninguna de las dos cosas?

Françoise frunció el ceño.

—¿Alguien sabe lo que piensa Giselle?

Ambos la buscaron con la vista: ya estaba bastante lejos, una diminuta figura fantasmal que se deslizaba por el sendero, entre los inmensos árboles oscuros, haciendo rodar su vistosa bicicleta.

—Me acuerdo de cómo era yo a sus años, mucho antes de que estallara la guerra. Era feliz.

—Tal vez ella también conseguirá serlo.

La mujer se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en la mano.

—Me preocupa. Pienso en ella continuamente. No quiero que resulte..., que resulte lastimada, como me pasó a mí —calló unos instantes y luego volvió el rostro hacia Quirke y le observó con sus enormes y serios ojos brillantes—. ¿Sabes qué nos atrajo a cada uno del otro? El sentimiento de culpa. ¿No estás de acuerdo? Piénsalo, *mon cher*.

No le hacía falta.

—Háblame de *tu* culpa —le pidió él con delicadeza.

Un largo silencio siguió antes de que ella contestara. Observaba a su hija, que ya había salido de la larga sombra que cubría aquella zona del césped.

—Maté a mi hermano —dijo en voz tan baja que él tuvo que hacer un esfuerzo para entender sus palabras, y entonces se preguntó si había oído bien. La mujer se echó hacia atrás bruscamente y aspiró con violencia el cigarrillo—. Digamos que le ayudé a morir.

—Cuéntame —Quirke colocó su mano sobre las de la mujer.

Françoise se aclaró la garganta, la vista siempre fija en la lejana niña.

—Como te conté, él estaba en Breendonk, un campo de concentración en Bélgica. La Gestapo se encontraba allí.

—¿Cómo se llamaba tu hermano?

—Hermann. Mis padres sentían una gran admiración por los alemanes y todo lo

que fuera alemán. Aún me sorprende que no me bautizaran Franziska —pronunció ese nombre como si lo escupiera.

—¿Qué le sucedió a Hermann?

—Estaba en la Resistencia. Yo también, pero no como él. Era muy valiente, muy..., muy fuerte. Tenía mucha responsabilidad, fue uno de los cabecillas de los primeros tiempos.

—¿Tu padre y tu madre lo sabían?

—¿Que éramos *résistants*? No, nunca hubieran creído a sus hijos capaces de semejante cosa, de semejante *trahison*. Incluso cuando los alemanes detuvieron a Hermann y se lo llevaron, mi padre se negó a aceptar que no se trataba de un error. Él conocía a alguien en el ejército alemán, un comandante, por eso pude visitar a Hermann en aquel sitio terrible donde le tenían preso —tiró el cigarrillo al suelo y lo pisoteó concienzudamente con el tacón—. Sabía demasiado, no sólo nombres, también secretos: planes, lugares que iban a ser atacados, objetivos que habían sido decididos. No deberían haber permitido que supiera tanto, era demasiado peligroso para él. Y cuando fue detenido, no le creyeron capaz de resistir la tortura, de no traicionarlos. Y me enviaron a verle —no había levantado la vista del pie con el que había pisado la colilla, como si pudiera verla—. Al principio me negué. Me advirtieron de lo que sucedería si Hermann nos traicionaba: nuestra célula sería detenida y eliminada, incluyéndome a mí; otros cabecillas serían detenidos; todo estaría perdido. Así que me guardé el pase del comandante alemán que mi padre me había conseguido y fui a Breendonk. Tomé el tren nocturno. Nunca olvidaré ese viaje. Los cabecillas de nuestra célula me habían dado..., me habían dado una cápsula que debía entregar a Hermann. Yo sabía qué era, por supuesto. Descosí la solapa de mi abrigo y la metí dentro. No pensaba nada. No me creía capaz de dársela, me dije que antes de llegar, en el último minuto, cogería la capsula y la arrojaría por la ventana del tren. Pero no lo hice —la mujer temblaba, Quirke se quitó la chaqueta y la colocó sobre sus hombros, sin que ella pareciera advertirlo—. En cuanto Hermann me vio, lo comprendió todo... Supo por qué había ido y qué le llevaba. Él parecía muy contento, quiero decir que simulaba estarlo por mí, se reía y hacía bromas. Ya habían empezado a torturarlo. Cuando le vi en aquella habitación vacía donde nos metieron estaba tan delgado, tan pálido que me costó reconocerlo. Me acuerdo de los cercos oscuros —con las yemas de los dedos se tocó las ojeras de su propio rostro— y en sus ojos, el miedo que intentaba esconder, el mismo que reflejaban cuando era pequeño y había hecho algo para enojar a mi padre, pero mucho más intenso. Aquel día parecía el niño pequeño que yo recordaba. Le di la cápsula y se la metió en la boca sin dudar un segundo. Creo que..., ¿cómo se dice?, la envoltura, sí, estaba hecha de cristal, un tipo muy fino de cristal. Se la colocó aquí abajo —llevó de nuevo un dedo a su rostro para señalar la mandíbula— y allí la mantuvo mientras hablábamos. ¿De qué hablamos?

Creo que de nuestra infancia, de ese tiempo en que fuimos felices. Entonces se lo llevaron y me condujeron a la salida. Cuando llegué a París, mi padre ya se había enterado, a través de sus contactos, de que Hermann había muerto. No sospecharon de mí, creyeron que alguno de los prisioneros le había dado la cápsula —empezó a tiritar de nuevo y cerró las solapas de la chaqueta en torno a su cuello—. Mi pobre hermano, tan guapo. Mi pobre Hermann, tan valiente.

Permanecieron callados durante unos instantes. En el silencio, Quirke podía oír el sonido de su garganta al tragar, cómo se dilataba y se volvía a cerrar. No quería mirar a Françoise, no quería ver cómo se había transformado su rostro, ahora demacrado y ceniciento. El sol se había ocultado tras las copas de los árboles y todo el césped estaba en sombra. Sintió frío sin la chaqueta. Buscó con la vista a la niña, pero no la vio. Se puso en pie.

—¿Qué pasa? —dijo Françoise. Miró con detenimiento el jardín oscurecido, buscando, igual que él—. Dios mío, ¿dónde está?

—Ve por el sendero. Yo atravesaré el césped —dijo Quirke.

Ella se levantó con presteza, se quitó la chaqueta de los hombros y se apresuró por el sendero, cojeando ligeramente. Quirke atravesó el césped corriendo, mientras forcejeaba para ponerse la chaqueta. Llegó al final del sendero con los calcetines empapados por el rocío tan sólo unos segundos antes que Françoise. La vio girar en la esquina, junto al gran roble, y correr hacia él con los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo en una extraña postura, como si intentara volar.

—¿Dónde está? —gritaba—. ¿Dónde está?

El pánico, igual que una ola caliente que anegara su pecho, invadió a Quirke. Debía mantener la calma. No quedaba nadie en los jardines. ¿Habría un vigilante? ¿Estaría cerrada la verja? Maldijo su descuido, se maldijo a sí mismo.

La buscaron durante mucho tiempo, cada uno por su lado, volando a través de las sombras crecientes de la noche como dos frenéticos fantasmas, gritando el nombre de la niña. Corrían en direcciones opuestas y estuvieron a punto de chocar en un recodo del sendero. Françoise lloraba de miedo con enormes y desgarradores sollozos que sacudían su pecho como un hipo desahogado.

Quirke la agarró de los codos y la sacudió.

—Ha debido de ir a alguna parte. Piensa, Françoise, ¿dónde ha podido ir?

Ella sacudió la cabeza y los mechones que habían escapado de su moño flotaron en torno a ella y por un segundo pareció una Medusa.

—No lo sé. No lo sé.

Quirke recorrió el parque con la vista. Estaba jadeando... ¿Había corrido tanto y tan rápido? El jardín, ahora vacío, tenía un aura amenazante moteada de sombras e innumerables destellos fosforescentes que parecían surgir de la nada. Sobre ellos resonaba el susurro inquietante de los árboles. De repente, una idea surgió en su

cabeza.

—¿Hay alguna forma de entrar desde el parque al jardín de tu casa? ¿Una puerta o una verja?

Ella emitió un sonido ahogado.

—No... ¡Sí! Una verja. Creo que hay una verja.

Corrieron hacia el muro que bordeaba los jardines privados y lo siguieron hasta encontrar una pequeña verja de madera, tan pintoresca como una postal, con un rosal silvestre en un lado y una mata de madreselva en el otro. En la oscuridad, el perfume de la madreselva florida era más intenso, dulcemente empalagoso. Françoise abrió con un golpe la verja y corrió hacia el interior. Quirke la siguió por un estrecho sendero arcilloso que terminaba en otra verja, ésta de metal y con el cierre levantado, y entraron en el jardín japonés. La bicicleta de la niña estaba apoyada contra la pared de la casa, junto al gran ventanal de carpintería francesa. Abierto. Tan pronto pisó la casa, Françoise se detuvo entre jadeos y se inclinó hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas. Quirke creyó que iba a vomitar y se apresuró a poner una mano bajo su frente para ayudarla, pero ella retiró la cabeza con una sacudida. Mascullaba en francés e, incapaz de comprender qué decía, él continuó la búsqueda: pasó por delante de la cocina, recorrió el pasillo hasta llegar al vestíbulo y, sin dudar un segundo, giró a la izquierda y entró en el salón de altos techos. Sobre la gran mesa de caoba había un candelabro con bombillas y su luz parecía reflejarse en las profundidades de la madera pulida. La niña estaba sentada en la misma silla donde él la había visto cuando la conoció. Tenía el libro abierto en el regazo y se estaba chupando el pulgar. Se lo sacó de la boca y lo miró. Sus ojos eran invisibles tras el reflejo de sus gafas.

—Tienes una hoja en el pelo —le dijo.

Teddy Sumner llegó a los cuarteles de la Garda en Pearse Street con gesto arrogante y desdeñoso. Aparcó su pequeño y resplandeciente coche verde junto a los vehículos de la policía, que a su lado parecían un montón de chatarra, y dio su nombre en recepción con voz alta y firme. Mientras aguardaba a que alguien se presentara para acompañarle, recorrió la sala de espera con las manos en los bolsillos y, sin prestar la más mínima atención a la amenazadora mirada del sargento de guardia, leyó parsimoniosamente los avisos: una alerta de rabia, advertencias contra los altos niveles de polen de ambrosía... Se detuvo ante un par de carteles sobre personas desaparecidas para contemplar muy de cerca y con una sonrisa burlona los pésimos retratos, irreconocibles por el enorme grano de las fotografías. Encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al suelo.

—Recoja eso —dijo el sargento, un matón de cara rojiza con la nariz rota y manos grandes como jamones.

Teddy lo miró y luego se inclinó, recogió la cerilla y la tiró a la papelerera que había en la esquina. Llevaba su americana azul marino con el escudo del Real Club de Yates de St. George, pantalones oscuros, una camisa blanca y un pañuelo color crema. Se había quitado las gafas de sol y las llevaba colgadas de la camisa. Se entretuvo imaginando cómo sería que te colocaran unas esposas y alguien como el sargento, con su uniforme azul y su ancho y lustroso cinturón, te diera una paliza. No estaba preocupado. ¿Por qué debería estarlo?

El sargento Jenkins, ataviado con un traje barato y una fea corbata, apareció por las puertas batientes que había en recepción, levantó la tapa del mostrador e hizo una seña a Teddy para que pasara. Sin decir una palabra, recorrieron un pasillo pintado de un verde mucoso, descendieron por unas escaleras sombrías a otro pasillo sin ventanas y cuando llegaron al final entraron en una habitación diminuta de techo bajo, del mismo color moco del pasillo y también sin ventanas. Una mesa de madera con dos sillas de respaldo recto a cada lado eran el único mobiliario.

—Espere aquí —dijo Jenkins y desapareció.

Teddy aplastó su cigarrillo en el cenicero dentado de metal con un grabado de la marca de cigarrillos Sweet Afton que había sobre la mesa. En el silencio se escuchaba el distante zumbido de un generador. Se le pasó por la cabeza sentarse, pero metió las manos en los bolsillos y recorrió lentamente el cuarto. Quizá había una mirilla escondida en alguna parte. Quizá estaba siendo observado en aquel mismo instante; observado, analizado, juzgado.

¿Qué podían tener contra él? Nada. Cuando llegó el aviso para que acudiera a la comisaría, llamó a Costigan y Costigan se puso en contacto con los dos tipos duros —Richie y no sé qué Duffy, eran hermanos y vivían en Sheriff Street, la calle de la ciudad con el nombre menos adecuado—, que le dijeron que a ellos ni los guardias ni nadie les habían molestado. Era imposible que Sinclair les hubiera reconocido. Pero entonces ¿qué pintaba él allí? Tal vez no se trataba de Sinclair. ¿Había cometido otro delito recientemente sobre el que la policía quisiera interrogarle? A pesar de su dinero y sus poderosos contactos, Teddy vivía en un estado permanente de inquietud. Tenía una pesadilla recurrente donde él enterraba a alguien —los detalles del sueño cambiaban, pero siempre había un cadáver y siempre debía esconderlo— y a veces el sueño seguía latente cuando despertaba como si no fuese un sueño, sino un vago pero terrible recuerdo. Él imaginaba que su conciencia, suprimida o ignorada durante el día, aprovechaba el sueño para irrumpir en la mente dormida. Le gustaba pensar que tenía conciencia...

El eco de unos pasos resonó en el pasillo, se abrió la puerta y un hombrecillo regordete entró caminando como un pato. Su pálido rostro estaba húmedo y tenía una panza tan bien dibujada como el bombo de una mujer embarazada. Vestía un traje azul, tirantes rojos y lo que parecían botas de suela claveteada. Sus delgados labios se

estiraron en una sonrisa.

—Señor Sumner, gracias por venir. Soy Hackett, el inspector Hackett —se aproximó a la mesa seguido por Jenkins, que cerró la puerta y se puso en posición de firmes junto a ella, con la espalda contra la pared y las manos unidas delante—. Siéntese, dé un respiro a sus pies. ¿Fuma? —sacó un paquete de Players del bolsillo, abrió la tapa, dio unos ligeros golpecitos para que asomaran los cigarrillos y se los tendió a Teddy.

Tomaron asiento, Hackett en la silla que estaba frente a la puerta y Teddy en la otra, incómodo por la presencia de Jenkins detrás de él como un tótem. Hackett encendió una cerilla para prender los cigarrillos.

—No sé por qué... —comenzó Teddy, pero Hackett alzó una mano para detenerle.

—A su tiempo —dijo con una sonrisa—, a su tiempo se enterará de todo, señor Sumner.

Teddy calló mientras Hackett, apoyándose sobre los codos, le observaba con viva y simple curiosidad. Los segundos pasaban y, en el silencio, Teddy creyó distinguir el tictac de su reloj y hasta un suave zumbido en el aire. Según una regla no escrita para estas situaciones, debía mantener la mirada de Hackett sin parpadear, pero el jovial escudriño del tipo y su grisácea, enorme y cómica cara de rana le daban ganas de reír. Recordó cuando su padre le hacía cosquillas de niño y no cesaba hasta que él rompía a llorar —incluso llegó a hacerse pis encima en una ocasión—, y aquella imagen, más que cualquier amenaza, ensombreció su humor. Debería haber llamado a su padre antes de acudir a la comisaría. Su padre querría saber qué estaba pasando, por qué le habían llamado, pero ¿qué podría haberle contado? Tuvo la certeza de que estaba metido en un buen lío.

—¿Ha vuelto a Powerscourt? —le preguntó en tono informal Hackett.

—¿Powerscourt? —Teddy se pasó la lengua por los labios. ¿A qué venía eso? ¿Otra vez estaban dando vueltas al viejo tema? ¿Había empezado a lloriquear de nuevo la chica a la que le había dado un par de guantazos aquella noche cuando acabó el baile? Ni siquiera recordaba cómo se llamaba aquella putilla—. No, hace mucho tiempo que no voy.

—Mmmm. ¿Conoce a un joven llamado Sinclair?

Teddy parpadeó. Así que se trataba de Sinclair, ¡santo Dios! ¿Cómo lo habían averiguado?

—¿Sinclair?

—Sí, David Sinclair. Es médico forense en el Hospital de la Sagrada Familia. ¿Sabe de quién estoy hablando?

Teddy oía el chirrido que hacían los zapatos de Jenkins cuando cambiaba su peso de un pie plano al otro.

—No, no lo conozco... Espere, sí, su nombre me suena. Creo que es amigo de una amiga mía.

—No me diga.

—Sí, eso creo, pero yo no lo conozco personalmente.

Hackett inclinó la cabeza con una sonrisa y los ojos entornados y, por un instante, pareció un diminuto y corpulento chino.

—¿Sería tan amable de decirme el nombre de su amiga?

A Teddy le invadió la sensación de hallarse haciendo equilibrios en lo alto de una empinada escalera que daba a un vestíbulo sumido en la oscuridad; en cualquier momento podía encontrarse agitando los brazos y arqueando la espalda para no caer de cabeza en las tinieblas. No debía perder los nervios. Su mente se disparó mientras pensaba. Si las cosas se ponían muy feas, podía decir que el plan había sido idea de Costigan y que él se había limitado a llamar por teléfono a Sinclair. ¿Por qué le había ocultado a su padre que le habían mandado una nota para que se presentara allí? ¿Era una nota o una citación? ¿Iban a arrestarle?

—Su nombre es Dannie..., Denise. Dannie es su apodo.

—¿Es su, digamos, novia? Vamos, señor Sumner, no es ningún delito que los jóvenes tengan novia —Hackett le guiñó un ojo.

—No es mi novia, sólo es una amiga.

—Y también es amiga de David Sinclair.

—Sí, ya se lo he dicho antes.

—¿Es novia de él?

—No.

Por algún motivo, a Teddy jamás se le había ocurrido semejante posibilidad. O tal vez sí, pero sin darse cuenta; tal vez estaba celoso y por eso se había obsesionado con Sinclair. Pero ¿por qué iba a estar celoso? Y si ése era el caso, ¿de quién tenía celos en realidad? No lograba pensar con claridad, estaba confuso. En aquella habitación, que más parecía una celda, el aire era cálido y sofocante y sentía una presión palpitante en los oídos, como si hubiera estado buceando y hubiera ascendido a la superficie demasiado rápido. Al policía —¿cómo se llamaba?, Hackett, eso es— no parecía molestarle la atmósfera asfixiante, acostumbrado probablemente a pasar gran parte de sus días en habitaciones como aquélla.

—Esa amiga suya que no es novia de nadie parece una chica muy formal. ¿Podría decirme cómo se apellida?

Estaba claro que conocía la respuesta.

—Jewell.

—¿No será una de *los Jewell*?

—Es la hermana de Richard Jewell.

—¿De verdad? —Hackett abrió las manos con gesto de sorpresa—. Entonces he

coincido con ella, ¿sabe usted dónde?

Teddy no dijo nada mientras observaba al policía con una mezcla de pánico y odio. Odiaba su enorme cara y su falsa sonrisa, sus guiños, su humor con segundas intenciones; odiaba incluso sus botas y sus tirantes y su corbata manchada de grasa. Habría deseado lanzarse sobre la mesa, agarrarle del pescuezo y apretarle la nuez con los pulgares hasta que se le salieran los ojos de sapo de las órbitas y su lengua se hinchara hasta ponerse azul.

—Fue en una situación difícil —continuó Hackett como si estuvieran jugando a las adivinanzas y le diera una pista—. En Brooklands, en County Kildare, donde el señor Jewell encontró su trágico final. El mismo día que murió, me presentaron a su hermana. ¿Usted conocía también a Richard Jewell?

Teddy pensó la respuesta. Seguía en lo alto de las empinadas escaleras, aún temblando y a punto de precipitarse al vacío en cualquier instante. ¿Qué debía contestar? Las preguntas sonaban tan inocentes, pero sabía que cada una de ellas era como una cuerda tan tensa como las de un piano y preparada para hacerle tropezar. Podía negarse a contestar. Podía solicitar un abogado. Eso hacían en las películas cuando los sometían al tercer grado, aunque al final siempre resultaban culpables. ¿Debía admitir que conocía a Jewell? Si lo negaba, a Hackett le resultaría muy fácil averiguar que estaba mintiendo. Probablemente sabía de sobra la respuesta; probablemente aquella pregunta era otra cuerda que estaba tensando para que diera un traspies y se despeñara hacia el oscuro abismo.

—Sí —contestó Teddy—, lo conocía algo. Era amigo de mi padre... Había sido amigo de mi padre.

—¿Discutieron?

—No, no. Bueno, sí, discutieron por un tema de negocios que Dick..., que el señor Jewell no aceptaba.

—Así que se produjo una disputa.

Teddy notó las gotas de sudor sobre el labio superior. Sacó sus cigarrillos —Marigny, una marca francesa que acababa de descubrir— y encendió uno. La presencia de Orejones detrás de él era como una picadura que no podía rascar. Dejó caer la cerilla en el cenicero.

—No sé qué sucedió. ¿Por qué no se lo pregunta a mi padre? —dijo intentando mantener firme la voz.

—Es una idea, es una buena idea. Pero de momento volvamos a usted y a su amiga, la señorita Jewell, y al amigo de su amiga, el doctor Sinclair. Por cierto, usted sabe por qué está aquí, ¿verdad? —Hackett se inclinó hacia delante, enarcando una ceja.

—No, no lo sé —espetó Teddy y, en el mismo instante, se arrepintió de no haberse mordido la lengua.

—Ah, como no preguntó al principio, imaginé que lo sabría.

—Intenté decirle que no sabía por qué me había hecho venir. Pero usted me interrumpió —curvó la boca e imitó el acento de Hackett—: Se enterará a su debido tiempo.

—Es verdad, tiene razón —se dirigió al hombre junto a la puerta—: Sargento, creo que llegados a este punto lo que necesitamos es una taza de té —giró la cabeza hacia Teddy—. ¿O prefiere café? Aunque no creo que en la comisaría tengamos lo necesario para hacer café. ¿Qué piensa, Jenkins?

—No, inspector, creo que no tenemos lo necesario.

Muy divertido, pensó Teddy. Parecía un número cómico de Mr. Bones y como fuese que se llamara el otro tipo.

El sargento se fue y Hackett se retrepó en la silla y cruzó los dedos sobre su panza. Sonreía. Daba la sensación de que no había dejado de sonreír desde que entró en la habitación.

—¿Está disfrutando del buen tiempo? Algunos se quejan de esta ola de calor, pero son los mismos que se quejarán cuando se acabe. Hay gente imposible de contentar.

Teddy se preguntó cómo podía haber sido tan idiota para pensar que saldría de rositas del tema de Sinclair. ¿Por qué lo había hecho, para empezar? Ni siquiera lo conocía, lo había visto en una ocasión durante el concurso ecuestre el año anterior, pero no se habían presentado. Sinclair estaba con Dannie en el pub Searsons de Baggot Street. A él no le había gustado su aspecto, su narizota judía en el rostro moreno. Iba a aproximarse a ellos para saludar a Dannie, pero algo en Sinclair le detuvo. Presintió que era uno de esos tipos que hacen chistes inteligentes, chistes que no parecen en absoluto chistes, chistes que no comprendería y Dannie se daría cuenta, y ambos, Sinclair y ella, disimularían mientras él se esforzaba en encontrar la gracia. Ya había vivido esa situación con Dannie, sabía cómo se comportaba cuando estaba con sus amistades inteligentes, esas amistades que nunca le presentaba. Ella también era judía. Imagínate, ¡una judía que se apellida Jewell! Recordó el apodo que le habían puesto a Dick en St. Christopher, siempre que lo oía se partía de risa. También Sinclair estaría circuncidado. ¿Qué aspecto tendría esa cosa sin piel, con la gran cabeza morada al aire? No, no, ¡qué asco! Era preferible pensar en otra cosa. Pensar en Cullen, el chico de St. Christopher, tan pálido como un ángel, con el cabello pajizo en torno a su cabeza como un halo y su piel tan suave y fresca...

—Esta habitación... —Hackett miró alrededor con una sonrisa de complacida nostalgia, sus manos aún entrelazadas cómodamente sobre el vientre—, me pregunto cuántas veces me habré sentado en esta misma silla en esta habitación, y cuántas veces antes de eso he permanecido de pie junto a la puerta, igual que Jenkins, aburrido y muriéndome por un cigarrillo, con los pies molidos y las tripas rugiendo de hambre —se detuvo para encender un cigarrillo—. ¿Se fijó al entrar en el sargento

de guardia, un tipo enorme con la nariz rota? Se llama *Orejas O'Dowd*... ¡Qué nombre tan apropiado para un guardia! —movió la cabeza riendo mientras repetía el nombre—. Tenía que haberle visto cuando patrullaba la calle. Bajaba aquí a los tipos para interrogarlos, cerraba la puerta y lo primero que hacía era darles unas buenas hostias para ponerlos en su sitio, según decía. «El despacho del comisario está justo sobre nuestras cabezas», les avisaba y, en cuanto empezaban a contestar las preguntas, les repetía que hablaran más alto porque el comisario no podía oírlos. «¡Vamos!», les gritaba y les daba un guantazo, «¡venga, machote, habla más alto, que el comisario no te oye!» —Hackett reía a carcajadas—. Menudo personaje era Orejas, se lo aseguro —se detuvo y su rostro se ensombreció—. Pero una noche murió un joven y a Orejas lo sacaron de la calle y lo pusieron en el mostrador de arriba y allí no está contento, no está nada contento.

El sargento Jenkins apareció con dos tazas grises llenas hasta el borde de un té grisáceo, las dejó encima de la mesa y volvió a su puesto, junto a la puerta. Teddy se giró para verle, pero el sargento, con las manos en la espalda ahora, miraba al frente imperturbable.

—Me han contado que usted y el señor Jewell colaboraban en obras benéficas —Hackett, que movía su té pensativamente, levantó la vista—. ¿Es cierto? En ese orfanato que está en Balbriggan..., ¿cómo se llama? —Teddy le observaba con los ojos muy abiertos, como si estuviera hipnotizado—. St. Christopher, ¿me equivoco? Sí, eso es. ¿No se llama su asociación Amigos de St. Christopher? ¿No pertenece también el señor Costigan a los Amigos de St. Christopher?

Así que conocía a Costigan. Debía de estar al tanto de todo y aquel interrogatorio, o lo que fuera, había sido una farsa. Lo había tenido engañado, había jugado con él. Estaba claro que debía protegerse.

Costigan le había puesto en contacto con los Duffy. Él no le dijo lo que quería de ellos y Costigan no le preguntó. Costigan era precavido y prefería no enterarse de aquello que pudiera causarle problemas. Pero cuando descubrió lo que había ocurrido, lo que los Duffy le habían hecho a Sinclair, montó en cólera. Teddy no comprendía por qué se había puesto tan furioso: era sólo una broma pesada, y una buena además; algún día se lo contaría a Winnie the Pooh. Sinclair era un gilipollas engreído y merecía que alguien le diera una lección para que aprendiera cómo funciona el mundo. Costigan no tenía ni idea de lo que significa que te desprecien siempre y que te hagan sentir insignificante y estúpido, como le sucedía a Teddy. En cualquier caso, fue idea de Costigan, una vez que se calmó, enviar el dedo de Sinclair metido en un sobre al padre de Phoebe. «A Quirke no le vendría mal una advertencia», dijo y, a pesar de estar furioso con Teddy, soltó aquella risa suya, mostrando los dientes torcidos.

¿Debería declarar ahora que todo había sido cosa de Costigan? Podía asegurar

que era él quien le había metido, que había sido idea de él cortarle un dedo a Sinclair y enviárselo a Quirke, porque Quirke había estado haciendo preguntas sobre St. Christopher. Y en cuanto a St. Christopher, podía culpar a Dick Jewell.

—¿Por qué no me cuenta el chiste, Teddy? —le preguntó Hackett.

Teddy había empezado a reír sin darse cuenta.

—Dick el Calvo. Ése era el apodo de Jewell en St. Christopher. Así lo llamaban los niños, Dick el Calvo.

—¿Por qué, Teddy?

Teddy le miró con lástima.

—¡Porque era judío! ¿No lo entiende? ¡Dick<sup>[3]</sup> el Calvo!

—Ya. ¿Y usted solía ir con él a visitar a los niños?

Aquello era una pérdida de tiempo, pensó Teddy, que deseó marcharse, salir de aquella habitación, montarse en el Morgan y conducir a algún lugar agradable, a Wicklow o a otro sitio.

—Todos lo hacíamos, todos íbamos, también Costigan —se rió de nuevo—. Él era un visitante habitual.

También podía conducir hasta Dun Laoghaire, comprar un pasaje en el barco correo y hacer una pequeña excursión a Londres. Eso sonaba bien.

—¿También Costigan? —Hackett lo miraba fijamente.

—¿Qué?

—Acaba de decir que Costigan era un visitante habitual de St. Christopher, como usted y el señor Jewell.

—Sí, Costigan y todos los demás —sonrió—, todos los buenos Amigos de St. Christopher —se enderezó en la silla y miró con descaro al policía—. Pero Costigan es su hombre, inspector. Costigan es su hombre.

Hackett se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa de nuevo y sonrió casi con ternura.

—Venga, Teddy, cuéntemelo todo. Y hable alto para que pueda oírle el comisario.

Una hora después llamaron por teléfono a Carlton Sumner, que apareció reclamando a gritos a su hijo y amenazando con que todos iban a ser despedidos. Hackett lo condujo a una esquina de la sala de espera y habló con él. Sumner lo miraba fijamente, cada vez más silencioso, mientras palidecía bajo su bronceado de yate.

Aunque sólo había estado fuera un par de días, Sinclair se sentía casi como un desconocido en su piso. Todo tenía un cariz nuevo y problemático debido a su mano. Era diestro y, sin embargo, se sentía como un zurdo obligado a usar con torpeza la

mano derecha. Era una sensación rara y muy confusa. No podía agarrar los objetos, aunque no se trataba exactamente de eso, sino de que no sabía cómo hacerse con ellos, desde qué ángulo cogerlos. Si sujetaba la tetera debajo del grifo con la mano derecha, tenía que abrir la llave del agua con la izquierda mediante una serie de minuciosas maniobras, ya que incluso el esfuerzo más pequeño provocaba que el muñón de su dedo amputado comenzara a palpar como si estuviese ardiendo. Su mano era como un animal, un perro salvaje replegado sobre las patas traseras y enseñándole los colmillos mientras él permanecía inmóvil, temeroso de hacer el mínimo gesto que provocara a la bestia. No era tanto el dolor lo que le detenía, sino el miedo al dolor, la paralizadora anticipación del mismo. Y si una acción tan simple como llenar una tetera resultaba tan difícil, ¿qué iba a hacer cuando tuviera que usar el abrelatas o el sacacorchos o el cuchillo para cortar el pan o hacer cualquiera de las sencillas actividades que requería la vida?

Necesitaba a alguien que le ayudara, era tan sencillo como eso. Alguien que viniera y le echara una mano, o que simplemente se quedara con él durante un tiempo hasta que pillara el tranquilo de las cosas, hasta que superara el miedo permanente a despertar el dolor. Se sentó a la mesa de la cocina mientras se calentaba el agua de la tetera. ¿Cómo iba a conseguir abrir la lata de té? Se sentía como un niño, un bebé. Sí, tenía que llamar a alguien.

La localizó finalmente en la tienda de sombreros. Si hubiera podido pensar con claridad, habría llamado allí en primer lugar. A aquella hora de la tarde ella estaba en el trabajo. Habían bastado dos días en el hospital, dos simples días atiborrado de tazas de té y píldoras, para que olvidara las cosas elementales de la vida cotidiana fuera de su cama del sanatorio.

Incluso girar el dial del teléfono para marcar los números era un problema; tuvo que dejar el auricular sobre la mesa, girar la rueda cifra a cifra con la mano derecha y cogerlo de nuevo cuando dio la señal.

Ella pareció sorprendida al oír su voz.

—Lo siento. No se me ocurría a quién llamar. Quiero decir que eres la primera persona que me ha venido a la cabeza cuando he decidido llamar, cuando me he dado cuenta de que necesitaba llamar a alguien —calló un instante; el agua de la tetera estaba a punto de hervir—. Me siento un inútil, como si fuera un bebé grande. ¿Puedes venir?

Phoebe acudió, tal como él había esperado.

—No te preocupes. Me deben tiempo libre y la señora Cuffe-Wilkes estaba de buen humor —la señora Cuffe-Wilkes era la dueña de la tienda de sombreros. Phoebe sonrió—. Aunque has tenido suerte, no es frecuente que esté de buen humor.

Llevaba el vestido negro de cuello blanco, que era su uniforme de trabajo, una

chaqueta negra y unos zapatos planos de charol. Su rostro parecía una pálida porcelana, delicada y exquisita, contra el oscuro cabello sujeto por una cinta roja a modo de diadema anudada en la parte posterior de su cuello.

Intentaban no rozarse, poseídos por una repentina timidez, pero sólo conseguían tropezar el uno con el otro continuamente. Sinclair se había dado por vencido en su intento de preparar el té y ella cambió el agua de la tetera y la puso de nuevo a hervir, preparó las tazas sobre la mesa, junto al azucarero y el platito de la mantequilla, y cortó el pan en rodajas.

—¿Te duele todo el rato? —le preguntó.

—No, pero me siento muy torpe. Como mi mano derecha está bien pensé que no tendría problemas, o no demasiados, pero todos los objetos parecen tener una forma equivocada y estar colocados en la dirección equivocada. El problema está sólo en mi cabeza, ya pasará.

—Puedo quedarme a cocinar la cena —dijo Phoebe sin mirarle—. Si quieres.

—Me encantaría que te quedaras. Gracias.

Estaban sentados a la mesa; cuando el agua de la tetera comenzó a hervir ella se levantó y la manga de su vestido rozó la mejilla de Sinclair.

—Phoebe, gracias por venir.

Ella, que preparaba el té junto al fogón, no le contestó ni se giró para mirarle. Sinclair le cogió la mano cuando Phoebe colocó la tetera sobre la mesa.

—Creí que tú... Creí que no querías... —dijo ella. Sus ojos estaban fijos en las dos manos entrelazadas.

—Sí, yo también. Parece que ambos estábamos equivocados.

Sinclair sonreía, pero ella no le devolvió la sonrisa. Un ligero olor a hospital se desprendía de él, que se levantó y la besó. Phoebe no cerró los ojos; una espiral de vaho escapaba de la boca de la tetera como si el genio que hace realidad los deseos fuera a aparecer en cualquier momento con su turbante, su gran bigote y su sonrisa estúpida, maravillosamente estúpida.

—Phoebe... —dijo David, separando al fin su rostro del de ella, pero ella lo interrumpió.

—No, espera, David. Tengo que contarte algo. Tiene que ver con Dannie.

Dannie podría haber acudido a David Sinclair; él estaba en el hospital, pero aun así hubiera podido hacerlo. Sin embargo, acudió a Phoebe, su nueva amiga. Y fue una versión desconocida de Dannie lo que Phoebe encontró. Dannie estaba en un estado peculiar, un estado regio, como ella misma decía casi riendo. Uno de los refinados mecanismos de su misteriosa condición, que tanto desconcertaba a los médicos, hacía que una parte de sí misma permaneciera inalterada y fuera capaz de observar, comentar, juzgar y burlarse incluso en las situaciones de mayor angustia.

—No me basta con sentirme mal, tengo que verme sintiéndome así.

Phoebe regresaba del trabajo al atardecer. Había visitado a David Sinclair en el hospital y el encuentro había resultado una experiencia dolorosa. Caminaba lentamente por Baggot Street cuando vio a Dannie acurrucada en los escalones de entrada a su casa. Tenía la cabeza enterrada en las rodillas y se abrazaba las piernas. Estaba como alendada y Phoebe tuvo que ayudarla a ponerse en pie. Tan pronto entraron en el dormitorio, Dannie se sentó en el borde de la cama y se quedó con la cabeza colgando y las manos en el regazo con las palmas hacia arriba.

—Dannie, cuéntame qué te pasa, por favor.

Ella movió la cabeza lentamente como un péndulo.

Phoebe se arrodilló a su lado para verle la cara.

—¿Qué sucede? ¿Estás enferma?

Dannie masculló algo, pero resultaba imposible comprender sus palabras. Phoebe se incorporó y se dirigió a la pequeña cocina que tenía en la esquina. Preparó la cafetera y la puso en el fuego con manos temblorosas. No sabía qué otra cosa podía hacer.

Sin levantar la cabeza y con el cabello suelto ocultando su rostro, Dannie dio un par de sorbos al café mientras aferraba la taza con ambas manos.

—Tú sabes que soy judía —dijo tras aclararse la garganta para hablar.

Phoebe frunció el ceño. ¿Lo sabía? No estaba segura, pero supuso que era mejor seguirle la corriente. Retrocedió hasta la cocinita eléctrica y contestó:

—Sí, lo sé.

—A pesar de eso, fui a una escuela católica. Imagino que mis padres querían que aprendiera a integrarme —alzó la cabeza y su rostro sorprendió a Phoebe: la expresión de sus ojos, las profundas ojeras moradas, sus labios pálidos y sin vida—. ¿A qué colegio fuiste tú?

—A uno de monjas, también. El Loreto.

Algo cambió en el rostro de Dannie, pero a Phoebe le llevó un rato descubrir que estaba sonriendo.

—Tal vez nos conocimos entonces, quizá coincidimos en un partido de hockey o en el coro. ¿Es posible?

—Sí, claro que es posible. Pero estoy segura de que en ese caso te recordaría.

—¿De verdad lo crees? —los ojos de Dannie volvían a ser inexpresivos—. Me habría gustado conocerte. Podríamos haber sido amigas. Te habría contado que era judía y a ti no te hubiera importado. Pero no conseguí engañar a nadie, todas se dieron cuenta de que yo era distinta..., una extraña —la joven parpadeó—. ¿Tienes un pitillo?

—No, lo siento, he dejado de fumar.

—No importa, en realidad no fumo, pero cuando estoy tan inquieta necesito hacer

algo con las manos.

—Puedo salir y comprar un paquete. Seguro que Q&L aún está abierto.

Pero Dannie ya había perdido interés en los cigarrillos. Miraba alrededor con ojos extraviados. Parecía agotada. Y desolada, ésa era la palabra que mejor la describía. Desolación.

De la calle subía el sonido de una pelea, una pareja discutía y por el tono parecían borrachos, probablemente lo estaban.

—¿Has ido a visitar a David? —Dannie parecía abstraída, como si estuviera pensando en otra cosa, como si aquélla no fuera la pregunta que deseaba hacer. Abajo, en la calle, el hombre había comenzado a increpar a la mujer, a insultarla a voz en cuello.

—Sí, he ido esta mañana al hospital.

—¿Cómo se encuentra?

—Le duele mucho la mano y le están dando analgésicos, pero está bien.

—Me alegro —dijo Dannie, más ausente que antes. Sus manos seguían aferrando la taza de café, aunque sólo había dado un par de sorbos—. Así que es aquí donde vives. Tenía curiosidad por verlo.

—Es muy pequeño, apenas hay espacio para una persona.

Dannie alzó la cabeza hacia ella con expresión afligida.

—Lo siento. ¿Quieres que me vaya?

Phoebe se rió y acudió a sentarse a su lado.

—Claro que no, no pretendía echarte. Lo que quería decir es que sólo me doy cuenta de lo diminuto que es este cuarto cuando alguien viene a verme. Mi padre no deja de insistir para que me mude. Quiere comprar una casa para que vivamos juntos.

Dannie la miró con una somnolienta expresión de asombro.

—Tu padre es el doctor Quirke.

—Sí, eso es.

—Pero te apellidas Griffin.

Phoebe sonrió mientras bajaba los ojos un poco incómoda.

—Es una larga historia.

—Yo apenas recuerdo a mi padre. Murió cuando era una cría. Me acuerdo de su funeral. Dicen que era un hombre horrible. Estoy segura de que es verdad. En mi familia son todos horribles. Yo soy horrible —la tranquilidad con la que hablaba, como si estuviera comentando algo conocido por todos, resultaba más impactante que sus propias palabras. Hundió la mirada en la taza de café—. Lo que le ha sucedido a David es culpa mía.

—¿Culpa tuya? ¿Qué quieres decir?

—Todo ha sido culpa mía. Por eso he venido a verte. ¿Te importa?

Phoebe movió la cabeza.

—No te comprendo.

Dannie posó la taza en el suelo, se dejó caer de golpe sobre el colchón y cruzó los brazos sobre los ojos. Phoebe no había encendido la luz y la tenue claridad del atardecer empezaba a desvanecerse. Tumbada en la cama, con los pies en el suelo y la cabeza casi rozando la pared, Dannie componía una extraña figura. Cuando habló, sus palabras parecieron surgir de una grieta oculta en el aire.

—¿Recuerdas lo que nos decían en el colegio cuando éramos pequeñas, que debíamos prepararnos en nuestro interior antes de ir a confesar? Yo solía ir a menudo, aunque se suponía que no podía. Siempre me gustó hacer examen de conciencia y preparar una lista con mis pecados —alzó los brazos y sin moverse miró a Phoebe—. ¿Tú te inventabas los pecados?

—Todas lo hacíamos, estoy segura.

—¿De verdad? Yo creía que era la única —ocultó su rostro de nuevo con los brazos y con voz apagada continuó hablando—: Me inventaba que había robado cosas. Ahora que lo dices, estoy segura de que los curas sabían que estaba mintiendo, pero nunca me dijeron nada. Tal vez no les interesaba, muchas veces pensé que ni siquiera escuchaban. Me imagino que debía de ser bastante aburrido, toda una fila de niñas susurrando, en la oscuridad, que se tocaban y que contestaban a sus padres.

Dannie se calló. La pareja de la calle había seguido su camino, profiriendo palabrotas y chillando mientras se alejaba.

—¿A qué te referías al decir que lo que le ha sucedido a David es culpa tuya?

Ninguna palabra rompió el silencio durante un largo rato. Dannie separó los brazos del rostro y, colocando los codos tras ella, se irguió a medias y rompió a toser. Se enderezó hasta quedar sentada y se apartó el pelo de la cara con las dos manos.

—Phoebe, ¿oirás mi confesión?

La habitación estaba por completo a oscuras cuando Dannie se quedó dormida. Había subido las piernas encima de la cama y ahora, de lado y con las manos debajo de la mejilla, unidas como si estuviera orando, respiraba lenta y profundamente. Tras descargar toda la tensión, por fin parecía tranquila. A su lado, Phoebe no se atrevía a moverse por miedo a despertarla. No sabía qué hacer. Lo que había escuchado durante la última hora parecía un cuento, una oscura fantasía de daño, pérdida y venganza. Algunas cosas debían de ser ciertas, pero ¿cuáles? Aunque sólo fuera verdad una pequeña parte, ella debía hacer algo, contárselo a alguien. Estaba asustada, sentía miedo por Dannie y por cómo reaccionaría cuando despertara. También sentía miedo por ella, aunque no sabía qué temía que le pudiera ocurrir. Era como estar dentro de un cuento, perdida en un umbrío bosque encantado, vagando entre los silbidos y chillidos de extraños pájaros nocturnos, entre bestias agazapas tras los matorrales y rodeada de zarzas con terribles espinas que se enganchaban en su

cuerpo y la retenían.

Con el máximo cuidado para no hacer el más mínimo ruido, Phoebe se levantó finalmente. Decidió no encender la lámpara. La luz de la farola entraba por la ventana y creaba un espacio de claridad, suficiente para buscar suelto dentro de su monedero. Antes de salir, se aproximó a la cama y levantó la colcha, medio caída en el suelo, para tapar a la joven dormida. Bajó al vestíbulo del edificio y llamó por teléfono a Jimmy Minor.

Jimmy estaba en la redacción del *Clarion* escribiendo un reportaje sobre la colisión de un tren en Greystones.

—No, no ha muerto nadie, maldita sea —le dijo.

Phoebe le contó lo esencial de la historia de Dannie y, mientras lo hacía, se daba cuenta de lo extraño y loco que parecía su relato y, al mismo tiempo, tan convincente en su horror. Cuando terminó ya no le quedaban monedas y Jimmy le dijo que él la llamaría. Pero Phoebe tuvo que aguardar más de cinco minutos antes de que el teléfono sonara. La voz de Jimmy había cambiado, su tono era ahora distante, casi formal. ¿Había hablado con alguien de la oficina? ¿Le había pedido consejo a otra persona? Dijo que Dannie debía de estar sufriendo una crisis nerviosa y le aconsejó que llamara a un médico. Phoebe estaba perpleja. Había creído que Jimmy saltaría sobre la historia, dejaría todo lo que estaba haciendo, agarraría el sombrero y el abrigo como un periodista de película y correría a Baggot Street para escucharla de labios de Dannie. ¿Estaba asustado? ¿Temía por su trabajo? No había que olvidar que los Jewell aún eran propietarios del *Clarion* y que se esperaba la llegada desde Rodesia del hermano de Richard Jewell, Ronnie, para hacerse cargo del negocio. Phoebe se sintió decepcionada con Jimmy. Más que eso, se sintió abandonada, pues a pesar de todas las reservas que pudiera tener hacia Jimmy, siempre había pensado que era un amigo valiente.

—Está desvariando, eso es lo que le pasa —dijo Jimmy con frialdad—. Tiene fama de no estar en sus cabales la mitad del tiempo.

—No creo que todo sea fantasía. No la has oído, no sabes la convicción con la que habla.

—Los chalados siempre resultan muy convincentes. Por eso existen los médicos de la cabeza, para intentar separar el grano de verdad de las toneladas de paja.

—Vale —dijo Phoebe, mientras pensaba cuánta labia tenía Jimmy, labia y, sí, cobardía—. Siento haberte molestado.

—Escucha... —dijo Jimmy con el tono plañidero que adoptaba cuando creía que debía defenderse, pero no pudo añadir nada más porque Phoebe colgó.

¿Por qué debía escucharle? Él no la había escuchado a ella.

No le quedaban peniques sueltos, pero encontró una moneda de seis peniques en el fondo del monedero, la introdujo en la ranura y marcó un número.

Rose Griffin era rica y, después de la boda, convenció a su marido Malachy para que vendiera la casa que tenía en Rathgar. La pareja vivía ahora con frío esplendor en una blanca mansión cuadrada en Ailesbury Road, cerca de la embajada francesa. Cuando el taxi donde viajaban Phoebe y Dannie se detuvo ante la alta verja de hierro forjado, era casi medianoche. Rose las estaba esperando en el porche iluminado. Llevaba un vestido de cóctel azul y un ligero chal sobre los hombros. Venía de una cena en la residencia del embajador de Estados Unidos, en Phoenix Park.

—Me llamaste justo cuando entraba en casa —dijo arrastrando las palabras con su acento sureño—. ¡Menuda novecita, queridas! ¡Qué aburrimiento! Por cierto, Malachy no está, ha ido a una conferencia o algo así, sobre bebés, de eso no me cabe duda, así que me encuentro tan sola como un guisante marchito en una vieja vaina —se volvió hacia Dannie—. Señorita Jewell, creo que no nos hemos visto antes, pero he oído hablar mucho de usted.

La siguieron por el vestíbulo sobre el reluciente parqué. Dejaron atrás grandes habitaciones de elevados techos y lámparas de araña, atestadas de imponentes y pulidos muebles oscuros. Rose caminaba sobre altísimos tacones y las costuras de sus medias estaban tan rectas como si las hubieran tirado con una plomada. Se vanagloriaba de estar siempre preparada para cualquier eventualidad. Cuando Phoebe llamó, la escuchó en silencio, sin hacer comentarios ni preguntas, y a continuación le pidió que cogieran un taxi y fueran a Ailesbury Road.

—Enviaría el coche a recogeros, pero le dije al chófer que lo aparcara en el garaje y se fuera a casa.

Se detuvo y abrió una puerta. Entraron en un estudio de dimensiones reducidas, pero magnífico, con sillones de cuero y un exquisito y pequeño escritorio Luis XIV. Una alfombra persa cubría el suelo, las cortinas eran de seda amarilla y de las paredes colgaban pequeños óleos. Uno de ellos, obra de Patrick Tuohy, era un retrato de su primer marido, el difunto abuelo de Phoebe, el rico y malvado Josh Crawford. Un modesto fuego de leña de pino ardía sobre la parrilla.

—Se supone que es verano, lo sé —dijo Rose—, pero mi sangre americana es débil y necesita calor en este clima. Sentaos, queridas, por favor. ¿Queréis que avise a la criada para que nos traiga algo: un té o un sándwich? Sé que anda despierta.

Dannie se sentía aún aturdida por el sueño, pero estaba tranquila. Acudir allí la había apaciguado; Phoebe lo achacaba a que Rose era el tipo de persona al que estaba acostumbrada: rica, serena y con esa educación formal que resultaba tan tranquilizadora. Al ofrecimiento de Rose, Phoebe contestó que no, que no le apetecía nada y tampoco a Dannie, pues habían tomado café y, de hecho, ella todavía se sentía un poco eléctrica. Era verdad que tenía los nervios de punta, aunque no sólo por la cafeína. Las cosas que habían ocurrido y que todavía estaban ocurriendo habían dado

a la noche el lustre oscuro de un sueño. Tal vez Jimmy Minor tenía razón, tal vez Dannie deliraba y ella estaba alimentando sus delirios y había pedido a Rose que hiciera lo mismo. Pero Rose sí era real, con su forma de hablar arrastrando las palabras y su sonrisa fácil y su aspecto tolerante y escéptico al mismo tiempo. Phoebe confiaba en ella más que en nadie en el mundo.

Dannie se sentó en uno de los sillones de cuero y, retrepada entre los voluminosos brazos, cruzó con fuerza los brazos sobre el pecho, como si también ella tuviera frío. De pie, apoyada contra el escritorio, Rose encendió un cigarrillo y observó a Dannie con interés.

—Conozco a tu cuñada, la señora Jewell..., Françoise. He hablado con ella en alguna ocasión.

Con expresión somnolienta, Dannie miraba el fuego sin parecer escucharla. Phoebe pensó que quizá no volvería a hablar. Tal vez ya había hablado lo suficiente, sentada en su cama, mientras crecía la oscuridad en torno a ellas. Tal vez ahora que ya se había confesado durante una hora, su corazón estaba en paz y no necesitaba lacerarse más. Phoebe lanzó una ojeada a Rose y Rose arqueó una ceja.

Entonces Dannie empezó a hablar. Parecía un largo gruñido, un sonido que surgía hondo de su garganta.

—Perdona, querida —dijo Rose inclinándose hacia ella—, no te he entendido.

Dannie la miró como si la viera por primera vez. Tosió, se dio unos pequeños golpecitos y volvió a cruzar los brazos, con mayor fuerza aún, como si se abrazara.

—Yo lo he matado —dijo de pronto firme y serena—. He matado a mi hermano. He sido yo. Cogí su escopeta y le disparé —se rió y su risa sonó como un ladrido breve y áspero mientras asentía vigorosamente con la cabeza, como si alguien la estuviera contradiciendo—. Fui yo —repitió y añadió con cierto orgullo—: Lo hice yo.

Phoebe se dedicó a recorrer las impresionantes habitaciones de la casa, mientras Rose y Dannie hablaban en el estudio. Los cuartos tenían ese aire de estancias preparadas para ser contempladas y admiradas, pero no para ser habitadas. Estaban iluminadas en exceso por lámparas de araña con innumerables bombillas, que colgaban de los techos como espectaculares tormentas de hielo. Tenía la sensación de ser observada, no sólo por los vivaces ojos de los retratos en las paredes, sino también por el mobiliario, por los adornos, por el propio lugar. Observada y criticada. Rose le había hecho en silencio una señal para que las dejara solas y ahora Phoebe paseaba escuchando sus propios pasos como si fueran el eco de los pasos de otra persona que la seguía de cerca, pegada a sus talones.

La puerta del estudio se abrió y se cerró suavemente y, a continuación, escuchó el repiqueteo de los tacones de Rose en el parqué. Se encontraron en el vestíbulo.

—¡Señor! ¡Qué jovencita tan extraña! Vamos, querida, necesito una copa, aunque tú no me acompañes.

La condujo a un amplio salón con las paredes empapeladas en un pálido beis. Entre las pequeñas y numerosas sillas doradas dispersas aquí y allá destacaba una *chaise-longue*. También en aquella habitación ardía un fuego. En una esquina había un clavicordio, posado sobre sus delgadas patas como un elegante y gigantesco mosquito. Suspendido sobre él en ángulo inclinado, un gran espejo dorado parecía aguardar con expectación su conversación.

—Mira bien esto —dijo Rose—. Debieron de creer que estaban construyendo Versalles.

Se aproximó a un enorme aparador de palo de rosa y se sirvió medio vaso de whisky escocés, al que añadió un chorrito burbujeante de una botella de agua de Vichy. Dio un par de sorbos antes de girarse hacia Phoebe.

—Bueno, cuéntame qué piensas tú.

En el centro de la habitación, un sentimiento de desamparo invadió a Phoebe en medio de tanto espacio, de tantos objetos.

—¿Sobre Dannie?

—Sobre todo el asunto. ¿Crees que es verdad esa historia de que le disparó a su hermano?

—No lo sé. Parece que alguien lo hizo. O eso dice Quirke. Él cree que no fue un suicidio y su amigo policía piensa lo mismo.

Rose dio otro sorbo a su bebida. Con la frente fruncida, movía la cabeza con asombro e incredulidad. Phoebe nunca la había visto tan agitada.

—Y la otra historia sobre lo que su hermano le hizo. Y los huérfanos... ¿Crees que es posible? —miró a Phoebe buscando una respuesta—. ¿Es posible?

—No lo sé, pero ella cree que todas esas cosas han sucedido, ella lo cree.

Con el vaso en la mano, Rose se aproximó a una de las ventanas, alzó ligeramente un lateral de la cortina y miró al exterior. A la oscuridad.

—Crees que conoces lo peor de este mundo, pero el mundo siempre te sorprende con sus perversiones —dejó caer la cortina y se volvió hacia Phoebe—. ¿Has hablado con Quirke?

—No, todavía no —no hubiera tenido sentido llevar a Dannie a ver a Quirke, tenía que llevarla a ver a una mujer.

—Me parece que ha llegado el momento de hablar con él —dijo Rose con un sombrío mohín.

El avión dio un par de tumbos al aterrizar, se deslizó velozmente sobre la pista junto a una hilera de altas palmeras, hizo un giro cerrado con las hélices en marcha en el área de estacionamiento y se detuvo con un hondo suspiro. El calor exterior hacía vibrar el paisaje, como si una fina capa de aceite resbalara sobre el plexiglás de las ventanillas. El mar lejano era una fina franja amatista contra el horizonte celeste. Una brillante miriada de cristal y metal refulgía en las colinas distantes en un paisaje de villas entre rocas y gaviotas girando en el aire. Más allá del tejado del edificio de la terminal, era posible vislumbrar la deslumbrante blancura de los hoteles en el paseo marítimo, con sus pequeñas torres y sus brillantes banderas ondeando por la brisa y las señales de neón de los casinos trabajando a destajo en el resplandor del mediodía. El sur de Francia era tan parecido a la imagen que tenía del sur de Francia que bien hubiera podido tratarse de un luminoso mural pintado al detalle y puesto allí para confirmar a los turistas que todo lo que habían soñado estaba al alcance de su mano. Hasta la expresión de enojo y el encogimiento de hombros de los agentes de Aduana y de la policía de pasaportes eran exactamente tal como había esperado.

El taxi de Quirke traqueteaba mientras recorría la abierta curva de la Promenade des Anglais. Con un codo asomado por la ventanilla, el conductor hablaba sin preocuparse por la gruesa colilla amarillenta pegada en la comisura de su boca y, mientras hablaba, su estrecho bigote negro se agitaba como una anguila en miniatura. Los bañistas jugaban a lanzarse contra las olas, sorprendentemente altas, y más allá de sus cuerpos se distinguían las blancas velas de los yates. En el cielo, un biplano que parecía de juguete ronroneaba arrastrando una banderola con el anuncio de Cinzano.

Quirke se arrepintió de haberse puesto el traje negro. El ruido del motor durante el vuelo y el último gin-tonic, que se había bebido de un trago cuando el avión realizó un escalofriante descenso sobre los Alpes, le habían provocado dolor de cabeza. Las vaharadas de aire caliente que entraban por la ventanilla del coche y el parloteo incesante del conductor lo estaban empeorando. Quirke no sentía mucho interés por el extranjero. En el sur parecían tener un sol diferente y mucho más intenso que la pálida versión que brillaba de forma intermitente en su país. Hasta la ola de calor que había dejado atrás parecía, en contraste, tenaz y voluntariosa frente a la despreocupada alegría de aquel paraíso sembrado de palmeras. Aún no le había abandonado la impresión de estar ante de un decorado realizado con acuarelas asombrosamente sólidas, como una serie de gigantescos carteles publicitarios de

Raoul Dufy que hubieran sido pintados a brochazos por la mañana y que aún no se hubiesen secado. A pesar de todo, era hermoso, ni siquiera Quirke podía negarlo; hermoso, frívolo, real. Y ajeno.

Cap Ferrat estaba más lejos de Niza de lo que había pensado. Con hipnotizada consternación, Quirke contemplaba el taxímetro, donde los francos subían con un restallido y ya sumaban más de cien. El camino a Beaulieu salía abruptamente de la carretera principal y se abría paso a través de empinadas colinas entre altos muros de estuco, sobre los que asomaban las cabezas despeinadas de las palmeras, como si las hubieran despertado bruscamente de la siesta. Durante el camino, la bahía de Villefranche aparecía en un atisbo deslumbrante y al instante desaparecía como una carta en manos de un mago. Jovencitas doradas por el sol con exiguos bañadores, sombreros de paja y gafas de sol de pasta blanca paseaban meneando sus traseros con languidez desdeñosa.

La casa se encontraba en un camino que pasaba inadvertido. Se detuvieron delante de una alta verja, el taxista habló por el interfono y las puertas se abrieron por control remoto. El conductor se colocó de nuevo tras el volante, ascendieron por una empinada cuesta y el coche paró con una sacudida bajo un promontorio rocoso, entre matas de adelfas y buganvillas. La casa se alzaba sobre la roca, larga y de una sola planta, con azotea y una veranda. En el lateral al que ahora miraban se abrían, del suelo al techo, varias puertas correderas acristaladas. El taxista chasqueó la lengua admirativamente y dijo algo que sonó como un cumplido.

En el interior del promontorio había un ascensor con una desvencijada reja que servía de puerta. Quirke entró y el ascensor subió bamboleante hasta un silencioso vestíbulo, donde se encontró frente a dos puertas idénticas. Dio unos golpes en la derecha, pero no obtuvo respuesta. Entonces advirtió que la otra tenía un timbre. Lo pulsó y esperó temblando, agitado por algo que nada tenía que ver con la excitación del viaje.

Ella llevaba una túnica larga y suelta de seda púrpura y unas delicadas sandalias doradas que, junto a sus intensos rasgos mediterráneos y su cabello negro peinado hacia atrás, le daban un aire de esposa de un patricio romano, Agripina, por ejemplo, o Livia. Apoyaba un brazo en el marco de la puerta y su espalda parecía frenar toda la luz del sur que se abría tras ella. Algo como un puño se cerró dentro del pecho de Quirke.

—Has venido —dijo ella.

—No sabía si querías verme.

—Por supuesto que sí. Me alegra que estés aquí.

—¿Te alegra?

—Estoy encantada, quizá ésa sea la palabra más adecuada en estas circunstancias —sus ojos se detuvieron en su bolsa de viaje—. ¿Y tus maletas?

—No me quedará mucho.

Ella retrocedió para dejarle pasar. La habitación era inmensa, con un suelo de tarima clara y puertas correderas acristaladas en un lateral. Lo primero que vio al entrar fue un cuadro inmenso de una palmera, como un surtidor verde congelado, pero se dio cuenta de que se trataba de un ventanal abierto y que el árbol era real. Detrás de la palmera se alzaba la colina sobre Villefranche, que la carretera atravesaba como una delgada cinta blanca, y Quirke distinguió los coches diminutos que la recorrían.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Françoise d'Aubigny—. Algo de beber, sin duda. ¿Has comido?

—He venido directamente del aeropuerto.

—Entonces tienes que comer. Hay queso, ensalada y este Picpoul —sacó una botella de una gran nevera de estilo americano—. Es bastante bueno, a no ser que prefieras tinto.

—El blanco está bien.

Estaba enfadado; eso era lo que sentía con mayor fuerza, una intensa rabia y no sólo con ella sino con muchas otras cosas, tantas que le resultaría imposible identificarlas. Estaba harto de darle vueltas a aquella horrible y sórdida confusión. Pero era rabia lo que le había llevado hasta ella, lo que le había hecho volar sobre los mares y la tierra y le había soltado aquí. A sus pies, pensó, a esos hermosos pies dentro de las hermosas sandalias doradas, a esos pies que él había acariciado y besado. Y pensaba todo eso mientras su conciencia zumbaba dentro de su cabeza, ahora que el zumbido del viaje por fin había empezado a disminuir.

Ella colocó dos vasos sobre una encimera blanca y sirvió el vino.

—Debí haberte llamado antes de irme. Sé que hice mal, pero después de aquella noche, cuando creí haber perdido a Giselle..., me resultó imposible. ¿Lo comprendes? ¿Comprendes que me resultara imposible?

¿Qué se suponía que tenía que contestar? No debería haber ido. Ella le tendió el vino y él chocó ligeramente su vaso contra el de ella.

—¿Cómo se dice? —preguntó—. ¿*Santé*?

Bebieron en silencio, mirándose el uno al otro con un súbito desamparo que Quirke encontró casi cómico. Nunca dejaba de sorprenderle cómo la vida convierte lo sublime en trivial.

—Voy a enseñarte la casa. Richard se sentía muy orgulloso de ella —dijo Françoise.

La construcción había sido en origen un edificio con cuatro pisos, hasta que su marido lo compró y lo convirtió en una sola vivienda. Había tirado los tabiques de los dos pisos que había en aquel lado para construir la espaciosa habitación donde ahora se hallaban y una segunda habitación, no tan grande y separada de la anterior por

columnas, que estaba decorada con sofás, sillones bajos y, en el centro, una gran mesa de madera clara cubierta de libros, revistas y fundas de discos. Sobre las paredes blancas había cuadros originales, tres o cuatro con paisajes mediterráneos de artistas que Quirke no conocía, una escena de un jardín que debía de ser obra de Bonnard y un pequeño retrato de Matisse de una mujer sentada junto a una ventana con una palmera.

Después de contemplar y admirar esos y otros muchos objetos, Françoise lo guió hasta un vano sin puerta que daba a un fresco pasillo, una de cuyas paredes estaba acristalada. Antes de atravesar el umbral, la mujer se detuvo:

—Estas habitaciones son para el día y aquéllas a las que vamos son para la noche, ¿ves? —Françoise señaló el dintel; impresa en grandes letras negras se leía la inscripción: «Lado del día». Atravesaron el umbral y leyeron sobre el dintel: «Lado de la noche»—. A Richard le gustaba clasificar todo —dijo Françoise con una leve mueca burlona—. Tenía esa mentalidad.

Le enseñó los dormitorios, los baños, los armarios de la ropa blanca. Todo, hasta el detalle más nimio, había sido pensado, ejecutado y acabado con meticulosidad y atención.

—Todo es obra de Richard, la casa era su proyecto. Tenía buen gusto, ¿verdad? Pareces asombrado.

Abrió uno de los paneles de cristal y salieron a la veranda, al calor, con su tarima plateada por el sol y el aire. Allí fuera hacía de nuevo calor.

—Una corriente natural de aire fresco recorre las habitaciones. El día puede ser asfixiante, pero dentro siempre se está bien. Ésa era otra de las cualidades de Richard: sabía cómo aprovechar las cosas.

Seguida por él, cruzó el balcón hasta la barandilla de madera y desde allí ambos contemplaron la piscina excavada en la roca, a sus pies. Blancas líneas temblorosas veteaban el verde jade del agua, como gigantescas amebas transparentes que flotaran y parpadearan. Giselle estaba arrodillada en el borde de la piscina jugando con una tortuga. Llevaba un bañador de cuadros rosas festoneado con un volante y unas enormes gafas de sol. Dos lazos rosas ataban sus trenzas. Debió de sentir sus miradas porque se dio la vuelta y, colocando una mano como visera, alzó el rostro hacia ellos.

—Le gusta estar aquí —dijo Françoise.

—¿Y a ti? ¿Te gusta? ¿Aquí te sientes en casa y entre adultos?

La mano de Françoise estaba junto a la suya, sobre la barandilla.

—Deseaba que vinieras. No te lo podía pedir, pero deseaba que lo hicieras.

—¿Por qué no me lo podías pedir?

Quería acariciar su mano, pero se contuvo.

—Anda, vamos a tomar la ensalada.

Se sentaron para comer en unos taburetes altos que había junto a la encimera

blanca. A través de la ventana se veía la bahía azul, allá abajo, lejana. El mar estaba cubierto de fulgentes escamas de luz blanca y dorada.

—Villefranche es una de las bahías más profundas de la Costa Azul —dijo Françoise—. Cuando acabó la guerra estaba atestada de buques de guerra americanos. Los recuerdo y recuerdo lo cruel que todo me parecía, el sol, la luz y la alegría de la gente, cuando había tantos millones de muertos.

Quirke volvió a llenar las copas de Picpoul, era un vino fuerte y casi transparente. Françoise se giró de repente hacia él.

—¿La has visto? ¿Viste a Dannie?

Él posó la botella sobre la encimera.

—Sí, la vi —dijo sin mirarla.

—¿Cómo estaba?

Quirke se encogió de hombros.

—Ya te puedes imaginar.

—No me lo puedo creer.

—No, de eso estoy seguro —dijo Quirke.

Ella apartó la vista.

Giselle entró. Aún iba en bañador y llevaba la tortuga bajo el brazo. El animal se había escondido en su caparazón, pero en la oscuridad se veían centellear sus viejos ojos.

—Di *bon jour* al doctor Quirke —dijo Françoise.

La niña le lanzó su habitual mirada desconfiada.

—Hola.

—¿Cómo se llama? —Quirke señaló la tortuga.

—Aquiles —pronunció el nombre en francés.

—Ah, Aquiles, qué gracioso.

Ella le dedicó la misma mirada que antes y dejó la tortuga sobre la encimera. Incrustada en el centro de su caparazón había una pequeña joya blanca. Françoise habló en francés a la niña, que movió la cabeza y se marchó a la otra habitación, donde se tiró en uno de los sofás y empezó a leer un tebeo. Françoise suspiró.

—Está en huelga de hambre. No consigo hacerla comer.

—Todavía debe de estar muy afectada. Ha pasado poco tiempo desde que murió su padre.

Françoise se levantó y trajo de la nevera un plato con pequeñas aceitunas negras.

—Pruébalas. Son de aquí, están muy buenas.

Él metió los dedos en el plato y sacó tres o cuatro olivas brillantes. Ella lo estaba observando de nuevo.

—¿Cómo está tu amigo el policía?

—Hackett.

—¿Cuidará a Dannie?

—Sí, la cuidará —dijo Quirke.

—¿Qué le harán? La dejarán libre, ¿verdad?

—La encerrarán de por vida en el Hospital Dundrum para Criminales Dementes.

Eso es lo que harán —dijo con frialdad.

Ella apartó la vista y alzó su vaso, que tembló ligeramente en su mano.

—¿Es un lugar horrible?

—Sí, sí lo es —él la escrutaba al hablar.

Françoise recogió los platos. Apenas había comido.

—Ven —dijo bajando la voz mientras lanzaba una rápida mirada de soslayo a su hija—, vamos fuera. Hay sillas en la sombra.

Las sillas eran bajas y espaciosas, su madera erosionada por el aire tenía el mismo color gris plateado que el suelo. Quirke dejó el vaso en el reposabrazos y encendió un cigarrillo. El mar, visible a través de un hueco en el paisaje, era una cuña de paz, un espejismo azul en la lejanía. Una suave brisa, perfumada de lavanda y salvia, bajaba de las colinas.

—Aquí conocí a Richard —dijo Françoise.

—¿Aquí? ¿En Cap Ferrat?

—Sí —con una mano de visera y los ojos entrecerrados observaba la blanca carretera que serpenteaba por la colina—. ¿Sabías que jugaba? Había venido por los casinos. Recorrió todos los que hay a lo largo de la costa, en Niza, en Cannes, en Montecarlo, en San Remo. Era muy malo, no tenía suerte y siempre perdía mucho dinero, pero eso no le detenía.

—¿Y tú qué hacías aquí? —preguntó Quirke.

—¿Cuando lo conocí? Estaba con mi padre. Él venía todos los veranos a un pequeño hotel en Beaulieu. Mi madre había muerto aquel año. Yo creía que mi vida también estaba llegando a su fin —se removió en la silla con un fatigado suspiro, como si fuese mucho mayor de lo que era—. Sólo me mantenía viva el dolor por la muerte de mi hermano y el odio hacia mi padre. Un día conocí a Richard en un partido de tenis, no recuerdo en casa de quién. Era muy atractivo, muy *fringant*. Era guapo a su manera feroz..., áspera, quiero decir. Era lo que yo creía que necesitaba. Pensé que me ayudaría a odiar, que a su lado yo..., ¿cómo se dice?, yo alimentaría mi odio como si fuese un niño, nuestro hijo —se volvió hacia él—. ¿No es terrible?

—¿Tan malo era tu padre para merecer tanto odio?

—No, no, mi padre no era el único objeto de mi odio, yo odiaba todo: a la propia Francia y a aquellos que nos habían traicionado, los colaboracionistas, los petainistas, los que hicieron fortuna en el mercado negro. No escaseaban personas a las que odiar, te lo aseguro.

En el lejano triángulo azul había aparecido un triángulo menor, la blanca vela

inclinada de un yate.

—Pero amabas a Richard —repuso Quirke.

Ella respondió con un gesto muy francés, inclinando la cabeza hacia un lado y hacia otro mientras exhalaba con fuerza el aire a través de los labios fruncidos.

—¿Amar? No era amor. No sé cómo llamarlo. Me casé con él por venganza, por venganza hacia mi padre, hacia Francia y también hacia mí. Yo era como uno de esos santos que caen de rodillas y se castigan azotándose y azotándose hasta sangrar. Encontraba placer en eso, un espantoso placer —volvió el rostro hacia él, con la boca entreabierta y los ojos brillantes—. ¿Lo comprendes?

Claro que lo comprendía. Ella le había dicho en una ocasión que la culpa los había unido, pero la culpa era un látigo de siete colas, todas ellas duras y afiladas para lacerar profundamente la carne.

—Mi padre dio su aprobación al principio. Le gustaba Richard. Lo reconoció como uno de los suyos y se negó a creer que fuese judío. «¿Cómo va a ser judío un hombre con ese apellido?», decía y se reía. Le parecía ridículo. Y, en realidad, tenía razón. Lo único que Richard tenía de judío era la sangre; él no era religioso y le importaba un comino la historia de su pueblo. Pero a mi padre sí le importaba la sangre.

El sol había ascendido a su cénit, achatando la cara de la colina que daba hacia ellos, borrando las sombras. Hasta sus rostros llegaba el calor que reflejaban las rocas y también el tenue polvo anaranjado de la arcilla. Un avión monomotor, con los travesaños de las alas reluciendo, zumbaba sobre sus cabezas. Quirke observó por primera vez los pájaros oscuros que giraban lentamente a enorme altura.

—¿Por qué se casó él contigo?

—¿Por qué?... Ah, ya entiendo lo que quieres decir: por qué se casó con una mujer cuando no eran mujeres lo que él deseaba —Françoise se detuvo un instante—. ¿Quién sabe? Me imagino que fue porque yo, al igual que él, era violenta y cruel y deseaba vengarme del mundo. Solía decirme: «Me gusta tu *fierza*». Era una de sus palabras favoritas. Mi forma de odiar (a mi padre, a mi país, a todo) le divertía, le producía placer —calló de nuevo mientras asentía, la vista perdida más allá de la veranda, en la dura luz del mediodía—. Era un hombre muy perverso. Muy... *malicieux*.

—¿Cuándo descubriste lo que hacía?... ¿Lo que hacía en St. Christopher?

Ella pareció reflexionar.

—No sé si hubo un «descubrimiento». Es algo que se filtra en ti lentamente porque no quieres enterarte, tan lentamente que casi no te das cuenta. Pero se filtra y, como si fuese ácido, va devorando tu cerebro y tu conciencia.

—Pero aunque te resistieras, antes o después te enteraste. Y lo toleraste.

Françoise se levantó de un salto de la silla, igual que si la hubieran empujado, y

se alejó hasta la barandilla de madera. El sol caía sobre ella con violencia. De perfil, de manera que él la escuchara sin que ella tuviera que mirarle, habló.

—Sí, lo sabía. Él me llevó al orfanato un día. Quería que lo viera, quería impresionarme con lo que había hecho en aquel lugar, la fuerza con que había dejado impresa su huella allí y en aquellos pobres niños, en aquellos pobres chicos.

—¿Conociste al padre Ambrose?

—¿Ambrose? Sí, de eso también se aseguró Richard.

—Yo también lo conocí. No me pareció un mal hombre.

Ella giró la cabeza hacia él y lo contempló fijamente.

—¿Ese sacerdote? Es un demonio, igual que Richard. Allí todos son demonios.

Quirke recordó la amable y tenue voz del padre Ambrose, su cercanía, su mirada, que parecía tantear lo que tenía delante mediante dedos invisibles. Recordó a los chicos pasando silenciosamente por los pasillos con los ojos bajos. ¿Cómo pudo no darse cuenta de lo que era evidente? ¿Cómo pudo ignorar lo que su propia experiencia de niño en sitios como aquél le debería haber enseñado a no olvidar?

—Y Dannie... ¿Sabías también lo que Richard le había hecho a Dannie? —preguntó Quirke.

—¡No! —sus manos golpearon con violencia la barandilla y le miró con ojos encendidos. Pero, a la misma velocidad con que había estallado, su furia desapareció, se aflojó su rostro, sus hombros cayeron. Casi en un susurro, continuó—: Creía que sólo le gustaban los niños, no sabía que las niñas también. Deseaba a los menores, sólo y siempre a los menores. «Carne fresca», decía, «carne fresca». Y se reía.

—¿Cuándo te enteraste?

—¿De lo de Dannie? No lo supe hasta..., hasta aquel día, aquel domingo en Brooklands. Algo se rompió dentro de ella, su secreto estalló. Ya no podía mantenerlo callado por más tiempo —volvió la cabeza inquieta para observar las puertas de cristal y la habitación donde estaba la niña y bajó de nuevo la voz para repetir en un susurro—: A causa de Giselle.

Quirke escuchó un rumor de voces y se giró hacia el cristal. Una sombra se aproximaba. La puerta se abrió y una joven entró en la veranda. Era morena como una gitana, tenía los ojos entornados y una sombra de bigote. Llevaba una bata azul y zapatos blancos de enfermera. Al ver a Quirke, vaciló.

—María —dijo Françoise—, *cet homme est le docteur Quirke*.

La joven sonrió insegura y enlazó las manos a su espalda. Françoise se dirigió a Quirke:

—María cuida de Giselle por las tardes —se aproximó a la joven y, sujetándola por el codo, la acompañó al interior de la casa.

Quirke se levantó con dificultad de la silla baja, prendió un cigarrillo y se encaminó a la barandilla, que Françoise acababa de abandonar. A pesar de haberse

quitado la chaqueta y la corbata, tenía calor, podía sentir las gotas de sudor deslizándose por su espalda hasta detenerse en la cintura del pantalón. Abajo, en el valle, habían comenzado a cantar las chicharras y el aire parecía crepitar. Creyó distinguir el ruido del tráfico en la lejana carretera blanca, el estruendo de los camiones, el zumbido de las motos como insectos.

No debería haber ido.

Françoise regresó al cabo de unos minutos.

—Han salido a dar una vuelta. ¿Vamos dentro?

A Quirke le apetecía una copa. Quedaba un cuarto de vino en la botella de Picpoul. Se lo ofreció a Françoise, pero ella dijo que no con la cabeza y él se sirvió. El vino ya no estaba frío; no le importó.

La tortuga había desaparecido de la encimera y en su lugar había una bola de cristal que él reconoció, con su pequeña ciudad dentro, las calles en miniatura y el castillo con el torreón puntiagudo. Pasaron a la otra habitación y tomaron asiento en el sofá donde había estado la niña. Quirke tendió su cajetilla a Françoise, que tomó un cigarrillo. Qué extraño era estar allí, en aquel lujoso entorno, bebiendo vino y fumando, como si el mundo se redujera a eso: dos personas sentadas en una habitación blanca en una ciudad soleada sin más complicaciones que ser ellos mismos y estar juntos.

—Dannie me lo contó aquel domingo, me confesó lo que había sucedido entre ella y Richard durante muchos años. Richard debía de ser... No sé —Françoise se inclinó hacia delante para apagar el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita baja—. ¿Es posible ser adicto a algo así?

—Es posible tener una obsesión —contestó Quirke.

—Pero tratándose de él, *obsesión* no parece la palabra adecuada. En su caso era más bien un pasatiempo, un hobby. Le divertía, le entretenía usar a aquellos niños, a aquellos chicos del orfanato, a jóvenes del periódico, a la pobre Marie, nuestra criada, a su hermana Dannie... Su *hermana*. Le divertía. ¿Lo entiendes? Él y los otros demonios destrozaban vidas, destruían almas por *diversión*.

Permanecieron callados hasta que Quirke rompió el silencio:

—¿Conoces a un hombre llamado Costigan?

Ella movió la mano con gesto desdeñoso, igual que si apartara una telaraña.

—No conozco los nombres. Eran varios.

—Los Amigos de St. Christopher.

—Sí, así se hacían llamar —con una risa amarga, se ladeó para mirarle—. ¿Sabes que utilizaban aquel lugar como un burdel? El sacerdote, Ambrose, era..., ¿cuál es la palabra?, el *souteneur*.

—¿El *souteneur*?

—Sí, el *souteneur*... El chulo.

Quirke se levantó para servirse lo que quedaba de vino. Con el vaso en la mano, se dirigió a la ventana con la palmera y se quedó allí, contemplando la bahía. La niña y su cuidadora caminaban por la orilla. Oyó acercarse a Françoise, que se detuvo a su espalda.

—¿Por qué te marchaste así, sin ni siquiera llamarme por teléfono? —le preguntó sin volverse. Sentía la calidez de su cuerpo, su perfume.

—Aquella noche en el parque, cuando Giselle regresó a casa por su cuenta y empezamos a buscarla... Pensé que la había perdido. Pensé que ellos la habían cogido.

—¿Ellos?

—La gente de Richard. Estaba tan asustada, sentí pánico. No sabes cómo son, de lo que son capaces.

El recuerdo de la noche en Mount Street, con él acucillado mirando lo que acababa de arrojar al canalón, volvió a su cabeza. No le había contado lo que le había sucedido a Sinclair. Se volvió hacia ella.

—Cuéntame lo que pasó aquel domingo.

Hubo un silencio. Ella lo miró como no lo había mirado hasta entonces, como si fuese la primera vez que lo veía.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —dijo en voz baja, la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos entornados.

Él asintió.

—¿Desde cuándo? —susurró ella.

—Desde el primer día que quedamos para comer en el Hibernian. Intentaste que sospechara que Carlton Sumner había matado a tu marido.

—Pero... ¿cómo lo supiste?

—No lo sé. Pero sabía que tenías que haber sido tú.

—¿Y Dannie?

—Dannie no podía haberlo hecho, de eso estaba seguro. ¿Maguire? No. ¿Carlton Sumner? Era posible, pero improbable. ¿Su hijo, Teddy? No. Así que sólo quedabas tú.

—Lo sabías y, a pesar de eso, tú..., nosotros...

—Sí.

Sí, lo sabía, pensó él, y aun así te acompañé al lado de la noche.

La costa era una cuesta pedregosa que descendía abruptamente hacia el indolente mar. Frente a ellos, una inmensa luna amarilla descansaba sobre el horizonte y su huella rielaba sobre la oscura superficie del agua. Veían las luces vacilantes de los barcos de pesca y más de una vez creyeron oír las voces de los pescadores llamándose unos a otros. La brisa nocturna era suave y fresca. Estaban sentados en un

banco de madera al borde de las piedras, escuchando las olas y su incesante y breve vaivén. Quirke fumaba, mientras Françoise, reclinada sobre él y sentada sobre las piernas dobladas, apoyaba la cabeza en su hombro. Habían bajado a dar un paseo por la playa cuando María acostó a la niña.

—Dannie me lo confesó aquel día —dijo Françoise—. No sólo me contó lo que Richard le había hecho durante años cuando era niña, también me contó lo que Richard le estaba haciendo a Giselle. Había hablado con él aquella mañana, le había suplicado, pero él se rió en sus narices. «Fuiste mía cuando eras pequeña. Ahora tengo una nueva, toda para mí», le dijo. Cuando llegué a Brooklands la encontré tirada en el suelo, sí, en el suelo, acurrucada como si fuese un bebé. Al principio no quiso contarme nada, pero luego habló. La escopeta de Richard estaba en el suelo, junto a ella. Me dijo que había intentado reunir el valor para subir de nuevo a su despacho y enfrentarse a él, amenazarle... Dispararle si era preciso. Pero ella no tenía la fuerza necesaria.

—Y tú, sí.

—Sí, yo sí —cogió el pitillo de entre sus dedos y dio una calada que avivó la brasa con un sonido sibilante. El humo que exhaló tenía un aspecto fantasmal, un ectoplasma desvaneciéndose en la oscuridad—. ¿Me creerás si te digo que no me acuerdo de nada de lo que hice? Bueno, sí, tengo un recuerdo: la cara de Richard cuando me oyó a su espalda y se volvió. Estaba sentado a su mesa, revisando papeles. Llevaba su vieja chaqueta de tweed con..., ¿cómo las llamáis?, coderas, eso, coderas de cuero en las mangas. Siempre se ponía eso cuando estaba con los caballos, creía que le traía suerte. ¿Sabes lo que hizo cuando se giró y me vio con la escopeta? Sonrió con una extraña mueca. ¿Creyó que era una broma? No... Yo creo que sabía perfectamente lo que iba a hacer. Y sonrió. ¿Puedes decirme qué significa eso?

Quirke no dijo nada.

—Y entonces debí de disparar el arma directamente a su cara.

Ascendieron la colina lenta y trabajosamente, como si hubieran envejecido de golpe. La luna se había elevado en el cielo y ya estaba alta sobre la bahía y adelgazada su huella sobre el mar. Entre las palmeras volaban en silencio pájaros nocturnos, pálidos seres que se abatían furtivamente en el aire. En algún lugar lejano sonaba música, música de orquesta, vaporosa y alegre. Oían incluso el débil runruneo del tráfico distante en la Promenade. Quirke alzó el rostro y contempló en el centro del cielo una franja de estrellas igual que una mancha de vaho.

Al entrar por la verja vieron, sobre la roca, el resplandor de las luces de la casa a través de la pared acristalada.

—Se mofaba de mí —dijo Françoise—. Nunca admitió nada, desde luego, pero sabía que yo lo sabía y me tomaba el pelo. Trajo a Marie del orfanato para trabajar en

casa. Aunque ya era demasiado mayor para él, Richard decidió conservarla, igual que hacía con todos, como si fueran trofeos que mostrar a sus amigos, que mostrarme a mí —se apoyó en Quirke como si hubiera sentido un repentino desmayo—. ¿Cómo pude permitirle comportarse así? ¿Cómo pude? ¿Y cómo pude permitirle que siguiera?

Subieron sin hablar en el pequeño ascensor. El cuerpo de Françoise, su olor, tan cerca de él. El ascensor se abrió con estrépito.

—¿Por qué hay dos puertas? —preguntó Quirke al salir.

—¿Qué?

—¿Por qué conservó tu marido las dos puertas de entrada si había convertido los cuatro pisos en uno?

—No lo sé. Él era así, tenía que tenerlo todo —le dijo Françoise mirándole.

—Incluso a ti.

Ella le dio la espalda mientras buscaba la llave.

Lo primero que hizo al entrar fue ir a comprobar cómo estaba la niña.

—Le he dicho a María que se quede a dormir en la habitación de invitados —le dijo cuando regresó—. ¿Te apetece beber algo?

—Whisky. ¿Tienes whisky?

Françoise encontró una botella en un armario y sirvió una copa para él. Ella no se sirvió. Quirke sintió un agudo dolor en el lado derecho, bajo las costillas, y se alegró. En ese momento le habría alegrado sentir cualquier cosa que fuera real. Bebió de la copa que ella le acababa de tender.

—Te acostaste con Sumner cuando se te insinuó aquí, ¿verdad?

Ella se volvió hacia él.

—Sí —dijo con calma tras pensar un minuto, y sonrió—. Lo siento si te he molestado. Tienes esa mirada masculina de «¿cómo pudiste?».

—Y no se lo dijiste a tu marido, pero él lo descubrió. ¿Fue ésa la razón por la que echó a los Sumner? ¿Fue por eso que discutieron en aquella reunión de negocios en Roundwood?

La sonrisa en la cara de ella era ahora de compasión.

—Crees que sabes mucho, pero en realidad no sabes nada. Yo les pedí que se marcharan. La situación se había vuelto... incómoda. Sumner es otro niño grande que se niega a abandonar el juguete que ha robado. Todos sois iguales.

Él asintió, sin quitarle los ojos de encima.

—Tú sabías que yo lo sabía, ¿verdad? Sabías que yo sabía que habías matado a tu marido.

—No —dijo ella con dureza—, claro que no.

—Pero te preocupaba que pudiera adivinarlo. Y me metiste en tu cama con la esperanza de alejar las sospechas de ti.

—¿Cómo puedes decir algo así?

Estaban de pie, uno frente a otro, Quirke con la copa en la mano y Françoise con los puños apretados a los lados de su túnica púrpura.

—Me he comportado como un idiota por ti —Quirke estaba sereno, frío, muy tranquilo. Deseó que regresara el dolor en el pecho, que había desaparecido—. Me he comportado como un idiota. He insultado a mi conciencia.

El rostro de la mujer se contrajo como si estuviera a punto de estallar en una risa.

—Tu conciencia. Por favor, no mientas. Miénteme a mí si quieres, pero no te mientas a ti mismo.

Con un suspiro, Quirke se alejó de ella y se dejó caer en una sofisticada silla de acero y cuero blanco.

—Le disparaste, y no has olvidado nada de lo que sucedió. Sabías exactamente lo que estabas haciendo.

—Ya te lo he dicho, lo hice por Giselle...

—Lo sé, ya lo sé. Ni siquiera te culpo. Pero te digo lo mismo que me acabas de decir: no mientas. Le disparaste y con tu pañuelo limpiaste el arma y la pusiste entre sus manos para que pareciera un suicidio, y luego regresaste y le dijiste a Dannie lo que habías hecho. A continuación llamaste a los guardias y no quisiste dar tu nombre. Entonces te montaste en el Land Rover y te fuiste y permaneciste lejos y luego regresaste a la casa como si nunca hubieras estado allí. ¿No es así?

Ella sonreía, pero había reaparecido el leve tic que contraía su mejilla.

—Podríamos haber sido tan felices, tú y yo. Podrías haber venido a vivir conmigo entre los adultos. Pero prefieres tu pequeña vida.

Quirke se sentía muy cansado, agotado. Se aproximó a la encimera para dejar el vaso vacío. Cogió la bola de cristal y sintió su peso frío en la mano, cerrada en torno a ella. Unos cuantos copos de nieve ascendieron y uno o dos se posaron en el tejado inclinado del castillo. Un mundo diminuto, perfecto e invariable.

—Dundrum, el hospital, es un sitio espantoso.

—Pero tú no permitirás que la envíen allí, ¿verdad, doctor Quirke? —le miró burlona, a él le pareció que casi sonreía.

Él se metió la bola de cristal en el bolsillo y se fue.

En Dublín llovía, y el aire parecía vapor. Quirke estaba empapado cuando llegó a su piso, sus zapatos chapoteaban al caminar. Agitó el sombrero con fuerza para sacarle toda el agua posible y, para que no perdiera la forma, lo encasquetó en un busto de escayola de Sócrates, de tamaño natural, que alguien le había regalado de broma. La única habitación que había encontrado en Niza la noche anterior estaba en un tugurio perdido en un callejón, regentado por un árabe con los dientes negros y una cicatriz. No había dormido, tan sólo había pegado cabezadas, temeroso de que

alguien entrara a robarle y le cortara el pescuezo. En cuanto amaneció, fue al paseo marítimo y lo recorrió mirando el mar, que ya estaba azul aunque el sol apenas asomaba. Entró en un bar, se bebió tres tazas de café amargo y sintió ganas de vomitar. Y ahora estaba en casa.

En casa.

No llamó por teléfono, sino que fue directamente a Pearse Street. Hackett lo miró y, moviendo afirmativamente la cabeza, dijo:

—Veo que viene de la batalla.

Subieron al despacho y Hackett pidió al sargento Jenkins que preparara el té. Cuando el joven salió, se retrepó en su silla y puso sus grandes botas sobre la esquina de la mesa. A su espalda, la sucia ventana parecía llorar. Quirke estiró los hombros y la silla de madera sobre la que se sentaba lanzó un quejido de protesta. En su vida había estado tan cansado.

—Así que ya ha regresado de sus viajes. ¿Ha visto lo que fue a ver? —dijo Hackett.

—Sí, así es.

—¿Y?

—Hablé con ella.

—Habló con ella.

Quirke cerró los ojos y los presionó con los dedos hasta que le dolieron.

—¿Qué ha sucedido con Sumner?

—¿Sumner padre o Sumner hijo?

—Cualquiera de ellos. Los dos.

El aire en la habitación estaba azulado por el humo del cigarrillo de Hackett. El policía colocó sus botas en el centro de la mesa y acomodó su trasero en el hundido asiento de la silla giratoria.

—El joven Sumner recibirá una sentencia suspendida y su papaíto lo meterá en un barco y lo enviará de nuevo a Canadá, pero esta vez para siempre.

Quirke miró escrutadoramente aquella cara grande y pálida que ahora sonreía petulante.

—Negoció un acuerdo, ¿verdad?

—Hice un trato. Teddy me entregó a Costigan y a los hermanos Duffy, que cortaron el dedo de tu ayudante, y a cambio yo le di Canadá. Un intercambio justo.

—¿Y qué le caerá a Costigan?

—Eso lo decidirá el tribunal —contestó el policía con gesto respetuoso.

—¿Qué significa eso?

—Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Me está diciendo que saldrá de rositas?

Hackett contemplaba el techo con las manos entrecruzadas detrás de la cabeza.

—Como bien recordará de nuestros tratos anteriores con el señor Costigan, el hombre tiene amigos poderosos en la ciudad. Pero pondremos todo de nuestra parte, doctor Quirke, haremos todo lo que podamos.

—¿Y St. Christopher?

—Parece que trasladarán al padre Ambrose.

—¿Trasladar?

—Sí, a algún lugar del norte. El propio arzobispo ha dado la orden.

—Por supuesto, ni se plantean cerrar el lugar.

Hackett abrió mucho los ojos.

—¿Qué ocurriría entonces con todos esos huérfanos desgraciados? ¿Qué sería de ellos?

—¿Y qué ocurre con los Amigos de St. Christopher?

Hackett puso los pies en el suelo, se inclinó hacia delante y con súbita energía empezó a buscar entre el caos de papeles sobre su mesa. Una vieja estratagema que Quirke conocía bien.

—Dígame —exclamó—, dígame lo peor.

—Lo peor puede que no sea lo peor. Estoy..., ¿cómo decirlo?, manteniendo delicadas negociaciones sobre dicho asunto con el mismísimo señor Costigan.

—¿Va a hacer un trato con *él* a cambio de nombres?

—Ah. Bueno. Aquí —Hackett encontró el documento que aparentemente buscaba, se lo llevó a la cara y leyó lo que estaba escrito, entre muecas y fruncimientos de ceño, mientras tanteaba a ciegas sobre la mesa en busca de sus cigarrillos—. Yo diría que la cuestión es si *él* hará un trato *conmigo*. El señor Costigan es un tipo testarudo —asomó la cabeza por un lateral del documento y guiñó un ojo a Quirke—. A veces, el miedo puede volver a un hombre terriblemente testarudo y nada colaborador —encontró el paquete de Players, cogió un pitillo y lo encendió—. Como ya le he dicho, haremos todo lo que esté en nuestras manos —se interrumpió súbitamente—. En el nombre de Cristo, ¿dónde se ha metido ese payaso con nuestro té? —pulsó un timbre eléctrico que había sobre la mesa y mantuvo apoyado el pulgar—. Mi timbre de alarma al que nadie presta la más mínima atención —dijo con sarcasmo.

—¿Cómo se lo tomó Sumner? Me refiero al padre.

—Se quedó conmocionado, pero no parecía tan sorprendido como uno habría esperado.

—¿Sabía lo que sucedía con Dick Jewell, St. Christopher y todo lo demás?

—Me parece que tenía una ligera idea.

Quirke asintió, mientras contemplaba la ventana golpeada por la lluvia.

—Así que por eso se pelearon aquel día en Roundwood. Sumner fue a pedirle cuentas a Jewell por corromper a su hijo.

—Creo que es una suposición bastante acertada.

Quirke buscó con la mirada su impermeable; Hackett lo había colgado detrás de la puerta.

—¿Sabe que la hermana de Jewell está decidida a confesar que fue ella quien le disparó? —dijo de pasada.

—¿En serio? Pero no le vamos a hacer caso, ¿verdad? ¿No me dijo usted que anda mal de la azotea? —y se llevó un dedo a la sien.

—Asumo entonces que no presentará cargos contra ella... Que no dará por buena la confesión que ella está deseando hacer.

—Pobre muchacha, no es responsable de sus actos.

—¿Y quién sí es responsable de sus actos?

Se oyó un golpe en la puerta y Jenkins logró entrar con la bandeja del té.

—¡Por fin! Estábamos a punto de perecer de sed —exclamó Hackett levantando la cabeza de su falsa búsqueda y, sin más ceremonias, arrojó al suelo la mitad de los papeles para despejar la mesa.

Mordiéndose el labio e intentando no sonreír, Jenkins posó la bandeja. Quirke se levantó.

—Tengo que irme.

El detective lo miró con teatral consternación.

—¿No se quedará a tomar una taza de té?

Jenkins salió bordeando a Quirke. Sus orejas estaban muy rosas aquel día.

—Costigan, un par de matones y un sacerdote corrupto trasladado no es gran cosa, ¿verdad? —Quirke descolgó su impermeable del gancho que había detrás de la puerta.

—Son los tiempos que vivimos y el país, doctor Quirke. Aún no hemos madurado lo suficiente en esta pequeña isla. Pero usted y yo hacemos lo que podemos. No podemos hacer más.

Quirke se aproximó de nuevo a la mesa.

—Le he traído algo —introdujo la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó la bola de cristal y la colocó sobre la mesa, junto a la bandeja del té.

Hackett arrugó la frente.

—Un regalo de Francia. Puede utilizarlo como pisapapeles —y se dirigió a la puerta.

La voz de Hackett sonó a su espalda.

—¿Cree que ella volverá alguna vez?

Quirke no dijo nada. ¿Qué podía decir? No sabía la respuesta.



BENJAMIN BLACK es el seudónimo de John Banville (Wexford, Irlanda, 1945). Banville ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (1989) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo también en 2005 con la novela *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado en Alfaguara, con gran éxito de público y de crítica, *El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *El lémur* (2009) y *En busca de April* (2011), elegida como una de las mejores novelas del año por *Qué leer*. La serie del doctor Quirke verá la luz en la BBC británica con adaptación de Andrew Davies y Gabriel Byrne en rol protagónico. Su esperada nueva novela como John Banville, *Antigua luz*, será publicada próximamente por Alfaguara.

Notas

[1] «Bizancio». De *Poesía reunida*, de W. B. Yeats, Pre-textos, Valencia, 2010. Trad. de Antonio Ribero Taravillo. (N. de la T.) <<

[2] El autor juega con las palabras «the Jews», los judíos, y «the dues», lo debido, pues en el condado de Cork la *d* suena como una *j*. Así, «I'm here for the dues», suena en los oídos de un niño como «I'm here for the Jews». (*N. de la T.*) <<

[3] *Dick* es también una forma coloquial de llamar al pene. (N. de la T.) <<